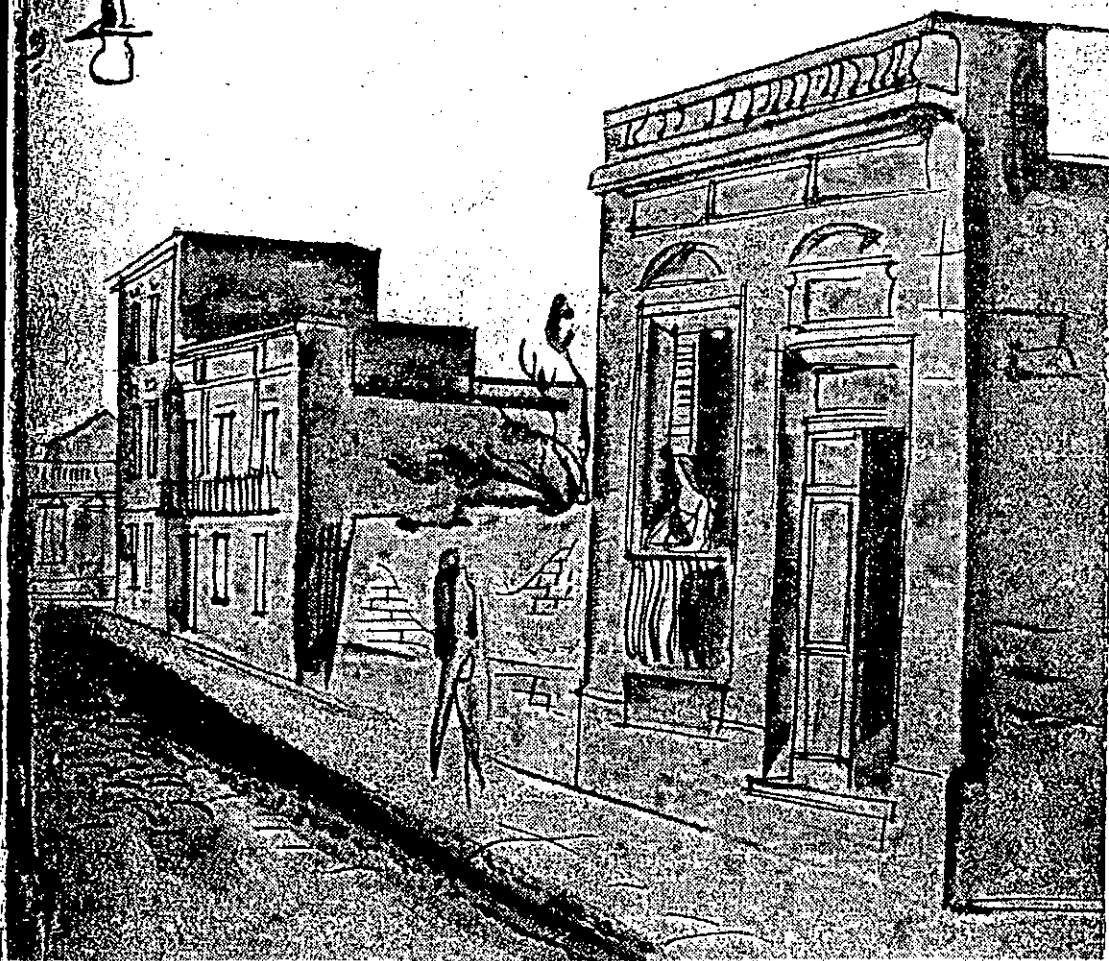




ROBERTO MARIANI
**LA CRUZ NUESTRA
DE CADA DIA**



16-8-21



ROBERTO MARIANI

NOTICIA

Roberto Mariani es, sin duda, uno de los valores más consistentes de nuestras letras en las últimas décadas.

Procedía del barrio de la Boca, donde nació, en un hogar modesto, el 12 de junio de 1893.

Trabajaba su prosa con ahinco, de tal modo que correspondiera al fondo, al espíritu de su creación de arte.

Lo demostró a través de su obra.

Un marcado desdén a los oropeles y las elegancias de forma, sí, pero no despreocupación o descuido. Y no es casualismo, verbigracia, la frecuencia de figuras de repetición en su prosa detallista; es su modo, consciente e intencionado de expresar "la cosa" en un lenguaje necesario, preciso, vívido, exacto.

Mariani irrumpe en el interior de sus criaturas, y con atisbos penetrantes realiza una laboriosa indagación para desmenuzar el suceso psicológico.

"La Cruz Nuestra de Cada Día", una de sus últimas novelas, que hasta ahora permanecía inédita, aparece hoy y constituye a nuestro parecer, con "Cuentos de la Oficina" y "En la Penumbra", lo medular de la obra de Mariani, quizás la más densa.

La Cruz Nuestra
de Cada Día

PRIMERA EDICION

*Queda hecho el depósito
que marca la Ley 11.723.
Copyright by "Editorial Ariadna"*

COLECCION FLOR DE LEER

IMPRESO EN LA ARGENTINA

Este libro se terminó de imprimir el 25
de julio de 1955, en los Talleres Gráficos
ABECE, Hipólito Yrigoyen 1964, Buenos
Aires, con composición mecánica de
Linotipia Fobera.

**LA CRUZ NUESTRA
DE CADA DIA**

Novela

DONACION
PEDRO LARRALDE



Buenos Aires



Argentina

800 (22) - 21 Mariamit
de Cruz...

16-8-51

16267-

PROLOGO

Roberto Mariani es, sin duda, uno de los valores más consistentes de nuestras letras en las últimas décadas. Sin embargo, es de lamentar que no haya logrado todavía la consagración que merece su recia obra de escritor.

No obstante que en los medios intelectuales y literarios se le conocía, se le consideraba, tampoco sus libros alcanzaron la difusión que cabía esperar de ellos, acaso porque el espíritu insobornable de su autor, lo llevó siempre a desdeñar el éxito fácil, el arribismo. Pero, en el tiempo, lejos de pasar al olvido, acrece el interés hacia él y hacia el legado de sus obras.

Una cruzada literaria que tuvo la virtud de mover el ambiente y atraer la atención de los espíritus cultos, hace alrededor de treinta años, agrupaba las dos conocidas tendencias de Boedo y de Florida. Mariani militaba en la primera, donde actuó con el ardor juvenil que fué la característica de aquel saludable movimiento.

Procedía del barrio de la Boca, donde nació, en un hogar modesto, el 12 de junio de 1893. Después de cursar sus estudios primarios y el bachillerato, ingresó en la Facultad de Ingeniería. La verdad es que el cálculo infinitesimal y las constantes y los "quantas", encendieron en él un entusiasmo muy limitado; más le atrajo la lectura de los clásicos... Desertó de las aulas universitarias; ansioso de seguir su legítima vocación; pero, a la vez, se vió en el caso de administrar el tiempo muy sabiamente, repartiéndolo,

entre la inexorable lucha por la vida, y su labor periodística y las letras.

Es así como, en 1921, aparece su primer libro, "Las Acequias y otros poemas" editado por la revista "Nosotros", con ilustraciones de Riganelli. Le siguen, en 1925, "Cuentos de la Oficina", cuyo segundo premio municipal empató con Ernesto Morales, y que mereció el cálido elogio de Roberto Payró. "El amor agresivo" (1926); "La Frecuentación de la Muerte" (1930); "En la Penumbra" (1932), novela a la que se adjudicó el segundo premio municipal, y "Regreso a Dios" (1943), calificada como la mejor novela del año, con faja de honor, por la Sociedad Argentina de Escritores.

En 1938 estrenó en el "Teatro del Pueblo" una comedia dramática en cinco partes, titulada "Un niño juega con la Muerte", con la que obtuvo un empate por el premio municipal; y, en 1943, en el mismo teatro, "Veinte años después", o "Todos los hijos de Dios somos buenos".

Hállase inédita, aun, una novela "Los Empleados"; que es segunda parte de "Cuentos de la Oficina".

La lista no termina aquí, pues ha de completarse con algunos relatos breves, nutrida colección de artículos y colaboraciones dispersos en diarios y revistas, algunos poemas y ensayos de crítica literaria, y, por último, afortunadamente hoy aparece "La cruz nuestra de cada día", la novela contenida en este volumen, que es, sin duda, una de sus mejores obras, tal vez, la de más enjundia.

Mariani era más bien alto, de temperamento sanguíneo, rubio; caracteres que denunciaban su ascendencia lombarda. Mostraba una figura un tanto desgarbada, no exenta de pulcritud y atildamiento. Caminaba como al desgaire. Era nervioso, áspero, cortante, mordaz, diestro en el manejo de la ironía y el sarcasmo. Pero estos rasgos que apuntamos en forma rápida, constituían su aspecto exterior; su modo aparenicial, la máscara de que se servía para disimular sus verdaderos sentimientos; rasgos que a través de los años fueron esfumándose, para reflejar, ya sin reservas, un espíritu temperante, amor a los humildes, piedad, bondad de alma comprensiva y solidaria.

"Algún día tendré dinero; pero será cuando esté viejo y enfermo, cuando ya no pueda disfrutar de la vida". Esto decía quien jamás se desvivió por la crematística, y condensó este vano presentimiento, en sus versos

".....un día tendré oro.

Será cuando no tenga juventud mi emoción.

Recordando mis años mozos, frente al tesoro,

Seré un viejo gruñón."

"Las Acequias"

Vano presentimiento, sí. Ni tuvo nunca dinero, ni llegó a viejo. Y, al contrario, siempre fué joven y siempre fué un emotivo.

Empleado en el Banco de la Nación y en el Ministerio de Obras Públicas, escribiendo en la Alcaldía de Bernal, periodista, ... sus magros ingresos apenas si le alcanzaban para cubrir con dignidad las necesidades elementales de una existencia sobria; siempre debió limitar sus posibilidades de escritor, subordinándolas a la dura lucha por el propio sustento.

Asimismo, resultó frustránea su sospecha de que llegaría a ser "un señor respetable y grotesco", "un viejo gruñón". Se fué de la vida cuando arribaba a una vigorosa madurez literaria.

No cabe aquí, ni siquiera el intento de un examen, o una revisión crítica de su acervo: pero si alguna referencia a los rasgos más fundamentales de su temperamento de escritor.

Al parecer, Mariani se angustiaba poco por la forma. La verdad, sin embargo es distinta. Trabajaba su prosa con ahínco, de tal modo que correspondiera al fondo, al espíritu de su creación de arte.

"El estilo es la cosa", dijo alguna vez; y añadió "Algún día explicaré esto". Pero no lo explicó. Hizo más; lo demostró a través de su obra. Un marcado desdén a los ornamentos y las elegancias de forma, sí, pero no despreocupación o descuido. Y no es casualismo, verbigracia, la frecuencia de figuras de repetición en su prosa detallista; es su modo, consciente e intencionado de expresar "la cosa" en un len-

guaje necesario, preciso, vívido, exacto. Se trasluce este empeño en su "Invocación al adjetivo"... "Único, irremediable, destinado, fatal":

"acude presto y trisca sobre la arista fina de la pluma, y enmarca la palabra divina; sutiliza el concepto; da vigor al vocablo y emoción a la frase del idioma que hablo." y esto, a fin de que el verso sea

"..... irremediablemente, la fiel prolongación del latido interior."

"Las Acequias"

Es que Mariani jamás se dedicó a juegos de ingenio, a "divertissements", a la eutrapelia. Escribía porque tenía mucho que decir. Sus personajes no son seres de existencia sedentaria y apacible. Casi siempre introvertidos y complejos, piensan, sufren, se debaten en el dolor y en la amargura de un vivir atormentado.

Desde su primer libro, se instala en él la inquietud, la angustia, la idea de muerte; lo que Kierkegaard denomina "filosofía de la desesperación", o Unamuno "el sentimiento trágico de la vida".

El suicida de la "Frecuentación de la Muerte" no se da tregua analizando sus vivencias en "la aproximación" y la "anticipación" del más allá. Este sentimiento de angustia, esta idea de muerte, persisten en casi todos sus libros, "En la Penumbra", "Regreso a Dios", etc.

Mariani se insinúa "en el mundo moral y filosófico del ser humano", según la fórmula de Stephan Zweig; irrumpe en el interior de sus criaturas, y con atisbos penetrantes realiza una laboriosa indagación para desmenuzar el suceso psicológico. Se advierte esta técnica en casi toda su obra, aun en la de factura más ligera. En "El Amor Agresivo", por ejemplo, construye cierta dialéctica del amor, y aun cuando, el amor no se preste a la dialéctica, se observa a través de ella, el mismo buceo psicológico, no libre de libre de espíritu travieso, como en el cuento "Me llamo Alfonso Fernández..."

Pero en todos sus libros se destaca con rasgos vivos, su

profunda comprensión humana, su solidaridad con los seres que sufren, con el débil, con el desvalido, con el desposeído de fortaleza moral.

Un día Mariani nos hablaba de su comedia dramática "Un niño juega con la Muerte", a la que por entonces hallábase dedicado. Aludía al clima de la obra, al ambiente de niños que se debaten en él, con sus actitudes, posturas y sentimientos de jóvenes que aun no llegan a ser hombres. Advertimos pronto que enderezaba su acendrada simpatía hacia el protagonista, que es un enfermo, un reprimido. Como se lo hiciéramos notar, explicó: "Lo quiero, porque es un párvulo que brega por salir de la cárcel de sus sentimientos, un enfermo".

La referencia quizás pueda tildarse de intrascendente; pero, a nuestro modo de ver, posee un valor anecdótico, en cuanto descubre una de las características más significativas de Mariani, en su producción literaria.

"La cruz nuestra de cada día", una de sus últimas novelas, que hasta ahora permanecía inédita, aparece hoy y constituye a nuestro parecer, con "Cuentos de la Oficina" y "En la Penumbra", lo medular de la obra de Mariani, quizás la más densa.

El autor nos sitúa, a través de su relato, en una de las casas de vecindad de la Boca, viviendas que reúnen gente de la más distintas procedencias; Babel caracterizada por diversos y aun contrarios sistemas vocálicos, —"árabe, griego, napolitano, toscano, castellano, andaluz, gallego y guaraní"—. Trátase de seres que por la preocupación del porvenir inmediato, con su acervo de amarguras, estrecheces, hambre, enfermedades, acosados por el temor, se debaten en lucha constante, sórdida e inmisericorde.

Llevado como por una vocación de pobreza y simpatía humana, Mariani nos pone en contacto con sus personajes. No ignora las inquietudes, los afanes, los esfuerzos denodados que ellos realizan por librarse de esa rémora que persevera en atarlos a un infortunio irremediable. No ignora sus debilidades y sus ardores, sus lados ridículos.

Asistimos así a la existencia que cada uno de esos personajes arrastra fatigosamente. "Edo, el protagonista, un párvulo de quince años que vive su propia tragedia y la de los demás, la del "papá", de la "mamá", de Olaf Petersen el marino, de Esteban, mártir y esclavo de sus estudios de violín, de Robles, Secretario del Juzgado de Paz, maimado y coimero...

Mariani agota en el relato, sus temas preferidos: la vida de los humildes, "cruz de cada día" que ellos conducen aplastados bajo el peso de sus existencias; sus conflictos, que casi siempre derivan en el malestar hogareño, sus problemas, que nunca son inéditos o nuevos, sino que, una vez resueltos, vuelven con reiteración fatal. "Esto es lo que tiene la pobreza: el repetirse periódicamente los mismos problemas, que exigen idénticas soluciones e industrias cada quince días, cada treinta días, para el almacenero, para el alquiler, para los medicamentos. Hay que repetir los mismos esfuerzos decorosos o indecorosos, las mismas majestuosas, argucias y mentiras, historias melodramáticas".

Se diría que bajo el lente de un microscopio, en un quehacer proustiano, el autor analiza uno por uno los sentimientos, las ideas, las vivencias de sus criaturas, y nos instala en el interior de sus almas angustiadas. Relato doloroso pero humano, hondamente humano...

**

Falleció el 3 de marzo de 1946, a raíz de un colapso de hipertensión arterial.

Mariani, que en el orden espiritual tenía una concepción metafísica del ser absoluto, tiempo atrás había compuesto unas súplicas que tituló "Letanías del 4 de marzo".

Y bien, ignoramos qué significado tendría para él esa fecha, y qué coincidencia puede haber en esto. Pero no podemos menos de meditar que el 4 de marzo, precisamente el 4 de marzo, transcurrió su primer día en el más allá...

AURELIO RIZZA.

EDO

—¿Sabrás ya, naturalmente, que el azúcar aumentó, eh? ¿No hablan de estas cosas, ustedes, en la tertulia de la lechería, eh? ¿No? Es claro; no hablan de esto. No son asuntos importantes. ¿De qué hablan, entonces? ¡Ah, sí... de política, de arte...! ¡Mil diablos...! ¡Y ese violín que no acaba nunca!

Mamá rezonga siempre. Trabaja y rezonga. Parece aliviarse charlando así, hostigando a papá; o repitiéndome a mí que deje el taller mecánico: "hacete comerciante, hijo"...

Ahora mamá está fajando a la Chola. Las fajas las hizo mamá cosiendo una cantidad increíble de retazos. Aquí, en las casas pobres, no se tira nada. Pero la Chola se está haciendo ya grandecita para todavía permanecer rígida dentro del tubo de la faja. Y este es hoy el meollo del rezongo; mamá quiere unas monedas para comprar género y hacerle un vestidito. Y papá no tiene plata. Ya estamos a once de mes.

Mamá está nerviosa y rezonga; rezonga sin dejar de bajar. Papá, en cambio, calla siempre. Calla; pero calla de un modo muy peculiar; lee, no mira a mamá, no responde, tiene los ojos bajos; y no por vergüenza.

Sencillamente; papá calla por haber descubierto que es el mejor método.

Papá lee diarios, revistas, algún libro que le presta un camarada de oficina. Así pasa las horas aquí, en casa. Así pasan los días, los meses y principalmente el tiempo de las comidas; aunque, es natural, hay momentos en que mamá habla a otros dejándole a él en paz; a mí, prefiere aconsejarme que abandone la mecánica y me haga comerciante. Y este tema aparentemente simple, en los la-

bios de mamá en seguida adquiere formas e intenciones enderezadas hacia papá: "hacete comerciante, Edo, hijo, así tendrás en cualquier momento dos pesos para comprarle un vestidito a tu hijita"... Algunas palabras dirigidas directamente al Coco no las comprende éste; es que han sido dichas para papá.

—¿Pero, cómo diablos no tenés tres pesos, se puede saber? ¡Ya no voy a seguir con las fajas...! ¡Ya está grandecita...! ¡Ese violín que me está rascando las tripas...!

Mamá levantó un brazo como deteniendo las escalas que vienen desde la pieza de abajo, donde Esteban estudia obstinadamente. Es claro, las escalas continuaron. Mamá olvidó el violín. Papá calla.

El sueldo de papá es escaso para un matrimonio con tres hijos. A pesar de todas las cosas muy interesantes, muy curiosas, hasta picarescas, que debemos realizar, el sueldo de papá nunca alcanza, se retrae, se aleja, o vuela o se escurre casi con una especie de voluntad propia. Yo traigo a casa algo; soy aprendiz en el taller mecánico de Alberto, a la vuelta de casa; sesenta centavos al día. Algo es algo. Pero el sueldo de papá decididamente es tenue; el sueldo de papá, antes de cubrir las urgencias primordiales, se deshizo como humo de cigarrillo.

A veces, en el rezongo de mamá, rejuntando frases, descubre uno toda una historia de amor, de arte, de pasión, de esperanzas y de miserias. Mamá dice a veces cosas desagradables; confiesa haberse equivocado casándose con él. Él, es papá. En esta época, él es papá; como ella, —en mis diálogos con él— es mamá. Yo, es claro, prosigo hablando con ambos sin seguirles en este camino de substituir las tan hermosas palabras: papá, mamá, con los pronombres. Estas son cosas minúsculas, pero han de tener algún sentido profundo; acaso, la hermosa palabra "papá" no quiera salir limpia de los labios de mamá; acaso, la hermosa palabra "mamá" no quiera salir limpia de los labios de papá. De mi boca salen fáciles...

Yo estoy cierto de que, si nuestra vida no fuese tan estrecha, tan apretada, tan entregada a problemas peque-

ños, papá me diría, por ejemplo: "Edo, ¿dónde está mamá?"

—¡Ese violín!... ¡Ese Esteban, finalmente, acabará como vos!... Sus diligentes manos, laboriosas y eficaces, laboran incansables.

—Tanto arte, tanto estudio, y se morirá de hambre en una infecta pieza de conventillo... ¿Para esto sirve tanto arte, pintura o violín...? Yo no sé cómo no aprenden los hombres a vivir... ¿Por qué, sólo son hombres los que hacen pintura y música...? Las mujeres son más inteligentes y comprenden que primero es otra cosa...

Llegan a esta habitación nuestra aquí arriba, los renovados e inacabables tironeos que Esteban da a las cuerdas del violín; vive Esteban en una pieza abajo, con la madre y una hermana; es oficinista en una barraca de maderas; cuando al atardecer llegar a casa lo primero que hace es abrir el pequeño ataud del violín y extrayendo el instrumento y el arco comienza a enfilar sus escalas. En seguida la madre le presenta el primer mate; Esteban continúa impertérrito un ratito; suspende; recibe en el hueco de su mano la calabaza, absorbe por la bombilla, la infusión, devuelve el mate y otra vez la emprende con las escalas; durante unos veinte minutos, el estudio está interceptado por los mates, por silencios que el mate llena. Pero, ah...

Cuando dice a la madre: "No quiero más", comienza la segunda parte: no hay ya interrupciones hasta la hora de cenar; Esteban estudia; los chicos que alborotan en el patio, los hombres que dialogan echándose frases desde veinte metros, altas y a veces tajantes, no impiden el ensimismamiento de Esteban; puede caerse el mundo, las paredes del mundo pueden caerse; Esteban continuará con su arco. Sólo se detendrá cuando la madre camine y deposite sobre la mesa la humeante sopa.

A mamá el violín con sus tironeos volvedores, insistentes, los mismos siempre, le hiere el oído; ella dice: me raspa las tripas, pero no creo que le moleste más que a otro; lo que hay es que vuelca sobre el violín de Esteban sus reacciones personales contra el arte de la pintura, que fué la perdición de papá. Papá tuvo muy profundos sentimientos artísticos; su natural se inclinaba al color, hubie-

ra vivido entre colores toda su vida... Estudió pintura con un maestro mediocre que le hizo perder unos años. Al mismo tiempo, aprendía contabilidad, teneduría de libros, y cosas de este género comercial, incluso inglés. Fracaso en la contabilidad, fracasó en el inglés, acaso por entregarse demasiado a la pintura; fracasó en la pintura acaso por no entregarse demasiado a ella... Para mamá, entonces, es el arte, por una ilegítima generalización, un sacrificio inútil que arrastra en su derrota y caída todo lo que encuentra en el camino: la salud, el amor, los estudios "serios", el hogar, el empleo, las relaciones sociales o fructuosas... Ah, las cosas que a estos propósitos decía mamá: "Con el arte no se come, —no le pago la visita al médico diciéndole que conocés a los pintores flamencos— primero es el hogar y no el arte; el hombre debe tener amigos en todas partes y no recluirse ahí, como ese Esteban, dale y dale con el violín, sin amigos... y hasta sin amor... ¡Pobre infeliz! ¿no tiene vergüenza?"

El fracaso total de papá le duele a ella, como que lo ha padecido ella siempre; otra cosa hubiera sido de haber conseguido mi padre alguna posición seria, sea en el mundo del arte, sea en el mundo de los negocios, o en la burocracia. Ella ya no cree que el arte pueda dar nada —en el sentido sobredicho— a nadie. Mamá odia el arte porque ama a sus hijos. Hay que comprender esto para comprender a Mamá. Y sería bueno que esto mismo lo dijera un pintor, un músico, un poeta. Cuando se odia al arte, es porque se ama el hogar y la familia.

—¡Ese violín del diablo...!

La palabra diablo suele reemplazar a otras de muy mal gusto. Hay en mamá, en medio de enérgicas conductas y lenguajes sonantes, ciertas delicadezas de expresión y de acción, que le vienen de su infancia burguesa. Estamos todos tan habituados al violín de Esteban, que no lo oímos, o dejamos de oírlo.

Pero mamá lo percibe y lo recuerda; a veces pienso si no lo haría a propósito, para tener un objeto sobre el cual despotricar y blasfemar, al cual acusar directamente. Porque, es claro, los ataques a papá tienen límites.

Yo tampoco padezco los rezongos de mamá... El violín

de Esteban, los rezongos de mamá, son como esos vientos que soplan y le obligan a uno a sujetarse el saco para que no se hinche y agite, y sin embargo uno prosigue naturalmente su camino.

Los más acerados sarcasmos de mamá sobre los suntuosos sueños de gloria y dinero soñados por papá, ¿cómo los recibe éste? No podría saberlo. Él, papá, calla siempre, es decir, durante esta época que estoy describiendo, papá calla obstinadamente. Ni siquiera, nunca, por ejemplo se enojó de pronto pegando un golpe de puño sobre la mesa diciéndole con voz levantada y áspera: "¡Oh, bueno, basta, acábela...!".

Es muy curiosa esta actitud de papá, que no es hombre débil, ni tonto, ni nada parecido; al contrario, como se verá después, cuando cuente aquellos sucesos en que intervino personalmente; y que para eso había que tener bien puestos los pantalones.

Pensando y pensando sobre estas cosas alcancé una sospecha: papá le paga a mamá su cuidado amoroso del hogar y de los hijos y la solución de problemas domésticos, de esta manera: callando, evitando disenciones.

¿Y yo? ¿Estas escenas continuas, me duelen? ¿Me lastiman? No. Estoy, ya lo dije, tan habituado. Son cosas no agradables, son cosas que mejor fuera que no sucediesen; cierto; pero cierto en el mismo grado es que carecen de dramaticidad, de dolor, de amenazas. No me impiden comer, ni dormir, ni reirme. El drama, en todo caso, sería, a veces, la miseria, no la pobreza; menos, entonces, unos simples rezongos volvedores sobre unos sueños rotos o una periódica necesidad de dinero.

El no sentirme yo lastimado no señala hacia mi intimidad negativamente; no indica ni indiferencia, ni insensibilidad, ni egoísmo; menos, todavía, esos sentimientos que suelen esfatizarme así: ¡hijo desalmado o frío! Porque una de las cosas que sobre la pobreza existe es la colección de sensiblerías, tópicos, lugares comunes, y frases enfáticas. Generalmente se confunde pobreza con miseria. Los rezongos y reproches de mamá, el silencio de papá, son cosas de la pobreza. Me es difícil explicar que sea la pobreza a las gentes que no han sido pobres. Se piensa que la po-

breza sea siempre lloro, dolor, desesperanza, diálogos profundos o trágicos. Se piensa que la pobreza sea ausencia de felicidad, de amor, de sensibilidad. La pobreza, en cuanto a estos elementos de la vida humana, los posee lo mismo que la riqueza; es decir, se trata de problemas personales, esporádicos, particulares; que se resuelven bien o mal o no se resuelven; lo mismo que en la riqueza, hay presencia y ausencia, en la pobreza, de amor, dolor, felicidad, esperanzas, desesperanzas, lujo y sed; hay de todo lo que aflige al individuo. En cualquier hogar cae enferma la madre; sea rico o pobre el hogar, hay, es natural, angustia, miedo, dolor; vaticinios, tristeza, esperanzas; al cabo de un tiempo, unas horas o unos días, los hijos ríen en la cocina o en la sala.

En la pobreza, el primer consuelo es el hábito; el hábito es en la pobreza un elemento imprescindible; infeliz del ser humano que caiga en la pobreza y no sepa habituarse a las numerosas ondas y corrientes del vivir... Un poco dejarse llevar por las aguas, un poco ir detrás de la gente, un poco esperar no se sabría bien qué...

Falta, por ejemplo, kerosene; y no hay, por el momento, los centavos para adquirirlo; se tiene sólo veinte centavos; búscase entonces a una vecina que pone lo que falta; y después se reparte el kerosene. O no se tiene ni siquiera esa moneda de veinte centavos, que ya es no tener; se pide prestado a otra vecina lo suficiente para el vientre de la lámpara. Cuando se lo obtiene así, a préstamo, se acabó el problema. Se acabó la preocupación. Se acabó la pobreza, en cierto modo temporal y provisional. O si se trata de la leche, que es necesario calentar, y se carece de carbón siempre hay un hornillo encendido cuya dueña lo presta por un ratito. Y bien: esto es la pobreza verdadera: una suma de molestias, de dolores, de preocupaciones; cuando se resuelve un problema, la pobreza deja de ser. Por modo que la pobreza es activa pero se realiza por pedazos, por problemas. Es claro que la pobreza tiene otras notas que irán apareciendo después; sólo he querido prevenir la verdad y despejar de énfasis el camino que caminaremos.

El pedirse los unos a los otros cositas minúsculas no

es cosa agradable, pero tampoco es cosa molesta; estamos habituados.

Tampoco es alegre oírle a mamá sus rezongos; mirar a papá callado, leyendo, sin responder... Estamos, papá y yo, habituados. No es cosa alegre, pero tampoco duele. Forma parte de la pobreza; está en el orden natural de las cosas; la vida es así.

—Sos un fracasado. Ah, me hubiera casado con Romeo. No era pintor, pero ahora está en la casa Drysdale y cómo viste bien... No le faltan dos pesos para corbatas de seda... Eso se llama progresar en la vida. Vestir bien, tener con qué comprar un sombrero, o comprarle a los hijos lo más principal. Ni digo cosas de lujo, no. Pero vos... ah, ahí te estás, estancado, como un poste que se pudre debajo del agua... ¡Nada...! ¡Y... bueno...!

Papá calla. Pero yo iba conociendo la historia de los amores de mis padres y sucesos atañederos; un gran amor ingenuo y sincero; pobreza, esperanzas, sueños, de pronto, "barranca abajo", como dice mamá...

—Basta, Edo, de leer, basta. Son las ocho, ya. Andá a dormir, no vaya a suceder que... Y bueno, mejor sería que Alberto te despidiera. Dejé el taller. Hacete comerciante...

Mamá está arrojando sobre la mesa la carpeta, después de la cena. Es una costumbre burguesa que mamá no quiere abandonar. La carpeta está vieja, deshilachada, pero limpia. No; así no: la carpeta será todo lo vieja que quieran, pero en mi casa después de las comidas se tiende la carpeta sobre la mesa. Ah, Dios, yo quisiera que la misma gente que comprende las más profundas argumentaciones filosóficas, comprendiese todo el valor que hay en esa simple nota...

—Hacete comerciante. Serás mecánico, ah... Todos son mecánicos, hoy. Con eso de los automóviles y los camiones ahora todos quieren aprender mecánica... Habrá demasiada competencia. No todos tendrán automóvil, pero todos tendrán que comprar azúcar... Hacete comerciante, Edo. Miralo al Martín Urrutia... ¡vasquito terco!

Martín Urrutia es el dueño del almacén que hay en el frente del conventillo.

—Aunque, menos mal, Edo, querido, que no te dió por el arte... Ah, Edo, cómo lloraría yo, a solas, si te viese inclinado al violín, o a esos pomos de pintura... No... no... Edo, no... ¡Por Dios te lo pido...!

Y mamá compuso una cara afligida.

Yo había tirado hacia mí la punta de la carpeta; papá había retirado el cuerpo de la pestaña de la mesa; dejó así caerse un flanco de la carpeta. Puesta la carpeta en la mesa la habitación adquiría una cordialidad casi humana. Depositó mi libro de aventuras y proseguía la lectura. Al lado, tenía siempre una libretita que regalaba el aceite "Cádiz", en la cual yo apuntaba noticias interesantes aprehendidas en mis lecturas o recogidas de las conversaciones, especialmente de labios de Olaf Petersen. A veces tenía que escribir unos cuantos párrafos; no sé cómo mamá no advertía que mi escritura podría acaso acercarse al arte odiado por mamá... Escribir, pintar... Sólo una vez me preguntó, intrigada, qué estaba escribiendo.

—Una cosa que me dijo Don Pedro. —Don Pedro es Olaf Petersen—. En los mares de la India...

—¿Y por qué lo escribís? Recordalo sin escribirlo...

—Pero, mamá, me estoy distrayendo, sino, tendría que salir a la calle, y gastaría las zapatillas...

No la convencí; pero me quería tanto que aceptó mi explicación.

La hinchada bomba de la lámpara a kerosene despedía una claridad suave y cordial. Los ángulos de la habitación estaban desdibujados.

Mamá dejó de rezongar. Papá puso sobre la mesa una revista traída desde la oficina. Mamá la recogió y se sumió en su lectura. El Coco ya se había echado sobre el colchón. La Chola hacía rato que dormía...

DOÑA ROSA

Esto de que yo sea finalmente comerciante es un tópico vovedor, en mamá. Tiene relumbré y prestigio el comerciante, en primer término —y no se asombre nadie— por-

que siempre trabaja y nadie puede despedirle echándole en las tribulaciones consiguientes de la desocupación; en segundo lugar acrece su fama y gloria en aquellos barrios y aquellas gentes, el dinero apresado; y en cuanto a mamá, el comerciante subió a alturas desmedidas por contraste con el fracaso y el ridículo del arte practicado por papá. La relación no es legítima, pero "es"; se ha establecido en la mente de mamá. Ninguna argumentación lógica podrá destruirla.

—Hacete comerciante, Edo...

Una tarde de sábado en que papá "no tenía oficina", me acompañó cuando salí para ir al taller. En la calle —¿y dónde, sinó, hablaríamos confidencialmente?— me dijo su pensamiento sobre la profesión u oficio que debía aprender y practicar. Caminábamos despacio; hablábamos lentamente y con voz suficiente; me dijo, entre otras cosas, que yo no debía ser comerciante, que no podría serlo. Siempre es muy interesante que le hablen a uno de uno mismo y más si en vez de consejos y rechoches se trata de adivinaciones delicadas que podrían ser entendidas como elogios laterales, por así decirlo. "Vos no servís para eso; hay que engañar y estafar; hay que ser frío con la chica que tiene hambre, con la madre que no tiene dinero, y cosas así. Y una de dos: o yo quebraría, fracasaría, quemando el dinero invertido, o de lo contrario, me transformaré sencillamente en un ladrón.

Es claro que este dilema ha estado mal planteado; pero muchas veces es necesario expresarse por contrastes violentos para ser entendido mejor.

—Y vos tenés ciertas delicadezas... Por la noche te arrepentirás de alguna pequeña felonía y no podrás dormir. No, Edo, no. No servís para comerciante. ¡Qué le vamos a hacer! Dejalos a los otros perseguir el dinero... Allá ellos. Al final se sabrá si el dinero les dará la tranquilidad, la serenidad, la paz...

Yo era hijo de papá. ¡Cómo le comprendía, como sentía junto con él esas cosas...! ¡Papá...! Pocas palabras, alguna mirada, bastaban para entendernos en lo esencial. Con mamá, en cambio, era necesario un diálogo largo, repetido, nitido, casi sin sobreentendidos.

A pesar del exceso de palabras y de explicaciones, muchas veces yo debía interpretarla a mamá; en cambio, una frase de papá era en seguida comprendida y sentida.

Me es difícil explicar la dignidad de papá, como es siempre muy difícil extraer y mostrar valores espirituales positivos en una materia, por así decirlo, visualmente negativa; papá era un hombre, aparentemente, fracasado, caído, pobre, desde cierto punto de vista sensible. ¿Cómo entonces contraponer a esta realidad de los sentidos primarios, una distinta realidad, una realidad, digamos, espiritual, moral, religiosa, de signo contrario? Sin embargo, papá tenía su dignidad, su fortaleza, su moral, tenía sus "triumfos". Ya veremos más tarde cómo la actitud de papá llegó a emocionarme y obtuvo de mamá un reconocimiento definitivo.

Pesaba sobre papá, es claro, su fracaso artístico, su fracaso burocrático, su fracaso económico. Barranca abajo, decía mamá; ni siquiera nos mantuvimos en el mismo nivel alcanzado un día entre los días. El hombre es estimado, enjuiciado, desde puntos de vista equivocados, o mejor dicho, parciales. De papá, por ejemplo, nadie piensa en el hecho de que, sentado todos los días en su silla de empleado nacional, no hace mal a nadie, no estafa a nadie, no empuja a nadie con el codo para avanzar él; nadie piensa en estas cosas; menos se le ocurre pensar en los esfuerzos de papá para sostener su hogar, para no dejarse llevar por la violencia. Nadie da valor a estas actitudes; sólo vale el dinero, la jerarquía, la consideración social. Pero dejemos esto; solamente sentí la necesidad de impedir fáciles juicios vulgares y erróneos respecto de mi padre.

Me gustaría contar ahora algunas actitudes de papá; sólo voy a resumir algo: un día, invitado a entrar en un comité político con promesas de un ascenso, se negó, diciendo que no quería ir contra sus sentimientos particulares, ni quería servir de estribo para doctorcitos ambiciosos y oblicuos. Lo dijo; pudo callarse sus razones. De esta manera, es claro, no se hace carrera burocrática.

Aquella tarde de sábado, me decía:

—La cuestión, para defender el espíritu de uno, que es

lo que vale, es acostumbrarse a ser pobre. Aguantar la pobreza. Se puede aguantar. Tiene sus compensaciones la pobreza. Por ejemplo, la tranquilidad con que uno puede mirar a la muerte cara a cara cuando sea la hora.

Estas palabras de papá debían, naturalmente, mezclarse con las palabras, tan distintas, de mamá:

—El lechero ya no fía... Y, bueno, tendremos que pedirle a doña Rosa, otra vez... ¿Qué le vamos a hacer!...

¡Doña Rosa...! Me he propuesto no olvidarla en los días de mi vida. Procuraré conservar su imagen a fin de que estimule en mí los sentimientos de generosidad y solidaridad.

Vivía con su marido, que era excelente carpintero con un tallercito. Tenían dinero; podían vivir en casas de pocos inquilinos, pero doña Rosa era "muy dada", necesitaba gente a su lado, necesitaba saber de los demás para ayudarlos. Carecían de prole, ¡y cuánto hubiesen amado a los hijos propios que no les dió Dios y que ellos mucho merecían! Doña Rosa era la misma generosidad. Resolvió apuros y miedos, cuando exigían simpatía, compañía o dinero. Todos los chicos del conventillo recibieron de ella repetidas muestras de afecto práctico además de cordial. Doña Rosa tenía un profundo sentimiento maternal; amaba a sus hijos no tenidos, en los hijos ajenos; y se enternecía cuando algún chico le devolvía una breve caricia.

Yo estuve muchas veces en el tallercito de su marido y allí aprendí los nombres de la carpintería.

—Papá, ¿y si aprendiese el oficio de carpintero? Es limpio.

Yo quería decir: es limpio y hermoso y noble. La madera es noble. Se pueden producir objetos maravillosos.

—Ya que estás en la mecánica, ¿para qué dejarla?...

MAMÁ

Mamá, y si tú no trabajaras tanto, y tan acertadamente y con amor, ¿podría yo perdonarte tu conducta agria y terca con papá?

Mamá: es tu trabajo, desde la madrugada oscura aún cuando te levantas la primera del lecho, hasta la noche cuando te vas a acostar —la última, es claro— es tu trabajo continuo, amoroso, apresurado, es tu abnegación, lo que quita a tus rezongos toda nota desagradable; por eso papá calla y te perdona, y también yo te perdono...

¿Perdonar? ¿Yo a ti? ¡Qué tremendo es esto!...

No puede ser así...

No encontré la palabra exacta. Cuando vaya una tarde de estas a verlo a Carlos, que tiene un diccionario, buscaré la palabra justa de mi sentimiento hacia tí, mamá. No comprendo todavía del todo mi intimidad. A veces, como ahora, porque no tengo la palabra justa. El viejo Olaf Petersen seguramente conocerá este extraño sentimiento mío, pero probablemente ignore la palabra pertinente. Olaf Petersen aprendió español en España y en Méjico; soy yo quien, a veces, le entrego a él la palabra española que necesita.

Perdonarte a ti, mamá, ¿qué? ¡Si todo te lo debo, yo!... Aquí, ciertamente, hay algo oscuro, que mi mentalidad, no madura todavía, no sabe por sí sola resolver. Podría acudir a Olaf Petersen.

Así como doña Rosa es la tabla de salvación de todos los que aquí en el conventillo temen ahogarse en problemas materiales, Olaf Petersen es para cuatro o cinco personas quien realiza la misma función para los problemas del otro género; quiero decir, para las cosas del espíritu.

Ahora yo necesito saberme a mí mismo: ¿cómo podría perdonar nada a mamá, si todo se lo debo?

Seguramente existe una palabra que yo ignoro; esa sola palabra aclararía toda la oscura confusión íntima mía.

Determinado a no desnudar impudicamente mi pequeño problema, habría tenido que referírsele de modo indirecto o por alguna alusión o por el intermedio de una anécdota apoyada en personas de ficción; pero me detuve, indeciso, pues me lo figuré en seguida a Olaf Petersen mirándome a los ojos para leer en ellos la fuente personal auténtica de la cual el suceso contado era un disfraz. Y yo, sorprendido, acaso me avergonzaría.

Necesito una palabra. La buscaré yo solo. Por otra parte

este es mi Destino. Mañana, mientras limpie meticulosamente con las manos sin intervención de la cabeza, bulones y tornillos, láminas y tuercas, buscaré, solo, la palabra faltante y necesaria, que seguramente posee Olaf Petersen.

ESTEBAN.

Estamos tan habituadas al violín de Esteban, que no lo oímos, a menos que en un acto voluntario y a veces esforzado, prestemos atención. Llegan las escalas del violín desde el cuarto de Esteban abajo, en gran parte enflaquecidas por la distancia pero más desgastadas por la algarabía de los chicos en el patio y los diálogos a gritos de los mayores. Pues el violín comienza a la tarde, cuando están de regreso en el conventillo los obreros y empleados que viven aquí. Esteban también trabaja sus nueve horas en una barraca sobre el Riachuelo. Comienzan los forcejeos del violín, los tironeos, y a veces las caricias, exactamente a las seis y veinte en invierno, a las siete y veinte en verano. Podrían acomodarse los relojes detenidos, tan exacto, tan obstinado, es Esteban en sus estudios. Comienza a tironear las cuerdas siempre un poco bajo y despacio y realiza por así decirlo variaciones caprichosas; es que todavía no acomete decididamente los estudios del día; la madre, apenas regresado de la barraca le va sirviendo unos cuantos mates. Esteban, no queriendo desaprovechar esos instantes, coge el violín y "se pone en dedos" suavemente, con ejercicios caprichosos. Pero, una vez que, satisfecho, dice a la madre "Basta", devolviéndole el último mate, ya los ejercicios dejan de ser livianos y caprichosos para ser rígidos, tenaces.

Esteban trabaja en la Barraca Santos, sobre una curva del Riachuelo, en una oficina del piso superior, desde cuya ventana podría ver, si tuviese tan desarrollado como el oído el sentido visual, las aguas del río, los barcos detenidos o que van pasando, el cielo muchas veces sucio, algún velero conducido por un remolcador. Pero no; Este-

ban es apuntador; lleva cuatro libros y unas libretas; tiene muchas veces que bajar al patio del corralón para llevar la cuenta de tablones, alfégaras, listones, machimbrados, postes, tablas, que llegan a la barraca o que salen de ella después de ser cargadas en las grandes chatas; Esteban cuenta una por una las unidades que los peones extraen de las pilas y conducen y colocan sobre las chatas; la cuenta se lleva por partida doble, cantando el peón de la casa el número de la unidad que va entregando o depositando en el carro, donde el carrero del comprador repite el mismo número. A veces, si salen de la barraca dos pedidos, se oye monotonamente el canturreo de cuatro hombres en dos parejas: ¡sietel!; ¡sietel!; ¡diez y seis!; ¡diez y seis!. Los apuntadores van trazando rayitas en las tarjetas; cuatro rayitas verticales, atravesadas por la quinta, horizontal.

El horario de Esteban es rígido; podría hacerlo un tanto elástico; por ejemplo, arriba, después de pasar a los libretos las cantidades de material entrado o salido, tiene momentos de descanso; podría mirar por la ventana un velero —el velero es tan lindo de mirarse, tan elegante de líneas, anda con tanta suavidad...— pero Esteban coge un libro de música y lee.

Cuando el reloj de la oficina da las seis en invierno o las siete en verano, Esteban, que ya se había cepillado el traje, pues hay en la barraca mucho aserrín, y ya había también deslizado el paño sobre los zapatos, toma el sombrero, dice "hasta mañana" al jefe, desciende la escalera, camina entre pilas de maderas, alcanza el ancho portón, gira a la izquierda y anda hacia su casa con paso regularísimo; casi rítmico, un poquito apresurado. Está contento; ahora brilla delante de él una luz: el violín. Una esperanza: el violín. Piensa y sueña con él como un adolescente pensaría y soñaría con una muchacha. Hace el camino siempre en la misma cantidad de minutos; no se detiene nunca; no quiere hablar con nadie a la salida de la barraca; saluda solamente, a los peones, a los carreros; al capataz.

Una tarde, sin embargo, su regreso tan regular, fué interceptado; un hombre disparó un balazo a otro y Este-

ban corrió hasta la esquina que dobló y no era su camino habitual; en seguida disminuyó el ritmo hasta el habitual; se encontró nervioso; estaba caminando calles desconocidas. Llegó a su casa unos minutos antes. Si alguna tarde viera Esteban cómo una chata cargada con tablones de pino spruce atropellase un niño, Esteban proseguiría su camino, o acaso apresuraría el paso dejando a otros seres humanos preocuparse de salvarlo.

Esteban vino a este caserón, a este conventillo, con la madre y la hermana, no hace mucho. Las escalas del violín comenzaron ese mismo día. Ese mismo día comenzaron también los chismes. Pero, al poco tiempo, la vida correcta y limpia de los tres, aventajó lejos los elementos del chismorreio. Sin embargo, algo, todavía, se guiso a propósito de Esteban, que diré después.

Al principio, desde mi pieza, yo oía el violín y lo atendía. Yo puedo leer, escribir, imaginar, y el violín no me molesta; o es como un acompañamiento, o es como —si así se puede decir—, una ilustración musical de mis pensamientos, y de mis imaginaciones. Después, poco a poco, dejaron de servirme. No es que fueran simples, sino monótonas, pobres. Continuaba oyéndolas, pero decididamente iban siendo cada vez menos atendidas. Hasta que desaparecieron. Estaban continuaba extrayendo escalas repetidas, viviendo su propia vida sonora, a mi disposición; las oía si así era mi deseo; no las oía si no quería oírlas.

Pero de pronto, a veces, contra mi estado de indiferencia; me sentía atraído por el violín; es que Esteban acababa de arrancarle una nota desesperada, o una escala bruscamente distinta y enojada. Porque Esteban se enojaba expresándose con notas.

Al poco tiempo mamá ya chillaba contra el violín. Esteban rascaba y rascaba, buscando la exactitud perfecta y no relativa ni aproximada; buscaba arrancar una nota determinada, con su altura, timbre y duración, a la cual debía seguir otra nota igualmente conformada a su voluntad; y detrás, una tercera nota también justísima, y así hasta completar un trozo. Para obtener lo que quería, qué paciencia, qué constancia, qué voluntad, qué dolor... Rascaba y rascaba; regresaba, proseguía; regresaba, rascando

siempre, inacabablemente. No una vez, ni diez; cientos de veces se repetía la misma nota. Decenas de veces se repetían las mismas escalas. Al parecer, algunas veces saltaban las notas justas, la primera de la escala, la segunda, la tercera; todas ellas bien; volvía Esteban a repetir toda la escala; acaso estuviera contento del resultado; volvía, sin embargo, a efectos de asegurarse mejor, a repetir la misma escala; una vez, dos, tres... Después seguía con otra escala. Rasca que te rasca. A veces una nota no quería salir del pecho del violín justamente como buscaba Esteban que saliese; no quería y no quería; yo, desde arriba en mi pieza, percibía ya ese suceso: una nota que no le sale a Esteban; una nota, solamente; porque, en tanto, por ejemplo, las cinco notas de una escala de seis se oían más o menos serenas, la sexta salía nerviosa, lastimada, o asomábase tres cuartos solo y no toda entera, o parecía escaparse de la resonancia peculiar de la escala; o francamente chillaba, rajaba, y Esteban con su paciencia sin fin al servicio de una pasión tan emocionante, continuaba, impertérrito, dale que dale, rasca de rasca, hasta que, vencido al fin, —¿y quién no cae desmayado o blasfemando alguna vez?— en ocasiones aparecía un espacio musical en blanco, bruscamente herido en su ámbito por una enojada blasfemia de Esteban, una blasfemia musical, unas enojadas y rápidas y chillonas notas rotas con jotas y erres aceradas, melladas... Es su forma de blasfemar... Pero no, ¿quién piensa que una pasión como ésta, pueda ser vencida por una simple derrota parcial y provisoria? He aquí otra vez el arco de Esteban deslizándose sobre las cuerdas, serenamente, tranquilamente, y ahora percibo yo hasta dulzura, ternura, en estas escalas; las mismas que le hicieron blasfemar; otra vez; lo mismo; rasca y rasca, y así...

—¡Cuándo la acabará ese loco! ¡Ya me tiene rotas las tripas! —dice mamá—. Es que mamá está preocupada con algún pequeño problema.

Al principio, cuando las escalas me servían como ilustraciones musicales de mis imaginéras, yo las percibía y hasta acaso colaboraba con Esteban dándoles sentido. Pero debido a la monotonía y semejanza de todas ellas, yo no

podía enriquecerlas mucho ni construir sobre ellas largas historias. A veces se trataba de una ola que se ve venir más o menos rápidamente, aumenta mi visibilidad, la ola se levanta, reverbera la espuma en su cresta, y se echa sobre el flanco del barco. Viene otra ola; y detrás, una tercera ola. Mar. Ruido de mar, lejanía, veleros de elegante andar sobre las aguas y el viento suave que apenas hincha las velas...

Quisiera anotar que una vez, las escalas eran para mí una especie de llamado; me llamaba no se quien... Yo atendía el llamado, y componía una historia, pero me quedaba corporalmente donde estaba, como en los sueños; de modo pues que en verdad me ha sido agradable la música de Esteban, sólo que, ¡tanto y tanto, tan monótonamente!... Comprendía a mamá...

—¡Rasca que te rasca! ¡Un día me enloquecerá, ése!... ¡Cuándo la acabará!...

Justamente en este punto, Esteban, forcejeando con una nota rebelde, extrajo de las cuerdas un cruj audible y muy afuera de la tonalidad de la escala.

—¡Ese me está estirando las tripas!...

Ahora voy a contar lo de los guantes y lo del agua caliente.

Hubo a estos propósitos, chismes, guasas y gracias. Los guantes llaman la atención, así sea en invierno, en aquel barrio; y Esteban los llevaba calzados cuando hacía frío; y en los días cálidos caminaba con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón. Los bolsillos —decían— estaban forrados de gamuza. No ya de lana, que al fin y al cabo entre los pobres es cosa conocida, sino de gamuza, que es material suntuoso, casi irreal. ¿Alguien le vió nunca a Esteban las manos desnudas? Aquello era interpretado como una nota de elegancia agresora, de pedantería ofensiva; o como una manía de tantas; o como exhibicionismo.

Nadie le vió tampoco en las piletas lavarse; decían que se lavaba en su pieza; decían que se lavaba con agua caliente, tanto en invierno como en verano.

Fué Olaf Petersen quien me dió la explicación. Esteban cuidaba cautelosamente sus dedos. Eran sus dedos los esenciales elementos de su arte; necesitaba que fuesen sanos,

ágiles, fáciles, lúcidos casi como la misma mente, obedientes a la voluntad y a la imaginación.

La contrafigura de Esteban era el griego del frente. El griego Demetrio tocaba la flauta. Sólo tocaba al atardecer, cuando regresaba del puerto; era estibador.

El griego Demetrio tocaba la flauta porque se le daba la real gana de tocar la flauta. Tocaba de oído. Ignoraba la escritura musical. Extraía del instrumento canciones de su tierra, o de su isla, porque era isleño y no recuerdo ya el nombre de su lugar. El griego Demetrio, —ah... es que pienso en Esteban— nunca hacía ejercicios ni escalas. Tocaba directamente canciones enteras, con principio, desarrollo, fin y sentido.

Esteban, que no era tolerante ni comprensivo, —todo modo de fanatismo es terrible y peligroso— respondió un día a alguien que le había preguntado por qué el no tocaba alguna cosa, como hacía el griego y respondió —que Demetrio no tocaba nada, ni canciones ni nada; ni tampoco tocaba la flauta; que “eso era soplar un tubo con agujeros”.

Es claro, con respuestas nítidas e innecesarias como ésta, no se hacía estimar Esteban, ¡y tanto que lo necesitaba!... Porque la primera agresión, social o comunal, según el informal código de la convivencia allá en aquel barrio, y más en el conventillo, el primer insulto a los demás, era la soledad y el retraimiento como posición de menosprecio, como voluntad consciente de no querer relacionarse con los demás. Esto es serio. Esteban no se daba con los habitantes del conventillo; rechazaba hasta el diálogo al paso. Su retraimiento era un rechazo y un menosprecio.

Y su juicio sobre la flauta del griego podía contener alguna justicia desde cierto punto de vista estrictamente artístico, pero era vitalmente, humanamente injusto. Nunca Demetrio pretendió calidad artística y en consecuencia constituía una argumentación en el vacío apoyarse en una validez que no se exige y en un fin que no se persigue. El griego, sencillamente, tocaba la flauta porque le daba la gana; y tocaba canciones de su isla porque le gustaban

las canciones de su isla y de su infancia y de su juventud. Y él gustaba y se ponía contento.

En vez de forcejeos repetidos y de retorcimientos inacabables, tocaba canciones. Lindas y fáciles canciones las del griego Demetrio. Regresaba del puerto al atardecer, subía la escalera, entraba en su pieza del frente; pasaba media hora, a veces más, y luego se oía una canción, así, de entrada nomás, sin previos aprestos, sin ensayos ningunos, sin probar siquiera el estado material del instrumento. Tocaba alguna canción extraña. Digo extraña porque estas canciones de Demetrio carecían del sabor auditivo —por decirlo de algún modo— que yo conocía por nuestro folklore. Nada de esto, nada de esto. Las canciones del griego estaban llenas de contenido; eran canciones que, por así decirlo, caminaban en alguna dirección y conversaban conmigo. Carecían de esa tristeza vaga de la vida, por ejemplo; carecían también de ese arrastre sentimental, llorón casi, del naciente tango. Para mi saber de entonces, ninguna música argentina era alegre en ninguna de las formas de alegría y contento.

Las canciones del griego me contaban cosas, además de acariciarme, de conversarme. No llegaban aquellas cosas a ser historias completas. Eran, más bien, escenas sucediéndose una a otra. Por ejemplo, una tarde, en la escalera, estábamos allí Federo, Rulito y yo. Cuando ascendía Demetrio con su saco en el brazo y el calzador de la estiva en la mano, le dije:

—Demetrio, toque alguna cosa...

—Bueno... —Y siguió subiendo.

Pasó media hora, Federo se cansó y se fué. Mejor.

Los chicos no entrábamos en las piezas de hombres solos, los cuales no gustaban ser vistos en sus conductas y acciones de adultos. En efecto: regresaban de su taller, de la fábrica, del puerto; querían estar cómodos, y en verano casi desnudos; y el tener delante a un niño los obligaban a ciertos reparos. A veces los echaban, a los chicos. Ni siquiera podían blasfemar libremente, habiendo niños. Era un modo de respeto hacia la infancia, y esto de una autenticidad de que doy fe. —Ya tendrá tiempo de aprender... De pronto comenzó la canción del griego en su flauta.

Demetrio tocó derechamente una hermosa canción sencilla y clara y significativa, sin adornos, sin joyeles, toda corrida del principio hasta el fin, con un solo tema que se desarrollaba sobriamente. Era así la canción; primero había un agrado auditivo sin caricia; después, algo así como un llamado de dos amigos para ir al puerto a mirar barcos muy empavesados, en seguida, hubo unas efusiones alegres pero no estruendosas, y era que a los dos amigos se aproximaban otros; saludos y risas al juntarse en el corro; y de pronto el tema siendo el mismo subió alegremente con una alegría juvenil irreprimida y era que los amigos acababan de ver a dos muchachas vestidas de domingo; entonces, los varones que eran seis u ocho se tomaron de las manos, hicieron una ronda y danzaban rítmicamente y con evidente energía; hasta que llegaron las muchachas, entraron en la ronda, y la danza, que había sido enérgica, propia de los hombres, se hizo alegre y dulce, algo delicada ahora en homenaje a los pies de las mujeres, que pisan menos fuertemente que los pies de los hombres.

La canción finalizaba confundiendo los ritmos enérgicos de los hombres con las notas delicadas de las muchachas.

Terminó la canción. Me lo figuraba al griego ahora sacudir su flauta de madera negra con llaves blancas niqueladas, apoyarla en sus muslos, escupir, secarse la boca con el enorme pañuelo. Los tres compañeros de pieza ni siquiera lo habrían oído. O sí, ¿por qué no? Habrían estado tomando mate con canciones.

Después de un rato, y otra vez sin prefaciones ningunas, comenzó una nueva canción, y era así: los hombres danzaban delante del fuego en el bosque...

Demetrio tocaba muy mal su flauta pero era generoso de lo suyo —de su canción—.

Iba, siempre, derechamente al fin y paradero de la canción; todo estaba compuesto, ligado, lleno de sentido. Eran canciones fáciles, imperfectas técnicamente, todo lo que se quiera, pero eran canciones hermosas y generosas. No como las de Esteban, fastidiado siempre en mitad del

camino, Esteban acaso habría perdido la dirección del camino...

No llegó nunca a puerto. Pero sobre esto, —¡pobre Esteban!— habrá que decir algo, más tarde. Algo demasiado entristecedor.

PAPÁ

Otra vez a la Chola la han dejado en cama, otra vez. Parece enfermiza. Cualquier cambio de temperatura, cualquier frío súbito, una nada cualquiera, y ella cae empalidecida, empequeñecida más todavía, de como lo está en el seno de mamá. O hundidita en un hoyito de la cama.

Salva la enfermedad, y uno no sabe a veces por qué y cómo; y torna a mirar otra vez, especialmente al Coco, a quien prefiere porque es el que más fiestas le hace; vuelve a mirarnos, a sonreírnos y a respondernos con fragmentos de frase o con balbuceos, para nuevamente, abâtirse, y uno no sabe por qué; y si tarda dos días en responderse, hay que llevarla al médico de la Asistencia Pública; la lleva mamá, a veces acompañada por doña Rosa. Regresa con alguna receta.

Mamá rezonga. Rezonga hacia papá, sin mirarlo y prosiguiendo con su trabajo.

—Bueno, le dije al médico: pero escribame una receta barata, así podré darle el remedio, porque si el boticario me pide más de dos pesos, tengo que volverme a casa con el papelito y sin los medicamentos: Vea, doctor, a ver si hay un remedio barato. La vez pasada, doctor, no teníamos ni los ochenta centavos que costaban aquellas gotitas. No; no era usted, no; sino el otro doctor joven con anteojos y de pocas palabras... ¿Cuánto podría costar esto, doctor?, le dije. (Ahora el timbre de voz de mamá volvió a ser el habitual como cuando, con matices de reproche, se dirigía a papá). Bueno, yo hago lo que corresponde, lo que me corresponde a mí, a la mujer, a la dueña de casa; bueno, dueña, quiere decir propietaria, vaya... vaya... Bueno, estaba diciendo qué yo cumplo con

la casa, quiero decir, con el hogar, los hijos, y el marido también; pero los medicamentos los trae el hombre, o el hombre me da el dinero para ir a la botica. La mujer tiene su misión dentro de la casa, con la limpieza, la comida, los hijos, el lavado, hasta las enfermedades, y las cuestiones con los vecinos, y todo eso ya es bastante; pero el dinero lo debe traer el hombre.

La palabra "hombre" no constituía un reproche hacia papá sino una invitación enérgica a la acción. Mamá tenía mucho sentido práctico; más que reprochar a papá el carecer de dinero para adquirir medicamentos, quería los medicamentos, que papá saliese a buscarlos y los trajese; esto rebaja mucho la acidez de sus rezongos.

Papá callaba, sufría en silencio. Yo advertía su nerviosidad, su dolor, sus pensamientos escapándose de los moldes morales y yendo acaso hacia el pecado o la incorrección. Andaba de un lado a otro, se sentaba, se incorporaba.

En sus adentros había seguramente un infierno. Lo tremendo era cómo sujetaba con esfuerzo y decoro su rabia. Rabia, odio, rencor, impotencia, no tengo ganas de precisar. Yo y él pensábamos juntamente, parejamente, aunque sin ninguna comunicación entre nuestras dos mentes, que no era cosa justa tanta pobreza. El repetirse una vez, y otra, y otra más, un suceso de la pobreza, así sea un hecho pequeño, hasta deleznable. Un problema aparece un día y nunca es inédito, nuevo, fresco; está, en este sentido, dentro del saber de los pobres; aparece, se resuelve; se resuelve con esfuerzos denodados o fáciles; se resuelve con malicia, con inteligencia, con audacia, con pecados a veces y otras veces con delitos. Así es. Se resuelve; uno respira, satisfecho; ha resuelto el problema urgente; diez días después, o treinta días después, se le plantea el mismo problema con diferencias que no cuentan; el mismo problema, otra vez. Esto es lo que tiene la pobreza de infernal: el repetirse periódicamente los mismos problemas urgentes con su exigencia de soluciones por medios que a veces son buenos o neutros, moralmente hablando y a veces no son buenos. Es así. Los mismos expedientes e industrias cada quince días, cada treinta días;

para el almacenero, para el alquiler, para los medicamentos. Hay que repetir los mismos esfuerzos decorosos o indecorosos, las mismas malicias argucias y mentiras, las historias melodramáticas; hasta hay quienes lloran, también. Los mismos problemas, y consiguientemente las mismas maniobras discretas o no discretas en pos de la solución; una vez, dos, diez. No tener nunca el sentimiento de haber liquidado definitivamente algo; la sensación, en cambio, de "¡ah, ah, hemos pasado ésta, bueno, por esta vez fué bien!; ¡esta vez!..." Como si en un bosque el caminante mata al lobo feroz y carnicero que lo perseguía y recoge el fusil; pero a los diez metros debe otra vez levantarlo y apuntar porque aparece un segundo lobo, al cual también mata; y baja el fusil y se seca la frente, pero a los veinte pasos nuevamente levanta el arma y apunta y mata a un tercer lobo... Esto es tremendo; así es la pobreza. Así es la vida. Esta nota de la pobreza es de las más principales y características; el repetirse inacabablemente los mismos problemas urgentes, los mismos, siempre. Así ha de ser el infierno; uno no acaba de quemarse; por esto yo comprendo las conductas que denuncian frases como ésta: "¡Acabala de una vez por todas!" "¡Yo voy a terminar con esto!"

Que en unos quiere decir muerte, en otros, suicidio, en Rafael el peluquero quiso decir uxoricidio y suicidio, en Camilo Tremble asesinato, en tantos y tantos quiso decir robos...

Es que ahora mismo y con estas mismas reflexiones, yo estoy pensando en papá... sólo en papá, que no tiene dos pesos, que no los pedirá a nadie, y que, sin embargo, traerá, traerá esos dos pesos, traerá el medicamento para la Chola, traerá los medicamentos, y no quiero saber, no quiero saber cómo y qué habría hecho.

Ah, en cierta ocasión, caminando la calle, papá me decía; pues necesitábase en casa unos centavos urgentes:

—Cuidado, no vayas a pedirle nada a Alfredo ni a nadie. No hay que complicar a nadie con las cosas de uno. Además, vos dejáme a mí. Dejá esto por mi cuenta. Cuidadito, pues, con Alfredo. Yo tengo pensado algo que va a salir bien.

Cuando aquella tarde yo regresaba del taller de Alfredo con dos pesos que me habían entregado a préstamo entre Manuel el mecánico y Chispa el lavador, papá no había regresado todavía. Conversé con mamá; ella recogería la historia de estos dos pesos, construiría un cuento para ofrecérselo a papá, callaríamos la verdad; y yo descendía ya la escalera con la receta en el bolsillo cuando tropezó con papá que iba a subir.

—Subí, decile que te dé la receta y traémela.

Yo la tenía dobladita en el bolsillo; subí rápidamente y enfrentando a mamá, le dije:

—Papá tiene dinero, me dijo que subiese a pedirte la receta, ¿entendés?

—Entiendo; bajá, dásela.

Le dí la receta. Se fué calle abajo. Regresó minutos más tarde con una cajita envuelta en papel traslúcido.

Por la noche, yo frente a mi conciencia me perdoné la comedia a que la pobreza me obligó; y también tuve el coraje de pensar: "Yo, Eduardo Lainez, no quiero saber cómo obtuvo papá esos pocos pesos; pero tampoco nunca jamás tendré nada que perdonarle a papá, así se trate de un robo o un crimen..."

Temblé debajo de la manta y pensé algo así como soy solidario con mi padre; sus faltas quiero que sean también mías, porque estoy de acuerdo con él...

OLAF PETERSEN

Me sorprendió la figura de Olaf Petersen; me impresionó como una pintura con asunto. Olaf Petersen habíase detenido en la realización de una acción que estaba exigiendo ser continuada.

Era al atardecer. Afuera había aún claridad suficiente. El sol acababa de bajar detrás de las cosas. La puerta de Olaf Petersen dejaba entrar una masa de luz en la cual se encontraba él, plástico y detenido, un poco en con-

traste con cierta obscuridad que se adhería a las tres paredes de la habitación, pues la cuarta estaba iluminada por la misma luz que le llegaba de la puerta. Estaba Olaf Petersen sentado a la mesa, y desde la puerta yo le acababa de ver el perfil, inmóvil, hierático.

Apoyaba ambos codos en la mesa y los brazos levantados soportaban en las ahuecadas manos el ancho y cálido vientre azulado de la taza enlozada en cuyo interior el mate cocido embebía la galleta trozada menudamente. Los bordes de la taza acababan recién de alejarse de los finos labios rodeados por recios bigotes rubios y una barba más bien corta, floja y suave cuyos bordes desprendían algunos hilos que harían cosquillas en las muñecas desnudas, porque el orillo de las mangas del saco habíase corrido abajo.

Desde la puerta que daba al pasillo, donde me detuvo la fuerte impresión padecida, le miraba fijamente, yo también callado y hierático.

Era un duro perfil de piedra milenaria.

De pronto sentí una indiscernida vergüenza, un reproche íntimo, como si yo hubiese entrado impudicamente en su recatada intimidad violándola sin elegancia; y retrocedí al pasillo.

En mi pieza continuaba esa imagen en mi retina. ¿Qué habría estado mirando Olaf Petersen delante de sí con una mirada que traspasaría el muro, el espacio, llegando quizá a qué remotas regiones o no olvidadas muchachas? Acaso también hubiese estado posando suavemente su mirada en alguno de los tres o cuatro grabados que había en la pared. Uno de estos reproducía un extraño edificio de piedra y madera de sólo una planta, con techo a dos aguas, alero o solera protegiendo debajo un corredor para que no lo cubriese la nieve. La puerta de entrada se abría delante después de subir cuatro escalones de piedra. En el primer plano del grabado un grupo de personas, hombres graves, mujeres serias, niños; casi todos con un libro pequeño en las manos. En el medio, destacaba la figura alta, delgada, de un hombre joven, rasurado, en negro, con el chaleco cerrado en el alzacuello haciendo innecesaria la corbata. Siempre sospeché que ese joven fuese Olaf

Petersen; que ese grabado hubiese recogido y fijado un momento de juventud de Olaf Petersen, pero una vez que pretendí asegurarme, él se escapó de la respuesta forzosa sin mentirme, diciendo: "Como vez, un paisaje de tierras frías, en Bergen Borgson". Y habló de otras cosas. Comprendí que no debía segunda vez entrometerme en ese territorio vedado a mi curiosidad. Pero no pude a menos de imaginarme que constituía un elemento muy principal de su historia íntima y dramática que me estaba ocultando.

Se demoraba su imagen en mi retina, como ocurre a veces con una canción, o hasta con una frase. Era una actitud detenida de aquellas que construye un incendio, un terremoto, la caída de un muro, o el capricho de un pintor: Marino bebiendo, marino soñando...

Por haberle visto sólo de perfil se me escapó ciertamente la fuerza expresiva del semblante y particularmente de la mirada. ¡Esa inmovilidad de piedra! Hice bien, pensé, en no romper un recuerdo. Pensé: Marino recordando su pueblo, Marino recordando muchachas, Marino pensando en su juventud.

Después de largo rato regresé a la pieza de Olaf Petersen y justamente al llegar venía Augusto, —el mecánico— quien botó al piso del corredor el cigarrillo que despidió cuatro chispitas. Ya estaba Rulito adentro, Olaf Petersen acababa de darle una tajada de galleta marinera, humedecida con agua caliente y espolvoreada con azúcar.

—Rulito, siempre comiendo y mirando... —dijo Augusto.

—Vamos a encender —dijo Olaf Petersen. Augusto le pidió que dejase la pieza en esa penumbra del crepúsculo.

—Vamos a encender, —insistió Olaf Petersen.

Yo tomé la lámpara, la deposité en el centro de la mesa, le quité el tubo de vidrio, levanté la mecha; Augusto raspó un fósforo.

Rulito miraba la fiesta. Olaf Petersen tomó de sobre la mesita de luz la pipa de fuste largo en madera de olivo y la petaca de vegiga de cerdo; manipuló despaciosamente; iba introduciendo en el hornillo las hiladas del más fino tabaco —adquirido en barcos extranjeros— y con la yema del dedo presionaba suavemente para que después la pipa tirase bien; miraba con atención su propia labor. ¡Qué ex-

presión nueva, ahora, la de este hombre! Fumaba con descansada comodidad.

—Me gustan estos momentos de penumbra. Sólo vale aquello que alcanza la mano. Es que, en mi remoto país hacia frío, había vientos, caía nieve, los días eran cortos y no claros, encendíamos fuego para combatir el frío, nos reuníamos alrededor de los tizones, y el resto de la habitación quedaba a oscuras. Y lo mismo ocurría en los barcos...

LA COLMENA

El Alto de San Pedro, o si se prefiere, San Telmo, cae por así decirlo de golpe desde la llamada hoy calle Brasil hasta Martín García; de aquí hasta el Riachuelo el declive es al contrario muy leve. La meseta de algún modo aísla del centro a las barriadas de Boca y Barracas, asentadas abajo. En la realidad, eran más bien pueblos suburbanos que barrios urbanos, con costumbres peculiares que no se daban en el centro de la ciudad. Había muy demasiado cosmopolitismo, había un intercambio conversacional en verdad babélico, e incluso en la Boca existía un dialecto preponderante que no era nada castellano sino una deturpación del genovés traído no precisamente por las clases cultas sino por marinos. Había niños argentinos nativos que ignoraban el español o para los cuales esta lengua era adquirida y no materna. Pero ya Barracas estaba menos infectada por las venidas de inmigrantes de todo idioma, costumbre y fanatismo. Barracas daba a los caminos hacia el interior argentino, mientras la Boca limitaba exactamente con la gran entrada del Río de la Plata preferida por los genoveses.

En ambos barrios había enormes casas de vecindad con numerosa población de condición estruendosa; estos inquilinatos tenían nombres individuales. Los más de los inquilinos eran extranjeros, humildes, trabajadores, venidos

de todas las regiones mediterráneas y balcánicas y hasta de partes nortenas de Europa. Aún no había judíos, por lo menos allá. Turcos, o árabes, rumanos, austriacos, que solían ser prácticos de los ríos argentinos; ingleses y correntinos o si se quiere guaraníes...

Llegaban al país sin un centavo y sin cosas de valor, e ignorando nuestro idioma. Pero traían sus costumbres peculiares, sus dialectos, sus fiestas y ceremonias, había calabreses prontos a la pelea y la sangre, napolitanos fanáticos y bailadores; españoles con mucha fiesta; turcos mercaderes y morenos con sus babuchas que golpeteaban el suelo, ingleses o muy silenciosos y discretos o demasiados atorrantes y borrachos.

La sonoridad de los distintos y aun contrarios sistemas vocálicos —árabe, griego, napolitano, toscano, castellano, andaluz, gallego y guaraní— era una babel fonética además de sintáctica; y todos parecían ir buscando un modo unitario por manera que iban perdiendo la características legales del propio idioma sin ganar las leyes de ningún otro, porque el castellano allá estaba muy flojo, desmayado y pobre. La cosa era hacerse comprender; y lo conseguían a costa de todos los idiomas.

Esta gente humilde, pobre, miserable, hasta misérrima, llegaba al país con una mano delante y otra atrás; modismo que dice la máxima indigencia; era gente ahorrativa y por miedo al mañana, al hambre y a la enfermedad, se hacían tacaños y aún inmisericordes. Muchos vivían miserablemente pudiendo pasarla con cierta discreción; tenían delante siempre el terror traído de Europa: hambre, invierno muy frío, desocupación, que, digamos la verdad, no ocurría aquí. Pero estos temores lo tenían ya en la misma sangre. Respecto de las costumbres, era de verse la muy distinta vestimenta que usaban; y algunos hacía puchero y polenta para varios días.

Dejemos estas cosas.

Algunos inquilinatos, por la cantidad de habitaciones que tenían, acaso fueran síntesis del mundo... Eran enormes caserones en cinc o en madera con paredes de ladrillo en cal; o eran grandes edificios antiguos reconvertidos en conglomerados de piezas. Estos inquilinatos, o conventillos,

tenían sus nombres individuales: Las Catorce Provincias, Medio Mundo, El Palomar de California, El Palomar de Hernandarias, La Colmena.

¿Quién fué el primer hombre que en vez de decir "el conventillo de Irala" dijo "La Colmena"? Hay un objeto material que, al ponerse en la zona de nuestros sentidos, es captado por éstos en su esencialidad, y además suscita el pertinente concepto, el cual se expresa por una palabra; el objeto conventillo es percibido como conventillo, en la mente se forma el concepto correspondiente de conventillo y los labios dan la palabra. Pero he aquí que alguna vez un hombre más lúcido, o irónico, o fino, advierte la esencialidad del objeto, es natural, y también descubre asombrado algún matiz muy principal, un elemento secundario extraordinario, un detalle suplementario espantoso o pintoresco; o sino piensa el objeto por imágenes; de manera que, cuando por necesidad de expresión ha de pronunciar la palabra estricta "conventillo" advierte que deja sin exteriorizar aquel matiz extraordinario aunque no esencial; de ahí que piense que la palabra es escasa o imperfecta; un empujón más, y rechaza la palabra justa del diccionario para inventar o para dar en la flor de una nueva palabra que, aún no conteniendo ningún sinónimo, sin embargo lo da por sobreentendido, pero esa nueva palabra ha de expresar vivamente el matiz o la imagen principal, ha de manifestar en realce y nítido, el elemento supletorio ahora vivísimo que se hace más importante que el elemento esencial. Y de un inquilinato bochincherito y abundante dicen Medio Mundo, La Colmena. Entonces, el oyente, que había antes también él advertido ese detalle asombroso, acepta la nueva designación, comprendiéndola enteramente, en su esencia y en sus matices. Así se propagaron nombres de este género. Ahora que, es natural, la nueva palabra ha de designar "primariamente" un suceso de todos conocido, pues hubo casos en que fracasaron nuevos nombres; así, La Colmena fué nombrada también La Cavour de Irala, sin fortuna, porque muchísimos extranjeros ignoraban que fuesen los bailes amontonados de parejas en el salón de la sociedad de M. S. Cavour, en la calle Isabel la Católica.

La Colmena prosperó. Era un fantástico caserón con dos grandes patios. Después, un pavoroso incendio la redujo mucho. Alborotada de chicos, enrevesada de discusiones gritadas, ruidoso de golpes y caídas, bullicioso de juegos, de grescas y escándalos, de espantos y bullas, de peleas e intervenciones policiales, de casamientos y bautizos y velorios, era, en fin, una síntesis del mundo.

La Colmena, además, fué un día objeto de la atención pública: un pavoroso incendio la destruyó dejando sólo una parte en pie aunque no sana.

Una tarde de invierno agónico, oscureció prematuramente amenazando lluvia que al final no descendió en razón de haber llegado un viento S. O., pampero persistente, que condujo las nubes hacia el Río de la Plata y aún más lejos. No era gran cosa ese viento, pero sopló en un breve fuego asentado en algún rincón de La Colmena. Sopló y sopló y como no lo apagara, lo propagó. Se hicieron brasitas, el pampero aventaba las cenizas, los alrededores entraron en la zona inflamada hasta que, finalmente, comenzó el fuego a extenderse por todos sus costados. Comenzaron las chispitas y las flámulas de fuego. Y olores.

Hasta que de súbito, todo susto y espanto, alguien gritó la tremenda palabra: ¡Fuego! Otro dijo que le pareció haber sentido cierto olor especial a quemado. Se aglomera-ron los vecinos y siendo ya el fuego más alto, comenzaron a vaciar sus habitaciones. En general, los hombres aún no habían regresado del trabajo.

Lloros, gritos, desórdenes, nerviosidades sin motivos, vocativos, presuras con caídas, hasta que como hormigas las mujeres y los niños enfilaron un caminito hacia la vereda de la otra cuadra donde iban depositando sus cosas; lo primero, el colchón; objetos de contenido afectivo, o de precio. Niños permanecían allá vigilando; pronto se cubrió la cuadra de los objetos que antes amueblaban las piezas.

El viento proseguía, persistente, estimulando el incendio que aumentaba su destrucción con insospechada rapidez; tantas mujeres, regresando para coger, por ejemplo, la mesita de luz, ya veían las llamas en las paredes de sus habitaciones; y lloraban.

Llamas, humo, y olores, y un clima quemante.

Llegaba gente de todas partes, reclamada por las grandes columnas de fuego que se levantaban hacia los cielos. El humo envolvía a las llamas y proseguía ascendiendo, pero inclinándose hacia el río y entrando demasiado arriba donde se dispersaba.

Gente, policía, bomberos, inquilinos, no conseguían ordenar el ataque hasta que por fin la misma peligrosidad en las proximidades auyentando a los curiosos facilitó su labor a los bomberos, que determinaron muy prácticamente sacrificar los fondos del caserón dejando que allí se quemase todo como quiera; y concentraron sus esfuerzos defensivos en la parte que dividía en dos el edificio.

Millares de espectadores contemplaban el pavoroso incendio con sentimientos alternados de piedad y de curiosidad emocionante, casi del género artístico. Seguían llegando curiosos por todas las calles que conducían a La Colmena. Miraban las altas columnas de fuego en su funda de humo, la inclinación de las llamas hacia abajo a veces pero siempre dirigidas hacia el río. Querían ver las maniobras de los bomberos y sólo de vez en cuando descubrían rápidamente un largo y fuerte chorro de agua que entraba en alguna llama alta, y figuraba como un enorme grifo de plaza pública. O caminaban la calle despa-ciosamente en cuya vereda habían depositado sus cosas los desdichados inquilinos de La Colmena; miraban los roperos, las cómodas, los colchones, los elásticos, alguna jaula con loros o jilgueros. Chicos entristecidos cuidaban mujeres ancianas, algunas haciendo consideraciones sobre el Destino y otras pensando en sus hombres, cuando volvieran del puerto, y viesan esto... ah... En tanto, los curiosos, silenciosamente, desfilaban delante, como en las exposicio-nes.

Oscurecido, era más vivo el incendio. Se habían unificado las llamas; era una sola columna de fuego que despedía llamas, chispas, colores, y humo, como un fantástico hachón. Llamas rojas, amarillas, azules, blancas. Nubes de humo. Las llamas vivas subían, se agitaban, pegaban vueltas rápidas, quisieran a veces separarse de la columna con arranques sorprendidos. El humo era lento, y si acaso se mostraba nervioso, debíase al empuje de una llama.

El calor, el humo, los olores, rozaban a veces a la gente. Y el ruido, de pronto, de una pared desmoronada. O de la caída de un techo con su sonoridad peculiar.

Por la noche, proseguía el incendio; había mucho y favorable alimento para las fauces del fuego. Sin embargo, destruidos ya los materiales por así decirlo aislados entre los cuales podía correr y alimentarse el fuego, comenzó a rebajar la altura de la llama. Había mucho más humo que fuego. Ya se veían cuatro o cinco enormes llamas más bien bajas en vez de la única y tan alta que había dominado durante el crepúsculo y a prima noche. Continuaban los estrépitos esporádicos que hacían girar las cabezas de los espectadores. De vez en cuando reaparecían ciertos silbos afilados, y era que la fuerza del fuego encerrada pujaba por avanzar y al encontrar algún tubo o escape por allí penetraba y al salir despedía como una fantástica locomotora un largo y penetrante silbo aliviador. A la mañana siguiente, continuaba el fuego, sólo que ahora estaba todo rebajado; el estado, por así decirlo, de exasperación dejó su lugar a una quemazón continua que duraría dos días más en focos aislados, y más flojos. Cuando, al fin, sólo escapaba humo y olor de aquel montón de escombros caídos dentro de un aguazal extendido y caliente, podía verse la zona azotada como un charco obstruido con numerosas cosas variadas: elásticos retorcidos, maderas chamuscadas, chapas de cinc dobladas de mil maneras distintas, trapos, caños, latas, charcos de agua ennegrecida y aún arroyuelos corriendo por desniveles. Y los olores peculiares.

La parte posterior del aglomerado inquilinato se quemó totalmente, pero los bomberos consiguieron un gran triunfo cuando combatieron el fuego en la parte media o central de modo que el edificio del primer patio, aunque muy chamuscado, quemado, roto, se salvó; como fuere, pero se salvó.

Durante tres días más estuvieron los bomberos removiendo escombros, y los policías vigilando. Ocurrían esporádicamente algunos estrépitos que obligaban a girar las cabezas y allegarse para ver y apagar, y alguna llamita

de pronto se levantaba aquí y allá; calcinados leños, focos latentes, iban siendo descubiertos y sofocados.

Aquello quedó hecho una laguna sucia.

Cuando al fin desaparecieron bomberos y policías, llegaron enjambres de viejos y niños buscando cosas y gan- ga. Se metían en el barro, en el agua, entre los escombros, levantaban, tiraban, empujaban, maderas, caños, chapas. ¡Cómo limpiaron! Plomo, metales, objetos con algún valor para ellos, restos servibles aún como repuestos o para recomposturas, todo era extraído, mirado, remirado, y llevado.

Buscando concienzudamente, las ancianas encorvadas se encorvaban más aún; una de estas manoteó, hurgó, tiró, extrajo de debajo de unas maderas largas, por el astil una cruz que tenía un brazo roto, con incrustaciones doradas o acaso de oro auténtico; un chico recogió una cosita, la miró en la palma de su mano pensativamente, observó todo su entorno, se fué apresuradamente.

Una mujer más bien joven con sus dos chicos entre el agua y los escombros iba buscando algo precioso; decía ser inquilina y estuvo ausente durante el desastre y ahora sólo soñaba con descubrir y obtener un místico recuerdo de familia de cuando eran ricos, y su abuelo había sido comandante y era una cruz en madera noble con adornos de oro legítimo y siempre había estado en la familia y aquel abuelo militar la llevó una vez a Roma y en la Plaza de San Pedro el propio Papa la había bendecido y nunca aunque pasaron momentos de miseria nadie en la familia pensó siquiera en venderla o pignorarla, como que constituía la cosa sensible de su dignidad y de sus sueños de prosperidad.

Hubo dos muertos, hubo heridos, y las pérdidas materiales fueron demasiadas para aquella gente humildísima. Algunos, todo lo perdieron. Casas comerciales donaron elementos domésticos y de manducación; y telas y mantas; periódicos del barrio iniciaron colectas; pero ciertamente ningún inquilino fué siquiera en la mitad compensado de sus pérdidas. La dueña del enorme caserón no apareció pero sus personeros alegaron el incendio de la mitad del edificio para retraer su óbolo a los inquilinos. La propie-

taria, doña María Mercedes Castillejo de Gómez Gándara, era millonaria, sana y feliz. Pero no vino a ver aquello.

El edificio —llamémoslo así— del primer patio, sufrió daños en la parte que limitaba con el segundo patio. Vinieron, después, unos cuantos operarios y comenzaron a trabajar y eran arreglos, refecciones, parches, enmiendas. Todo aquello que pudiese sostenerse aún, se dejaba así como estaba; lo que estuviese roto, no se substituía, sino, se enmendaba de cualquier modo; lo faltante se añadía; si unas maderas estaban chamuscadas, así se dejaban. En fin, parches, clavos, tarugos, refuerzos.

Se abandonó a sí misma la parte incendiada que quedó como potrero o laguna donde casi en seguida pudo verse ratas, gatos, perros, moscas y fué después algo así como depósito de residuos pues en ese baldío iban a abandonar colchones viejos, elásticos imposibles, cocinitas destrozadas, caballos muertos, y toda suerte de inutilidades.

El comedio de la finca había sido en tiempos antiguos caballeriza, establo, gallinero, bebedero, algibe, con boxes, altillos, galpones y habitaciones para el servicio doméstico. Los Señores vivían en el primer patio. Después, cuando los dueños determinaron abandonar el barrio sur que había caído en menos socialmente para ir al barrio norte, ordenaron tales arreglos y modificaciones que prontamente los bebederos se hicieron piletas de lavar, el galpón de forraje se transformó en dos habitaciones para vivienda; y así por el estilo. De suerte que hubo piezas breves y amplias, oscuras y ventiladas, y suficiente servicios de apuro, como también piletas y canillas.

El pavoroso incendio destrozó también esta sección así que sencillamente se la dejó tal como quiso dejarla el fuego.

Y el multiplicado conventillo se redujo a la mitad.

Era una cosa rectangular. Daban al patio numerosas habitaciones; al lado de estas se hicieron cocinitas sumarias, garitas o locutorios de madera en función de cocinas, sin raíz en el piso, de manera que alguna vez la acaracolada dirección de algún viento enérgico empujó y volteó con ruido de cacharros y latas y gritos de mujeres y fiesta de chicos. Es natural: en el piso alto no podía haber estas

cocinitas así asentadas porque frente a las puertas corría un pasillo estrecho que daba la vuelta desde una escalera a la otra frontera, las cuales escaleras nacían abajo en el límite del zaguán y el patio.

En el piso alto, por consiguiente, debió utilizarse los galpones del fondo como sendas cocinas comunes; cada familia tenía su hornillo y aún podía colocar su armarito con candado.

Respecto de estas cocinas comunes se dirá algo curioso en seguida; en lo referente a los retretes, arriba había seis; dos de ellos en buen estado y con flor de lluvia que cuidaban las mujeres por turno. Los cuatro, sencillos y malos, en madera innoble, acabaron por no servir, sino como depósito de residuos...

Abajo, los problemas de las cocinas eran dos: por la noche, las mujeres volvían a sus piezas el menaje en prevención de robo; en caso de viento excesivamente fuerte, se tumbaban algunas cocinitas.

Arriba, en las dos cocinas comunes, cada mujer debía de vigilar sus cosas, su carbón también, y aquellas que desde el principio entraron su armarito, veían cómo el candado a veces era forzado. Cualquier descuido hacía desaparecer una pizca de orégano, una poca de sal, un diente de ajo, cuatro tallitos de perejil; y hasta su carbón. Lo cual reventaba en discusiones inacabables e inútiles, acusaciones caprichosas o acertadas, alusiones mal intencionadas, amenazas de vario género y aún algún golpe. Cuando requirieron la intervención del encargado del conventillo, éste se zafó bonitamente del negocio, pero otra vez exigido por cuatro mujeres que lo rodearon, contestó agriamente que él no era vigilante ni sereno, que las cocinas habían tenido sus cerraduras, que por qué las forzaron, y que él se lavaba las manos. Finalmente, las mujeres comprendieron una de las verdades más sencillas de la vida y es que la virtud es más útil y menos esforzada que el delito y que solamente exigía voluntad, por modo que, convenidas todas en no tocar lo ajeno, después de unas semanas de desconfianza mutua y espionajes disimulados, descubrieron, asombradas, que era cosa fácil, cómoda, liviana, la propiedad y su ejercicio, siempre que, es claro, —acaba-

ban de advertirlo— se la respetase en los demás. Se habían juramentado en ello poniendo sobre los labios dos dedos en cruz; después, se envanecieron de su honradez.

En cuanto a los retretes, puede afirmarse que en el piso alto servían más o menos cómodamente, no así en la planta baja.

Los dos cuartos de baño de material, habían tenido bañadera y flor de lluvia; con el tiempo, la primera se fué desgastando, herrumbrando, hasta que para no gastar dinero en componerla fué quitada; la flor de lluvia fué robada algunas veces y en evitación de nuevos sucesos de este género, el encargado determinó guardarla entregándola a pedido del inquilino que la necesitase; pero ocurría que a veces el encargado no estaba en el inquilinato y entonces eran los gritos, las blasfemias, los enfados y las acusaciones. Hay que tener presente que los obreros del puerto necesitaban bañarse continuamente, Centorame el carbonero, los tres albañiles, y otros exigían diariamente el baño.

Dos cuartos de baño no eran suficientes a determinadas horas, puesto que cualquier hombre necesitaba para bañarse casi media hora, y eran muchos los obreros y todos lo reclamaban justamente al atardecer, regresados del puerto, de la obra, del taller.

Las maderas de los retretes sin baño chorreaban gotas, lentamente como ciertos árboles gomeros; esta humedad fué pudriendo las flojas paredes de barata madera. La uña entraba en la madera y trazaba surcos que dejaban ver y aún caer el aserrín humedecido. En cuanto a la puerta a tablero, ya no funcionaba de ninguna de las maneras naturales o esforzadas; ni tirándola con sorpresiva fuerza quería cerrar. La cerradura se redujo a la chapita plana y su interior: faltaba la manija de adentro y la de afuera; y cuando alguien aplicó en la parte interna un ganchito, a los pocos días otro alguien lo quitó. En estas garitas el viento y el frío entraba por las hendiduras. Estaban siempre sucios y mojados con aguazales fétidos en el piso desnivelado con baldosas faltantes o rotas.

Pero no había leyendas escritas en las paredes. No se hubieran podido leer de sucias que estaban. Esa humedad

fétida, y los hedores nauseabundos del aguazal en el piso, penetraban en las paredes de la nariz menos delicada actuando en forma que creaba malas palabras. Y los moscones de alas y pecho azulado que zumbaban volando en círculos o los mosquitos que de pronto runruneaban alrededor de la cabeza. Ni los perros, que hociqueaban en los tachos de la basura, iban a esos locutorios de servicio forzoso.

Se exigió más de una vez al encargado que hiciese los arreglos suficientes; y él replicaba de mal modo y como si hubiese sido agredido en la imagen de la madre.

Una vez estalló el motín. Los vecinos de la planta baja determinaron no pagar el alquiler hasta que fueran reparados los retretes; Salguero escribió una carta a doña María Mercedes Castillejo de Gómez Gándara, carta que naturalmente no obtuvo ninguna respuesta. Como efectivamente no pagaban, un día apareció uno de los ejemplares más curiosos de Buenos Aires: el procurador de barrio, semi limpio, semi leído, semi elegante, semi honrado, semi letrado y muy charlatán, que se embrollaba en sus propias frases. Estrafalario lenguaje que sin embargo no impresionaba a aquellas gentes trabajadoras, claras e inteligentes. Aquel procurador poseía una suciedad acumulada y persistente debajo de una urgente pasada de trapo, como dicen las mujeres urgidas por una visita; el cuello de celuloide había adquirido el color del marfil viejo y en sus márgenes y en el doblez ya mostraba el deterioro y la corbata estaba deshilachada y muy oscurecida y al mismo tiempo brillante justamente en la parte donde se aglomera al nudo apretado; la caspa espolvoreaba las solapas y los pantalones tenían sus rodilleras pero, eso sí, llevaba su reloj con leontina colgante y su medalla de quién sabe qué conmemoración. En ese inquilinato se veían suciedades; la del albañil recién regresado con el blanco de la cal o de la mezcla; al carpintero con su aserrín o adherencias de madera finísimamente cortadas; o los mecánicos con su brea y su aceite o el herrero con sus limaduras y los estibadores con algún grano de trigo, maíz, centeno, entrometido en la gruesa trama de sus sacos. Pero la del procurador era otra cosa; era pringue vieja, acumulándose continuamente, cotidiana-

mente, era roña tradicional asentada de una vez para siempre. El lenguaje también era muy estrafalario; nada tan sorprendentemente irónico como por ejemplo una máxima de seriedad en un payaso, o una frase dulcísima en un robusto mozo que está golpeando a un bebé; en efecto, ese infeliz desdichado, rechazado por la suerte, tan poca cosa, y además cosa tan sucia, tenía un léxico que quería ser rico, hastauntuoso, y difícil; hablaba de justicia, de derechos, de códigos, pero lo esencial era que estaba mechado de términos jurídicos que aquella gente ignoraba enteramente; y si no comprendía, ¿por qué hablaba así, sinó porque estaba habituado? Y como iba diciendo, ese procurador castigado por la vida, previno a los inquilinos, les aconsejó buenamente, pretendió disuadirlos de su empeño y persuadirlos de que pagasen para evitar el juicio y las costas y acaso el letrado; y les dio un plazo de cuatro días al cabo de los cuales si no abonaban serían demandados; y como no pagaron, se presentó nuevamente y les explicó que el apoderado de la propietaria presentaría la demanda, y estando en lo mejor de su charla se le plantó delante el Negro Agrelo —no era negro— y le dijo: "¿Usted es casado? ¿Tiene nenes? Yo soy soltero. Si usted me echa el colchón a la calle, yo lo echo a usted al río. Ya lo sabe".

Cedieron los encargados del caserón, es decir, el apoderado general, pues la muy digna propietaria todo lo ignoraba para no tener que cargar con la responsabilidad de ese inquilinato mal atendido pero cuyas rentas eran exigidas. Vinieron carpinteros y albañiles y algo en fin trabajaron; como siempre, enmendaron, arreglaron, recompusieron, en suma: parches, clavos. La máxima economía, la exacta sobriedad, los materiales más baratos y ordinarios, las refecciones más simples.

Según versiones serias, cada vez que el apoderado general se apersonaba a la propietaria doña María Mercedes Castillejo de Gómez Gándara para hablarle de algún gasto en el conventillo, ella decía, desganada y acaso enojada, que para qué, si tenía la intención de echar abajo aquello, que esa gente era humilde y no necesitaba más, que pagaban poco, qué son diez pesos por pieza, y que hasta por

veinte pesos al mes vivían cinco y diez personas en una sola pieza, y que el día menos pensado los desalojaría a todos para levantar un edificio de material y que, "bueno, mire, deje estar como está... bastante tengo que preocuparme con cosas serias y usted me viene con esto"...

Aquel caserón perteneció a una de las familias más ricas de Buenos Aires y ahora por sucesión había caído en manos de doña María Mercedes que como tantos ricos del género, usaban sus rentas descansadamente y sin remordimientos ni preocupaciones, por habérselos descargado un día cuando llamaron a algún apoderado diciéndole que se encargase de sus negocios a tanto por mes y a tanto por trabajo y que no debían venirseles con asuntos y cuentos, que para eso tenían poder general; y de esta manera cómoda y evasiva doña María Mercedes Castillejo de Gómez Gándara, rica por herencia, y no mala ni egoísta, todo lo ignoraba respecto de la miseria que afligía a sus desconocidos inquilinos de La Colmena. De cuando en cuando se echaba a la calle a alguna familia compuesta por varios o muchos miembros, todos los cuales debían ir a dormir debajo de las lucientes estrellas y bajo el palio de plata de la luna, pero doña María y lo demás, conservaba sereno su espíritu, tranquila su conciencia, alegres sus labios de cincuentona adulada. Probablemente nunca supiera nada de doña Eetelvina, a la cual el apoderado echó a la calle y tenía cinco hijitos, todos menores y con el marido recién enterrado.

—Edo, estas cosas son tremendas —decía Olaf Petersen al chico de Ramón Lainez.

EL POTRO

Tengo un miedo, que lo quiero tener conmigo. Yo no sabría explicarme sinó por el intermedio de alguna historia muy plástica y sucedida, para mostrar este sentimiento mío de miedo que acaso no sea miedo. O quizá se trate

de varios sentimientos distintos que yo considere como uno sólo, y así se explicarían algunas aparentes contradicciones. De todas las reflexiones mías a este propósito, resalta con más energía ésto: que existe en mí un miedo, que pudiendo yo echarlo de mí, quiero sin embargo tenerlo.

Una vez contaba Olaf Petersen el caso de un marino, improvisado jinete en un caballo brioso y difícil. Olaf Petersen contaba el suceso como ocurrido a un marino por él conocido, pero yo deduje de ciertos elementos de la historia, que se trataba del mismo Olaf Petersen; y el suceso ocurrió en Méjico; estaban varios peones o paisanos encaminados y próximos al fuego y había también un marino y hablando y hablando, los hombres de campo y de a caballo, los hombres de tierra y de labrantíos, comenzaron un poco a tener en menos al huésped marino que nunca montara siquiera una yegua vieja; además, —comentaba Olaf Petersen—, esos hombres de a caballo estaban juntos y en su medio, lo cual siempre atiza cierta vanidad viril muy corajuda, por otra parte también muy innecesaria. "Edo, amigo mío, cuando estés con muchos amigos, refrena su valentía, cuida tu lenguaje, respeta al huésped", comentaba Olaf Petersen, para continuar diciendo que aquel marino muy hombre de mar y de tempestades comprendió, sin padecerla, la burla en la vanagloria de las jineteadas y el menosprecio en la estimación tan disminuída para aquellos que no sabían andar a caballo. Cuando alguien sobreburiose, el marino reaccionó lentamente diciendo que a pesar de su condición de marino, ignorante del modo cómo se asienta uno en el tronco del animal, sin embargo, en su condición de marino que padeció tempestades horrosas en medio de los mares más anchos del mundo, se creía con suficientes músculos y ánimos para montar el caballo más peligroso que quisieran presentarle; y aquellos hombres de tierra firme le mostraron el caballo más bellaco de la hacienda y el marino montó y en cuantito el animal supo —en su modo de saber— acaso por la manera de tirar o aflojar las riendas, la condición bisoña del hombre que lo montaba, comenzó a realizar movimientos enrevesados, enérgicos, violentos, a fin de derrocarlo al suelo al hombre, y en seguida salió corriendo y casi dió

contra un alambrado, pero giró y regresaba también velozmente hasta penetrar en el pesebre, donde se detuvo sofocado, acaso también un poco intrigado por cómo no había dado con su jinete al suelo, rompiéndole una pierna o la columna vertebral.

El marino, pálido, temblando, grave, se apeó. Lo rodearon. El marino instantáneamente pensó que acababa de constituir, él, un espectáculo al mismo tiempo ridículo y valiente, cómico y dramático, cuando, recién no más, el caballo lo llevaba como un pelele todo descompuesto, como un muñeco mal cosido, con las piernas flotantes a los costados del animal, la cabeza arriba toda moviéndose, las manos como sobrantes sujetando inútiles riendas. Pensaba en su propio espectáculo exterior; pero también pensaba en su espectáculo íntimo; había tenido miedo pero lo aceptó. Un miedo que se acepta.

Les dijo a los hombres de a caballo, a los hombres de tierra firme:

—Pues sí, soy un marino; y acaso por ser marino empecé por donde ustedes terminan... sobre un potro y sin conocer el manejo de las riendas.

Lo que yo quería era decir mi miedo personal ahora que tengo un miedo que quiero tener, y, según Olaf Petersen, sería un miedo que uno acepta. Acepto, pues, este miedo mío a causa de papá. Miedo por los sucesos por así decirlo materiales y físicos que puedan sobrevenir; miedo también por la responsabilidad íntima, de lo que pueda hacer papá para obtener el dinero necesario, y urgente. Necesitamos medicamentos algo caros para la Chola. Pienso en cómo papá obtendrá el dinero. No rechazo la posibilidad de un delito. Y sin embargo, yo, a pesar de mi sentido moral, a pesar de mi religiosidad, yo estoy con papá. Con papá, aunque delinque. Y esto me da miedo, pero un miedo que acepto.

LOS INQUILINOS

Había que ver abajo, el patio, cuando ocurría algo; cuando, por ejemplo, entraba Pancho borracho, torciéndose, como queriendo agarrar con los dedos la punta del zapato y era que iba a caerse; o si Evaristo gritaba sus cosas, por ejemplo, que había llegado tarde al taller y el capataz esto y aquello. O más tarde cuando alguien cortaba el paso a Robles, el Secretario, y le decía, lo menos, coimero; había que ver el patio; salían mujeres de todas las puertas, pero más salían chicos, y entraban y volvían a salir y a entrar; y caían del cielo chicos y ya el patio era como cuando se echa maíz en el gallinero y uno ve el montón de gallinas picoteando, moviéndose, piando, aleutando con susto sin causa.

Al atardecer, permanecía en su cuarto, con su indiferencia pétrea, Esteban tocando el violín, raspando las cuerdas del violín con el arco crinado. La vida viva, multiforme, asombrosa, del inquilinato, Esteban la dejaba a un lado.

En seguida el patio parecía algo así como la borda de un barco; las cuerdas de tender estaban siempre con sus ropas abigarradas y sin esforzar la imaginación uno pensaba en empavesados; y los faroles también, y la bulla, los tropezones, los gritos, las discusiones, los actores y los espectadores, y los coros de risas o de vocativos, y Bacciadonne creándose una rueda de oyentes para hablarles sus cosas anárquicas. Aprovechando en el amontonamiento el descuido de las madres, algún joven se aproximaba a una muchacha.

Aquel inquilinato era desordenado y sin embargo la gente en sus necesidades primordiales, se ordenaba a sí misma y por sí misma; para los inquilinos, no existía el desorden desconcertante de que hablaban los demás, los que venían aquí por casualidad y se asombraban. Para mí, había orden; sólo que de pronto todos se desataban, o cada uno iba a lugares distintos y volvía, o los unos empezaban a cenar y otros salían con una naranja en la mano; o unos cuantos discutían y otros charlaban pausadamente y unos terceros caminaban. Todo tenía sentido.

Lo que había, era mucha gente y cada una con sus cosas que hacer o decir; nada más.

Para mí no sería difícil dar la lista de los inquilinos, lista que descomponía a otros. Incluso, podría yo nombrarlos a cada uno, o, en su caso, a cada familia, o a cada grupo que alquilaba piezas contando sus características esenciales; así: el almacenero, Martín Urrutia, cuya familia, que no se daba con la gente del inquilinato porque la calidad profesional y el grado económico establecían una distancia molesta de recorrer; lo mismo ocurría con Arsenio Fernández López el tendero; sin embargo, sus muchachas iban a los mismos salones de baile que las muchachas del conventillo; y Augusto el carnicero, que conversaba con todos y a todos sonreía, pero por nadie se interesaba porque su absorbente pasión, su tiempo y su dinero habían tomado una única dirección: el hipódromo; y en el patio, abajo: Centorame, que nos sorprendió un día porque creyéndole un humilde carbonero supimos que acababa de proponerle a Augusto alquilarle una pequeña fracción de su local para exponer allí al público carbón, leña y papas y Augusto se negó; y esta prosperidad suscitó envidia universal; entonces fué cuando tomó a su servicio al gordo Tomás Bonelli, sucio, fuerte, pesado y sonso; y está Carlos Albuquerque Acuña, alto, portugués y cornudo, con dos hijas sin embargo muy seriecitas, acaso para impedir que se le digan delante mismo chismes o maldades sobre la madre; y Pedro Rafaelli, que había estado en la Patagonia y hablaba de mujeres en Puerto San Julián y de mujeres en Puerto Gallegos y nunca contaba cosas referentes a los grandes fríos, a los violentos vientos, al puma, al guanaco, al pingüino, que hubieran constituido una fiesta para nuestras curiosidades de ciudadanos; y Pedro del Prete que se llamaba Raúl pero Raúl era en aquel ambiente un nombre fifí, un nombre tirili, e insinuaba delicadezas que aquella gente no quería tener porque las embebía en lo antiviril; y además Raúl era un nombre habitual en la otra clase, la pudiente, una clase situada aún sobre la burguesa, porque tampoco entonces los burgueses querían ese nombre; y es que había la dignidad por así decirlo de la propia situación social, de la propia

esfera, se quería, naturalmente, el dinero, el poder de estas clases superiores, se deseaba entrar en ellas, pero no se quería en general tener sus apariencias solas y en cambio, si se era pobre, y obrero, se era al mismo tiempo sincero y leal con el propio destino; y ya que estoy en este paso y punto, diré que incluso existía la dignidad de sostenerse en sus habituales nombres y no ir a robarles a otros los suyos, como Raúl, Jorge y semejantes; Juan Carlos Robles vivía con su esposa y ahora nada diré de él porque mucho tendré que utilizarlo en seguida; y sólo quisiera ahora adelantar que en su pieza de pronto había unos cuantos paños y era que en su condición de secretario del Juzgado de Paz había sido cohechado con ese material o sino una vez su esposa empezó a vender, un poco más barato que como vendía Urrutia, aceite de oliva; y ya se comprende cómo había llegado a Robles esa cantidad de latas de aceite; y Manuel Pizzo, que era actor aficionado, y una vez fuimos muchos del inquilinato al salón de la Cavour a verle y representaba, sólo, "La Huelga de los Herreros", y aquello era melodramático, eran gritos y gesticulaciones, y con su concepto de que cuanto más dramático era un pasaje, más alto debía vociferarlo, precisamente entonces los pasos más trágicos se perdían en las raspaduras de su garganta finalmente afónica; y no los comprendíamos; pero igualmente curioso fué cuando hubo un momento de, por así decirlo, ironía o sarcasmo, en que su voz pudo ser relativamente alcanzada en los contenidos de concepto, y él, para expresar los sentimientos de rabia contra un sospechado hombre malo, al cual se dirigían sus palabras, miraba como si mirase efectivamente a una figura real, miraba desde la punta de los cabellos hasta la punta de los zapatos, con ojos rabiosos, miraba y miraba, arriba, abajo, varias veces; de modo que en verdad en esta ocasión triunfó cumplidamente, porque nadie dejó de comprenderlo. Y Barquetti; pero de Barquetti tendré también mucho que decir; y los mellizos César y Alejandro, éste bastante buen mozo, y sin embargo tenía su pasión, y era ser un don Juan, de modo que hablaba con todas, a todas decía palabras que merodeaban el amor; lindas o feas, flacas o gordas, jóvenes o viejas;

nubiles o postergadas, todas le eran necesarias para sumar amistades femeninas; por lo cual era muy saludado; y Panzone José con su esposa y un hijo sólo, ahora ya grande, porque el otro cuando era chico oyendo tanto al padre de que se hiciese cura que así no sufriría miseria y estaría bien alimentado, pues era comilón como todos en esa familia, finalmente se dejó presionar aunque sin poner otra cosa que una voluntad sin objeciones, y la historia completa es así: un día el padre fué a verla a doña María Mercedes Castillejo de Gómez Gándara, la dueña de este conventillo, y le dijo que su hijo tenía inclinaciones religiosas, (que no las tenía); y que él carecía de dinero para pagarle los estudios; a lo que doña María Mercedes Castillejo de Gómez Gándara, tomó a su cargo al chico poniéndolo en una escuela y una vez vino el chico a visitar a sus padres en La Colmena y estaba vestido de un modo que producía mucha tristeza porque aunque estuviese limpio, peinado, calzado, y aquí todos estaban siempre más o menos sucios, y mal peinados, y calzados o no con zapatillas o alpargatas, sin embargo, estos chicos del inquilinato y yo entre ellos sentíamos disgusto personal, dentro de nosotros mismos, viéndole a él y viéndonos nosotros de algún modo en él, uniformado con un traje enterizo excesivamente lavado pero genérico y no individual, un traje desmedido, estrecho arriba, holgado abajo; sensación incómoda de cosa prestada; sensación como de un ser robado en su individualidad y echado como en un rebaño; y había en él algo cómico, indigno, humillante; sensación, intuición, nitidamente negativa y le mostramos nuestro desprecio —no nuestra envidia— a pesar de tener nosotros ropas sucias, viejas, incompletas, desparejas, heredadas, y todo lo que se quiera, pero nuestras, originales, personales; finalmente, había en nuestra vestimenta una dignidad en su pobreza que faltaba en el limpiísimo uniforme enterizo del futuro cura...

Y está Olaf Petersen, mi maestro, y Augusto, el gran amigo, cuyo drama de amor comenzará dentro de un ratito; y Dionisio, otro amiguísimo de papá; y Adelina, tan linda y tan estúpida, y Juanita, que me quería como si fuese su sobrinito; y el griego Anastasio, y don Evaristo,

y Bacciadone con sus tres queridísimas hijas Argentina, Victoria y Roma; y estas las muchas madres, doña Paz, doña Pilar, en el sector de los españoles; las muchachas, tantas; y los chicos; no acabaría nunca de citarlos.

No acabaría nunca, por modo que ya está: esta enumeración se corta sorpresivamente...

LOS MUCHACHOS

Don Pedro, es decir, el Olaf Petersen de Eduardo Lainez había conseguido organizar sin quererlo, una especie de tertulia. No salía de su pieza sino para ir a realizar sus trabajos. Al parecer, habiendo sido marino, y marino inteligente, tenía ahora un empleo sin horario en una empresa naviera; conocía algunos idiomas, conocía el ambiente marino, conocía especialmente al hombre, al ser humano. Además, iba de visita a veces en casas de connacionales y a su iglesia. Fuera de La Colmena, pues, hacía una vida recatada, desconocida aquí, y de la cual no quería hablar, como tampoco hablaba de su vida personal anterior y en lugares lejanos; sólo contaba sucesos en los cuales él apenas si había sido espectador; contaba de barcos, de viajes, tempestades, países, costumbres. Él, se desterraba de las charlas... Aunque nó; estaba precisamente todo él en las cosas maravillosas que describía, en el modo de decir, en los temas que elegía; no de otro modo podría explicarse la influencia que tuvo sobre el espíritu del chico de Ramón Lainez, y acaso sobre este mismo, y Augusto y Dionisio.

Permanecía en su pieza mucho tiempo, a veces, días enteros. El mismo se cocinaba su comida frugal y limpia y se distraía; leía mucho y esto era asombroso en el inquieto; leía libros escritos en sueco o en inglés. Arreglaba su pieza, lavaba su ropa, hacía su cama, se cuidaba a sí mismo.

Fumaba su pipa; no bebía, no jugaba.

Tenía algunos amigos aquí mismo; Ramón Lainez y su hijo Eduardo; Dionisio, Augusto, y a veces alguno más;

y los chicos Federo, Rulito y Octavio entraban en su habitación de rondón y sin más ni más.

Alguna vez los chicos ciertamente le descomponían la pieza, arrojaban migajas en el piso, deshacían la cama; los mayores tiraban los puchos en el suelo; él nunca reprochó nada a nadie; solamente, cuando quedaba solo, limpiaba otra vez, ordenaba. Incluso, cuando una vez quién sabe qué chico tomó la tabaquera, Don Pedro llamó. Compró otra. No supo quién fué el que se apropió de cosa ajena, ni averiguó nada.

Al principio Federo se sentaba en una silla, al rato se incorporaba desplazando la silla a otro sitio; se sentaba en el lecho, descomponía las mantas, volvía a levantarse, tomaba en sus manos cualquier cosa, la dejaba en otro lugar; Don Pedro no decía nada. Quería que en su pieza estuviesen todos cómodos, con sus modos naturales, cortes o molestos; solamente pedía con mucha suavidad que no escupiesen en el piso.

Octavio solía preguntarle cosas astronómicas, mecánicas, físicas; ¿por qué la luna? ¿por qué el émbolo? ¿por qué en los barcos hay velas de distintas formas? Esto de las velas, naturalmente, suscitó una especie de conferencia que Olaf Petersen desarrollaba procurando expresarse para ser entendido por sus pequeños oyentes. Otras preguntas —ya se sabe que cuando un niño tiene estimación y fe en un mayor, le cree poco menos que un sabio, o un dios— si Don Pedro ignoraba, confesaba sencillamente: no sabría decirte nada, hay muchas cosas que yo desconozco; nadie lo sabe todo.

Con el chico de Ramón Lainez, en cambio, las conversaciones eran muy distintas; eran de base estética, moral, eran en profundidad o en belleza; Eduardo Lainez era imaginativo y con un evidente sentido religioso; Don Pedro tenía presente estas notas íntimas.

—Entrá, —decía a Rulito que sin embargo no necesitaba ser invitado. Don Pedro proseguía hablando mientras se aproximaba al cajón que funcionaba como alacena, extraía una galleta marinera, la untaba con manteca y encima la espolvoreaba con azúcar. Rulito callaba, tomaba la galleta, mordisqueaba, y seguía callando, oyendo, mirando de

jando caer en el piso las grajeas que no se adherían a la tela de sus pantalones.

Rulito, en la pieza de don Pedro, en la pieza de doña Rosa, "estaba en su casa".

Santiago "no creía" en Don Pedro, es decir: Santiago no alcanzó a percibir en este hombre nada extraordinario, original, ni interesante; para Santiago, era Don Pedro un hombre común y ordinario, como todos; le desconfiaba; pensaba que Don Pedro, sólo, fuese un tipo raro, nada más; y en la vida común se dan esos tipos; es un Evaristo, sólo que con otro modo de ser; es un Bacciadonne, sólo que en vez de hablar de anarquismo, charla de religión y de aventuras; y hasta se atrevería Santiago, si se viera acosado, a confesar que lo cree "un inglés sonso". Nunca le hizo ninguna fechoría a Don Pedro, sin embargo; pero le gustaba enojarle.

—¿Qué me dice, Don Pedro? ¿Cuántas veces naufragó?

—Dos.

—¿Fue timonel, usted? ¿Cuántas veces encalló?

—No fui timonel.

—¿Será cierto que viajó por la India y la China?

—Sí.

—¿Y estuvo también en la luna?

—No. Pero la luna está con los marinos siempre...

—Bah... bah... Si yo un día me voy a Europa, ¡las cosas que contaré de aquí!... Que maté a cinco indios a trompadas, que tenía cien indios esclavos míos, que... que tenía una estancia en Santa Fe más grande que toda Italia entera... Total, nadie me desmiente...

—Si eso lo cuentas con gracia y sonriendo, harías una buena obra. Regocijarías a tus oyentes. Es buena la alegría.

—La cuestión es inventar cosas delante de personas que no saben nada. Pero yo, ¿sabe usted? yo no puedo creer algunas cosas que usted dice... ¿Pero es que a usted le han sucedido todas esas cosas que dice? Bah... bah... Esos son cuentos para Edo que se los cree, y todavía se los repite a los otros...

—¿Cómo se dice en español?

Don Pedro buscaba algo; la palabra que expresara cierto concepto mental. No la encontró.

—No está mal defenderse de quienes nos cuentan cosas cuyo fin es engañarnos para extraernos algo, mentiras que tienden a robarnos, por ejemplo, o hasta a mover nuestra voluntad en una dirección determinada... ¿Me comprendes?

—¡Y, claro... si comienza a ir por ese lado...! Diga las cosas derechas...

—Es muy difícil explicarte; habría que contarte alguna historia, y entonces sería largo... Si me quieres comprender, yo no exijo nada, ni en el caso de que sean patrañas las cosas que diga... Además, siempre es difícil aproximarse a las personas que carecen de simpatía.

—Si, tiene labia usted. ¿Por qué no se hace comisionista de medias o de latas de sardina?

—Me disgustan todas las profesiones comerciales. Además, tengo la mía, que es una de las profesiones más nobles y dramáticas del mundo.

—¿Usted desprecia las otras profesiones?

—Santiago, no sabes conversar; es cierto que es difícil aprender, si uno no siente cierto placer íntimo en hablar. Y si uno tiene sentimientos desconfiados, rígidos, enemigos... Si meditaras un poquito en tí mismo, en tus maneras de hablar, descubrirías algo desagradable: siempre estás atacando al otro, que es una forma extraña de defenderse, y uno no sabe de qué. Yo no contraataco. Pero un día, Santiago, puedes tropezar con alguien igualmente desconfiado y rígido, y entonces ese te devolverá los golpes, los agravios, y las malicias...

—¿Yo lo insulté a usted? ¡No lo sabía...!

—No, Santiago, a mí no me agravias tú. Mira, esta noche, cuando estés solo para dormirte, piensa este pensamiento: ¿Es que todos los que hablan contigo son tus enemigos? ¿Todos te cuentan mentiras? ¿Todos te quieren engañar? ¿Se puede vivir así, defendiéndose de garrotes ausentes?

—Yo no dije nada de eso. Yo decía de sus cuentos de la India, de la China, las tempestades que usted cuenta... bueno: esas cosas. ¿Usted mató un tigre, una vez?

Rulito, fiel a sí mismo, oía activamente, miraba mucho; de vez en cuando mordisqueaba su pan; Octavio abriendo

los ojos y tendiendo el oído quería apresar los conceptos de Don Pedro porque adivinaba que en ellos palpitaban cosas hermosas y verdaderas. Eduardo no estaba. Federo sospechaba la acritud del diálogo.

—Yo no maté ningún tigre nunca.

—Y cómo me dijo Edo...

—Edo es veraz. Nunca pudo decirte que yo matara un tigre. Sino, una vez, y precisamente en la India donde tu no crees que yo haya estado, un tigre rondaba el campamento, precisamente en una selva que tu no sabes que sea... El tigre, lo mató el contramaestre...

—Ah, sí... algo así me parece... —confesó Santiaguito.

Otro día, a propósito de esto, diría Don Pedro a Edo:

—Este Santiago se pierde muchas fiestas solamente porque desconfía. Es necesario conservar siempre algo de ingenuidad, de buena fe. Duele, es claro, ser sorprendido en nuestra ingenuidad, pero, vivir defendiéndose, es terrible...

—¿Y cómo es que Santiago no cree cosas tan posibles? ¿Y dichas por usted que tanto viajó y vió tantas cosas?

EL ANARQUISTA

—Eh... Edo, hijo mío, considera el caso de Adelina, el caso de Juanita. ¿Es que crees tú que yo no estoy viendo en sus almas? Adelina, la pobre, tan escasamente dotada de intimidad por la Naturaleza y sólo regalada de belleza física, me cree un ser de otro mundo, se pregunta cómo es que existen seres humanos como yo; casi, casi me considera de otro género zoológico. Y Juanita, tan religiosa, por esto mismo tiende más fácilmente su simpatía hacia un ateo que hacia mí; al no ser católico me considera un hereje, peligroso para su iglesia, peligroso para su Dios, peligroso para sus propias ideas y sentimientos. Soy, para Juanita, la suma de todas las negaciones y peligrosidades. Y además...

—Yo a Juanita le hablé varias veces de usted... No crea que es como está diciéndolo usted ahora.

—Dejemos, Edo, a Juanita. Hay, además, algunos hombres aquí que igualmente me... me... descomprenden... Más cerca está de mí ese Bacciadonne; es una buena persona, su anarquismo aparentemente violento es una forma de su afán de justicia humana. Y si tu quieres comprender cosas de los hombres, observa bien: cada vez que despotrica históricamente, advertirás que nunca ataca a Dios. Su antigua educación religiosa en algún pueblo italiano le formó un sentimiento religioso que ninguna teoría ajena, podrá destruirlo ni modificarlo. Ahora, provisionalmente, dice que Dios no existe. Intelectualmente, Bacciadonne es imposible de refutar; posee cuatro ideas rígidas, inmutables, resistentes a la argumentación más penetrante. No discutas nunca con él. Yo, sólo le propongo problemas. Quería decirte que, al principio, Bacciadonne, creyéndose inteligente, comenzó a expresar sus cuatro ideas, y pensaba que precisamente por ser yo inteligente, debía recibirlas, esas ideas, y consentirlas, y vivirlas... Él se asombraba de que yo no llegaba a sus mismas conclusiones. Pero hay que perdonarle; la sinceridad no es un criterio de verdad lógica; pero es un criterio de verdad moral. ¿Entiendes, Edo?

Se hacía noche. El encargado había encendido ya los faroles del patio. Desde algunas puertas salían rectángulos de luz. Comenzaba el invierno con días ya helados. La gente se encerraba en sus habitaciones. El patio solía ahora vacar, casi desierto, inútil... Alguna mujer caminaba con apuro el pasillo. Después cenarían, algunos obreros cenaban a primera hora, casi juntamente con la caída del sol, porque se acostarían muy pronto.

Se hizo oscuro en la pieza de Don Pedro.

—Eh... aquí no se ve nada, dijo una voz sonora, casi retumbante y muy conocida.

En la puerta estaban los encornados bigotes de Bacciadonne, su cabellera negra y nutrida nunca ordenada debajo de una gorra vieja y ladeada, sus aros grandotes de oro, y sus brazos en seguida, porque no podía comunicarse con la gente con solo la palabra. Sus brazos se movían siem-

pre enfatizando más aún su asombro, su desconcierto, su interés, su curiosidad.

No era habitual en Bacciadonne entrar en la habitación de Don Pedro, al cual no acababa de comprenderlo porque nunca se enojaba, nunca gritaba, nunca insistía tercamente en sus juicios. "Inglés pacífico" decía.

—¿Qué es eso?

Era la Biblia sueca, enorme, pesada.

Bacciadonne, naturalmente, no era discreto, ni tenía buen gusto, y carecía de tacto social. Era, en suma, grosero y directo. Y dijo a Don Pedro que con la Biblia no se arregla el mundo, que lo que había que hacer era echar a los gobiernos.

—¿Usted leyó la Biblia, Bacciadonne?

—No. Es una sarta de mentiras.

—Ah, ¿no la leyó, eh...?

Don Pedro era lógico, metódico, sistemático, profundo; su habla tenía un sentido, se dirigía a un fin; Bacciadonne, al contrario, era sorprendente, repentino, subjetivo, reducido a un asunto concreto y pequeño que no soltaba; o si lo soltaba era para saltar a otro tema desconectado con el sentido del coloquio. De modo que, como siempre en estos casos en que se miden un hombre superior con uno inferior, necesariamente el primero, por tolerancia, comprensión y caridad, "debe ajustarse al método" del otro. Y Don Pedro determinó precisamente eso: Seguirle la corriente a Bacciadonne. El cual le comprendía o no le comprendía. De pronto, Edo advirtió que se estaba demorando en un asuntito bastante claro.

—El que cree en Dios, muere plácidamente, serenamente. Tendrá tranquila su conciencia, —decía Don Pedro.

Aquí lo interceptó bruscamente con voces y gestos Bacciadonne negando esa posibilidad; y decía, en su manera revesada de hablar e imposible de transcribir, esto que, en realidad, es una traducción:

—Pero no, Don Pietro, no, ¡pero qué!... Bueno, Don Pietro, usted debe venir a verme morir a mí, cuando Dios me llame, (Don Pedro y Edo sonrieron) y usted me verá morir lo más tranquilo, como un santito morirá, usted me verá morir, en paz con mi corazón, con mis hijas queridas,

con todo el mundo, estaré sonriendo alegremente como el mar en Sorrento en verano, ¿me jura usted venir, no...? Júremelo, Don Pietro.

—Sí, sí, Bacciadonne; continúe...

—Bueno, usted me estará mirando, yo estaré agonizando, pero todavía tendré fuerza en la voz para hablar, yo le diré, "venga más cerca, Don Pietro, venga, míreme bien, mire como muere, tan tranquilamente, un hombre que no cree en Dios". Y usted me debe mirar bien, para ver como estaré tranquilo, y también sonriendo. Y entonces usted se habrá convencido.

Desde el pasillo llegó la delgada voz del Coco.

—¡Edooooo...! ¡A cenar...! ¡Edo...!

Qué lástima, dejar así un tema tan inquietante.

LA POBREZA

Era la tercera o cuarta vez que entraba en la pieza de Olaf Petersen para hablar con él y aliviarme de esta preocupación insistente que al reaparecer me detenía hasta la operación de las manos en el taller. Una angustia tremenda me apretaba el corazón, sentía en seguida la existencia de mi garganta, me recordaba a mi mismo el deber de ser fuerte, y entonces mi cuerpo o una parte de él suspendía su acción. Es muy difícil a veces ser fuerte, quiero decir: sostenerse uno a sí mismo decorosamente, no dejarse vencer por las preocupaciones, ser más sólido y duro que las espadas atacantes. Esa preocupación vuelve demasiadas veces. Es un pensamiento que aflige y lastima mi alma. Se trata de papá.

Otra vez el dinero. Ahora, hay que adquirir un medicamento caro y hubo que abonar un mes de alquiler para detener la acción judicial. Dinero. Ah, sabré siempre cuánto es necesario al hombre en la vida, sabré siempre qué terrible es el dinero, cómo dramatiza algunas vidas, cómo las ensucia e infama, cómo las derroca en el delito y en

el pecado. La cosa es de una simplicidad que sorprendería a otros. Un poco de dinero; un poco según los otros; para papá, una suma casi ideal como la sirena... Pero mi preocupación, en realidad no nace ni del dinero ni de la maniobra necesaria para obtenerlo; se trata del carácter de papá.

Posiblemente, esa misma cantidad podría conseguirla cualquier vecino del inquilinato, así carezca del crédito moral que posee papá, así esté desposeído de la simpatía que irradia papá; le bastará con alegar la enfermedad de su hijita con palabras suaves ante Olaf Petersen, o Augusto, o doña Rosa. Pero papá no hará eso ni nada parecido. Papá determinó no pedir más dinero a los amigos que le sirvieron tanto y que amistosamente le seguirían sirviendo. Papá resolvió acabarla con este método. No soy un pechador —decía— no quiero que la gente comience a pensar apenas me ve que ahí está viniéndosele encima un pedido de dinero —decía—; no quiero que la gente empiece a tenerme en menos, a asustarse de mi presencia.

Papá es de una energía recta, callada; tiene determinaciones inflexibles; una vez salido papá para algo, hay que estar cierto que irá derechamente, sin detenerse, sin ladearse, sin velverse y hasta sin reflexionar. Llega y golpea; entonces, si no cayó herido o muerto, regresa. Este carácter me está haciendo temblar. No es que, en el fondo, yo rechace y condene el ser como es; no; yo lo acepto a papá todo él, absolutamente, en sus virtudes y defectos, en sus pensamientos también, en sus fracasos. Quisiera estar hablando de él con cariño pero sin cerrarme a la verdad; lo quiero a pesar de todo; la verdad de papá nunca hará que deje de amarle irremediablemente. El verle aspectos que signan negativamente, no afectan mi juicio sobre él.

Aunque parezca extraño, tampoco es mi miedo suscitado por el pensamiento de los peligros que pueda correr él; peligros físicos, quiero decir. Lo que me desasosiega es el pecado.

En sí, el hecho de que papá consiga dinero robando o matando, mayormente no me derrumba al suelo desmayado de horror.

¿No hemos aceptado la pobreza y los modos de conducta

a que obliga? ¿Y las mañas e industrias que exige para no estrangularse de hambre? ¿No aceptaremos la muerte de la Chola? Sí; aceptamos la pobreza, el dolor, la muerte, todo aquello que se nos viene encima; pero ya el pecado, no es cosa que se nos caiga sino cosa que busquemos voluntariamente, conscientemente. El pecado. Dios.

Pero hay que pecar una y otra vez.

Entré en la pieza de Olaf Petersen con la intención de confesar y aliviarme. El me daría unas hermosas palabras —perdón: unas buenas palabras— y mi conciencia se haría otra vez liviana.

Pero Olaf Petersen me hizo una pregunta y yo debía responder.

—Edo, ayer dijiste no muy claramente algo como... una vez necesitaste la palabra perdón. Habla.

Confieso que esa curiosidad —ahora digo curiosidad, ayer decía preocupación— que me había encaminado a él, ya no la sentía; había desaparecido; en un día, desapareció. Confieso el suceso sin examinarlo. (Sin embargo, me había aflijido entonces...) Una palabra para mamá, que no fuese la palabra perdón; mi sentimiento peculiar a su respecto exigía una designación verbal concreta; había, pues, un problema, que desapareció sin resolverse. Hay cosas así en el hombre. O en el joven y el niño.

Yo no quería ahora hablar de eso con Olaf Petersen.

—Ah, sí... pero... no tiene importancia. Quería saber una palabra con un sentido parecido a perdón; no, perdón no. Cuando lo vea a Carlitos, buscaré en el diccionario.

—¿Por qué buscas esa palabra?

Hice una mueca significando que ni yo acaso sabía por qué.

La tarde retrocedía apresuradamente. La penumbra se anticipaba en los rincones, debajo del techado; las paredes rebozadas de cal blanca se ponían grises; el cinc era plomizo en sus curvados salientes y ya negro en los hundidos canalones. Empezó a caer una llovizna que el viento desahacía. Después el viento arreció; oscureció casi de golpe, como en el teatro; comenzaron a caer grandes goterones; pasó corriendo Dionisio, se le cayó un papel, lo dejó, las gotas de lluvia daban en el diario con sonoros secos golpes,

hasta que se mojó todo, aplastándose contra el suelo. Se encendían lámparas. Oíanse aún los forcejeos de Esteban en el violín.

Olaf Petersen se aproximó a la puerta y miraba la lluvia.

—Linda lluvia...

Se oían en el patio los gritos de doña Paz a los chicos.

—¡Dejen los gatos, diablos, déjenlos, después no van a ser ustedes los que cacen ratones!...

Había ratas, gatos, perros...

Pasó el encargado con una bolsa defendiendo cabeza y espaldas solamente; iba a encender los faroles.

Arreció súbitamente la lluvia; el viento cambió; hubo necesidad de entornar y fijar la puerta. Regresamos a la mesita.

Encendió la lámpara Olaf Petersen. Yo, medio me había olvidado del tremendo asunto que me había conducido a él.

Me salió de los labios algo no muy conveniente:

—Bueno, ¿qué le sucedió en Sydney? Cuénteme...

Ví el asombro en la parte de su semblante desposeído de barba; apartó su mirada; extrajo la pipa y comenzó la meticulosa tarea de aderezarla. Yo callaba y me sentí incómodo.

—Eduardo Lainez, vuelve a tu boca mucho la palabra Sydney, quiere decirse que piensas demasiadas veces en el contenido de esa palabra y en cómo me pertenece a mí... Perdóname, pero procura no pronunciar esa palabra otra vez. No te lo prohíbo, así despóticamente; es que Sydney es para mí... Mira, Edo: sería peor si sospecharas. Dejemos eso...; te diré, sólo, que Sydney me trae duros recuerdos de sangre, de un alarido de mujer espantada como de fiera sorprendida y que se ve acosada sin tiempo para huir ni defenderse y un cuerpo caído en el suelo y también el problema del bien y el mal que sin embargo había comenzado en Bergen Borgson. Perdóname, Eduardo Lainez, no vuelvas a nombrar esa ciudad.

Todo esto me lo estuvo diciendo pausadamente; sus dedos jugueteaban con el fuste de la pipa; la punta de un

dedo acomodaba el tabaco en el hornillo, ni muy presionado ni tampoco demasiado flojo. Era un arte.

El hombre es un ser desconcertante. Yo, que tanto quería a este hombre, que me inspiraba tanto respeto, que le obedecía voluntariamente, sin embargo, de pronto, le falté el respeto insolentemente; dije:

—¡Cuénteme eso, Olaf Petersen...!

Ciertamente, hay que creer en el diablo en el cuerpo. Una fuerza íntima que nos disuelve propósitos, empeños, determinaciones; que nos lleva en la dirección contraria a la que había seleccionado nuestra mente, a la que había preferido nuestro sentimiento. Sentí vergüenza de mí; sentí cómo mi persona perdía crédito en la estimación de Olaf Petersen. Sentí ganas de llorar. Más tarde comprendí: era que esa pregunta me distraía de mi angustia sobre papá y el pecado; era un modo de huirle a ese pensamiento doloroso; era la única manera de cerrarle la puerta al dolor del pecado; eso fué todo.

Yo no sé si Olaf Petersen comprendió mi estado íntimo. Ignoro qué pensó y qué sintió.

—No. —dijo nitidamente. Nada más. Una sola palabra; era inusual en él una respuesta así, tan breve y cerrándome, y rechazándome.

El demonio todavía me trompeó, me ensució el alma. Me oí a mí mismo decir las palabras que el diablo ponía en mi boca:

—¿Por qué, Olaf Petersen?

Ahora debía yo tener coraje. Temblé por mi insolencia, pero también comprendí que ahora, ya no debía llorar.

Comprendí instantáneamente que acababa de perder la estimación de Olaf Petersen. Yo, lo había desconcertado, sin duda. No esperaba, de mí, una conducta tan grosera, tan ininteligente.

—No. Porque todavía no eres suficientemente maduro para conocer ciertas cosas, conocerlas, darles el justo valor, ni más, ni menos; todavía no sabes cuánto hay que perdonar en el mal, y cuánto hay que restar al bien. Recuerda aquello que te dije una vez, apoyándome en una frase de Heráclito: No está bien que el infante sepa lo que ya sabe el joven, no está bien que el joven sepa lo

que sabe ah, el hombre maduro. No está bien, Eduardo Lainez, que tú sepas lo que yo sé. No está bien que tú, un chico recién entrado en la fiesta y el drama del mundo, con el espíritu fresco, las esperanzas intactas, los ojos encendidos, el impulso de acción latente y dispuesto, limpio de cuerpo y alma, no está bien que yo te diga: Edo, hijo, amigo mío, esto, Edo, esto no es una fiesta; es un campo de batalla, con heridos, muertos, desaparecidos, con sangre, alaridos, miedos, con gritos al Destino, a la Madre, a Dios; con preguntas tremendas sobre la vida, y la muerte y por qué, y cómo, y qué sentido tiene esto y lo otro... No está bien, Edo, que yo te madure prematuramente; tu debes ser todavía un chico, no quieras saber cosas de hombres que se enfrentaron con... Callemos, Edo, callemos... Mira, voy a hacerme mate cocido. Tomarás conmigo.

—En cierto sentido, Olaf Petersen, comprendo; soy un chico todavía; pero usted sabe que los pobres somos chicos por poco tiempo. En seguida tenemos que hacer cosas de hombres, tenemos que presenciar trabajos de hombres, tenemos que pensar como los hombres; tenemos sus deberes, sus responsabilidades, sus culpas; tenemos problemas difíciles, tremendos, y hasta los hombres nos dicen aquí a los chicos, cosas que en otros ambientes no se les dicen. La pobreza, las cosas a que obliga la pobreza, las cosas que trae la pobreza, y las enfermedades, las cosas que la enfermedad nos obliga a hacer... y otros asuntos más, tantos... aquí, nos hacen a los chicos hombres demasiado pronto... ¿Cree usted que jóvenes de veinte años, hasta de treinta, en esos ambientes cómodos cuyos asuntos resuelven los padres ricos, o los padres influyentes, o el pariente poderoso, cree usted que esos jóvenes son más maduros que yo para saber que sea "esto", este campo de batalla, como dice usted que es la vida? ¿Es que esos hombres han combatido una sola vez como he combatido yo, en esta batalla? Hijos de papá, no necesitan matar, ni robar, ni mentir tampoco; tienen, desde que nacen, resueltos casi todos sus problemas esenciales; el pan, la casa, la familia, los remedios, el porvenir, el trabajo... Si no ambientaran demasiado, lo tendrían todo resuelto. En cambio, nosotros, ah... Saber, Olaf Petersen, saber, yo sé... más

que tantos... Sé bastantes cosas malas, feas, fuertes, cometidas, no por maldad de alma, sino por necesidad. Una vez tuvimos, para cenar, sólo pan duro que mojamos en agua caliente y menos mal que había un poco de azúcar que echamos encima del pan. Ah, antes de venir a vivir aquí, mi abuela tuvo un ataque de parálisis; la sentamos en un sillón; la cuidaba mamá, pero también yo; y bueno... yo, por deber moral y religioso, la cuidaba bien; y sin embargo, la abuela decía que todo lo que yo hacía estaba mal, que todos nosotros queríamos verla muerta... Nosotros callamos; nunca le dijimos nada. Olaf Petersen, yo tengo quince años y medio; pero es como si tuviera treinta años. Puede usted decirme todas las verdades del mundo.

—Edo, amigo mío, tu no sabrás nunca cuánta tristeza hay en esta habitación ahora. Todo esto es muy triste, Edo... Pero dejemos esto...

Se levantó de la mesa y caminaba la pieza.

Callamos durante un ratito.

De pronto, se detuvo. Es necesario, Eduardo, es necesario que volvamos a ser lo que somos, lo que debemos ser: tú, un niño; yo, un viejo...

LAS CHICAS

Yo no la he visto crecer a Adelina; tiene un año más que yo, y desde mis tres años y sus cuatro, aquí vivimos, aquí hemos crecido ambos, aquí jugamos, y hasta peleamos alguna que otra vez; sin llegar a sentirnos demasiado necesarios el uno al otro, por no decir que nuestra amistad infantil careció de fuerte simpatía íntima. Aquí, en La Colmena, fuimos ambos creciendo, ganando altura, ella y yo; adquiriendo conocimiento del mundo, como se dice.

Pero yo no la vi crecer, subir, como no se ve el desarrollo y empinamiento de una planta; tampoco ella debió verme a mí cumplir el mismo proceso.

En las tardes de calor sofocante pudimos a veces ver-

nos nuestras carnes infantiles porque estábamos vestidos sumariamente y no acordábamos importancia a "eso". Jugábamos quién sabe a qué, —bolitas, ta-te-ti—, en los escalones o en alguna esquina del patio; un movimiento cualquiera para coger una bolita huyente, acaso haya dejado ver los muslos de Adelina hasta muy arriba. En otro juego, es posible que nuestras piernas se hayas entrecruzado o encimado. Los chicos, los varones, llevábamos sólo pantalones que si se corrían hacia arriba, alguna vez dejaban ver escondido. Y ellas tampoco solían estar bien defendidas de las miradas. Yo, siendo chico, ví y miré mucho, allí en la entrepierna de las chicas. En la escalera, muy especialmente. Pero como yo he sido, desde este punto de mira, algo atrasado, miraba y no sentía. Adelina fué, para mí, algo así como una hermana a quien por su carácter no pude querer aunque con ella jugase. Para mí, nunca tuvo ella misterio ni atracción alguna. Ni despertó ningún deseo, nunca, de ningún género. Nada. Fué una cosa útil para mí cuando jugábamos, nada más; carecía de interés, de belleza, de misterio, de peligrosidad; fuera del juego infantil, no me atrajo nunca. Aunque estuvimos juntos, con las piernas entrecruzadas, teniendo nuestros once o doce años, ella no me despertó nada; fueron otras... Ella, Adelina, fué para mí una cosa, un objeto.

No la vi crecer. Y este es el asunto sorprendente. Esto es el asunto que me torturó cuando una tarde la vi a Adelina caminar por la calle Patricios hacia el Parque Lezama, con un mozo. Eso me sorprendió; eso constituyó un problema para mí. Adelina no me interesó nunca; pero aquella tarde, verla con un joven, fué un sorprenderme yo a mí mismo; el "cómo creció Adelina, que ya tiene novio", apenas insinuado, fué por así decirlo reemplazado por un concepto que se expresaría diciendo: ¡cómo creció ella, y consiguientemente yo debo darme cuenta ya de haber crecido lo suficiente como para considerarme ya todo un mozo! Me olvidé de la sorpresa que me acababa de ofrecer Adelina. De manera que de súbito un día la vi ya crecida; saltó de una infancia ingenua a una adolescencia ansiosa de muchachos; saltó de un solo salto. Confieso que hubo, demás, cierta rabia en mí; no exac-

tamente por haberla visto con otro, es decir, con un muchacho que no era yo. Yo de ningún modo habría querido substituirlo en la compañía de Adelina. Celos insinuándose, en mis adentros, con pretextos y sin causas razonables. Celos erróneos, mal encaminados, pero celos. Es que estos sentimientos, vagos, incomprensibles, absurdos, aparecen y viven en la adolescencia anticipándose a los otros sentimientos parecidos, pero ya con motivos y causas. Los celos se advierten así...

Aquella tarde, pensé que Adelina era una hembra y yo era un macho. Regresaba a casa; pensaba, porque este descubrimiento, el de Adelina de pronto crecida tanto ¡y acompañada por un mozo!, me preocupó mucho; pensaba algo así como: ¿pero por qué nunca sentí nada a su lado? Jugamos juntos tantas veces en el patio, en las escaleras, estuvimos muchas veces juntos, y nunca se presentó una turbación suscitada por el contacto de las piernas. Ah... ah... ah... recuerdo, sí, sí; una tarde, sentate aquí, Edo, vení —tenía en las manos los cinco tejuelos para el juego—; y Adelina seguía invitándome y yo me senté a su lado y era verano y sentate bien, aquí, poné las piernas así, bueno, comenzamos, ya está; y su pierna estaba tendida sobre la mía; o su rodilla angulada en alto caíase sobre mi muslo. Las cuatro piernas casi desnudas formaban un cerco y dentro del cerco estaban los tejuelos de mármol, mal tallados. Ah, ah... ahora ya comprendo y creo que ella se encendía de algo parecido al deseo o mi contacto fuese para ella un estímulo, reprimido sin embargo o contenido dentro de ciertos límites; ella procedía de ese modo conmigo porque, es claro, conocía mi desconocimiento —entonces —de estas cosas al mismo tiempo que muchísimo sentía en sí misma las ondas deliciosas que el contacto de las carnes desnudas suscitan. Y hasta, como quien dice, ayer nomás, y caso no hace dos años, en la función teatral perpetrada en la sala de la Sociedad "Olimpia", tan estrecha, ella me pedía que no me separase, que la apretase.

No es que yo fuese un tonto ni un retardado; sólo supe estas cosas más tarde; y más adelante contaré cómo y con quién. De pronto, un día, Adelina dejó todo de una vez, de jugar conmigo, de estar conmigo, de apretarse conmigo.

Seguramente Adelina dejara mi compañía por haber encontrado a un mocito más adelantado que yo.

Al mozo que vi con ella caminando por la calle Patrios, nunca antes lo había visto. Y aquí comienza un drama. Porque yo creía que el novio de Adelina fuese Augusto. Augusto, el del arriba, el amigo de papá y de Olaf, para no confundirlo con Augusto, el carnicero.

Antes de continuar diré que no se me escapa cierta aparente contradicción; los amores trenzados entre Adelina y Augusto, aquí en el conventillo, no me sorprendieron; cuando la vi a ella con un mozo desconocido, todo me desbaraté. Este es un asunto muy difícil de explicar; yo no podría aclararlo; acaso sean cosas de la adolescencia. Y creo que no me atreveré a pedirle explicaciones a Olaf Petersen. Hay temas, asuntos, que parecen estar vedados en nuestras conversaciones. Dejemos esto. Y hablemos de Augusto, uno de los mejores muchachos de La Colmena. Augusto y Adelina "se hablaban" o eran novios, o algo así. Yo sabía que Augusto y Adelina eran novios, pero era un saber natural, por así decirlo, un saber en estado de indiferencia que no creó en mí ninguna preocupación, ningún sentimiento, ninguna extrañeza. ¿Y cómo entonces verla a ella con un desconocido fué, al contrario, cosa tan tortuosa? De ningún modo fué la adquisición de un conocimiento indiferente. Unos vagos celos absurdos, mejor dicho, erróneos; una cierta envidia y sin embargo no hubiera querido ser él ni poseer lo que él estaba poseyendo; un poco de rabia no sé contra qué; pero lo que sé, es que en seguida modifiqué mi anterior conocimiento referente al amor de Adelina y Augusto. Vi claro ahí; ahora sabía que esas relaciones no eran sencillas, no eran cómodas; sino cálidas, tercas, extrañas. Comprendí por retrospecto, si así se puede decir de un saber que no se adquirió cuando concurrieron todas las circunstancias sino más tarde, y de súbito al aparecer otro elemento.

Augusto era un buen muchacho. Era alto, delgado, pálido, rubio. Tenía una boca llamativa; primero se le veía la boca sonriendo suavemente y en seguida uno obtenía una impresión total del semblante. Los ojos estaban apagados; con una tendencia de los párpados a descender;

usaba, a veces, cuando el sol picaba, lentes ahumados; su vista había sido castigada por el fuego persistente y potente del horno en la época en que trabajaba en los talleres metalúrgicos. Ahora esa mirada estaba apagada; debió ser antes, como su sonrisa ahora, casi delicada, casi cariñosa, más que brillante y fuerte. Y de estas resultas, he aquí ahora esa oposición de unos labios amables y cordiales floreciendo en sonrisas, y esos ojos que parecían estar retirándose de la conversación.

Augusto era amigo de Olaf Petersen y de papá. A papá le prestó dinero más de cuatro veces. En las piezas del viejo marino pude oír cosas que entonces sólo entendía superficialmente. Alguna vez, entrando yo, rebajaban la altura de la voz; cambiaban el tema, y es que —ahora por retrovista percibo— estaban hablando de Adelina, y eso significaba que los amores no andaban ligeramente sobre sus rieles, y que Augusto estaba incomodado y buscaba algo que le fuese favorable. El nombre de esta muchacha era pronunciado demasiadas veces entre esos tres hombres; evidentemente, ahora, —que es después y más tarde respecto de esos hechos— comprendo todo. Esos amores eran difíciles, como que más adelante salió un revólver empuñado por una mano nerviosa...

Adelina tenía ahora diez y seis años. Recién florecida; no, sino recién frutecida. Más bien fruto que flor. Producía su vista y su proximidad, más y mejor que sentimientos de simpatía, sentimientos de poder, de adquisición, prácticos; ganas, impulsos, de acercársele y de tocarla, es decir, preponderancia de los sentidos primarios; ganas de comérsela, de saborearla, de tomarla entre los brazos, como una incitante cosa material.

Era linda y mucho más; exactamente madura, reciencito madurada; a punto; justamente; había algo turbador en esa madurez de mujer con ciertas ondulaciones infantiles. Adelina se "hacía valer"; tenía su técnica intuitiva: se exhibía, se exponía, meneaba sus corvas, fabricaba dengues y afectaciones muy postizas. No era precisamente ágil pero estilizaba a su modo un tanto cursi las formas núbiles, el caminar oscilando las corvas, la mirada cargada de interés e intención pero sin profundidad; en

cierta manera, podría decirse que había colocado guirnal-
das a sus miembros, que había empavesado su bordo, que
hacia salvas ruidosas al amor. O al Hombre. ¡Aquella blu-
sita azul llovida de goterones blancos, con dos golpes
de flores en la cintura! Se estaba cantando así misma,
sólo porque tenía diez y seis años y era hermosa y fresca;
canto fácil de entenderse, muy descubierta y muy tradi-
cional. Los muchachos graduándola acertadamente de
hermosa y a punto, decían de ella que era coqueta y
calentona. Había adquirido cierta audacia para mirar a
los hombres. Los miraba el ratito suficiente y justo, les
pasaba su mirada delante de los ojos no como una caricia
ni un desafío sino como un reclamo comercial, les llamaba
a que abriesen sus ojos y la mirasen; y esto era la esen-
cia: quería ser mirada, admirada, deseada. Bueno; esto
siempre fué así, este tipo se repite en el tiempo y la
historia y las tierras y las razas.

Adelina, cuando estaba hablando con los hombres, así
fuesen los del inquilinato, ahora les mostraba un innecesario
porte grave, como de mujer madura y seria; si eran
mozos, no les sonreía mucho; tenía miedo de que avanza-
sen demasiado... Tenía miedo precisamente de aquello
mismo a que estaba tendiendo y que deseaba.

Era mentalmente liviana, espaciosa, casi hueca, y tenía
una charla espumosa, volvedora, con grandes vacíos o es-
peras. Pero poseía las fuerzas y los valores que por ins-
tinto viven en esa edad precisa. Era frívola, era rápida en
sus determinaciones como todos aquellos que temen los
rozamientos profundos porque podrían producir una con-
clusión adversa a la perseguida por la voluntad; además
en Adelina eran imposibles estas reflexiones. Era terca a
más no poder, inmune a toda experiencia, resistente a todo
silogismo, caprichosa por incapacidad de crearse un sub-
stituto de la tema o del juguete. Tenía una ignorancia des-
confiada, una voluntad monótona, un lenguaje flojo, que
una repentina preguntita lo desarmaba completamente.

Como todos los que son al mismo tiempo tercios, igno-
rantes y sonsos, menospreciaba muchas veces el juicio, el
consejo, la noticia, de las personas mayores, idóneas, expe-
rimentadas, porque no quería salirse de su zona mental

conocida y pequeña para entrar en otra donde existen
cosas desconocidas, difíciles de aprender; ella no tenía
ninguna gana de eso. A veces hacía cosas que nadie com-
prendía. O repentinamente se mostaraba grosera creyendo
ser enérgica.

En su estado actual de fruta madura acababa de ser
tomada en sus manos por Augusto. Naturalmente: para
ser mordida; para ser comida. Así era Adelina: una fruta.
Y esta metáfora referente a Adelina se hace más clara
si se piensa en el carácter de Augusto. Augusto era dúctil
y enérgico, tolerante y fuerte, flexible y firme. Es decir,
era contradictorio; pero lo era para los demás, que él
siempre reflexionaba sus conflictos, pedía consejos, bus-
caba soluciones, y elegía un método para un fin; y si el
procedimiento mejor consistía, por ejemplo, en una acción
enérgica, esta vez, y mañana en una condescendencia fle-
xible, él procedía de acuerdo con su método concreto y
particular; y así era lógico y leal consigo mismo aunque
la mera acción mostrase contradicciones. Augusto pues,
era muy elástico, muy tolerante, pero también muy vio-
lento. Podía matar. Era capaz de matar.

Augusto era para ella un excelente partido; así se decía
allá entonces; tenía un oficio y era un obrero inteligente:
poseía con evidente dominio una manualidad, acompañada
por cierta cantidad de teorías; además, era necesario que
el oficio no fuera común. Tenía jornales altos, asumía res-
ponsabilidades directamente del ingeniero o de los emplea-
dos superiores y técnicos. Nunca se encontraba desocupado;
en cualquier taller metalúrgico lo recibirían en seguida.
Además, era joven, sano, y de buena conducta; buena con-
ducta quería decir que no bebía demasiado, nunca; que
nadie le vió borracho; que no jugaba sino y apenas a la
lotería; que no frecuentaba ostentosamente la ramera; que
no exhibía prontamente su coraje, y que sabía estar con
las familias.

Era amable y simpático. Sólo aquellos ojos siempre me-
dio entornados, algo apagados, como puestos un poco
detrás del sitio donde debían estar.

Ella, ¿qué podía oponerle a tantas condiciones de peso
como exhibía él? Sólo su edad y la oportunidad de su

estado corporal, eso sí, admirable. Y nada más; ah, desgraciadamente, nada más... Era Adelina hija de un sereno de barraca, es decir, de un anciano que ya no servía para trabajar. Tenía cuatro hermanas, de las cuales cosían para la Intendencia de guerra, una era sirvienta "en el centro", la última era una niña aún. Y la madre lavaba. Pero, ¡eran tantas las mujeres que lavaban! Vivían pobremente aunque sin limosnear; menos mal que durante muchos años no les sobresaltó una enfermedad, pues de haberles ocurrido pasos semejantes, acaso se habrían encontrado ya, cara a cara, con la miseria terrible. La miseria en una casa con cuatro mujeres jóvenes era la prelación del pecado, y de lo que sigue, tan sucio, tan feo, tan innoble; el pecado hecho comercio.

La hermana sirvienta no solía venir al inquilinato a visitar a sus familiares. La menor, Teresita, tenía entonces unos trece años y se insinuaba también hermosa, sólo que más pálida que Adelina, y parecía más inteligente. Bueno, era fácil superar la altura mental de Adelina.

Augusto y Adelina hablaban a veces en el patio, en la puerta de calle, en el nacimiento de la escalera; fueron juntos varias veces a los bailes.

Ahora bien: Adelina hablaba con dos hombres; el uno era Augusto, inteligente, vivo, digno, enérgico, hasta violento; el otro, un desconocido. Podía desprenderse este hecho: Augusto lo sabía.

Se me saltó en la escritura, como un sorpresivo goterón de tinta, la palabra violento. La dejó; habría querido expresarme de otro modo, puesto que yo nunca jamás lo vi violento a Augusto; yo carecía del derecho de emplear esa palabra.

ROBLES

—¿Se puede, don Pedro?

Estaba don Pedro espumando la almohada, palmoteándola. Se dió vuelta y vió a Juan Carlos Robles, el Secre-

tario del Juzgado de Paz de la zona, que estaba ya con su cuerpo dentro de la habitación. Sonreía su carita regordeta y rosadita. La voz estaba todavía más adentro que su figura.

—¿Qué me dice, amigo don Pedro, usted siempre tan bien? Le disgustó a don Pedro que ese hombre entrase así, con solo la llave de un auto permiso verbal, como una ganzúa, "¿se puede?" y ya se apropió la autorización no concedida. Además, le disgustó que entrase como amigo, como entraban Ramón, Augusto, Dionisio, Eduardo. Finalmente le disgustaba de antes ese hombre.

—¿Sabe usted que le envidio la salud? Bueno, lo primero es la salud...

Lugares comunes, —pensaba don Pedro—, además, puede no ser la salud negocio primordial; según el punto de vista donde uno se coloque, puede no ser la salud lo primero ni siquiera interesar medianamente. Otros piensan que lo esencial es el dinero. Otros...

—Yo siempre le digo a mi señora: Mirá, Negra...

Resulta, —pensaba don Pedro— que algunos tipejos tienen un método aparentemente fino para sorprender y atacar, consistiendo en sospechar nuestra debilidad sentimental por el hogar, la madre, los nenes, y cuando vienen a robarnos, a engañarnos, lo primero que hacen es aplicar el dicho método y nos hablan de su hogar dulcísimo, de sus hijos inocentes, de la madre que tanto trabaja, y una vez que nosotros estamos ya dopados de sentimentalismo doméstico y familiar, ellos lateralmente nos introducen sus ágiles dedos en los bolsillos y nos roban en la voluntad y nos la dirigen. Este Robles es un comediante. Insiste en el asunto de la salud. Desde el punto de vista del hombre total, unitario y entero, con su cuerpo y su alma, con su tradición y su esperanza, con su vida y su muerte, con sus antepasados y su historia, con sus pecados y su Dios, ¿qué puede importar mayormente la salud?...

—La salud, afortunadamente... Nunca caemos en cama... Don Pedro ahora pesquisaba ese semblante.

—Pues sí, yo me dije, algún día me gustaría hablar con don Pedro. Usted sabe, ¡hay tan pocas buenas personas en este mundo!...

Ya, ya, ya... me está adulando, es decir, prosigue su método extorsivo; soy una buena persona; y, naturalmente, también él lo es; está esperando alguna palabra mía.

—Pero, la vida, el trajín diario, las ocupaciones, ¿sabe usted?, bueno, no nos dan tiempo para cultivar relaciones como es debido.

¿Qué se traerá este hombre escondido entre los pliegues de sus palabras?

—También, usted no va nunca al café, al almacén... Bueno, tampoco voy yo. Sin embargo, es bueno tener un lugar donde verse, hablar, entablar relaciones...

Este hombre está comenzando a ponerse nervioso —pensaba Don Pedro— el hilo de su discurso se está adelgazando, acaso se romperá solo...

—Pues sí, digo yo, este... es bueno charlar a veces, así, la gente se va conociendo.

Este hombre se va a empantanar solo; a hombres así hay que dejarlos entrar solitos en el aguazal, seguirán caminando hasta hundirse en el fango. Ahora está necesitando ayuda, está necesitando una sola palabra mía a la cual aferrarse para continuar hablando. Es deliciosamente interesante verle ahora maniobrar conmigo por el intermedio de ese método tan descubierto; yo todavía no le veo concretamente lo que está buscando en mí. Ensordece el sentido y encubre el fin. No sabe por dónde empezar, y cómo. Le estoy siendo útil; busca acaso mi complicidad. Este es hombre venal. Lo cual debo tener presente.

—¿Viajó mucho, usted, Don Pedro?

¿Qué noticias desenlazadas! ¿Cuándo desenvainará el auténtico motivo?

Ahora no tengo más remedio que responder; él quiere salir del pantano, obliga a que yo le tienda una palabra. Mi silencio continúa siendo mi mejor defensa y mi mejor ataque. No dejaré mi táctica ni mis armas. Le dejaré enredarse en sus revueltas frases.

Don Pedro entonces hizo un vago gesto, como restando importancia y le sobreañadió una mirada hacia el patio como atendiendo a un ruido no oído. Pero en enseguida se dió vuelta, se inclinó sobre la cabecera de la cama, tiró la sábana abriéndola como la lengua de un sobre. Volvió

a ponerse derecho. Volvió a pesquisarle el semblante.

El Robles sonreía, no tenía nada más que decir. El paso en que se debatía ya le enrevesaba el habla. Sonrió. Su sonrisa era leal; porque era orgánica, como un tic irremprimible. El era, todos lo sabían, hipócrita, mentiroso, falso, y el resto; pero su sonrisa le era demasiado usual para considerarla falsa. Le salía la sonrisa en ocasiones en que hubiera estado mejor que llorase; no; la sonrisa, en él, no era mala. La cólera, en él, era, en cambio, elemento esencial de su histrionismo; su cólera contenía notas de falsedad, traídas esforzadamente, con expresiones contrarias a los sentimientos íntimos; se ponía conscientemente nervioso, violento, blasfematorio, indignado, sin que existiesen los pertinentes orígenes íntimos; por ejemplo sin ir más lejos, el martes, para echarlo del despacho a un tipo pusilánime, debió hacerse el malo, gritar, asustar, tirar al suelo unos expedientes. Una vez salido el hombre, Robles se inclinó a recoger la escarabajada papelería y acomodarla, sonriendo, sobre el escritorio.

Ahora, delante de Don Pedro, su carita pueril sonreía toda; había una sonrisita en los labios, sonrisitas en los alrededores de cada ojo, sonrisitas desde ambos pómulos. Hablaba con voz clara, que expresaba pensamientos cortos, parciales, elementales y no las intenciones finales muy principales.

No era elegante, no podía serlo; pero era limpio, vestía correctamente; era más bien sólido, fuerte, musculoso, hasta recio. Hablaba mirando siempre a los ojos, a menos que por razones muy especiales debiese mixtificar. Se agitaba mucho, innecesariamente; movía los labios, rubricaba las palabras con continuos trazos y tildes de brazos y manos; gesticulaba, echaba la cabeza atrás, reía sonoramente, negaba chillando. En algunas ocasiones, había que alejarse de él para no recibir en la cara la llovizna de su fonética ensalivada.

Era charlatán por natural propio y esta nota la utilizaba tácticamente en sus industrias y mañas en las que estaba muy aleccionado y adiestrado. Si le convenía, no dejaba un hueco de silencio donde pudiera el otro introducir una razón, una prueba, una palabra; si, en cambio, lo útil para

él era el silencio, hacía un esfuerzo y detenía su habla baldía o maliciosa, y callaba; y para matar la argumentación de su interlocutor escaso o vacío de razones, Robles sólo lo interceptaba con: ¿Y? ¿Qué? ¿Cómo?, ¡Siga, siga; lo escucho!; ¿dónde?. De este modo, ganaba batallas...

Estaba bien adiestrado en discusiones con procuradores, letrados y pleitistas. Todos los días, durante cuatro o cinco horas, practicaba la disputación verbal. El haber tenido razón más de cuatro veces en minúsculas procesales, contra algún letrado papalero, había hecho más firme todavía su fe en sí mismo como hablador, como charlatán. Tenía labia. No había de ser vencido ahora por este viejo Don Pedro... Sólo que este Don Pedro le dejaba hablar, no le daba calce para orientar la charla. No le decía nada. Había, pues, que seguir hablando. Le preguntaría; así, estaba obligado a contestar. Y después, lo conduciría adonde tenía pensado conducirlo. Necesitaba ahora conocerle a Don Pedro el lado flaco, para atacar allí. Pero, si Don Pedro no hablaba, ¿cómo saber? Hay que sembrar unas palabras habilísimas; don Pedro contestaría, por ejemplo: "sí, cierto, hay que disculparlo"... Entonces, Robles entraría por esta rotura de la muralla: "¡Muy bien dicho, hay que disculparlo, no hay que ser tan puritano, usted, se ve que conoce la vida, comprende usted que la vida nos obliga a hacer esto y aquello, es decir, la vida, ah, la vida..."

Lo cierto es que el Robles debió pensar algo, y así, detuvo el chorro ondulado de sus vocablos un ratito, y como Don Pedro no había roto su silencio, estuvieron callados ambos. Era una situación que empezaba a ponerle nervioso, a Robles. En cambio, Don Pedro, cada vez más interesado; acababa de comprender que lo tenía al Robles ese, medio nervioso; es decir, casi vencido. A Robles le pasó por la mente la vaga sospecha de haberse equivocado con este hombre; otro que él, se hubiera asido a este pensamiento, lo hubiera seguido y habría entonces salido con una excusa cualquiera del pantano en que se encontraba. Pero él, envanecido de su labia, en la cual creía y que le había dado tantos triunfos, no comprendía cómo podía caer derrocado con solo el silencio. De pronto

pensó que lo que ocurría era que él no le había explicado bien de qué se trataba; seguramente, —pensó— no creo que sea un santo ni un sonso, le ofreceré derechamente cincuenta pesos en vez de veinticinco; así será más seguro el resultado; va a morder; éste muerde; no todos los días se le presenta la ocasión de ganarse cincuenta pesos tan fácilmente, con solo unas cuantas respuestas; sí, lo que hay que hacer es proponerle la cosa, derecho. Así se acaba también este silencio. Y como quien no quiere la cosa, vomitó:

—Usted conoce esas palabras de barcos, los nombres de las cosas de barcos, ¿no? Hubo un accidente en un barco, "María Teresa". Usted debe estar enterado ¿no? Hay una demanda de indemnización, ¿sabe usted? La demanda es riquísima... Imagínese usted, nada menos: Chargeurs Reunis. Prosiguió un ratito con gran aparato de espantables frases jurídicas, para encubrir el sentido deshonesto de su proposición.

Don Pedro casi le intercepta en el impulso de rectificarle la pronunciación de Chargeurs Reunis; no tuvo tiempo; sonrió; Robles continuaba:

—Hay plata, Don Pedro, para una buena indemnización. Yo lo llevo a ver el barco con el actor, éste le va a explicar cómo fué golpeado por un guinche o qué se yo... Evidentemente la culpa la tiene la compañía.

Don Pedro pensó: Este hombre me está dando a oler dinero; y dinero fétido.

—El asunto es bueno, está ganado, se lo digo yo, que conozco estas cosas. Usted, Don Pedro, se podría ganar cincuenta pesos en dos horas; una hora para ver el barco y oír al accidentado cómo fué que se accidentó, y una hora para después contestar el interrogatorio. Cosa fácil. Una pamplina. ¿Está dispuesto a ganarse así, cincuenta pesos? ¡Regalados, Don Pedro!...

—¡No!

Robles sonrió con una sonrisa entumecida; como por ejemplo la sonrisa de un hombre debajo del agua o la de un cadáver. No sabiendo qué decir, se echó a reír y esto lo alivió de una desazón que le había ya comenzado a morder. Don Pedro le estaba mirando suavemente.

—¡Pero qué Don Pedro... hombre... vaya, pues!...

Sospechó Robles algo inquietante. Pensó que podría venir algo más fuerte; que acaso el pobre de Robles podría continuar adelante en sus impúdicas proposiciones. Pensó que podría decirle, por ejemplo: "¡Pero, Don Pedro, hay que ser sonso para no agarrar!..." En cambio, dijo:

—¿Pero usted no sabe qué son cincuenta pesos?

—Pero yo sé quién sos vos —dijo Don Pedro, usando el vos argentino acaso por primera vez en su vida, para refregar el honor de Robles, como un estropajo de retrete, insultándolo peormente con el vos que si hubiera empleado cualquier adjetivo.

—Yo no lo comprendo, Don Pedro.

—Ahí está el asunto: en cambio, yo te comprendo todo.

Decididamente, pensó Robles, aquí no hay nada que hacer. Bueno, lo mejor es irse. No hay que pensar más en este hombre. Este... tendré que buscar otro testigo...

—Caramba, se me está haciendo tarde... bueno, Don Pedro, aquí no ha sucedido nada... este... disculpe la molestia... Buenas tardes... amigos como siempre... Buenas tardes.

Robles caminó el pasillo, descendía la escalera, pensaba dónde diablos encontraría a un hombre que supiese cosas de barcos, que fuese algo inteligente, porque tenía que describir de cómo un guinche se le cayó sobre la pierna... Demetrio... pero Demetrio no es capaz... Anastasio, pero éste me podría... Don Pedro era el hombre... ¡Viejo imbécil!...

Fué un pensamiento bien coordinado en su mente; en esa mente era un pensamiento bien alojado; imbécil era todo hombre que renunciaba a ganarse cincuenta pesos por escrúpulos incomprensibles. ¿Y ahora dónde le encuentro un testigo al doctor Lapolla?

EL JUZGADO

Era charlatán, era cobarde, era coimero. Hablaba demasadamente, en primer lugar, por forzocidad física irremprimible, por los mismos motivos, aunque parezca sorpren-

dente, que hacen cantar a la alondra y corretear al gato. En segundo lugar, charlaba para envolver a su interlocutor en el humo, niebla y bruma de sus palabras; y de esta manera veía al adversario sin ser visto, —sin ser comprendido— y en tercer término, porque acaso en el más profundo o confuso pozo abisal de su conciencia —todos tenemos una conciencia— podría surgir algo así como el bosquejo de un sentimiento moral, el croquis de un impulso de piedad, o el dibujo de un autoreproche; y la charla interminable con frondosas razones impedía estos surgimientos peligrosos en la vida práctica. No había que reflexionar sobre ciertos negocios morales. Por eso discurría, y no demostraba. Además, también hablaba para así impedir que el otro usase de la palabra como un arma contra él; pues la palabra ajena podría insinuar una inconveniencia de Robles, un cohecho, un peculado, una coima, tenía demasiada lastimada su reputación.

Era, como charlatán, típico. Era el prototipo de un género de charlatán; era bastante bueno, sin ser perfecto. Tenía ciertos atisbos geniales de psicología personal y concreta, pero, naturalmente, atañaderos siempre a personas de psicología usual y generalizada, pues en cuanto topaba con un hombre ya más fino o profundo o con matices particulares, toda su táctica se descubría y rompía; era entonces él, Robles, quien se desatinaba; así sucedió con Don Pedro.

Junto a adivinaciones íntimas sorprendentes, tenía sorpresas equivocaciones; así, ganaba y perdía batallas verbales.

Cuando era acusado, o aludido, o señalado, como causante o culpable de algún cohecho, y se traía al debate el elemento de prueba, Robles comenzaba su táctica defensiva, es decir, ofensiva; porque comenzaba, no a defenderse, ni si quiera a explicarse, sino a ofender, atacar, atropellar, acusando, acusando una y otra vez, tercamente, otra vez, lo mismo, varias veces, con distintas palabras, o con las mismas. No describía los hechos, no explicaba su conducta, no justificaba su intervención, no desmenuzaba las pruebas aportadas por el acusador; nada de esto; sino, derechamente, desde el principio, él, Robles, acusaba, o con-

traacusaba; atacaba, reprochaba, recordaba errores del otro, frases del otro, actitudes del otro, intenciones impertinentes del otro; hablaba fuertemente, indignado, repetía aquello de que siempre el Secretario tenía la culpa cuando "él, sólo proveía y decretaba", y ahí estaban todas las actuaciones que mostraban cómo los demás lo habían querido inducir más de cuatro veces a cometer inconveniencias pero siempre se negó porque la virtud era el mejor negocio; y que precisamente este acusador, ¡este mismo!, había cometido tal y cual cosa... Y en seguida explicaba cómo el otro había cambiado una fecha en un escrito, había borrado unas palabras sin hacer la salvedad correspondiente; y en fin, una suma de pequeñeces auténticas y apócrifas que habría cometido el otro y Robles había hecho la vista gorda para no escandalizar... Las actitudes del otro, salían de los labios de Robles, magnificadas, enfatizadas, terriblezadas. O emporcadas. A todo esto, el hecho material, la prueba que acusaba a Robles, había sido arrinconada, olvidada, mientras se veía, ahí, al acusador, a su vez acusado, menoscabado, sin crédito.

La víctima de un cohecho, acababa siendo acusado. El Secretario del Juzgado, Robles, terminaba mostrándose como un típico ejemplar de la recta justicia, blanco de los resentimientos de los pleitistas vencidos, depósito de las reacciones de gente que no entiende el procedimiento; audaz defensor del procedimiento pese a quien pese y reviente quien reviente; en suma: excitado y nervioso defensor de la Justicia codificada. ¿Quién se iba a atrever a dudar —no ya a acusar— a este Robles tan enérgico y puro?

Menos que nadie, el Juez de Paz lego, que era un antiguo almacenero enriquecido, gordo, semialfabeto, temeroso. Un imbécil.

Para estar armado en estos contrataques, Robles necesitaba, es natural, conocer las incorrecciones de todo presunto acusador; así, tenía una memoria prodigiosa para almacenar en buen estado cualquier cosa que, realizada por pleitistas, letrados, procuradores, apoderados, tuviese un contenido o una expresión o en suma algo evidentemente no justo, no fiel, no limpio; hasta, a veces, inducía

a uno a que cambiase la fecha de un escrito o a que dejara el escrito con algún error; para, después, atacar apoyándose en esos pálidos detalles. Puede sospecharse cuánto mejor recordaría hechos menos livianos.

Cuando un desconocido entraba en su despacho, lo primero quería encontrarle el lado flaco, en seguida, quería saber si era hombre más bien pusilánime o más bien enérgico, comenzaba chorreando vocablos del lodazal jurídico: perención de instancia, jurisdicción y competencia, exhortar, litis pendencia, citación de remate, gastos causídicos; los cuales terminachos acababan con la serenidad del otro; que mostraba entonces desasosiego, vaguedad, ignorancia, miedo, desorientación; en este estado, Robles miraba como en la escala del termómetro, la fuerza del otro, por el intermedio de alguna preguntita muy ágil: preguntita que naturalmente exigía una respuesta, y esta respuesta solía ser una autoconfesión de debilidad, de ignorancia, de miedo; o sino provocaba al contrario una sonrisa, o una réplica inteligente; en este caso, ya sabía Robles cuánta fuerza tenía el otro y cuán peligroso era atreverse a mucho. Pasados así unos minutos, ya sabía Robles si podía sacarle, y cuánto, y cómo. Con algunos, según las ondulaciones del diálogo, Robles sabía que su actitud debía ser distinta; a éste, determinaba favorecerlo sin pedirle nada, y era porque sobreentendía un obsequio después; al otro, le ofrecía amablemente sus servicios, y era en la esperanza de utilizarlo algún día por ser hombre de alguna influencia; a un tercero, le auguraba ya que ganaría el pleito porque tenía razón y pruebas suficientes y él, Robles, en fin... lo ayudaría. A ciertos comerciantes, se le presentaba de pronto en el mostrador, y habiendo gente, pidiéndole en voz baja una firmita, como fiador, nada más que por cincuenta pesos, a veces por veinte; ¿y qué almacenero se niega a salir fiador, por tan poca plata, de nada menos el Secretario del Juzgado de Paz del barrio donde tiene un juicio por cuatrocientos pesos?

Como embrollón, tenía su talento, pero tampoco como embrollón era perfecto. Había alguna resquebrajadura por donde salía lo que debía estar represado; y el talento en cualquiera de sus formas exige perfección y no tolera heri-

das, huecos, suciedades; de otro modo y en este caso particular de Robles como embrollón, su talento pedía, no sólo la impunidad jurídica, teórica, sino también todas las aquí existía una corrupción de su talento. También reclamaba la perfecta calidad de embrollón, la impunidad, por así decirlo, publicitaria, pública, noticiara, es decir, que no se conociesen sus artificios enrevesados ni los resultados de sus maquinaciones indecorosas; y no conseguía ni el silencio ni la ocultación de sus mañas e industrias. Era denostado en voz alta por la calle, le quitaban el saludo, le hacían urbanidades irónicas, alguno que otro lo golpeó, alguno que otro le empujó contra la pared o contra un árbol; y se contaban de él sucedidos e historias, numerosas y descomedidas.

La finísima comprensión de algunos hombres les dió la mejor táctica contra Robles: no hablarle, ni discutirle, sino rectamente golpearle, empujarle, trompearlo. Ni siquiera insultarle; era un procedimiento ineficaz porque Robles oía por su oído derecho pero el izquierdo expelía afuera el denuesto y se quedaba sin él; y uno podría atreverse a decir que Robles casi pedía la agresión solamente verbal, porque así evitaba la agresión física, al hacerla innecesaria; era un sustituto del puñetazo, del balazo acaso.

Cuando hablaba, por así decirlo, desinteresadamente, pues fuerza es conceder la existencia de momentos sinceros de simpatía social, hablaba alegremente, sonriendo, repitiendo chistes, hablaba larga y sonoramente. Si acaso se le interrumpía, ni él mismo habría podido responder después a esta pregunta: ¿De qué estaba hablando usted?

Era cobarde, acaso por cálculo; toda vez que fué golpeado, sólo manoteaba, como cortas aspas de molino, alrededor de su cabeza; braceaba después para no dejar caer su cuerpo al suelo; en seguida su brazo se alargaba recogiendo la cartera, el inútil bastón, la galerita, que después limpiaba con el pañuelo; y proseguía su camino. No hablaba, no miraba a nadie; quería terminar pronto ese difícil trance; se alejaba sin volver la vista atrás.

Su cobardía era complicada; consistía principalmente en abusar del pobre, del desvalido, del solo, del pusilánime,

del anciano: abusaba hasta más no poder; además, si el robado y engañado reaccionaba, Robles le volcaba encima reproches, sarcasmos, y hasta acusaciones. Era por el contrario obsecuente con los fuertes, por ejemplo con el Mocho; el Mocho era un matón del barrio. Robles no golpeaba —metafóricamente— a los recomendados de este facineroso. En cuanto a los caudillos, a los poderosos, los servía, y después les mandaba una cartita recordándoles su servicio; y si por una de esas se le ponía delante corporalmente uno de estos hombres fuertes —el comisario, el Dr. Núñez—, Robles padecía reales convulsiones de adulación.

Había mecanizado algunas formas de su actividad; así, tocante a los sellos, repetía a unos y otros casi las mismas frases; a uno decía: "Pero, amigo, ¿qué culpa tengo yo de que usted sea pobre? Yo también lo soy, de modo que no voy a comprarle yo el sello, digo yo, ¿no? ¿Qué? ¿Cómo dice? ¿Que lo trajo? ¿Está usted seguro? ¿eh? ¿No lo habrá dejado por ahí, sobre el mostrador? Alguien se lo habrá llevado. No habré sido yo, creo ¿no? que me lo comí con la boca, ¿no?" A otro: "¡Pero, señora, ¿cuántas veces tendré que decirle que si no trae el sello no podré exhortar? ¿Qué dice? ¿Que lo trajo? ¿Pero está usted segura? ¿Contésteme! ¿está usted segura? ¿Eh? ¿Vé?, ¡no está segura! A lo mejor, lo habrá dejado ahí sobre el mostrador... Lo que es yo, no me lo comí con la boca, ¿eh? ¿Qué me dice? A un tercero, le clavaba las mismas palabras, exactamente las mismas; acaso añadiría: ¿Pero cómo pudo traerlo si no está en el expediente? ¿eh? ¿Quiere decírmelo? Y seguía con eso del mostrador y eso de comérselo con la boca.

Como todo hombre cobarde, rapaz, que tanto debía humillarse a los poderosos y a los valientes, era sumamente grosero y brutal con aquellos que le estaban debajo por subordinación burocrática, por ancianidad, por ignorancia, por debilidad; cuando quería sacudirse a una de sus víctimas, le decía siempre de esta manera: "Bueno, vea, amigo, señora, no me haga perder tiempo, que bastante tiempo le he dedicado, tengo mucho que hacer, acabemos, vaya, váyase... acabemos de una vez; buenas tar-

des". Y dándoles las espaldas se iba él a su despacho. O ponía su mano en los hombros del otro y lo empujaba hacia la puerta.

Y este hombre, tan fácil de leerse íntimamente por la descubierta escritura de su conducta, había pretendido, ingenuo él, utilizar para particulares fines indecorosos, y con modos de una torpeza sensible, nada menos que a Don Pedro, hombre inteligente, sagaz, penetrante, y además recto, lúcido, enérgico, poseedor de varios idiomas, viajero por todos los mares del mundo, lector de libros abstrusos, delicado conocedor de las almas de los hombres. Se equivocó; como se equivocó con Juan Pentí.

LECCIONES

—¿Él aquí, Olaf Petersen? ¿Ese estuvo aquí, con usted? Oh... Me caigo muerto de asombro... ¡Por primera vez estoy a punto de no creerle, Olaf Petersen...!

—Ese, estuvo aquí. ¿También ahora quieres introducirte tú en esta escena sucia y regocijante?

—Va a ser cosa más interesante que un folletín...

—Tú has visto volar insectos y a tu edad edad hasta se los observa atentísimamente. Hay un insecto cuyo nombre ignoro, que sale a buscar alimento para sí mismo, pero también para su cría nacida, o para la que va a nacer en su oportunidad; después, naturalmente, vuelve a su cueva. Hace su nido en un hueco entre dos ladrillos de una pared o en una herida en la corteza de un árbol. Cuando el insecto regresa a su huequito, que es su hogar, hay que observarlo, perseguirlo con la mirada, para descubrirle extrañas maniobras, extraños modos de volar que constituyen muy seguramente, precauciones defensivas con las cuales quisiera desorientar a sus enemigos. Llega de vuelta, y uno en realidad no lo ha visto llegar; lo ve de vuelta, llanamente; lo ve revolotear siguiendo las curvas ideales de un muelle de reloj, o formar círculos y más círculos en el aire, y de pronto desaparece volando en línea recta,

pero vuelve otra vez y recomienza sus revoloteos extraños, inútiles aparentemente, insistentes, renovados; vuela y revuela; vuela que te vuela, en círculos, en espirales, y de súbito, nuevamente parte como una flecha, lejos, o arriba, y desaparece, para otra vez regresar y proseguir sus obstinados vuelos en ese breve espacio. Uno acaba por tener la impresión de que el insecto está volando porque sí, por juego, y uno descansa en esta certidumbre, uno acaba, cansado, dejando de atenderlo; sea un ser humano, sea algún enemigo natural del insecto, uno acaba alejándose de allí; pero si uno continúa allí, si persigue aún al insecto en sus repetidas evoluciones verá que, de pronto, aquel zumbido que acaso habría aturdido a los enemigos, ensordecido como un cañoneo a los hombres, termina de pronto al tiempo que el insecto, en una línea recta, viene volando rapidísimo hasta detenerse en la pared, pero no justamente en los bordes de su nido; sino en sus proximidades; hay que verle entonces plegar sus alas y caminar tan lentamente con sus patitas quebradizas y elegantes. Uno tiene en sus propios ojos la visión de un insecto ágil, alado, veloz, inquieto; y ahora lo ve caminar tan minuciosamente, y mientras le está mirando, ve de pronto cómo se lanza a sí mismo —otra vez— a nuevos vuelos iguales a los anteriores... Y así continúa hasta que ocurre la parte final de este proceso tan curioso: efectivamente, el insecto de improviso abandona el círculo que estaba siguiendo en su vuelo en el aire y rapidísima y rectamente viene sobre el hueco del muro, se detiene muy cerca de la abertura del nido, pliega sus alas cuyo breve runruneo substituye al zumbido y penetra en el tubo de la cuevita y desaparece.

Pausa.

—El insecto carece, es claro, de reflexión pero posee su instinto; en lenguaje de hombres diríamos que pensó desorientar a sus posibles enemigos, cansarlos, para alejarlos de allí donde tiene su nido, su cría, que debe defender; pensó las maniobras y métodos necesarios; y los realizó. Pero ahora no importan estas cosas, tan extrañas sin embargo; importa más curiosamente la suma de maniobras que suelen realizarse a veces para llegar a un fin concreto. Piensa, Eduardo Lainez, ésto: tantos vuelos, tantos, repe-

tidos, distintos, hasta que, de súbito, una dirección con sentido.

Pausa.

—Aquí entró Robles, el Robles ése. Ése. Y empezó a volar de aquí para allá, en círculos, en espirales, vuela que te vuela, es decir, charla que te charla, charla y charla, esto y lo otro, de esto y de lo otro, y un temita frívolo y un asuntito fragmentado y charla y charla, mientras yo lo observaba meticulosamente en sus mínimas palabras buscándoles adentro algún anuncio de intención o dirección; pero, como en el caso del insecto, eran palabras cuya finalidad consistía en buscar en mí algún punto donde descansar o por donde entrar. Yo, entonces, me cerré todo, como Rulito: callando y mirando. Hasta que, de pronto, un vuelo derecho hacia mí, esta vez derecho, recto, pero que no alcanzó a penetrar en mí; "que yo y él debíamos conversar" y "así nos conoceríamos". Bueno, ¿para qué describir ahora a su respecto una réplica del insecto? Revoloteaba, es decir, charlaba vagamente, desconcertadamente; se dirigía hacia mí de este modo: que debíamos ser amigos, que los hombres hablando se entenderían, que... En fin. Edo, varios vuelos de prueba, de ensayo, tanteándome mi honradez, mi alma, mi moral, hasta que, al fin, con rapidez, se me vino con la intención ahora definida: penetrar en mi alma, en mi historia, en mi vida, y usarlas, —para eso volaba—, y usarlas como alimentos de él... Fué cuando charló eso de que yo podría ganarme cincuenta pesos...

Pausa.

—¿Pero es que necesito, Eduardo Lainez, proseguir yo alumbrando tu mente? ¿Comprendes?

—¡Oh... Olaf Petersen! ¿Ese Robles se vino a comprarle a usted?

—Vino a comprarme mi palabra, mi alma, mi historia, y naturalmente, en cierto modo, vino a comprarme mi Dios. Edo, cada vez que caemos, arrastramos en nuestra caída a nuestro Dios...

—Ah... ya... Testigo falso... ¿Y usted qué hizo, Olaf Petersen? ¿Pero cómo se atrevió para eso a buscarlo a usted, precisamente a usted?

—No te asombres demasiado. Ya te conté cómo no podían comprenderme aquí Juanita, tan buena ella; Adelina, tarambana, Santiaguito desconfiado; y otros. Cada uno me descomprende a su modo. Hay muchas maneras de incompreensión. Ahora conozco el modo Robles...

—Bueno, ahora cuénteme todo.

—Bien. Entró Robles y...

POLITICA

El domingo me demoro en la cama. Es decir, en el colchón. Cuando abandonamos nuestra anterior vivienda de dos cuartos estrechándonos aquí en uno sólo, debimos malvender cosas y una de ellas la cama con su elástico en que dormíamos el Coco y yo. Ni pensar en un catre, pues su lona se hubiera hundido en el medio. Echamos entonces por la noche, un colchón en el piso que a la mañana levantábamos arrollándolo y arrinconándolo. De noche, casi en el medio de la pieza, corre una cortina de cretona en funciones de muro paredaño o biombo. Del otro lado queda la cama de mis padres y con ellos duerme la Chola.

Antes había una máquina de coser. Dios sólo sabe cuánto padeció mamá; y cuánto padecí yo mirándola a mamá. Hoy está la máquina pignorada. No perdemos las esperanzas de que regrese ella cerca de mamá, que tanto la sigue queriendo, y cuyo recuerdo reaparece a menudo, como el de un muerto muy amado.

Esto de permanecer en la cama los domingos tiene algo de falso en mí. El hábito de madrugar me despierta y mis energías físicas me están exigiendo saltar del lecho y hacer cualquier cosa. Pero una sensación de libertad, de capricho, me retiene; quisiera levantarme, siento el impulso físico, pero la voluntad es reprimida por el gustazo de mostrarme libre de hacer algo desde mi propio arbitrio y no bajo la coacción ajena.

Para detener estos impulsos de incorporarme, tomo un libro de Carlos. Los libros que leo pertenecen a Carlos.

Es un chico de la vuelta y tiene dos años más que yo. Somos amigos, hemos sentido la necesidad de apretar nuestros sentimientos y de aumentar nuestras conversaciones; sin embargo, esta amistad ha debido ser alojada. La pobreza. La pobreza tiene estas cosas...

—No tengo tiempo, Edo, —me decía—, me gusta hablar con vos pero no tengo tiempo. La fábrica, la teneduría de libros, las lecturas, no me dejan un minuto libre.

Es cadete en la fábrica de alpargatas; espera llegar a escribiente; para eso estudia de noche contabilidad, teneduría de libros, gramática, redacción.

Me decía: "Mirá, Edo, un día pensé mucho. Me gustan las chicas, ¿sabés? En la fábrica no las veo, porque ellas están en el taller y yo en los escritorios. Me gustan; me gusta hablarlas, estar con ellas. Me gusta. Ya te van a gustar a vos también. Bueno; pero resultó que sufrí unos cuantos desengaños. Mirá: yo no soy lindo. Soy flaco y además tengo la nariz un poco ladeada, un poco, ¿ves? Bueno, resulta que tampoco visto bien, ¡y a las chicas les gustan los chicos lindos, y bien vestidos...! Y tienen razón. Es así. También a mí me gustan las chicas lindas y bien vestidas. De modo que entonces comprendí que yo debía ser... No me puedo explicar. Es que, como quiero decirlo todo rápidamente, me estoy embrollando. Mirá: sufrí desengaños, las chicas preferían a los chicos lindos y bien vestidos, que sabían hablar; y yo soy algo, en fin, en este punto la pierdo; segundo, soy demasiado pobre; tercero, no sabía hablarles. No soy tímido, sólo que no podía adivinar los temas de conversación, y la forma, en fin, ¿me comprendés, no? Bueno, entonces me dije: pues debo ser lindo, elegante y bien hablado. Y ahora me cuido; trato la ropa como a mis propios ojos y estudio. Mirá, Edo, es necesario tener plata; como me es imposible conquistar mi físico, entonces pensé que podría medio dejar mi cara fuera de la cuestión, con sólo tener dinero; el que tiene dinero, deja de ser feo aunque conserve la cara de cuando era pobre. Es así, Edo, tengo experiencia yo. He sufrido desengaños. Ah... Bueno, también hay que ser fuerte. Esto lo aprendí igualmente por experiencia. El que sea fuerte, tiene más probabilidades. ¿No es sencillo compren-

derlo, Edo? Bien: entonces resolví finalmente ser buen mozo —no te rías...—, ser inteligente, y ser fuerte.

Yo no podría decir cuánto era feo Carlos; sólo sé que fué él quien me llamó la atención; lo miré especialmente; era delgado, pálido, los ojos los tenía algo más acercados que como los tienen todos; la nariz se inclinaba hacia un lado; pero había en todo él una fuerza, una energía, un brillo, evidentes; creo que tenía adentro todavía más fuerza, que se le salían por el lenguaje. Era rico íntimamente, pensaba mucho y bien y le gustaba reflexionar; leía con gusto, y no era nada perezoso. Era un muchacho vivísimo y activo.

—Hay que tener dinero, hay que tener poder, y hay que saber hablar. La palabra es una fuerza si se sabe usar como fuerza. A vos te hablo, Edo. Ya que no somos lindos. Porque, oíme bien, Edo, esto te importa a vos también, esto te servirá a vos también, oíme; tampoco vos sois lindo, ¿eh? No te me enojés... Bien, sos un chico inteligente. Vos no sos un Adonis, no sos un Joven Dios Eros... Bueno, no sos feo, tampoco; pero no sos lindo. ¡No somos lindos, Edo...! Lo inteligente es reconocerlo para no sufrir decepciones y para buscar substitutos. Vos sos flaco como yo, tenés esas pecas distribuidas alrededor de los pómulos y sobre toda la piel de la nariz... los labios no son rojos, sensuales y llamativos. La perdés con las chicas. Edo, no hay que hacerle... Menos mal que sos inteligente, y que tenés cierto don de simpatía. Bueno, como te decía, una vez la pensé definitivamente y resolví: Primero: guita, labia, y puños; segundo: trabajar, estudiar, ahorrar; tercero: recordar lo primero; cuarto: recordar lo segundo. Somos pobres, Edo, el tiempo es una fuerza. En vez de perderlo en la esquina, aprendé algo... Inglés. ¿Por qué no te hacés enseñar inglés por Don Pedro? ¿Es sueco, no...? Como te decía, yo sufrí desengaños... ahora tengo experiencia...

El domingo, en la cama, agarro un libro de Carlos y leo un rato. Después me levanto, arrollo el colchón, lo empujo a su sitio, lo cubro con una colcha. La pieza ya está arreglada; falta, sólo, barrer el pedazo que había cubierto el colchón; barro. Me lavo. Me siento a la mesa.

El desayuno. La mesa tiene ya su carpeta, y el lugar donde yo estoy, tiene una servilleta tendida; mamá me trae el café con leche. La carpeta está vieja, cosida y recosida; desflecada, deshilachada, raspada, descolorida, pero limpia y entera. Debajo de la carpeta está el hule. Una familia tan pobre, ¿para qué tendría una carpeta, y vieja, si ya tiene el hule? ¿Para qué? Mamá, ¿para qué? Pero mamá nunca aceptó tirar la carpeta, o transformarla en colcha. No. Sino carpeta, porque mamá quiere en su hogar una carpeta, especialmente después de la cena; una carpeta que da tonalidad, luz, calor de hogar auténtico; una carpeta que indica cierta relativa posición social y económica no todavía angustiosa; un lujo familiar y social, en fin... Pero no por lujo, sino por la sensación de hogar que produce. Sobre la servilleta está el tazón asentado en el platillo. ¿Para qué el platillo, es decir, un objeto innecesario, un objeto más para lavar y secar después; para qué? Somos pobres, hay que reducirse al mínimo. Pero mamá dice que el platillo es necesario porque ayuda a una sensación de hogar familiar y rechaza por consiguiente la sensación de pobreza. La sensación primera de los sentidos, trae los sentimientos de hogar, de serenos instantes en la familia, de madre, de esposo, de hermano, de hijo... ¡Mamá, mamá: tienes razón; no hay que dejarse caer en la miseria sin oponerle todas nuestras fuerzas; hay que aferrarse a la familia, impidiendo que los sentimientos que la constituyen sean diluidos por la confesión franca y sucia de miseria. No; no hay que abandonarse, no hay que caerse. Mamá: la carpeta es necesaria en estos momentos de tanta pobreza; mamá, el platillo es necesario en estos instantes en que papá busca cuatro pesos; mamá, el platillo y la carpeta son más necesarios que la leche y el pan... Porque son espíritu. ¡Mamá, no hay que abdicar! ¡Mamá, no somos pobres!

Voy a lavar taza, platillo, cuchara; llevo la servilleta que tiene en su hoyo cortezas y migones de pan. Mamá recoge en el hueco de su mano estas grajeas, con las cuales se espolvorean algunos platos.

Mamá: eres todo delicadeza, eres caricia y medicamento y sonrisa; mamá, eres como un abrazo aunque estés ausen-

te. Mamá; eres también y sobre todo una fuerza. Mamá, eres el hogar. No quiero pensar más. Estos pensamientos debilitan.

Entró la Totola con su sonrisa y una servilleta en cuyo hoyo ya había algo. Mamá la miraba sonriéndole, es claro. Esperaba mamá una palabra de ella; en vez de la palabra, la Totola continuaba sonriéndose. Es que, a su modo nos estaba hablando.

—Ah, ya... esperá —dijo mamá, y salió.

—¿Qué lees? —me dijo a mí.

—Salgari, —contesté.

—¿Después se lo prestás a Toño? —Toño, Antonio, era su hermanito.

—No es mío, es de Carlos. Además, Toño, la vez pasada, me ensució el Mayne Reid que le había prestado. Habrán tomado mate sobre el libro...

—Bueno, entonces me lo prestás a mí. Te lo cuido.

Regresó mamá con dos papas. Totola abrió los orillos de la servilleta y mamá echó las dos papas. Había ya una zanahoria, otra papa, unos dientes de ajo, media cebolla, unos flecos de perejil.

La Totola estilizó cariñosamente su sonrisa agradeciéndole a mamá su contribución. Mamá también le sonrió.

Yo comprendí.

—Te prometo no ensuciarlo. —Se refirió al libro.

—¡Pero vos tardás cuatro meses en leerlo...!

Totola era alta para sus treces años, y su extraña delgadez contribuía a esa impresión de excesiva altura y de fragilidad, de cosa quebradiza, aunque fuese sana. Carecían sus piernas, casi de curvas y de ondulaciones como si fueran uniformemente redondas del empeine a la rodilla; a veces la llamaban Escarbadiente o Serpentina. Pero todas estas desventajas las suplía con su sonrisa permanente y opulenta, una sonrisa que se abría en mil matices, una sonrisa que vivía en los labios, en los ojos, y que sin el ministerio de la palabra, preguntaba, contestaba, aludía, rechazaba, adhería, agradecía, afirmaba. Incluso el asombro horrorizado podría ella expresarlo por el intermedio de la sonrisa. Acaso, cuando vistiese de largo, ocultando así la ausencia de gracias corporales, la excesiva simpatía

de su semblante y la riquísima manifestación de su sonrisa, la haría conquistar el novio que se merece.

Era, además, muy buena, y trabajaba mucho sin haber nunca reflexionado sobre este exceso de labor. Como había aceptado la forma de su cuerpo, sonriendo, así aceptó trabajar seis horas en la fábrica de alpargatas y además cuidar a sus hermanitos, el menor de los cuales gateaba todavía; y sobre esto ayudar a la madre en el hogar. Y aún coleccionar alimentos para doña Sara.

Porque no eran para ella las cosas que la servilleta iba pesquisando y capturando; la mandaban a la Totola porque sonreía, porque era querida, porque no contestaba a la vecina medio enojada o que innecesariamente reaccionara diciendo que ella era tan pobre o más que doña Sara.

Esta pobre mujer estaba en un momento de su vida bastante revolucionado; su hija, sirvienta, acababa de perder su ocupación, y regresó al inquilinato; su marido acababa de perder su plaza, también; tiempo atrás se le moría su hijo Sebastián. Tenía otro hijo, ladrón, ahora ausente, apodado El Ladeao. El solo y poco dinero que le producía el lavado de ropa, no alcanzaba. Todas las mujeres lavaban... Lo principal en las familias pobres es la desocupación. Basta que entre un poquito de dinero, para que puedan resolverse bastantes negocios domésticos; el peso es estirado hasta la máxima tensión; es fragmentado hasta la minucia invisible; viven esas gentes con demasiado poco; pero este poco es necesario; si falta, la pobreza se hace miseria, hambre, desesperación, limosna, robo. En el inquilinato conocemos estas cosas como actores; después leemos en la prensa y en los libros ideas y moralidades muy extrañas a estos propósitos. Es, por ejemplo, el robo según el opulento señor; el costo de la vida según el señor diputado; y así... No comprenden la pobreza, no comprenden la moral. La moral, ah, cuando un padre amantísimo carece del dinero para adquirir un medicamento que salvará la vida de su hija idolatrada...

—Edo, ¿dónde vas a ir hoy? —me preguntó mamá.

—¿Qué querés?

—¿Por qué no vas a la Isla Maciel a recoger berros? Te diviertes...

—Bueno.

Salí a la calle y cuando volví a nuestra habitación, mamá estaba rezongando. Papá, como siempre, callaba. Comprendí lo de siempre: había que hacer una receta. Lo que ocurre es que generalmente los pobres cuando enferman se dejan estar y se curan solos o se mueren, como El Ladeao, que acabó en su catre sin médico, sin gotas, sin pastillas, sin nada. Pero como resabio familiar de otros tiempos, y como exigencia moral, aquí nosotros debemos hacer absolutamente todo lo que dice el médico para que después no nos remuerda la conciencia. La Chola está enferma, casi tenemos la intuición de que su muerte es inevitable un día cualquiera; sin embargo, debemos hacer todo lo que nos fuerzan a hacer en su favor; todo. ¿Inútil? En cierto sentido, es inútil; lo sabemos; nos lo dieron a entender de distintos modos recogidos y huyentes, los médicos y algunas vecinas. En el otro sentido, no es inútil sino forzoso; se trata, no de lo material, práctico, sino de lo otro, ¡qué se yo!; el espíritu, el sentimiento del deber, la imperiosidad de la familia, la obligación de obedecer las leyes del amor y la caridad.

—Y no sólo el bendito jarabe, sino ahora también me dió unas gotas, cinco a la mañana y diez a la noche en medio vaso de agua. Dice el médico que son necesarias porque, dice, ahora su organismo puede absorberlas bien...

Mamá debía naturalmente contarnos todos los sucesos atinentes a la Chola, pero ya no opinaba respecto de su enfermedad. Era un tema negado. No nos gustaba hablar de eso porque constituía ocasión de pena y miedo; alejábamos, pues, el tema de nuestros labios aunque reaparecía en nuestras mentes, o en nuestros corazones.

—Hoy mismo habrá que traer las gotas, o mañana. Aquí está la receta.

Colocó la receta delante de los ojos de papá que en esos momentos leía el diario. Papá no la leyó; la dobló en cuatro y la hundió en el bolsillo del pantalón.

Mamá se sintió desarmada. La actitud de papá era una respuesta. Traería los medicamentos. Mamá ya no rezongaría hoy. Pero estaría todo el día angustiada, temblando, pensando y repensando en papá, esperándolo.

También yo en situación como ésta, he estado pensando en papá, presa de esta tremenda responsabilidad; pensé alguna vez que vendría a casa un vigilante a decirnos algo; pensé que vendría un vecino a contarnos que hubo un desorden con peleas, o acaso balas, y papá... Pensé que alguien nos comunicaría que fuésemos a la Asistencia Pública donde estaría papá herido... Preso, herido, muerto...

Cansado papá de aceptar préstamos de Augusto y de Olaf Petersen, determinó de una vez para siempre encontrar modos distintos prescindiendo de sus amigos. En la Oficina obtiene muchas veces algunos adelantos. Pero todas las fuentes ya están secas. Bueno: ¿de dónde extraer dinero? ¿Cómo?

Es tremendo pensar esto. Y entonces, mamá y yo dejamos de pensar en esto; sólo temblamos...

Una mañana me habló Don Santiago, el padre de Santiago. Me preguntó precisamente sobre estas cosas. Me ofreció diez pesos bajo palabra de ocultar el préstamo a papá. No pude aceptar en el momento, pero quedamos en que en un caso de máxima urgencia, yo se lo aceptaría.

—Tu viejo es capaz de ponerse nervioso. Tiene demasiados escrúpulos para un pobre.

No quiero pensarlo. Todos estamos haciendo esfuerzos para que en nuestro hogar haya cierta unión. ¿Es posible esto de pasar un día todos angustiados, papá, mamá, yo, por sólo, por apenas, unas pocas monedas? El sentimiento de aceptación del mundo, como dice Olaf Petersen, el sentimiento de conformidad con la realidad, puede un día ser abatido por los repetidos golpes de estos pequeños dramas domésticos; surgirá entonces otro sentimiento contrario, algo como una rebeldía que se dirija hacia el caos, el desorden, la destrucción; me explico a aquellos hombres que toman un hacha y matan a toda su familia...

Pero no: es necesario persistir. Aquí está la fuerza del ánimo: persistir. Quizás algún día la vida esté tan ordenada sobre el mundo, que las palabras pobre o rico no tengan ya sentido alguno.

Estamos todos ya conformados. Tantos aspectos distintos ha mostrado la Chola durante su enfermedad, que en cierto modo nos ha estado preparando para recibir sin

asombro su muerte. Ha sido la misma muerte que ha estado anticipándose con alusiones, voces, intuiciones, y hasta con las mismas formas plásticas: casi el estertor... casi la rigidez cadavérica, casi la inmovilidad.

Nosotros no somos enfáticos, gesticulantes, ruidosos. Todos callamos este tema que sin embargo es el tema esencial. No hablamos de la Chola sinó lo imprescindible; no nos regalamos frases optimistas porque las niegan los sentimientos contrarios; no aludimos a su muerte. No exhibimos nuestra intimidad. Desde afuera, acaso podría sospecharse cierta frialdad en nosotros. Ah, ah... Acaso sería mejor que clamásemos, que llorásemos; sería mejor que sofrenar, refrenar, las lágrimas interiores. ¡Si pudiésemos llorar todos juntos!

Papá, es hombre capaz de traer hoy el medicamento. Papá es callado, enérgico, directo, sobrio. Cuando después de un razonamiento determina el fin, irá a este fin derechamente, sin desviarse. Este fin a veces puede exigir modos no suficientemente correctos. Pero papá habría meditado acerca de los límites de la corrección; los casos en que es menester derrocar la corrección, reemplazarla por el irrespeto, la violencia, el golpe, el delito.

Y ahora que ha rechazado el pedir dinero a sus amigos, ahora que ya no pedirá un centavo a nadie, ahora que ya en la oficina no solicitará nada a nadie, ahora es cuando realmente va a aparecer su natural violento, en obra.

Ahora, pues, es cuando mamá y yo sufrimos tanto como él. A mí, hablando sinceramente, no me angustia demasiado la incorrección, el robo, el delito.

La fuerza humana generosa que existe en el hombre cuando busca salvar una vida, ¿no anula acaso a la fuerza del mal existente en el acto de empujar a un boticario avaro y helado?

Dejemos esto, no podría salir del embrollo lógico. No soy buen razonador. Además, como dice Olaf Petersen, no existen ideas; las ideas son formas mentales provenientes de nuestros sentimientos. Tenemos las ideas de nuestras pasiones y necesidades. Otros, en cambio, tienen las ideas de sus intereses.

Esto de los intereses, del dinero, me recuerda a Robles y a Don Lucas.

Mamá, por caridad cristiana, continúa saludando a Robles y si éste le dirige la palabra, mamá le contesta. Los otros días caminaba mamá la calle y tropezó con Robles que también regresaba al inquilinato. Robles saludó, sonrió y comenzó a hablar. Su curiosa diplomacia le dictó las primeras frases referentes a la Chola, ignorando, el infeliz, nuestra enemiga a toda sentimentalidad afectada y zalamera. Después le dijo ciertas cosas.

Por la noche, mamá rezongaba.

—...Antes soñaba con dos piezas... Una no se puede mover aquí... ¡Pero qué...! Barranca abajo... el alquiler... Un día me la voy a ver a doña María Mercedes Castillejo de Gómez Gándara... Bueno, es imposible, no me dejarán entrar. O no sabe nada. O me dirá que son asuntos de su apoderado. Es así. Son buenas personas, hacen cometer el mal a otros. Ellas se lavan las manos... Mañana me voy a la Asistencia y me atienden a las buenas o a las malas. Iré a las seis. Iré con doña Rosa. Ya arreglé con Rosario; si no estoy de vuelta a las diez, Rosario te hará la comida. El desayuno lo hacés vos, Edo. Ya lo sabés. Ah, no hay que esperar que Rosario te traiga aquí el puchero, hay que ir con los platos a la cocina. Bueno, como decía...

Prosiguió rezongando; tocó varios temas hasta que ancló en uno hondamente.

—...¿por qué no te metes en política, eh...? Sí ya sé, ya sé... tu dignidad... Lo mismo que con el arte. La dignidad... Tus ideas, sí... como si se pudiese vivir con ideas. Pagar al almacenero con una idea. ¡Quiere plata! El otro día me dijo Robles que... Me dijo cosas que yo no sabía; me dijo que aquí todos te quieren... ¡y, bueno... será así...! y que hay catorce argentinos en edad de votar y que vos podrías moverlos —Robles decía moverlos, no sé por qué— y que... Me dijo que él, Robles, con sólo ocho votos, se haría nombrar comisario en la provincia. Sueña con ser comisario. Seguramente para robarles hasta el agua servida a todos... Bueno, este... ¿Por qué no vas a verlo al doctor Núñez? Robles se sentirá orgulloso, así

me dijo, de llevarte. En una de esas yo le dije que por qué no "movía" él, Robles, a estos argentinos. Me contestó, el infeliz, que a él no lo estimaban. ¡Pobre infeliz! Y había que haberlo oído con qué prosopopeya me hablaba, con cuáles palabras para él elegidas en el vergel del diccionario. Su estupidez es completa. Y también se asombraba de que no lo quisieran. Así me dijo: "yo no sé por qué será que no me estiman, y yo haría todos los favores que están dentro de mis posibilidades". Bueno, ¿qué te cuesta hacerte ver en el comité de Núñez, eh? Robles me confesó que Núñez da plata a sus amigos para que éstos, a su vez, paguen un vaso de vino, un café, a otros amigos, y además, ayuda a sus amigos para mover expedientes, para obtener algún ascenso. A veces, se ganan pesos extra, me decía Robles, haciendo mover un expediente de una oficina a otra...

Papá continuaba con la vista baja, el diario debajo de los ojos, el pensamiento flechado rectamente hacia el infeliz de Robles. Ah, yo le intuí a papá un proceso íntimo hacia Robles, un pensamiento, no trágico, porque con Robles no podía serlo; pero rencoroso; lo pondría en obra; lo pararía a Robles, le sujetaría las solapas, le diría: "Mire, Robles, otra vez que se meta en mis asuntos, le pego una trompada delante de la gente". Le daría un empujón, y lo dejaría ahí, ridículo y castigado.

Al día siguiente, a primera hora, casi noche, se levantó mamá, fué a la Asistencia Pública con doña Rosa. Llevaban a la Chola.

Papá debió comer en la cocina; cuando salió para ir a la oficina, mamá no había regresado todavía. De manera que fué al anochecer cuando encontró la receta. Mamá comenzaba a hablar y por primera vez en la sucesión de estas escenas siempre iguales —mamá con la receta en la mano, describiendo la visita al hospital, poniendo la receta delante de papá, rezongando; y papá recogiendo la receta por primera vez en la monótona repetición de estas escenas, siempre iguales unas a otras, papá habló.

—Está bien, Estela, bueno.

Hizo un ademán sereno y enérgico. Mamá calló de súbito. Temblamos todos, es decir, mamá y yo. Papá también,

seguramente, al descubrirme a mí, mirándole a él. Papá bajó la vista.

Al otro día, martes, papá dijo que hiciera la comida para todos a medio día; el no iría a la oficina.

Papá dedicaría todo el día a buscar y traer los medicamentos. No quiero saber a qué estará obligado papá; pero sea lo que fuere, yo estoy con él; sea lo que fuere; solidario con él. Un robo que él cometa, realmente, lo cometeré yo también de otro modo. Si papá movió su propia voluntad para ello, la habría movido yo también; la conciencia de papá, mi conciencia, todo será una sola obra; misteriosamente, siento que así será: una sola acción.

LA GRESCA

Augusto lo primero le preguntó por la Chola y en seguida se asombró viéndole ahí a esas horas en que debía Ramón Lainez estar en su oficina de las Obras del Riachuelo:

—¿Qué tenés? ¿Qué te pasa? ¿Plata?

—No. Me gustaría darle una trompada a Robles.

—¡Eh...! ¿Qué bueno...! Contame, ché... ¿Qué pasó? ¿Pero es que te jo... robó a vos también?

—Le estuvo calentando los cascos a Estela para que yo me presente al doctor Núñez. Pero esto, al fin y al cabo me lo han recomendado otros, también, y no sé si vos, lo mismo...

—No, yo no. ¿Cómo te iba a aconsejar eso, con tu carácter... independiente?... Además, vos no tenés condiciones de político... Hubieras acabado peleándote con Núñez... Bueno, a ver, seguí...

—No se trata, por consiguiente, de un consejo; se trata de Robles aconsejando, de Robles metiéndose en mi casa. Este tal por cual se trae siempre sus intenciones. Pero es que tampoco, al fin y al cabo, me importan sus intenciones honestas o deshonestas...

—Deshonestas siempre, ché...

—...sino me importa, y mucho, mi hogar, que estoy

defendiendo como vos sabés, y en el cual de pronto me lo encuentro a Robles, con sus palabras, con sus consejos. Pero mirá qué tipo extraordinario es ese tal por cual, que se atreve a hablarle a Estela sabiendo como sabe que lo desprecio tanto... Ese hombre o no entiende o quien no entiende soy yo... ¿Es que habrá pensado que yo seré con él discreto y tolerante? ¿No pensó que acaso le daría una patcadura? ¿Vos comprendés?

Ramón Lainez contó los hechos según el rezongo de Estela y acabó diciendo:

—Vos sabés, bastante tengo que hacer en mi casa, bastantes asuntos tengo que resolver, y a veces, con una urgencia que me desespera... ¡y miralo a ese imbécil metiéndose él también en mis preocupaciones! ¡Pero a ese me lo despacho rápido!... Bueno, no me hagás hablar como los matones...

—Dejalo, yo le hablaré.

—En casa, ¿sabés? yo tengo que hacer alguna diplomacia para conservar algo de las ilusiones familiares... Y afuera, tengo que hacer cosas no diplomáticas... Y todavía ese tal por cual metiéndose a complicarme la vida, a complicarme mi trabajo delicado y paciente en el hogar.

—Mirá, Ramón, hay que comprenderlo a Robles, estuvo metido en cien mil asuntos graves y sucios, y de todos ellos salió, no sé si bien o mal, pero salió... Salió sucio, aporreado, emporcado, golpeado, pero, en fin, salió... con vida. Todavía nadie lo baleó y nadie lo pudo meter en la cárcel. Debe tener alguna habilidad. Entonces, él se tiene fe; a su modo, él cree que saldrá bien en todas sus empresas.

—Realmente, yo no sé cómo no encontró todavía quien lo ponga en vereda. Ese hombre no comprenderá jamás mis argumentos; y si los comprende, no los tomará en cuenta; seguirá en sus propósitos, saltando por encima de mis razones, yendo derecho a sus fines. Bueno, sólo hay un modo de detenerlo: pegándole. No vale la pena un plomo...

—Le voy a hablar yo.

—No hay caso. Yo lo voy a trompear. Y le voy a pegar en seco, en frío, porque, te diré, mirá, no tengo rabia para

él; es cierto que estoy preocupado, rabioso, pero por otra cosa. Ni siquiera mi rabia vale ése. Me estorba, eso es... me estorba. Necesito hacer algo hoy, algo urgente, y ese Robles se me puso delante; lo voy a echar a un lado para continuar yo con mis asuntos. Una trompada fría... ¡A lo que le obligan a uno...! Todavía, pegar con odio, pegar como reacción sincera... pero, pegar, ahora, en seco...

—Mirá, Ramón, dejame este asunto a mí. Uno sabe cómo empieza, uno no sabe cómo acaba... Mirá, se me ocurre: ¿y si le hablase a su mujer?

—¡Pero si son carne y uña! ¡Si ella lo admira...!

—Bien, dejame a mí, Ramón, yo le voy a hablar...

—¿Palabras? Te gana... ¿Razones? No le entran. No le importan...

—De todos modos, es mejor que vos te salgas del asunto, porque una palabra serena puede dar ocasión a una respuesta impertinente, y entonces, vos ya no le pegarías en seco, ¿eh?... Dejame a mí, le haré ver bien las cosas...

—Pero... ¿si te responde con una impertinencia? ¿Eh? ¡Vos también!... No, no, Augusto, no. Dejame a mí.

—Te prometo no pegarle. Ni empujarlo, siquiera...

—No tiene sentido, entonces... Ahora me doy cuenta de que, si sos vos el que le habla, lo primero que piensa es en mi delicadeza, en mi timidez, en mi cobardía... ¡Ya ves, es imposible!... Tendré que pegarle un castañazo en seco... Quiero echarlo a ese imbécil de mis preocupaciones.

—Comprendo... comprendo... Lo triste es que haya que hacer estas cosas...

Al ratito Augusto estaba en su pieza y Ramón continuaba caminando pacientemente por el patio, por el zaguán, por la calle, sin alejarse. Finalmente se sentó en la escalera; alargó una pierna cuyo pie asentó en el piso y la otra la dobló para estar cómodo. Apoyó la espalda en la pared. Medio interrumpía el tránsito de la escalera, pero su mirada iba cómodamente hacia la puerta de la pieza donde vivía Robles. De vez en cuando recogía su pierna para dejar subir o bajar a alguien. Tenía un diario debajo de los ojos.

Finalmente Robles salió de su pieza y caminaba el pa-

tio, apresuradamente, con su cartera debajo del brazo, el bastón en la mano, su galerita arriba, recién lavadita su carita regordeta.

Ramón Lainez se incorporó, enfundó en el bolsillo su diario, se tiró del saco. Cuando Robles le estuvo cerca, Ramón le lanzó una trompada a la cara, que dió en el pómullo derecho. Robles trastabilló, manoteó, no alcanzó a caerse corporalmente, sólo se le escapó la galerita y la cartera. Se recuperó, pretendió hablar, se inclinó, levantó la cartera, recogió la galerita. La limpiaba mientras caminaba hacia la puerta de calle.

—Te voy a dar política yo...

Ramón Lainez pausadamente subía la escalera.

En el patio, Evaristo empezó a reír ruidosamente diciéndole algo a doña Manuela y a doña Pilar que estaban mermando con el verdulero.

Los chicos corrieron hacia la calle, a mirarlo a Robles irse limpiendo su galerita.

EL BOTICARIO

Estaban al pie de la escalera hablando en voz baja. Seguramente tenía ya fatigados sus argumentos y razones y repetían sus palabras. No vi gestos y ademanes enojados, pero ciertamente el enfado y nerviosidad se mostraban en la ausencia de toda actitud amistosa. Augusto construía ostensiblemente la escalera para que Adelina no pudiese poner en obra su intención de subir dejándole a él ahí, sólo, es decir, vejado; ella martirizaba con los dedos el paquetito que tenía en las manos.

Bajaba yo sin presuras y me dejaron pasar, concediéndome como saludo una sonrisa, por así decirlo; ilegal, y una mirada esforzada y retraída.

Los dejé ahí, realizando una escena que seguramente, dado el natural de uno y otro, se estaba coagulando, pues, enérgico Augusto persistiría en impedirle la subida; terca y caprichosa Adelina, insistiría en la disposición de subir.

Regresé al rato con el azúcar y ya había pensado subir por la escalera en cuyo caso arriba debía dar toda la vuelta al pasillo. Pude verlos y me asombré advirtiendo cómo habían invertido las posiciones. Ahora era Augusto quien estaba recostado contra la pared, cómodamente, y era Adelina la que tenía delante todos los escalones abiertos y libres y sin embargo estaba como clavada sin decidirse a subir. Me pareció haberla visto casi dispuesta a levantar el pie para asentararlo en el tercer peldaño; no lo levantó; Augusto ahora no se lo impedía. Un desafío mostraba la escena muda: Adelina había comenzado a poner en obra su capricho de ascender dejándolo a Augusto humillado y solo; Augusto lo primero se opuso con su cuerpo y con sus palabras, y comenzó a trabajar la terquedad de Adelina, a apoderarse de su capricho, y también a echar miedo en su intimidad. Amansó su capricho sin acariciarlo, lo dominó; la energía siempre es inteligente, como dice Olaf Petersen, distintamente a la violencia que carece de guía, dirección y sentido. Una vez que dominó el capricho de Adelina, única fuerza de esta muchacha, puso temor en su alma, que era el modo justo para sujetarla a su obediencia.

En efecto, me pareció que mientras Augusto descansaba apoyándose sobre su energía triunfante, Adelina al contrario, inquieta, trasudaba de verse así, y mas no sabiendo, la pobre, qué hacer, por incapacidad de invención, por incapacidad de rodeos verbales y físicos, por carencia de flexibilidad, de lucidez, o más llanamente: el capricho no da mucho de sí; y si actúa juntamente con la tontería, aquello es entonces la desorientación, el no saber qué hacer y qué decir.

Ahí estaba Adelina, pues, no sabiendo por dónde llevar a su capricho ahora que topó con un obstáculo que de repente sin embargo desapareció. Augusto acababa de dejarle libre la escalera.

Pobre Adelina, también ella. Aunque la considere escasa íntimamente en el sentido de vida viva, como dice Olaf Petersen, también ella debe de sufrir. Habría que saber cuáles serían los modos de su drama. Pero no: un drama

en esta muchacha fresca, hermosa, y sonsa, es inadmisiblemente, por ahora.

Confieso una tacha de mi mente. A pesar de las enseñanzas de Olaf Petersen, continué divagando, dispersando mis ideas, en vez de sintetizar, de reunir, de proseguir un camino derecho hacia un fin. Ahora, por ejemplo, he estado divagando, en vez de contar o de reflexionar. Y esto más: siempre me introduzco yo en demasía.

Pero, ¿no estaba reflexionando sobre los amores de Adelina y Augusto?

Ahora estaba viendo bien cómo eran nerviosos estos amores. ¿Era así el amor? ¿Es siempre así el amor? ¿Hay modos principales variados, o lo que varía en el amor son los aspectos secundarios? ¿No debiera ser el amor una fuerza de unidad, de cohesión, de simpatía, de fe y confianza? Ciertamente —me parece estar oyéndolo a Olaf Petersen—, cierto; así debe de ser el amor, pero piensa y repiensa que es un acto ideal que realizan los hombres terrestres e imperfectos.

Acababa de advertir, sin comprenderlo, este amor áspero e inquieto. Esa escena acaso se haya realizado sólo para que yo vaya viendo cómo es la vida...

Pensando en estos enojados amores, realmente pensaba en mí; en que yo, naturalmente, dentro de poco tendría que actuar en algún amor; encontraría a una chica y tendríamos un amor. Pero me estaba demorando las ganas el miedo previo de que mi no llegado amor sería áspero como éste de Augusto y Adelina, extraño como el de Diego y Juanita, inhumano como todos los del inhumano Barqueti.

El drama de Diego es distinto; pero, de algún modo, también es un drama.

¿Y Carlitos, teniendo conciencia de su pobreza, de su falta de belleza personal, de su ambición, de los obstáculos que se le oponen?

Todos los hombres que quiero, están en el drama. Cada uno en el suyo.

¿Y mamá, con su temblor cuando sale papá con la receta, pero sin dinero?

Al decir mamá, digo también yo; porque también yo tiemblo; tiemblo por papá y por mamá. Y mamá, cierta-

mente padecerá por mí, cuando sale papá con la receta y sin dinero...

Un hombre callado, enérgico, con un irrazonado sentimiento del deber, coge en sus manos un simple papelito, lo dobla en cuatro, lo empoza en un bolsillo, se incorpora, carece de dinero y de crédito, sale de la pieza. Deja, en la pieza, a una mujer y a un joven, con el corazón encogido; pero callados ambos. Y éstos le dejan irse, quizá con la sospecha o la intuición del drama. Digo drama; podría hablar más concretamente y decir robo, crimen...

Regresa con su cuerpo físico entero y libre. ¡Dios sea loado! Tiene en sus manos un paquetito con los medicamentos. ¡Dios sea loado!

Quince días más tarde, un mes más tarde, otra vez... Esta es la pobreza...

¡Esto es tremendo! Periódicamente, estas angustias de mamá. Y mías. Y papá saliendo a enfrentarse con el Delito, con el Pecado.

¡Esto es infernal!

El uso simple y lleno de las palabras desgasta sus significaciones esenciales; en cierto modo, todas las palabras llegaron a ser fáciles, suaves, como cantos rodados, casi han perdido su esencia. De esta manera, muchas palabras, habiendo perdido su contenido esencial y originario, y valiendo ahora sólo por sus significaciones generales, resultan entre sí sinónimas; tanto da decir, por ejemplo: Esto es tremendo, dramático, infernal, doloroso, triste; y sin embargo, yo quisiera decir que lo que nos ocurre a nosotros con los medicamentos para la Chola, es algo tremendo, y es algo infernal. Tremendo, porque nos hace temblar en nuestros adentros a mamá y a mí; infernal, porque, según me explicó Olaf Petersen, el infierno en su más pura esencia, es el lugar donde ya no hay esperanzas. Y nosotros casi hemos perdido la esperanza cada vez que sale papá con la receta.

Augusto es dúctil, flexible, comprensivo; sabe rectificar sus ideas, sabe disminuirlas o sublimarlas; acepta objeciones ajenas referentes a sus ideas y hasta a sus sentimientos y a su conducta; por lo menos, tanto Olaf Petersen como papá le han criticado más de una vez sus modos de

ser, las formas de sus pasiones, y hasta el objeto de su pasión: Adelina. Y Augusto, por lo menos respecto de papá y de Olaf Petersen, oía y hasta aceptaba la objeción, la consentía, reconocía su propia posición errónea, procuraba explicarla, disculparla: "¡qué le voy a hacer, y, bueno, será así!..."

Pero Augusto también es todo lo contrario, es decir, es enérgico, es rápido, fuerte, duro, acaso pueda llegar a ser cruel. Adelina es frívola, ininteligente, escasa de sueños, vacía de fiestas mentales, y posee un lenguaje mínimo e imperfecto. Hacé muchas cosas por habituación, por herencia, por costumbre, porque así las hacen todos. Sólo tiene de interesante su terquedad o capricho. Y el capricho en una muchacha sonsa es un acontecimiento curioso de observar. Fracásaba en una empresa cualquiera, y después no reconocía ni su incapacidad para triunfar, ni los errores cometidos, ni los obstáculos encontrados; sino, derechamente, culpaba a otros de su propia derrota. Siempre buscaba a quién cargar la culpa de su propia tontería. Si alguien quería razonar con ella, si ponía un argumento, si exhibía una nota que era necesario atender, Adelina, por incapacidad de realizar ningún proceso teórico, callaba, y no se doblaba a las ajenas palabras, razones y experiencias; era terca y seguía en su tema. Terca y sonsa, dos veces sonsa.

Augusto era enérgico, no violento; la violencia podía ser una necesaria obra parcial, esporádica, al servicio de su substancial energía permanente. Augusto, primero buscará mentalmente un fin, una solución, y el método; después procurará por todos los medios lícitos, correctos y fáciles, obtener o ganar lo deseado y perseguido; sólo llegará al golpe, a la incorrección, en suma, a la violencia, cuando descubra que la violencia es el último recurso por haber fallado los otros procedimientos; contrariamente al violento substancial, que comienza siempre con la violencia, y la emplea en seguida, y a menudo, y no advierte ni sabe de otros modos y métodos.

También papá es así; y así es Olaf Petersen; y esto alumbró los motivos de esa triple amistad. Papá es enérgico. Recuerdo, una tarde, mamá me había mandado a comprar

unos sellos analgésicos con dinero provisto por doña Rosa; iba, pues, con dinero en mano. Debía caminar hasta Montes de Oca donde había una farmacia; papá me había prohibido entrar en la botica de don Lucas. Pero yo ahorré el camino y pensando que con dinero en mano don Lucas no haría objeciones, entré derechamente, rompiendo órdenes de mi padre. Estaba el idóneo despachando a una vieja rebozada y doblada que cogió en sus manos sarmentosas un sobre con polvos y salía lentamente, casi trabajosamente, levantando una pierna con visibles esfuerzos. Yo pedí lo mío y el idóneo se dió vuelta, tiró de un cajoncito, echó adentro su mano y extrajo una cajita; volvió a darme la cara, cuando de pronto surgió del laboratorio la figura limpia y visualmente hermosa de don Lucas, quien, al verme, empezó a barbotear palabras y medias frases, en un castellano apenas suficiente a pesar de sus cincuenta años de América, con la substitución del sonido de la j por el de la k. Lo curioso era que en su atropello verbal se dirigía indistintamente a mí y al idóneo sin pausas ni cortes.

—Decá eso, decá..., andate, vos... no le dea... andate te digo... no me viene otra vez acá... guarde eso otra vez...

Añadió que no quería verme más allí, que no quería saber nada con nosotros: "fuera, te digo, ya..."

Yo, sólo le miraba sus ojos angélicos ahora un poco —a penas— acerados.

Bueno, me dije yo; nos iremos. Y me di vuelta para salir. Pero alcancé a oírle una última frase:

—No le despacha nada a ese chico sucio.

En primer lugar, en casa éramos todos muy limpios: ¡Cosas de mamá!... En segundo término, había en sus palabras un insulto innecesario.

—Viejo roñoso, —le dije— si me insulta otra vez, le volteo este jarrón.

El idóneo, expresándose por intermedio de un modismo físico, —ojos, hombros, mano— me dijo que no le diera importancia a la cosa y que me fuera. Yo empujé el jarrón lleno de agua teñida de un color azul rarísimo y que solía despedir reflejos brillantes. El agua azulada salió de la boca del jarrón caído, descendió por la pestaña del mostra-

dor y se volcó en el piso. El idóneo pegó un saltito atrás y miraba. Yo salí sereno, despacio, a la calle. Don Lucas no se movió.

TONO MENOR

La reacción de don Lucas debe juntarse con la prohibición de ir yo a su botica. Cuestión de dinero o de deudas; cuestión de algún procedimiento de papá con don Lucas; acaso la deuda estuviese ya muy hinchada, acaso papá lo hubiese molestado o amenazado; acaso algo más fuerte... Algo no delicado, algo francamente incorrecto de parte de papá contra don Lucas.

Papá sería un fracaso en arte, en burocracia, en finanzas, todo lo que se quiera, pero nada más. En cuanto al hogar, no había fracasado; tenía su hogar, unido, con el amor de todos por todos; el rezongo de mamá no indicaba nada en contrario; el rezongo era una reacción verbal contra las desdichas de la vida, no contra papá.

Papá subiría a los cuernos de la luna, bajaría a los profundos abisales del mar, para triunfar cuando el deber se lo exigía; entonces, saltaría sobre ciertos códigos legales o morales, rompería sus propias ideas respecto de la propiedad y la vida personal. Tenía, pues, un dramático sentido del deber; y en estas luchas triunfó siempre. ¿Cómo, entonces, aceptar para él la significación de fracaso? Es un triunfador, y esto se sabrá al final de la vida, cuando se contrapesen todos los actos delante de Dios, que es lo que cuenta, y no leyes generales decretadas por gente ambiciosa, arrivista y egoísta.

¿Por qué don Lucas no quería saber nada con nosotros? ¿Por qué papá me había vedado entrar en su botica? Papá, de esto estoy persuadido, debió de algún modo amenazar a don Lucas. O algo más fuerte.

Olaf Petersen ciertamente sabría el motivo. Pero es tema este que sospecho disgustante para Olaf Petersen. Me

diría algo así como que yo no debía preocuparme "todavía" de estas cosas.

Sin embargo, papá traía los medicamentos de la farmacia de don Lucas. ¿Cómo esto? ¿Qué habría dicho, o hecho, papá con don Lucas? Papá no es hombre de súplicas sentimentales, de miradas rebajadas, de voz disminuida; precisamente cuando está más necesitado de dinero es cuando más cuida su conducta y hasta cuando más se engalla y cela. ¿Qué habría hecho papá? Una amenaza, acaso. Prepáreme el frasco, le pagaré a fin de mes. ¿Estamos? No grite, no soy sordo, y además, entre la vida de mi hija y la vida de usted, prefiero la de mi hija.

Estas son cosas de papá, palabras, formas expresivas, métodos. Papá habría hablado con voz clara, ni baja ni alta, pero reforzada con la mirada áspera. Habría sofocado las reacciones verbales de don Lucas echándose encima, o tomándolo de las solapas. Me está gustando imaginarlo a papá hablando serenamente de matarlo a don Lucas, y a éste, desbaratado porque papá hablaría de matarlo, con una voz tranquila, natural, y sin embargo produciéndole una impresión de "cosa seria". Tan lejos del melodrama y del aspaviento.

Cosas como éstas explicarían también cómo, yo, más tarde, atravesando sucesos míos dramáticos, siempre permanecí, por así decirlo, exteriormente sereno; viví, diría, en tono menor... Estaba acostumbrado a los dramas callados, tranquilos.

DON LUCAS AVARO

Don Lucas, el boticario del barrio era un viejito simpático, limpio, hermoso. Apenas bajito, apenas; algo gordito, algo; tenía movimientos suaves y sobrios; hablaba en voz clara, muchas veces dulcemente, aunque mezclaba palabras toscanas, genovesas y castellanas. Cincuenta años de América no le bastaron para adquirir un castellano discreto. Miraba con afecto a los ojos del cliente. Vestía con

limpieza y corrección. Tenía blancas las dos guías gruesas de sus bigotes siempre peinados y aceitados, y nunca de sus haces se saltaban pelos. La perita triangular debajo era igualmente blanca y sólida de modo que aquella parte de su cabeza parecía una hermosa estrella blanca de tres puntas. El cabello era bastante y también blanco. Don Lucas, el boticario, tenía una cabeza muy linda de mirarse.

Se movía suavemente y hasta con justeza. Era más bien silencioso, solitario, enemigo de discusiones; asentía a todos los juicios ajenos y no expelía ninguno suyo. Dejaba correr la vida mientras le iba bien a él. Pero esa conducta correcta y hasta amable, no era la natural consecuencia de sentimientos de corrección y amabilidad, sino de la indiferencia, del miedo, de la conveniencia. Era lo mejor, para un comerciante, ser así. Además, había en don Lucas algo más fuerte que sólo se podría expresar ahora diciéndole que su conducta suave, cortés y atenta se parecía demasiado a la misma actitud del chico en la escuela tan callado porque acaba de cometer una travesura. Su mirada era percibida como afable y cordial pero no era afable ni cordial; era una mirada indiferente; a él, se le importaba un comino toda la humanidad. Es que la afectuosidad de los ojos se la daba de añadidura su figura de viejito limpio y hermoso.

Cuando don Lucas se sentía atacado de algún modo, retrocedía todo amedrentado, temblaba en seguida, se humillaba. Es claro: con los chicos y con las ancianas se vengaba su ánimo deteriorado mostrando energías cortas y sin peligrosidad para él.

Por conveniencia personal, no solía insultar ni a las viejas que le pedían por caridad un remedio al fiado. Francamente, prefería resolver todas las desinteligencias rapidísimamente: "váyase, acabemos, bueno, tiene razón, terminemos, no es posible, no tengo, no puedo rebajar, no puedo fiar más, tengo deudas yo también, más que usted, no puedo, no puedo, vaya a otra botica". Se sentaba a una mesa arrinconada en el laboratorio, barría de sobre ella frascos, botes y prospectos, colocaba alguna papelería y comenzaba a trabajar buscando alguna solución a ciertos problemas; por ejemplo, debía renovar un pagaré. Mil pesos. Los

poseía, pero le dolía en el alma, en la carne del alma, pagar de su dinero muy suyo. Renovaba y renovaba pagarés porque tenía la sensación de pura papelería, mientras que los billetes de banco le daban la entrañable sensación de dinero vivo y animado. Ahora estaba buscando cómo resolver un problema de ese género. Tenía delante una libretita muy sucia y muy escrita. El la entendía clarísimamente; era su contabilidad personal en la cual nadie entraba nunca.

Como carecía de título universitario, —Robles, el secretario del Juzgado de Paz del barrio, enfangado en el lenguaje jurídico, para exhibirse pedantesco y sobrador, hubiera dicho "título habilitante"— necesitaba don Lucas en la botica a un químico farmacéutico o a un idóneo de farmacia.

Don Lucas, además, apenas si sabía componer algunas recetas simplicísimas y eso que tenía botica desde hacía cuarenta años. Es que era fundamentalmente usurero y practicaba la usura con la botica. La cual "daba mucho"; estaba bien surtida para el barrio, vendía muchas cosas muy baratas, entraban a montones las moneditas y los pesitos. Además, obtenía ganancias ahí donde nadie lo sospechara; por ejemplo, si caía en la botica un idóneo pusilánime, le retardaba el pago del sueldo cuyo importe proseguía absorbiendo intereses bancarios en su propia cuenta. A propósito de sus empleados habría que contar sucedidos muy interesantes. Primero, la cuestión del sueldo, tan mezquino, que sólo lo aceptaban los farmacéuticos recién recibidos, sin experiencia ni valimiento; se iban pronto porque sobre el sueldo breve se añadía cierto procedimiento ladronesco de don Lucas que consistía en mezquinar los gramos de los elementos caros.

—Pero, ¿por qué no rebaja cinco gramos? El protárgol es caro, y además no influyen cinco gramitos...

El joven universitario primero se asombraba y sonrojaba. No estaba aún desilusionado de la profesión. O no comprendía del todo a ese viejito hermoso y simpático. La segunda vez, o la cuarta, ya creaba un malestar moral en el universitario; se trataba de una estafa, sencillamente... Se indignaba, se enfadaba.

—¡Pero esto es un robo, señor, y hecho a pobre gente!...

¡Y por usted, que tiene varias casas!... ¡La gran siete que es usted roñoso!...

Los idóneos eran —según don Lucas— groseros, porque tenían conciencia de sí mismos y dignidad, reaccionando siempre ante cualquier procedimiento ladronesco.

Lo más extraordinario que se recordaba en el barrio, ocurrió con un caballo; un caballo, un veterinario, una receta y un criollo hijo del país.

Una vez, el doctor Gasparotti, médico veterinario, que tenía su consultorio en los fondos de la pastería de Speroni por la Vuelta de Rocha, vió entrar a un hombre que tiraba de la cuerda enlazada el pescuezo de un caballo. El hombre tenía el exterior de un criollo de aquellos tiempos, pañuelo blanco de seda al cuello, limpio el saco y discreto el resto de la vestimenta. Maduro y bien conservado, bigotes grises y mirada amable o triste. Los azarés de la vida le trajeron a la ciudad; hubiera preferido continuar en el campo. Ahora era capataz de una tropa de carros, o mejor dicho, era el encargado de la caballada y poseía un hermoso ejemplar, llamado Brujo, de fulgurante estampa, negro, alto, que en lejanos días camperos le proporcionó algunas victorias en carreras cuadreras. Era hombre de a caballo. Desde su niñez montó a caballo. Amaba a estos animales. El doctor Gasparotti, también llegó a quererlos después de conocerlos. Gustaba hablar de caballos. De modo que al ratito no más los dos hombres se tenían confianza; empleaban el mismo lenguaje.

Gasparotti miraba y remiraba el caballo, preguntaba, señalaba un sitio en el cuerpo del animal, lo toqueteaba, hundía sus dedos, se alejaba, regresaba. Brujo, como incluyendo su condición actual de actor principal, giraba el pescuezo y su hermosa cabeza se dirigía a su dueño.

—Caramba, debió ser muy bueno este animal. Le miró el oscuro hueco de la boca, al fondo.

El caballo estaba condenado.

Para no herir la sensibilidad del hombre prefirió el Dr. Gasparotti dictar su sentencia con miradas y gestos y con frases indirectas.

—Echelo al campo. ¡Linda estampa debió lucir, eh?

El hombre pensó que su propio prestigio desde Guaminí

a Bahía Blanca debíase a las hazañas de Brujo, el cual en una temporada ganó cinco cuadreras al hilo. Tenía el sentimiento de gratitud. Le dolía imaginárselo mañana a Brujo en los cercanos campos de Urquizú cerca de Wilde pastando trabajosamente y un buen día o un día malo se derrumbaba y no podía caminar en busca de agua. ¿Quién lo llevaría, o quién le pondría un balde debajo de la cabeza?

—No. Otra cosa.

—Claro. Hay que sacrificarlo.

Pero el hombre, que nunca temió a las balas, que estuvo en alguna revolución, no podía matar a su caballo. Sensibilidad extraña. Gasparotti escribió una receta.

—Eche el contenido de la botella que le van a dar, en un balde lleno de agua. Instantáneo...

Salió el hombre llevando en pos de sí a Brujo. En el camino se detuvo; entró en la botica y salió con una botella de litro. Llegó al corralón, en Montes de Oca. Llamó a un peón y le dio instrucciones. El peón condujo al animal a las caballerizas y el hombre entró en las oficinas. Sentóse. Esperaba, conformado ya con lo irreparable.

El peón se aproximó a Brujo, el cual abajó la cabeza viendo el balde de agua. Comenzó a beber. Golpeteaban las aguas en las paredes del cubo galvanizado y aún se salían de él cayendo al suelo y mojando al peón. Bebía con ruido. De vez en cuando levantaba su hermosa cabeza para ingurgitar un golpe de agua. Y volvía a introducirla en el balde. Y parecía reanimarse.

—Pero ¿le diste todo el remedio?

—Sí, don Pablo.

Don Pablo fué a ver a Gasparotti que lo recibió preguntándole con la mirada y el restricto monosílabo: "¿Y?" La actitud del veterinario detuvo la rabia de don Pablo.

—Pues... nada.

—¿Dónde hizo la receta?

—En la botica de don Lucas.

—¡Con razón!

JUANITA

La tarde era tibia, un poco pesadita, y había bastante silencio en el patio. Yo permanecía en casa porque Alberto cerró ese día el taller a causa del fallecimiento de un cuñado. Era, pues, para mí, una tarde regalada por el Destino, y sin embargo no sabía qué hacer. Olaf Petersen había salido. Mamá no quería que yo la ayudase. Y las horas se me hacían largas, a mí, que siempre tenía la sensación de falta de tiempo, para leer, para oír a Olaf Petersen, para esto y lo otro. Pero es que no basta tener el tiempo, es necesario también tener juntamente una disposición, un deseo, una fuerza. Los hombres del inquilinato estaban todos en sus talleres, en sus oficinas, en el puerto, o callejeando; las mujeres estaban en sus piezas con sus cosas. Los chicos, casualmente, escaseaban en el patio. Eran demasiado pequeños para mí. Me estaba aburriendo.

No sé cómo ni por qué, de pronto me encontré con que estaba pensando en San Martín. San Martín había sido demasiado perfecto. Su vida, su obra, todo junto, parecía un teorema matemático o un edificio construido según determinados planos. Bolívar era otra cosa; más embrollado. Había ajustes y desajustes, brillos y sombras. Bolívar era la aventura, San Martín era la misión.

—Hola, Edo, ¿qué estás haciendo, solito?...

—Hola, Juanita, siempre tan simpática...

—¡Eh!... ¿qué es esto?

Su presencia me alivió. Dió sentido al momento, y a mí. Juanita era mi gran amiga. Desde mi infancia se me aficiónó, no sé por qué. Acaso porque la obedecía. Me amaba como una hermana mayor. Me alegraba, me enfadaba, me distraía, me ordenaba. Alguna vez pensé que yo la amaba algo así como a una tercera parte de una madre. No encontré otro modo de describir mi pasión de ella. Me llevaba al puerto los domingos. Me llevaba a las fiestas limpias; a las procesiones, a misa, al corso, a las romerías. Alguna vez íbamos con el padre de ella o con la madre. Me besaba como a un bebé; me besó hasta casi

mis doce años. Llegaba a nuestra pieza. "Doña Estela, me lo llevo a Edo, para no ir sola..." Y me llevaba a compras, y a tantos lugares.

Juanita tenía una belleza descansada, serena, y por eso mismo auténtica. No necesitaba el aderezo de la sonrisa, del juego de los ojos, de monadas y coqueterías, ni de carnavalescos trapos, puntillas, moños, escotes, colores. Era hermosa tranquilamente; creo que su semblante mostraba —además de la belleza— una cierta seriedad segura y honesta. Tengo miedo de estar describiéndola con lente de aumento, tanto la quiero. Pero yo sé que su cara tenía una cosa muy importante y muy interesante y era una cosa ajena a la belleza.

Como era católica a machamartillo, vestía con gracia sobria, no precisamente en colores apagados o fúnebres, sino en un estilo de forma y color de una discreción que por esto mismo contrastaba con la pseudo elegancia de las otras muchachas. Acaso, también, porque estando siempre en otras la gazmoñería junto con la inelegancia, la intolerancia religiosa con la fealdad, esta chica Juanita era moralísima, en conducta, en palabras, pero al mismo tiempo vestía con gusto y gracia, sonreía amablemente, y no realizaba modos rígidos ni condenaba a nadie.

Diré esto más: como católica fervorosa que era, ella más bien hubiera querido ofrendar a Dios su belleza, disminuir la suma de sus gracias, rebajar el brillo de su mirada, rechazar los aditamentos artificiosos de la modistería; acaso alguna vez hiciera a Dios el don de su persona y de su vida; pero al mismo tiempo es verdad que quería vivir la vida de relación, quería el trato con las gentes, gustaba sonreír, pasear, y concurrir a fiestas. En su consecuencia, buscó un término medio: sacrificó el ornamento; de ahí, esa impresión general que producía de sobriedad justa, ni más ni menos; de ahí la gracia de las dos puntas volantes de su blusa de seda cruda, sin embargo carente de escote; de ahí su amistad estrecha con sólo algunas personas limpias de boca y de conducta; de ahí toda su persona descansada, serena.

Serena, es verdad, era su figura, era su lenguaje, era su conducta; sin embargo, la he visto enfadarse alzando

la voz y agitando los brazos toda vez que lo inmoral se le mostraba delante. Ah, ah... una vez el inmundo Barqueti se le aproximó en el patio y con sus modos cuidados y pérfidos, le dijo no más de dos palabras, no más; Juanita no le dio lugar para proseguir, Juanita se detuvo, lo miró a los ojos, hasta que Barqueti, el inmundo Barqueti, rezongando algo como "¡puritana!" se dio vuelta y se fué. Tendré que decir mucho más de Barqueti en su oportunidad; ahora baste con anticipar que era un mozo que vivía de malas mujeres y la energía muda de Juanita fué lo mejor y más eficaz para sacárselo de encima.

Estas exaltaciones de Juanita y otras parecidas me hicieron pensar alguna vez que acaso fuese, íntimamente, menos serena de como se mostraba por lo común; que acaso fuese en sus adentros más álgida, más cálida. No; más cariñosa, más cordial, más generosa, sino, me atrevo a esto, sino más sensual. Lo ocurrido con Diego más tarde contribuyó a sustentar esta opinión mía.

Recordando sus afectuosidades conmigo hasta mis once años, no cabe discusión: fué siempre estrechamente cariñosa; me besaba mucho, me acariciaba la mano cuando paseábamos. Su cariño hacia mí era fuerte, casi poderoso. Era un modo de expresión amorosa; un modo intenso.

Y lo podía realizar conmigo, podía comunicármelo, porque yo era un niño; ella iba siendo casi una señorita. Lo tremendo comenzó cuando su intimidad fué sacudida por Diego. Aquí, en este cariño y amor, ya había algo no inocente, y fué entonces cuando Juanita conoció la pasión contradictoria, el drama de amar y de temer, y fué puesta a prueba su serenidad y su energía.

Juanita subió la escalera y quedé solo otra vez. Pensaba en ella. Yo estaba atravesando ese período en que se deja atrás la niñez y uno se adelanta hacia el hombre. Tenía quince años. Pensaba mucho, pensaba contradictoriamente, pensaba absurdos. Quería saber, ah...

Ella era ya una señorita y yo me estaba estirando, como decían. Cuando, en mis doce años, ella vió ya el comienzo de mi adolescencia, dejó de besarme, dejó de acariciarme las manos y el cabello.

Estaba en la puerta de calle. Diego, a mi lado. Anoche-

cer de verano. Plata de luna. Otras parejas en la puerta. O en sillas corridas contra la pared. Chicos jugando a gritos en el patio, en la calle.

Apuntaba, pues, en mí, el hombre que debía ser pronto. Ya me preocupaban esas cosas...

AMOR.

Lleva siempre casi soltándosele un rulito indisciplinado, estaría por decir, un rulito sectario, que se salió del peinado y quisiera vivir su vida propia, independizado de su cabellera. Es rubio el cabello; se lo peina con una raya a la izquierda, levanta el copo sobre la frente, como una alfombra que se arroja, pero hacia la derecha se le suelta en seguida el rulito rebelde. Entonces Diego con un rápido golpe de mano lo echa encima del copete; al ratito, vuelta a caerle; y vuelta la mano de Diego a levantarse para acomodarlo otra vez, infructuosamente, porque torna a caerle sobre la frente.

Tampoco quiere quedarse dentro del sombrero; parece empujar, y el borde del sombrero lo deja medio salir. ¿Por qué se le escapa ese rulito sectario, ese mechoncito rebelde? Diego tiene ya mecanizado el ademán para recoger el mechón de la frente hacia la sien, y subirlo en la cabeza. Si hasta alguna vez le dije: "¡Pero si estás recién peinado y no se te cayó!" El se ríe. Tiene una hermosa dentadura de la cual sale la lengua sanguínea cuando habla o cuando adelanta la punta y se la muerde, con lo cual, es claro, se la veo. "No te muerdas la lengua", le digo; "es que tengo sed", me contesta. "No es cierto", replico, "hay que contestar algo", concluye; "es una mentira", le reprocho, "no es una mentira", me explicá, "porque no quiero engañarte ni nada parecido, al contrario..." Renueva el rápido ademán, sin darse cuenta, pasa su mano delante de mis ojos, yo sonrío, le digo: "¡Otra vez!" El vuelve a reír; "lo hago a propósito", me aclara, "para que

veas mi mano y para poder mirarte y la dirección de tu mirada". Diego es un buen muchacho; es serio y contento; todo esto es bueno; "sed alegres", dijo San Pablo. Diego me quiere, yo lo quiero. Habla siempre con cómoda decencia, quiero decir, he descubierto que no debe hacer esfuerzos para emplear palabras limpias y honestas; en otros hombres se advierte a veces cómo están buscando una palabra decente para una idea indecente pues el hábito les está dando la palabra indecente cuando están delante de una señorita. Diego, no; nunca sobresalió de su lenguaje una sola palabra agria. Esto me gusta muchísimo. Pero, es claro, esto me gusta después de gustarme él. Las cosas son así. Conversa tranquilamente, como a mí me gusta, y siempre tiene cosas interesantes, observaciones curiosas, toques de contento suave y rápido. Nosotros reímos bastante y muy honestamente. Se ve en seguida que ha tenido una educación cuidadosa. Su alegría nunca es escandalosa ni estruendosa. Así es lindo. A mí tampoco me gusta exagerar mi contento, nunca. Diego me gusta. Lo quiero. Lo amo. Le miro el rulito y eso me gusta. Le miro los dientes y eso es lindo de mirarse. Y cuando se muerde la punta de la lengua. Y cuando me mira. Todo, todo, todo... ¡Ah, Dios mío, menos... aquello!... ¡No quiero pensarlo! Es mejor pensar en sus ojos claros y limpios, siempre como recién lavados. ¡Qué joven es!... ¡Y tan reposado!... ¡Cómo supo salvarse de las malas compañías?... Diego, te quiero, te amo... Te quiero un poco a la manera de las madres; te quiero como quise a Edo. ¡No, no, no!... Yo con Edo me sentía llena de un cariño liviano y libre de terrores, tenía impulsos de acariciarlo, de besarlo, y es claro, era un niño y yo era como una hermanita mayor. Y Edo, tan limpio tan serio, tan obediente. Siempre sentí que me estaba devolviendo mi cariño. Pero con Diego, ah, todo esto, pero también algo tremendo, algo diabólico... No quiero pensar en esto. A Edo lo besaba con besos de hermana, de madre, de tía; ahora ya es grandecito, ahora ya no puedo besarlo... y lo sigo queriendo intensamente; me hubiera gustado ser yo mucho mayor y que él fuera mi hijo. ¡Qué cosas está una pensando cuando no quiere recordar cosas terribles!... Y es que sufro mucho. Oh, Diego

no es Edo; mi amor a Diego es tan distinto a mi cariño por Edo; en Diego hay algo fuerte que atrae y que rechaza y que me da miedo...

Estoy con Diego en la puerta de calle, de pie; o estamos sentados en sillas a lo largo de la pared en el patio; o en la calle cuando el tiempo es bueno. Hablamos, delante de todos, honestamente. Nada escapa a la mirada inquisidora y a veces malévola de la gente. Nadie, sin embargo puede criticar la decencia de nuestra conducta. Estoy con Diego, hablo con él, y esto es muy lindo, siento muy hermosa mi intimidad y Diego me dice: "No te vayas, todavía; un momentito más"; y aquí comienza el sufrimiento; ya sé que ahora Diego se está transformando en una bestia. Recién, no más, hablábamos tan bien... Ahora me toma una mano, elige dos dedos para apretarlos y acariciarlos, lentamente. Ante este hecho tan fuerte comienza mi desazón... Tengo miedo; él, buen mozo, él lindo muchacho, él buen chico, tan bueno, se está transformando en bestia; tiene apretados mis dos dedos, presiona casi como queriendo quebrantar los huesitos. Sufro, tiemblo, tengo el pensamiento en mis dedos entre los suyos, cuando comienza otra cosa más tremenda, y es que la caricia a mis dedos ya no es caricia sino dolor físico verdadero, tanto me está apretando, tanto... Y creo que se me va aflojando la voluntad. Procuro retirar mis dedos de entre la reja de hierro de los suyos, pero tú ayúdame, Mator Dolorosa, ayúdame. Y consigo desenganchar mis dedos; seguramente él debe de haber comprendido por mis esfuerzos y por mi mirada que debía soltarme. Ah, volvemos a la serenidad, aunque sólo por un ratito. "No te vayas, un momentito más"; me dice; se retira apenas de mí; gano nueva confianza en mí misma. Y nos encontramos mirándonos honestísimamente, sonreímos; yo sonrío del reciente temor desaparecido. ¡De pronto, otra vez!... Sus ojos me miran acradamente, me miran como encrespados, se me clavan como dos alfileres en los míos, son ojos que parecen contener ideas o pasiones, no ojos que miran y observan, no. Toda su pasión se le subió a los ojos. Y yo vuelvo a temblar. Y esto más, esto: su pecho se me inclina, siento su mentón casi tocando mi mejilla,

siento sus hombros casi en contacto con mi brazo, siento todo su pecho casi pegándose al mío. Su respiración me está dando en los labios y en la nariz. Siento su respiración como si tuviese una toalla húmeda aplicada en mi boca. ¡Mi corazón es un hielo! ¡Estoy toda detenida e inmóvil como una roca! Quiero yo salirme de su lado, quisiera salir y no puedo quitarme yo sola de él, apartar su cara de la mía, apartarme de la Bestia en que se acaba de transfigurar ese buen muchacho que es Diego, Diego mío y mío; mi Diego hecho bestia cuando enciende sus ojos sobre mí, cuando apreta mis dedos, cuando me respira en mi boca. Esta noche, lloraré, quiero purificarme de sentir junto con el espantoso terror de su boca casi sobre mi boca, el deseo mío de su boca ansiosa sobre mi boca reseca.

DIEGO

...qué maneras desconcertantes tiene, qué cambios contrarios de actitudes, cómo pasa de la mayor dulzura al terror álgido, de la confianza máxima al miedo total. No se qué pensar, o mejor dicho, quisiera que la verdad estuviese desconocida para mí, dejando de ser aquella que es y que sé y alejo de mi mente. Sé. Lo sé. Pero mis pensamientos revolotean lejos del lugar donde está el asiento de la verdad. Y me pregunto cómo y por qué, sabiéndolo, sin embargo... Es que la verdad me aterra, y si los hechos van a correr en la dirección que preveo, seguramente yo perderé mi vida, o, como diría Edo, el sentido de mi vida. Y, aterrado de esta posible catástrofe, regreso a pensar otras cosas. Juanita, ¿cómo no acaba de saberme todo, en la intensidad y pureza de mi amor? Tiene una mirada dulce, tierna, maternal, que parece perdonarlo todo, que parece percibir y gustar todo lo que es mío; tiene una mirada purísima que besa como los labios de una madre sobre la frente del niño en la cuna; así yo sien-

to todo lo que es y hace Juanita; hasta es suave la alegría de su mirada, cuando su mirada ríe; y cuando sus ojos contemplan y festejan el mechón fastidioso que sale del remolino del peinado. Usaré aceite más espeso, me haré la raya en el otro lado; aunque en realidad no le molesta sino más bien le divierte; y cuando sin querer levanto la mano para agarrar ese molesto jopito y encimarlo al cuerpo del peinado, ella sigue con sus ojos el camino y las peripecias de mi mano como si fuese la mano de un prestidigitador, y sonríe del ademán, del mechón de mi cara. Y esta mirada de ella medio asombrada a pesar de haberme visto la maniobra tantas veces, a mí me gusta, como me gusta todo lo suyo; todo; ¿cómo, pues, empastarme el pelo y así perder una ocasión para animarle la mirada y la sonrisa? No; dejaré el mechón; y así es la verdad; algo yo mismo quiero que el mechón caiga y después levantarlo. Entonces gozo mirando tan animadas su mirada y su sonrisa. ¡Juanita!... Tanto como me agrada apacentar mis miradas en el suavísimo vello de sus patillas, y sobre el derramado frescor de sus mejillas y en la ternura de su mirada. Tiene una mirada de madre. Ella persigue con sus ojos el camino de mi mano cuando recojo y acomodo el fastidioso mechón, pero también yo persigo y acompaño la suya en otras circunstancias, no todas, ah, no todas placenteras. Sus miradas, cuando estamos juntos y confiados, tantean mi semblante, siguen la dirección de mis ojos, mis ademanes, otra vez se posan en mis ojos, nuevamente reposan en mi cara; o se demoran en el pañuelo blanco que ciñe mi cuello, o, si es sábado, el cuello almidonado y la corbata. Después, yo tomo delicadamente en mi mano la suya; ah, ah... esto es estrategia difícil; debo esperar no sé que instante sutil propicio, porque sinó, ella, con la misma suavidad, como pensando otra cosa, retira su mano escamoteándola a mis propósitos; pero ciertamente el hombre apasionado sabe mucho y bien algunas cosas; de modo que de pronto yo sé —sin saber por qué ni cómo— que ahora es el momento de cogerle la mano; siento que ella ahora lo está permitiendo; deja su mano en la mía; no la abandona, esto también es así y no podría decirlo con más exactitud; ella tiene su mano en la mía

y sabe que la tiene en la mía; en ningún momento deja de tener este conocimiento actualísimo: "Tengo mi mano en la mano de Diego; pienso en mi mano dentro de la suya; debo cuidar mi mano, debo estar atenta a mi mano recogida en la suya"; yo, durante un ratito, sólo me concedo algo así como una sustentación de su mano por la mía, sin rodear sus dedos, por ejemplo; pero, es natural, en seguida, despacio, mi dedo grueso se posa del otro lado de la palma de manera que comienzo a envolver la suya; hago después una leve presión, o algo entre presión y caricia, tan suavísimamente, ¡tanto!... Sus ojos entonces —que yo miro y remito para saberlo todo— degradan apenas su viveza y su alegría y su brillo; apenas; es que en Juanita comienza la desconfianza de mí; su mirada desciende; ya no se posa sobre el mechón, sobre mi semblante, sobre mi corbata; baja todavía algún escalón, y finalmente se asienta en nuestras manos unidas; mira y remira y así yo no le veo la mirada suya; reflexiono que debo continuar hablando, buscando el modo de distraerla alejándole la atención de nuestras manos; y esto es inútil; oye, contesta, pero su mirada continúa sobre nuestras manos juntas; quien olvida esto y quien pierde atención y se distrae, soy yo; yo, que prosiguiendo la charla y sintiendo adentro los latidos del corazón, apreto su mano, decididamente apreto; entonces regresa mi atención allí, a las manos; es que Juanita acaba de temblar; es un temblor que se insinúa, vive un instante, se aquieta, vuelve a latir más; y yo, nervioso de algo fuerte, en vez de muy astutamente suspender la apretura, al contrario, las yemas de mis dedos grueso e índice quisieran traspasar la carne de su mano; es claro, ella procura retirarla, hasta a veces realiza un esfuerzo. Es un esfuerzo sin embargo medido, limitado; porque yo nunca me atrevería enérgicamente, violentamente, impedirle la huida; apreto, pero hasta un límite; y ella hace un esfuerzo para retirar su mano del nido de mi mano, pero también su esfuerzo pudiendo ser más intenso y brusco, alcanza un límite que no suele traspasar; de manera que me desconcierta: ¿Quiere ella o no quiere retirarla, la mano? Podría, y no lo hace. Es decir, generalmente, no atraviesa el límite. En otras oca-

siones, sí que se me vuela del nido de mi mano la suya, como pájaro que escapa. Y lo peor ocurre cuando su mano no vuela, sino que bruscamente se arranca de la mía, y esta brusquedad de la mano se acompaña con todo el movimiento del cuerpo retirándose de mi proximidad y su semblante enrojece o palidece. Ella se me hizo a un lado. Mira a otra parte. Está grave. Siento que quisiera irse. (Mi mano, sola, ahuecada, como un tazón vacío...). En otros instantes, ese temblor suyo de su mano en la mía prosigue, deja su mano en la mía, aún con los espaciados temblores o esos movimientos de dedos tirando a salirse. Esto de permitirme conscientemente su mano me da coraje para empezar a acariciar; al sentir yo que ella comparte mi gusto por el contacto, porque así es en efecto, a pesar de todo; al sentirla a ella identificando su sensación con la mía, entonces me siento hundir a mí mismo todo yo cuerpo y alma en no sé qué abismos viriles y unos impulsos irreprimibles me obligan a la caricia esforzada y a confundirme todo yo con toda ella, a empezar a fundirnos, a ser uno, y mi pecho se inclina hacia el suyo suave y palpitante...; (¿cómo debe de palpar su pecho dentro del cual tiene el corazón, si la simple mano es capaz de tanta animación!... y algo mío potente y desgobernado se quiere echar sobre sus labios frescos, y qué sé yo qué sucede entonces... De pronto súbitamente, ocurre lo de siempre: vuelvo en mí, todo deprimido. De la máxima exaltación y casi fuera de mí, paso a un sentimiento de decaída tristeza y abatimiento total. Todo se acabó. Lo de siempre. Ella se desprendió de mí bruscamente, y esto en sí no importa, sino que vale y cuenta el modo asustado de ella, asustado, como en una escena de terror verdadero. Se espanta ella de no sé que, me espanto yo de no sé qué, o de verla a ella aterrorizada. El susto, el miedo, el terror, la inmovilizan a ella; sólo muestra el mirar acerado, brillante, con el brillo del fogonazo del revólver. Me recupero. Continúo sintiendo tristeza, estoy deprimido. Y tengo rabia.

No acabo de comprenderla. ¿Y esto va a seguir así indefinidamente? ¿Qué ve ella en mis ojos ansiosos de su belleza suave? ¿Qué teme ella de mis labios resecos?

¿Qué le asusta de mi pecho cuando se inclina hacia el suyo? ¿Qué horror descubre en mis dedos nerviosos cuando se hunden en la palma de su mano?

Aquella personita serena, suave, dulce, casi maternal, se ha transformado en algo así como una cajita llena de explosivos. Ahora es ella todo energía, todo decisión; ahora es áspera, está asustada, es capaz de echarme de su lado.

Y, sin embargo, ya no es una niña. Ya debiera de saber ciertas cosas. Me ama, me ama verdaderamente y con intensidad. Estas cosas se saben siempre. Yo lo sé. Esta convicción está en mí, más cierta que toda demostración matemática.

Me la han asustado con el pecado.

Mil veces le dije, se lo dije mil veces: "Juanita, querida, por tí, contigo, yo iría a cualquier parte, haría cualquier cosa, como quisieras tú, iremos al altar a santificar nuestro amor en el sacramento del matrimonio"; así hay que hablar de ciertas cosas con ella. Estamos de acuerdo. Ella gobernará la casa, ella educará a los hijos. Pero, todavía no la he besado.

Esto me da vergüenza.

Pretendí de Edo que le hablase a Juanita. Juanita no quiere oír hablar nada de estas cosas. Nada. Juanita le sonríe a Edo, le dice que todavía es un chico; y que si ya es grande, entonces debería darle vergüenza hablar de estas cosas. Estas cosas es el amor. Yo le diría, si se pudiese hablar con Juanita, así, le diría que "estas cosas" en su lenguaje es el amor del hombre a la mujer, que dió por resultado el nacimiento de tantos santos.

Pero un chico como Edo, creo que todavía inocente, ¿podría siquiera comprenderme? ¿Y no sería todo también con Edo una incitación inconveniente? ¿Y me entendería Edo, lo que se dice entender? No. Todavía no sabe, Edo, de estas cosas... ¿Qué hacer?

CALLA EL VIOLIN

Esteban trabajaba en la Barraca Oliva frente a la curva del Riachuelo denominada Vuelta de Rocha. Era apuntador y su labor consistía en registrar las unidades de los materiales que entraban o salían. La oficina estaba en el piso alto, a la calle y al Río. Un amplio ventanal se abría al sucio riacho. De haberse asomado alguna vez habría podido ver andar con evidente elegancia algún velero de tres palos, silenciosamente, dirigido por un remolcador estruendoso; o del otro lado un astillero y un depósito de frutos del país. Hubiera podido ver el cielo, aunque lo mismo que el río siempre estaba sucio. Pero Esteban nunca perdía dos minutos en contemplaciones de ese género. Cuando estaba arriba y sin trabajo, abría el cajón del escritorio, extraía un libro de música y estudiaba. Sus dos compañeros y su jefe le conocían la manía, la reserva y la grosería; no le hablaban; no sentían afecto ninguno hacia él. Cuando entraba una chata abajo en el depósito, a cargar alambres, tambores, fardos, maderas, un apuntador debía bajar por turno.

—Che, Beethoven, a vos te toca.

Esteban cogiendo su libreta y su lápiz, descendía.

Maderas apiladas ordenadamente; tirantes, tablones, alfajías, listones, vigas, viguetas, largueros, tacos; maderas obradas antes en el aserradero; rollos y roscas de alambres; barriles con materias grasas; aceites de linaza en tambores. Tan ordenadamente están distribuidos estos materiales que hay espacios suficientes para que los vehículos puedan andar y detenerse al pie del bloque del cual deben quitar unidades, cargarlas y llevárselas. Las chatas cargueras entran lentamente, pesadamente, con ruido de cascos y ruedas metálicas. Los dos percherones vareros en pareja, precedidos por el cadenero atado flojamente. Son siempre percherones sólidos, pesados, fuertes. Montañas de carne. El carrero, con hábil juego de dedos y riendas gobierna y dirige con acierto y cautela y sobreañade reclamos vocales y canta el nombre de los caballos. El cadenero, medio suelto, avanza sin estorbos, gira, se detiene; caen al suelo las cadenas forradas de suela; la caja del

vehículo llegó al pie de una pila de tablones. El carrero descende y libra al cadenero y lo suelta. Ya están sobre la meseta de la pila de tablones, dos peones de la barraca; ya está, en el piso de la chata, el carrero; los peones levantan un tablón, lo declinan hacia la chata y cantan: ¡Uno!... Lo recibe el carrero y su réplica es un asentimiento: ¡Uno! Esteban pronuncia despacio: Uno, y traza con lápiz una rayita en la libreta. ¡Dos! ¡Dos! Otra rayita. ¡Tres! ¡tres! y así monótonamente.

A veces había en el corralón al mismo tiempo dos chatas cargando y se oían como en el ámbito de un templo el monótono canto regular de las dos series numerales; ¡16! ¡16!... ¡5! ¡5!... ¡17! ¡17!... ¡6!... ¡6!... Monotonía de canto llano. Y si el tiempo era gris, o lluvioso, esos cantos suscitaban un sentimiento de recogimiento y de tristeza sin motivo.

Esteban continuaba apuntando, trazando rayitas. De pronto, todo se desbarató. Se le había caído el lápiz. Carrero y peón seguían cantando las unidades. Esteban gritó: "¡Paren!" Miraba el último tablón, preguntó: ¿21? Agachóse buscando su lápiz en el piso. Ahí estaba el lápiz, al lado del cadenero soltado. Viendo éste cómo el brazo del hombre se alargaba, pretendió alejarse, sólo que la otra pata posó pesadamente su herrada pezuña en el sitio justo donde la mano de Esteban ya habíase puesto en contacto con el lápiz. Levantó la pata el percherón en seguida y se alejó del hombre.

Esteban exhaló un ay más rabioso que doloroso; levantó su mano, con las puntas de tres dedos deteriorados; sangraba apenas el índice; poco, pero sangraba. Esteban se aterroró; no era nada, mayormente, no podía ser cosa grave; se veía. Pero Esteban se asustó, tembló en sus adentros, se puso pálido. Sus dedos, ¡oh Dios, sus dedos! los dedos suyos con los cuales trabajaba el violín, las cuerdas, los intervalos, el arco. ¡Los dedos del violinista, los elementos con que construía la realidad de su pasión, su fanatismo, su ilusión...! ¡Los dedos, oh Dios, casi pensaba que hubieran preferido perder una pierna!...

—¡Pare!... ¿Veintiuno, no?

—Veintidós.

Descendieron los dos peones. El carrero simplemente miró y dijo que en cuatro días todo estaría bien otra vez. No era nada.

Lágrimas caían de los ojos de Esteban. El peón de la casa y el carrero menospreciaron a ese joven que lloraba por tal bagatela. Es que Esteban no lloraba por esos dedos algo magullados, lloraba por su Destino; y esto no lo comprendieron esos hombres; como generalmente nadie comprende la lágrima de uno, ni el silencio de uno, ni la soledad de uno.

Bacciadonne fué el que, cruzándose en la calle con Olaf Petersen, le contó el suceso. Olaf Petersen oía antetamente.

—Triste, Bacciadonne, triste eso... Un muerto...

Y en su jerga, mezcla de toscano imperfecto, siciliano cerrado, castellano pobre y genovés degenerado, replicaba explicativamente:

—¡Ma no!... la pata en lo dedo, sólo, cuesto: (y mostraba las puntas de sus tres dedos, gordos los suyos...).

—Sí, sí, comprendo... Pero algo murió... uno murió... Bacciadonne de súbito pareció comprender.

—¡Ah... murió l'artista, ecco!...

—Sí; murió un artista, murió una ilusión, murió una pasión... un ideal... Pobre Esteban ¿eh? Bacciadonne ¿eh?

—¡Vero, vero... Póvero!...

Don Pedro prosiguió su camino. Antes miró el cielo, las nubes; olió el aire, percibió la humedad ambiente, buscó la dirección del viento. "Bueno", pensó para sí. Subió a su pieza donde encontró a Eduardo Láinez leyendo.

Sus labios frescos y fáciles de adolescente grave y soñador, sonreían con una delicadeza que fuera femenina si al mismo tiempo una madura tristeza no hiciese enérgicos los trazos que partían de las comisuras produciendo una impresión real de sonrisa prematuramente tolerante. Pero, leyendo, olvidado de la realidad circundante, introducido en la atmósfera ilusoria del libro, tenía la sonrisa esta vez delicada.

Don Pedro depositó su gorra con visera de charol sobre el baúl y comenzó el manoseo de utensilios porque iba a prepararse su mate cocido con galleta trozada; después,

tenía para completar la cena, papas frías sobrantes del almuerzo, queso, dulce y bananas. Caminaba la pieza, se detenía aquí y allá, tomaba algo en sus manos, apagó el calentador y se sentó definitivamente en la mesa.

—¿No sabes la noticia?

Eduardo Láinez la ignoraba.

—Quizás Esteban no vuelva nunca a tocar el violín.

—¡Qué desgracia!

—¿No oyes el silencio del violín?

Sí; el silencio del violín hería a toda la casa, Esteban no sabrá nunca, cómo la noche del drama de sus dedos, sufrió Olaf Petersen y sufrió yo; cómo independientemente del gusto pensado y del maligno contento que pude atribuirle a mi madre y a todo el conventillo, todos nos sentíamos inquietos por el silencio del violín.

ADELINA

Cuando entré en su pieza estaba Olaf Petersen escuchando a Augusto con una atención un poco distraída, aunque debiera decir, sobreponiéndome a la estimación que le tengo, que se trataba de una atención un tanto esforzada. No pude escribir: falsa...

Miré un rato la cara de Olaf Petersen, que para observaciones de esta especie es escasa, pues la barba, los bigotes y ahora la palma de la mano cubriéndole una mejilla, tenía poco espacio donde mostrar el juego de sus expresiones. Pero yo mucho conocía a Olaf Petersen.

Augusto estaba con la mirada bebiendo las palabras de Olaf Petersen, con una sed ansiosa; por la expresión del semblante me pareció que deseaba, más que palabras, que consejos, más que el contenido de la voz, la voz misma; deseaba estar acompañado, deseaba no estar solo, acaso porque, solo, sufriría demasiado.

Olaf Petersen estaba sentado a la mesa y le hablaba a los ojos. El otro, frontero, oía.

Lo estaba apaciguando a Augusto; en síntesis, le decía que dejara al tiempo seguir su curso, que ciertamente se producirían modificaciones del estado actual del asunto, que tomar determinaciones ahora sería tomarlas prematuramente, es decir, equivocadamente. "Sólo unos días, pocos, y veremos", decía Olaf Petersen.

Por si mi presencia molestaba, les dije que me iba y volvería más tarde. Pero Augusto se incorporó y rápidamente hizo lo mismo Olaf Petersen.

—No haga nada. Ni diga ninguna palabra fuerte. A veces una palabra dicha de pronto y sin querer, tiene la calidad de irreparable.

Cuando Augusto salió, pude verle a Olaf Petersen una nueva expresión en el semblante. Me pareció que ahora en sus ojos se estaba demorando una nube. Estaba preocupado, de esto no dudaba; estaba también entristecido; estaba igualmente pensando con dificultades; todo esto yo lo estaba viendo en él.

Después volvió a sentarse, acaso buscando un apaciguamiento físico, acaso dejando más bien apaciguarse sus enrevesados pensamientos, haciendo descansar sus sentimientos y dijo:

—Los enamorados repiten muchas veces sus pequeños y sus grandes temores y sueños y episodios; de manera que uno oye de ellos varias veces la misma descripción, con variaciones que construye su esperanza y no deben ser consideradas mentiras; pero siempre se trata de repeticiones. Si un enamorado está triste, y además realmente se encuentra en la posibilidad de un drama, es necesario ser generoso. Es necesario escucharlo una y diez veces, Edo, es necesario escuchar a todos los apenados, a todos los afligidos, a todos los deprimidos. Y a los asustados. Hay que tenerles una gran compasión. Sufren mucho, Edo, sufren mucho. Y uno, con sólo escucharlos, les alivia la pena, les impide que se les salga la esperanza, que es como impedir que se les salga la sangre del alma. Otra vez, Edo, hablaremos de la esperanza, que es cosa esencial en la vida y que, aunque ahora no lo adviertas, tiene relación con el premio, el elogio, la palabra amable o estimulante. Edo, hijo mío, nosotros, los nórdicos, somos

algo distintos de los españoles, los mejicanos y argentinos. Somos reservados en cierto sentido, y en otro, nos descubrimos completamente. Cosas que un español callará siempre a pesar de charlar incansablemente sobre el asunto mismo a que esas cosas pertenecen, un nórdico comienza por la confesión directa. Los argentinos son algo distintos de los españoles; también los argentinos charlan mucho tocante a sus amores, pero hay algo también reservado.

Se interrumpió. Algo fuerte palpitó en sus adentros. Se incorporó. Dió vuelta a la mesa. Yo también me había levantado. Puso sus manos sobre mis hombros, me miró en los ojos, me dijo:

—Sin pensarlo, Edo, sin pensarlo, contéstame sin pensarlo, deja salir de tu boca la palabra rápidamente, sin pensarla, no la pienses; por otra parte, acaso yo no la necesite, porque leeré en tus ojos, y tú no me mentirás, dime: ¿Augusto es capaz de matar?

—Sí.

Me soltó los hombros. Caminó hasta la puerta. Miró el cielo oscuro y sucio. Volvió adentro. Al pasar a mi lado oí su voz rebajada pero nítida:

—Yo también...

Caminaba la habitación.

—Siéntate, Edo.

Nos sentamos encontrados.

—Pobre Augusto, —dijo con voz tranquila, sin ningún timbre especial particular en la voz; y era porque más bien estaba pensando y dando suelta a fragmentos de reflexiones.

—Pobre Adelina, pobre el otro. O mejor dicho, pobres los demás, la madre del otro... Pobres, los que no mueren.

—Habrá que impedirlo, Olaf Petersen.

—No. Nadie podrá impedirlo. Tú lo has dicho. Matará.

En la pausa que siguió, yo regresé a mis pensamientos recientes. Él callaba y yo sentía mi deber: callar también.

Le oí hablar.

—Tampoco Adelina podrá impedirlo, siendo, sin embargo, la única que podría detener esta fuerza destructora que es ahora Augusto. Y yo... tengo una sensación desagra-

dable de impotencia. No puedo hacer nada. Ni siquiera podría hablarla. Mira, Edo... el diálogo pide una mutua comprensión o simpatía, yo podría conversar con un ladrón porque yo comprendo el robo, acaso lo haya sentido, aunque no lo he realizado; esto basta para sentir al ladrón, a todos los ladrones del mundo, y basta para sentirme a mí hermano de ellos, de algún modo. Pero, Edo, yo nunca jamás comprendí ni sentí la frivolidad, lo hueco, el vacío íntimo, la pesadez mental, la cobardía. Por consiguiente, yo no podría hablarle a esa Adelina tarambana, sosa y hueca. Estamos demasiado lejos. Estamos en las antípodas. No nos podemos ver...

Y ella tampoco podrá comprenderme nunca a mí.

Una pausa, otra vez el silencio entre los dos. Prosiguió:

Adelina es una fuerza de la especie, una fuerza que ella no encarrila, no refrena, como un insecto...

No creo que el otro quiera el drama. Ningún hombre quiere el drama. Mira Edo, en la India cuando atravesamos caminos por selvas y bosques donde existe el tigre, en la noche acampamos encerrados, no por cuerdas ni empalizadas, sino con cuatro fuegos encendidos. Si la fiera ve el fuego, no se aproxima. En cambio, en aquellas regiones, al fuego se viene pronto una muchedumbre apretada de insectos. Algunos insectos se acercan, y se introducen en el fuego. Revientan con ese ruidito seco y rápido de la vaina seca de los porotos. ¿Comprendes, Edo? El tigre no quiere el fuego, el drama; en cambio, el insecto es el que va hacia él... Así, ahora, Augusto no quiere el drama, piensa las maniobras mejores para evitarlo, reflexiona, pide consejos, en suma: le huye, le huye al dolor, al fuego, al drama, hacia el cual al contrario se encamina Adelina... El tigre y el insecto...

Afuera el encargado encendió los faroles del patio. Había ya comenzado la oscuridad en la pieza de Olaf Petersen. Aquí no deseaba mucho la lámpara Olaf Petersen. Le gustaba al contrario la penumbra, la oscuridad, el oír las voces del diálogo de las sombras.

—Edo: los hombres nunca quieren matar. Los hombres, sin embargo, son los que matan...

AUGUSTO

Augusto era pensionista del viejo Dardo en una habitación del piso alto, cuya puerta coincidía fronteramente con la puerta de Ramón. El viejo Dardo, para sobreañadir algún dinero a sus entradas, había adquirido de segunda mano una cama con sus elementos complementarios, un ropero y una mesita de luz. Además, limpiaba la pieza, lavaba la ropa. Elegía muchachos con profesión bien acreditada. Augusto sólo tenía que buscarse la comida; el resto, lo hacía el viejo Dardo. Augusto, joven y sobrio, no necesitaba más. Por otra parte, como pensaba casarse, no quería comprar sus propios muebles de soltero sino aguardar su otra condición de casado para establecerse "como es debido". La cabecera de su cama estaba justamente al lado de la puerta, detrás del muro que daba al patio, de modo que no le molestase la luz, que ofendía a sus ojos.

El viejo Dardo era alto, flaco, seco, viejo; en la cara, el color del bronce; los ojos pequeños y vivaces, pero escondiéndose. Era sano, ágil, laborioso, caminador. Era generalmente callado, por excepción hablaba muy interesantemente.

Se dijeron de él cosas tortuosas, es decir, del Dardo joven porque ahora vive, como quien dice, en una casa de cristal. Carece de amigos, no le visita nadie, y Augusto no tiene nada que reprocharle. Casi un misántropo, efectivamente un misógino. Salía a primera hora de la mañana con varios amontonamientos de objetos de mimbre distribuidos en los más cómodos y en los más estrafalarios lugares del cuerpo humano: cestas enchufadas unas en otras por la diversidad de su tamaño colgaban de un hombro, canastas igualmente acomodadas colgaban del codo; en la mano llevaba objetos sueltos y livianos, especialmente plumeros; del otro lado, escobas, escobillones. Todo ello inteligentemente distribuido, asombrosamente distribuido. Si se le quitasen todos los objetos que llevaba, y se pusiesen sobre una superficie plana, la vista correría acaso cien metros... Así equipado, observarle y al mismo tiempo

pensando en ello, uno tenía que asombrarse y reír, especialmente si uno miraba las vueltas, revueltas y revirvueltas de esas dos únicas correas, dos solas, no más; y todavía esto: uno debía francamente soltar la carcajada cuando se le pedía un objeto aparentemente muy sujeto, muy alejado, muy difícil de extraer y sin embargo el viejo Dardo se agachaba, descolgaba simplicísimamente la carga del lado izquierdo, daba un giro y descolgaba con la misma sencillez ingenua, la carga del costado derecho; después, con una simplicidad limpia y corrida, era de verse cómo deshacía nudos y lazos de las correas que sujetaban, rodeaban, apretaban, tantos y tantos objetos; y después el regocijo le detenía a uno mirando con que tranquilidad volvía el viejo Dardo a atar las tantas cosas...

El viejo Dardo caminaba horas y horas las calles de la ciudad y a veces de los pueblos suburbanos mercando y pregonando. Todavía había pregones cantados. El viejo Dardo tenía el suyo, pero no levantaba demasiado la voz. La hacía correr por los zaguanes hacia el patrio. Tenía su pregón cierta musiquita que "pegaba".

*"Sillas, cestas y plumeros,
hay canastas y hay escobas,
ay que me voy con todo esto...
aquí la espero, señora".*

Regresaba a media tarde, después de almorzar en cualquier parte, para no volver a salir. La limpieza de la habitación la había hecho apenas levantado de la cama; ahora, en la tarde, se sentaba a trabajar esterillas por cuenta de un fabricante de sillas vienesas. Entonces era de verse cómo bailaban alegremente esos diez dedos suyos cogiendo, tirando, doblando tejiendo, los filetes de la esterilla ásperos de un lado y del otro dulces al tacto y lustrados ya; también estas delgadas fibras parecían ser danzarines alegres cuando se entrelazaban tan rápidamente. Sólo que sus bordes, al menor descuido, podían cortar la piel de los dedos y aún la carne como cuchillos afiladitos.

Augusto tenía abierto un camino suficiente para obrar en su pieza. Cuando entraba, a veces saludaba con la palabra, otras, con la cabeza, y acaso más de una vez no saludara. Imperturbable, el viejo Dardo continuaba su

trabajo respetando los modos de Augusto, por otra parte bastante sóbrios y discretos.

Augusto entró en la pieza con el pensamiento puesto en Adelina y en el otro. Se quitó el saco que colgó de un clavo en la pared. Se sentó en el borde de la cama; con la punta del botín descalzó sólo la parte posterior del otro, cuya punta, a su vez, le sirvió para descalzar éste, y cayeron los dos al piso. Se echó en la cama.

Venían ruidos innegables desde el patio, pero Augusto estaba ya recogido en sí mismo. Augusto ya estaba lejos, ya estaba fuera, ya estaba solo del todo; había silencio a su alrededor; y entonces comenzó a vivir íntimamente su amor, con las figuras principales que eran Adelina, él, y el otro. Adelina era fresca, frutal, incitante, fuego y puñal para él. La sentía en su alma como se siente en el paladar un gusto fuerte; era algo parecido a como la mirada ve los objetos que le están delante; a como la mano toca una cosa; aquello que vivía en su mente era metal, pero también tenía las virtudes de un algo sensible y material.

La tenía delante, a Adelina, carnal, y la tocaría... Esto excitaba a Augusto. Verla a ella realmente o verla en su imaginación, lo ponía loco de deseo, loco de posesión, loco de tacto y contacto. Procuraba entonces quitar fuerza a estos impulsos, y se decía a sí mismo: "Hay que dominarse". Y se dominaba. De pronto, estas excitaciones fueron abatidas por el pensamiento del otro; aquí surgió el Augusto viril, enérgico, dueño de una cosa que nadie le robaría, y menos el otro; nadie le robaría esta cosa que respondía al nombre de Adelina!... Rabia sentía ahora; deseos de que se resolviese este negocio de una vez por todas. De súbito, pensó que tenía que ser un hombre inteligente. No era cosa de dejarse vencer ni por la imaginación, ni por la rabia. Tenía que defenderse y para esto era necesario ser dueño de sí mismo. Hay que dominarse. "No me voy a quedar aquí como un sonso, no voy a hacer como los poetas a quienes se les roba la mujer y entonces cantan con lindas palabras".

Augusto era enérgico, pero era también muy reflexivo. En estos hombres la cuestión es que tengan tiempo de

reflexionar. La energía no sale mucho sin una previa reflexión ordenadora.

Y entonces determinó, seriamente, dueño de sí mismo, pensar bien, como se dijo a sí mismo. Pensar bien, pensar antes. Pues a esto había entrado en su pieza y se había echado en la cama: a pensar bien.

"...yo no sé qué hacer, es necesario que lo sepa, y muy bien; y pronto; debo determinarme pronto y bien; antes de que sea tarde, porque el otro ya ha tendido el brazo y la va a agarrar; y ella, por su parte también se me dió vuelta y lo está mirando a él y está caminando hacia él y hasta parece que está echándose encima... Varias veces caminaron por Patricios, y no sólo esto; sino que ella lo estuvo esperando, ah... me duele el alma; bueno, hay que recuperarse y es necesario no dejarse derribar por un soplo de viento; no me duele nada; lo que hay es que yo estoy aquí, tranquilo, mientras ellos andan de bracetete y conspiran contra mí; bueno, ahora me vine a echar en cama para otra cosa; para esto: ¿qué debo hacer? Ahora mismo debo resolverlo todo; no me levantaré de esta cama sin tenerlo todo pensado. No es bueno que una situación imprevista me tome de sorpresa desorientándome, sin saber qué hacer, qué decir, por dónde empezar; ¿qué es, pues, lo que debo hacer? ¿Hablaré a ella? ¿Hablaré a él? ¿A ella!...

INTROSPECCION

A mí no me importa mucho de ella y podría dejarla que haga lo que quiera; pero, eso no es de hombres. A ella hay que dominarla, nunca comprenderá ni el asunto ni mi posición y cómo diablos va a comprender las consecuencias. Le hablaré a él, —el otro—; entre los hombres, me dijo don Pedro, no es muy difícil comprenderse; es cosa complicada pero no imposible; le hablaré, pues; le hablaré; ya está; basta de pensar sobre este punto; ahora viene esto: ¿qué le diré, cómo se lo diré, qué deberé ha-

cer yo y qué podría hacer él?; ah... esta sonsa de Adelina me está poniendo en trances tan complicados, la sonsa; bueno: le hablaré como un hombre sereno que le comprende todo, que lo comprende incluso a él mismo; aludiré al hecho de que yo comprendo que él hubiese hablado con ella; que mi interés no es sino tenerla a ella. Vámonos por partes. ¿Cómo reaccionará? Me pongo yo en su lugar. El viene a mí; me dice: "Deje usted a Adelina para que se venga conmigo". ¿Cómo va a aceptar ningún hombre una proposición semejante? Bien: no acepta, reacciona. ¿Cómo? Pues, de cualquier modo que sea, su reacción tendrá una sola dirección: se me vendrá encima; podría ocurrir, sin embargo, que procurase salir del paso engañándome con palabras y actitudes; bueno, yo lo acompañaré en la comedia pero no me dejaré engañar... Si viene contra mí: debo prevenirme; mejor sería evitar su ataque. Evitarlo; le hablaré con buenos modos; algunos hombres, sabiendo que uno es enérgico o decidido, se apaciguan temprano, quisieran retirarse, así sea de mal grado; entonces, debo mostrarme, detrás de los modos amables, un hombre enérgico y decidido, decidido a llegar al último extremo; debo mostrarle que soy capaz de todo; no me gusta llegar a la violencia, a la brutalidad, pero debo aceptar la posibilidad de que haya de llegar a la violencia. Si al menos lo conociera personalmente o por referencias; bueno, dejemos esto, no tengo tiempo de averiguar qué clase de hombre sea; es un hombre como todos; por consiguiente, vendrá una situación fuerte, de parte de él vendrán apuros y arrestos rápidos; rápidos; los debo esperar; debo tener en cuenta esta rapidez; se enojará y levantará la mano; la mano derecha; debo estar mirándole la mano derecha. Pero yo estaré mirando la mano derecha; no; él vería la dirección de la mirada; no; le miraré a los ojos derechamente, y oblicuamente le miraré el brazo derecho y, naturalmente, lo madrugaré.

Ahora viene el negocio del revólver. No hay que descartar la posibilidad de que él saque. En cuanto a verlo sacar, es necesario pensar por partes; el movimiento de su brazo me lo estará anunciando visiblemente; no lo dejaré sacar; el problema está en mí, no en él; así saque él. Yo.

¿Yo debo sacar? ¡Hombre: si él mueve el brazo, ya saqué yo; antes que él; naturalmente! Llevaré el revólver en el bolsillo del saco, la lengua del bolsillo estará adentro; el mango del revólver, estará arriba, cerca de la boca del bolsillo; pondré unos papeles abultados de manera que no dejen caer al fondo del bolsillo el revólver por su peso. Ya está. El quiere echar mano, yo tengo ya el revólver delante de su pecho; lo madrugué, pues. ¿Entonces... tiro? ¡Ah!... Aquí te quiero ver, Augusto, aquí te quiero ver... Es cuestión de adivinar si basta eso, si basta mi revólver en su pecho, si basta mi ventaja, para vencerlo; es cuestión de sospechar, de adivinar en esos mismos momentos, instantáneamente, si mi actitud ha detenido la suya a medio camino; o si no podrá detenerla. ¡Adivinar!... Porque no es cuestión de tirar si puedo evitarlo. Me gustaría evitarlo. ¡Tirar!... ¡Ah!... Adivinar es cosa del momento. Pero, ¿es que hay algo que diga ahora a uno si sacará o no sacará; es decir, ¿ahora mismo podría descubrir yo qué cosa hará él?

Conclusión: no se adivina antes lo que va a ocurrir; en consecuencia, si él saca, yo tiro. Le tiro. Sin compasión. Uno no sabe nunca si el resto de fuerza que le queda al otro le servirá para un contragolpe a fondo, y entonces, nada me habrá servido a mí madrugarlo y tirarle; conclusión: tiraré a fondo, tiraré sin compasión, tiraré a matar; las cosas hay que terminarlas; hay que completarlas; ya está; es terrible, pero ya está decidido... ¿Qué? Nada, Viejo, nada... No tengo fiebre, Viejo, no se preocupe... ¡Diablos!... ¿no habré hablado en voz alta? No; de cualquier modo, procuraré no darme vuelta en la cama... Bueno, hay que terminar. Estamos en que... Bueno: tiraré. A otra cosa; ah, estoy aliviado. Es curioso: estoy más sereno. Bueno... ¿y en seguida? Tiro, cae... Huir, claro... huir...

...Basta. Aquí se acabó toda reflexión. Basta. No es bueno continuar, sino, se desarma mi energía para dejar espacio y tiempo a pensamientos innobles, como diría Ramón. Innoble. ¿Qué diablos me importa la muerte? Moriremos todos, un día u otro. Todos. El santo y el canalla, todos, un día, estaremos honestamente muertos. La muerte

del cuerpo no debe asustar al extremo de que para retardarla matar la vida, matar un sentimiento, matar una pasión... Dejemos esto. No me importa la muerte. Queda la cárcel. ¿Eh? ¿La cárcel?... Y bien: este es un pensamiento de cobardes, de enfermos, de débiles, de mujeres. Sólo pensar en la cárcel es ya mismo una excusa de cobardes, es el comienzo de una retirada, de una huida. No. Se acabó toda reflexión sobre la cárcel. No hay, evidentemente, otra solución. Habría otra, dejarlo a él que se la lleve... ¡Oh, Augusto, ¿qué estás pensando?... Esto quiere decir: Yo, después, me sentiré a mí mismo, disminuído, mintiéndome a mí mismo una dignidad de que ya, ah, ya careceré, que habré vejado, humillado; me sabré a mí mismo, cobarde, miedoso, débil. ¿Cómo podré vivir después, sabiéndome un infeliz? Acabaré suicidándome después, por no haber querido antes jugar a cara o cruz la vida. Caminaré por la vida, caminaré por las calles, entraré en las casas, hablaré con las muchachas, con los hombres... ¿Seré yo mismo, eh? ¿O será otro? ¿Será otro, seguramente!... Me habré entonces suicidado yo, este Augusto de ahora mismo se habrá suicidado, para dejar vivir innoblemente a un Augusto infeliz... ¡No, no y no! ¡Basta! ¡Se acabó! Me levanto. ¿Dónde se corrió el zapato? Viejo, ¿mis zapatos? Ah, gracias, perdóname, me olvidé. Buenas tardes. También, esa idiota de Adelina... me está dando una rabia... todo por ser coqueta y sonsa. ¡Todo lo que va a venir!... Siempre estos chicos en la escalera... ¿Estará don Pedro en su pieza? Esa sonsa... lo pone a uno en situaciones violentas... más por sonsa ella que por la gravedad de las cosas... pudiendo, la sonsa, evitarlo... pero, ¡te voy a dar a vos terquedad y coquetería conmigo!... No vas a jugar conmigo, vos.

EL LADEAO

De pronto una mañana saltó una noticia considerable dispersándose hacia todos los oídos como los trozos de una granada que explota. Cada uno recibió su particular fragmento noticioso que devolvió levemente modificado. En su expresión coloquial, los elementos y actividades del inquilinato proliferaban, se ornamentaban, a veces hasta la suntuosidad, y en ocasiones hasta una transformación final que desconocía totalmente su causa y origen.

La noticia ahora era en substancia sencilla: el hijo de doña Sara, el Ladeao, se moría; ciertamente; esta vez "ya no se levantaría de la cama".

El Ladeao era flaco como él solo; no era muy alto pero la estrechez de él producía la impresión de máxima altura; era ágil y vivo, cuando no estaba en cama o en el hospital; tenía un hermoso cabello negro que lucía peinándolo un poco al desgaire, y permitiendo que se cayesen unos mechoncitos a un costado de la frente casi sobre el ojo izquierdo, para así tener la ocasión de un alarde varonil que consistía en echárselo encima del cráneo por medio de un enérgico movimiento de la cabeza. Tenía una tez casi transparente, pero no blanca. La carne se le enjugó, afligida de enfermedad tan ladina y tenaz; de flaco que estaba, los huesos se le querían salir, y aún se le salían si la piel no se esforzaba en contenerlos adentro.

Era amable, sonriente, generoso como suelen serlo los ladrones, que tienen del dinero una interpretación tan peculiar.

Estaba tísico; había vomitado sangre más de cuatro veces; cada nueva caída suya en cama iba siendo más grave y duraba más días. Pero su ánimo era fuerte, rebelde a la reclusión, aislamiento y soledad de hospital o pieza, de modo que tercamente se oponía a ello, y así es natural que la enfermedad adelantase.

No era precisamente ladrón; servía de campana, o era elegido para saltar verjas, hacer correrías, buscar noticias, perseguir a una presunta víctima a fin de conocerle sus hábitos. El caudillo del barrio, el Dr. Núñez, le ayudaba mucho a ganarse unos pesos de otro modo que dándole em-

pleos, porque el Ladeao no trabajaba a horario ni seguidamente. Lo que hacía con cierto gusto auténtico, era aquello de ir, mirar, volver, comprar, decir cosas, regresar, conversar.

Ahora se estaba muriendo, esta vez de veras; esta vez los vómitos fueron varios y abundantes y le dejaron tan aliviado de sangre que ya no sólo la piel era transparente sino casi lo era también la misma carne. Estaba en la cama, no hablaba, no se movía; apenas si sus ojos miraban y algún vecino decía que miraban pero no veían; y Bacciadonne con su lenguaje revesado e imposible de repetirse le dijo algo así como: "¡Soy yo, Bacciadonne, eh!, amigo, ¿me conoce?" El Ladeao sonrió; pero ya ni siquiera pudo sonreír en seguida cuando entró en la pieza uno de sus amigotes de correrías, suceso que dió, por así decirlo, carácter definitivo e inapelable a la sentencia de muerte.

Murió alrededor de las seis de la tarde. Las mujeres se atropellaron para mirarle morir. Murió serenamente, —ya carecía de lugar material donde asentarse cualquier dolor físico—; de pronto, alguien dijo: "Se murió". El límite entre la vida y la muerte no le fué sensible.

En seguida se arrodillaron las mujeres. Rezaban. Al rato, la madre, doña Sara, comenzó, ayudada por doña Elvira, a vestir el cadáver; le pusieron un traje viejo. Alguien había corrido a avisar a la Asistencia Pública para que mandase retirar mañana el cadáver y enviase a un médico para certificar la defunción. El amigo íntimo del Ladeao fué a verlo al Dr. Núñez para que ayudase en algo a la familia.

Después, casi anochecido, entraron juntamente en la pieza don Pedro y Eduardo. Esté, de súbito, se desconcertó: las mujeres habían vuelto a arrodillarse y rezaban, ahora en un coro bien organizado por Juanita, que cantaba a pedazos y a sola voz las oraciones, que los demás repetían monótonamente; Juanita cantaba hasta alguna oración extraña y desconocida. Aquello que desatinó a Eduardo fué verlo ahí, arrodillado, juntando su propia voz a las voces del coro, a Bacciadonne, el energúmeno anarquista. Ahí estaba, pues, Bacciadonne, y los ojos de Eduardo le estaban mirando. ¿Cómo esto?

Pero ya se habían igualmente arrodillado don Pedro y Eduardo. Este seguía con su voz los rezos pero don Pedro callaba. Don Pedro rezaba sin alzar la voz. Eduardo no podía a menos que dirigir de vez en cuando su mirada hacia Bacciadonne, con sus mostachos abriéndose en cuernos de vaca, con sus aros pendiendo de los lóbulos de las orejas.

Bacciadonne gritaba siempre su anarquismo y su ateísmo. Gritaba en ocasiones en que no era pertinente. Sus enfados no caían nunca sobre las personas que les tuviesen oyendo sino contra la injusticia humana, contra la desigualdad de las clases, contra las imposiciones ajenas sobre los espíritus individuales. Vociferaba su ansia de amor humano unánime; y las formas eran ridículas, pero la esencia íntima era pura y noble.

La voz de Juanita ahora impetraba misericordia por el Ladeao.

Don Pedro había visto ya la dirección de la mirada de Edo hacia el energúmeno Bacciadonne, ahí arrodillado, y comprendió todo; comprendió la actitud de Bacciadonne y el desconcierto de Edo.

Bacciadonne hablaba a gritos siempre; protestaba contra todo; afirmaba mil veces la no existencia de Dios, y en un único argumento en su jerga repetía aquello de "primus in orbe Deos fecit timor". Se movía todo; afligía sus coyunturas con gestos y ademanes hiperbólicos; hasta una vez alguien mirándole exclamó: ¡Ahí está Bacciadonne con sus corcovos! Ridículo, sí, en sus accidentes; pero adentro debía de ser otra cosa.

En la pieza Juanita proseguía sus rezos; había que aprovechar este tiempo del anochecer, porque después vendrían los hombres para el velorio y otra gente a dar su pésame a doña Sara y al marido; entonces charlarían, tomarían mate delante de la puerta, se reirían de algún chiste y ya sería imposible ninguna ceremonia.

Edo pensaba aún en Bacciadonne.

Todos los suyos amaban a Bacciadonne. Es que le conocían adentro, que es el mejor modo de conocer, un conocer definitivo, intransformable. Una de sus hijas sonreía

de sus palabras, de sus gestos y ademanes, de sus disputaciones, pero era una sonrisa de amor y caridad.

Salieron don Pedro y Edo y caminaron el patio.

—Edo, tráeme la pipa. Vamos a dar una vuelta antes de cenar y charlaremos sobre esa escena desbaratada que tanto te sobresaltó: Bacciadonne de rodillas...

Subió Edo a saltos, ahorrando escalones, y regresó con pipa, tabaquera y fósforos. Don Pedro dejaba siempre abierta su puerta. Al pie de la escalera, Edo oyó su nombre fuertemente clamado.

—¿Qué hay? —respondió, sin moverse. En la media oscuridad volvió a oír la voz de Plácido.

—Andá rejuntando yerba, ¿querés?

Yerba para el velorio. Eduardo debió dejar el paseo. Buscó una caja de lata y fué de pieza en pieza requechando puñados y más puñados hasta colmarla. Estaba todavía arriba cuando nuevamente fué trompeteado su nombre. Se empinó, asentó el mentón en las bardas del tabique, asomó la cabeza al patio, miró abajo.

—¿Qué hay? ¡Estoy en eso!

—Después andá a verlo al vasco Martín, que te dé coñac.

—¡Y... mandalo a otro!... Yo estoy con la yerba...

—Andá vos... después te digo...

—Está bien —conformó Edo, y se descolgó.

Después de la cena entró en la pieza de don Pedro. Don Pedro fué breve: Bacciadonne, dijo, creía ser hasta enemigo personal de Dios, pero estaba equivocado. Cuando se arrodilló, lo que hizo fué claudicar de algunas formas exteriores, secundarias, de algunas ideas secundarias, para dejar que se cumpliera un acto en su esencia más pura, un acto irreflexivo, exigente, urgente; estaba, ahí, el Misterio, el Destino, la Muerte, Dios; del otro lado, había unas cuantas pobres y humilladas personas insignificantes: los seres humanos, todos vivos y uno muerto. Todos sintieron en su intimidad una fuerza irracional de asombro temeroso, de solidaridad, de silencio, de mirar hacia afuera, hacia el Más Allá...

Todos sintieron que, en última instancia, sólo existen dos entidades: La una, nómbrese como se quiera, Dios, por ejemplo, la otra, esta esclavizada raza de los hombres. Y

esa fuerza que dije tendía a hacerlos solidarios en el dolor. Se inclinaron, rezaron, pensaron cosas, todos como uno. Una humillación ante el misterio, ante la Muerte. Un miedo, una entrega. ¿Y qué podemos hacer, los pobres hombres, sino caer delante de Dios?

—¡Pero Bacciadonne... no creía en Dios!

—¿Cómo lo sabes?

—El lo repetía siempre.

—Decirlo con palabras no es prueba ninguna. Bacciadonne cree en Dios. Dios está en sus expresiones casi proféticas que claman por la justicia humana, en sus rugidos por las mejoras sociales, en su despotricar contra los malos pastores, contra los capitalistas, los malos políticos, y el resto.

Bajaron y en el patio estaba doña Rosa pidiendo a Plácido que mañana, antes de las diez fuese a la carpintería donde su marido tendría ya hecho un ataúd de tablas. Gratuitamente, doña Rosa, es decir, su marido, aportaría el material y la mano de obra; pero Plácido debía ir a buscar el ataúd.

Ya era noche e iban terminando todos la cena llegando unos tras otros a la pieza de doña Sara para el velorio.

Edo vió a Bacciadonne, los cuernos de sus mostachos como invitaciones a colgarse de ellos... Escuchaba atentísimamente a Dionisio; escuchando, también se movía todo, asentía con la cabeza, inquiría con otro movimiento de cabeza, y con los barzos rubricaba sentimientos íntimos inexpresados. Tenía miedo de hablar, ahí, en un velorio, él, con su modo estruendoso, enfático, llamativo. Edo le miraba y sintió represado asombro y un impulso nuevo a interpretarlo gravemente a Bacciadonne. Acababa de saber que dentro de alguna ridiculez, comicidad, absurdo, existían cosas humanas demasiado serias, demasiado. El ser humano era una cosa casi indescifrable. ¡Y cómo conocía a los hombres Olaf Petersen!

Dionisio dejó solo a Bacciadonne. Corría el mate cebado y servido por las muchachas. El cognac sería repartido mucho más tarde, a media noche. El Ladeao se posaba definitivamente en su catre. Sobre la mesa de pino blanco había una vela encendida, que había traído Juanita.

Bacciadonne vió a don Pedro y le miró como preguntándole quién sabe qué. No quería hablar, allí; temía su propio vozarrón, sus gestos y ademanes hinchados que tropezaban unos con otros. Entonces invitó a don Pedro con la mano a ir hacia la puerta.

Los tres —Edo se les agregó— se detuvieron al pie de la escalera. Es de todo punto imposible traducir con solo palabras sus frases cuatrilingües, revesadas, mal cortadas, embrolladas, algunos de cuyos fragmentos sólo debían comprenderse mirando los brazos y la cabeza.

Bacciadonne se prendió de las solapas de don Pedro y procuraba hablar en voz baja.

—¿Se acuerda, don Pietro, aquella vez, eh, cuando hablamos de cómo se muere uno? ¿Tranquilo o furioso, eh? ¿Se acuerda?

—Me acuerdo...

—Bueno, se acuerda. Muy bien. Y ahora, dígame usted. Contésteme. ¿Usted lo vió morir al Ladeao? ¿Eh? ¿Lo vió en sus últimos momentos? ¡Murió como un angelito!

—¡Pero, Bacciadonne, —interceptó Edo— el Ladeao no era ateo!...

—¡Pero era un ladrón... y murió como un angelito!...

—El Ladeao era un buen muchacho, no iba hacia el Mal sistemáticamente, no era un canalla, no era un infame... Hizo mucho bien, y más que tantos adoradores y tantos sepulcros blanqueados... El Ladeao, de algún modo, creía en Dios...

—¡Un ladrón!...

—Usted también, Bacciadonne, cree en Dios y es anarquista.

—¡Pero si Dios no existe! ¡Muéstremelo! ¿Dónde está?

—Dios está en usted en alguna manera que nosotros los hombres no podemos comprender.

Evidentemente, Bacciadonne hacía esfuerzos para comprender.

—Don Pietro, yo no lo comprendo. No quiero contrariar a nadie pero ese asunto de Dios yo no lo entiendo.

EL RIVAL

Alberto le había encomendado la entrega de una rueda recompuesta, y debía ir a la Boca, a buscar un repuesto de la máquina laminadora en un almacén marítimo. Haría un viajecito, a pie, siguiendo la calle de los muelles y vería barcos quietos y uno que otro llevado por remolcador. Los más lindos son lo veleros; andan suavemente sobre la superficie de las aguas con sus palos erguidos, y lástima que en este Riachuelo no desplegasen sus velas. Del otro lado del río está el astillero donde Petersen dirige ciertas modificaciones en un patacho.

Iba de camino. Era feliz, era relativamente libre. Miraba y remiraba. Feliz, libre.

Vió delante de él caminar a una chica de su edad, un poquito más alta, apenas. Parecía cosa liviana. Percibió algo amable que lo estaba atrayendo o quizá fuese que él tendía ya a inclinarse hacia afuera. La muchacha era ya sentida por él. La intensidad de ese sentimiento es otro asunto. Ahora era un cierto agrado percibido más bien con la pequeña fuerza y la corta mirada de, por ejemplo, un lindo dibujo con algunos lindos colores.

Es que también la chica estaba caminando con algo incitante. Es cierto que entraba la primavera y había que relacionarse con ella.

Apresuró el paso Edo y se emparejó; bordeaba el cordón; lo más lejos posible de ella. Entonces, ella giró apenitas la cabecita, y le miró —ciertamente, le miró— pero de un modo muy raro. Parecía contener esa mirada, por otra parte rápida, unos rayos de curiosidad, y otros de rechazo; mientras sus labios mostraban el rictus que a veces acompaña a la extrañeza; como cuando uno dice: ¿Qué es esto?

¿Y por qué esa chica hacía tantas cosas? No había necesidad, —pensó Edo— las chicas le miran a uno siempre de un modo general, para el suficiente conocimiento y nada más. En cambio, pensó, ésta me ha mirado de otro modo. Diez pasos más y ella realizó la misma ceremonia de su precoz coquetería.

La verdad sea dicha: Edo era puro, aunque sabía algo por referencias. Nunca se había acercado a lo sexual. Nunca sintió impulsos de conocer más, nunca tampoco sintió interés. Era un campo extraño y sin curiosidades. Ahora tuvo su primer movimiento hacia eso. Y fué liviano, oblicuo, como jugando, como jugando a otra cosa. Como acontece casi siempre, la herencia recibida y consistente en el principio de que los hombres deben ir hacia la mujer, además de la propia vanidad de ser atendido un hombre por una mujer, de hablarla y el resto, forzaron a Edo.

Era la primera vez que hacía eso.

Determinó decirle algo, pero medio se achicó, cuando ella tercera vez le miró con extrañeza innecesaria por cuanto, ¡eal! le había mirado dos veces más.

Un poco quiso retrasarse y dejarla irse. Pero también una fuerza íntima estaba destruyendo esas timideces y esos pudores. Se le emparejó otra vez, ahora dejando el cordón y estaba cerca y le dijo "si volvía de compras" no sabiendo qué decirle. Ella respondió vivamente:

—¡Cuidado que puede estar mi hermano en la esquina!

En la cual esquina no había nadie.

De pronto ella penetró como un perro huyendo, en un zaguán que se prolongaba. Edo se detuvo en la vereda, delante de la puerta, y miró cómo a medio camino la chica se daba vuelta y sonreía.

735 —marcó el número en su memoria.

Pensó venirse a pasear por aquí los sábados y domingos.

Determinó regresar por el mismo camino y permanecer un rato en esta cuadra. Miró la casa, el frente, y continuó hasta la calle Almirante Brown.

Cuando regresaba, mirando los barcos, pasó esta cuadra y no recordó nada.

Llegaba a la esquina del inquilinato y comprendió, o supo, que acababa de ocurrir algo y no algo pequeño; tuvo lo que suele denominarse la intuición de un suceso acaso grave.

Acaso la ausencia de chicos y de bullicio; acaso ningún caminante haya pasado, que si hubiese pasado indiferentemente no se hubiese producido ese llamado de atención. ¿Quizá tanta soledad, tan prieto silencio? Quizá, sí. Nadie

entraba por la puerta amplia, nadie salía de ella. Los balcones, arriba, solos. Nadie. Nada. Silencio. Soledad.

Ni un vendedor. Nada, tampoco, enfrente.

Eso era asombroso. Se le apretó el corazón. Se alivió instantáneamente. No sería cosa a él atañedora. Seguramente, una pelea de conventillo, como tantas... Adentro estaría el vigilante. Grupos de inquilinos y de allegados describirían distintamente el episodio, y con más detalles los que no lo vieron de ojos. Contribuiría la imaginación de cada cual con aportaciones particulares.

El primero que le vió y se le vino encima, Federo, le dijo.

—¡Qué lindo!... ¿No lo viste, vos?... ¡La que te perdiste!...

—¿Qué sucedió?

—¡Hubieras visto!... —contestó, o mejor, no contestó Federo.

—¡Tampoco vos lo viste, —aclaró Santiaguito, siempre desconfiado y negador.

—Pero, ¿qué sucedió? —repetía Edo.

—¡Qué de golpes!...

Edo tomó del brazo a Santiaguito y le exigió.

—Augusto y uno. ¿Qué sé yo! Yo no vi nada. Dicen que Augusto hasta lo pateó en el suelo.

Imposible, pensó Edo.

—¿No hubo más? ¿Nada más? ¿Sangre?

—¿Sangre? —repetía Federo con ganas de añadir desde ahora este nuevo elemento trágico a la pateadura.

Tuvo Edo un recuerdo afectuoso para Augusto. Subiría a preguntarle a su madre. Tampoco el Coco estaba en la entreverada gente que alborotaba el patio.

—¿Así que no hubo sangre? ¿Armas, no salieron?

—Patadas —dijo Federo.

Edo se aproximó a un grupo de mujeres. Todavía los hombres no habían llegado del trabajo.

Pilar, Manuela, y otras hablaban. Edo oía sin preguntar. Saltó el nombre de Adelina, saltó como una perdiz entre el pasto perdiéndose en seguida en las siguientes palabras.

—Lo estuvo esperando, yo lo ví, cuando salía a comprar

azúcar que me mandó mamá, y cuando volvía, también lo vi, estaba esperando.

—Cuando bajaba la escalera, me lo encontró y...

—Lo tomó de las solapas...

—Le estuvo hablando como si nada y de pronto...

Esto, pensaba Edo, esto de hablarle "como si nada", es decir, conteniendo Augusto su fuego íntimo, era muy suyo, esto sí.

—Le dijo que no la hablase a "una"...

—¿Usted, doña Elvira, lo oyó?

—Lo oyó Raquel, y no miente.

—Raquel no sabe nada; me preguntó a mí qué había sucedido...

Estas cosas animan las vidas sencillas de aquellas gentes. No tienen muchas diversiones, distracciones, regalos visuales, los pobres, para todavía robarles estas pequeñas cosas.

De pronto, Edo se dijo:

—Voy a verla a mamá... Pero doña Estela posiblemente no hubiera visto nada. Ah... ¿Y dónde estaría ahora Augusto?

Estaba en su habitación. Nadie se atrevía a entrar. Entrarían, cuando llegasen a esta casa, Ramón Lainez, don Pedro, Dionisio. Edo no se atrevió. Como el otro escapó, y no se metió la policía, este asunto carecía de complicaciones.

EL PUNETAZO

Ahora Edo, con fragmentos asperdigados y solamente oídos, obtuvo una versión, más o menos probable, de lo ocurrido; sólo le enfadaba ese final, tan contrario al natural de Augusto. Pero no podía rechazarlo; en este paso, coincidían esencialmente todos.

Más tarde pudo construir mejor la escena.

Aquel joven bien vestido se llamaba Samuel y se de-

jaba nombrar Manuel y hasta él mismo con su propia voz se designaba con ese apócrifo nombre. Para tener entrada cómoda en el inquilinato, se hizo amigo de Benjamín, el hijo de doña Elvira. Lo venía a buscar aquí algunas veces en que generalmente Benjamín no se encontraba; en cambio, tropezaba al descuido con Adelina. Se saludaban casi ceremoniosamente, cruzaban cuatro palabras que desde lejos podían ser entendidas como lugares comunes o referencias al tiempo y nada más; pero se daban una cita; Adelina proseguía su camino sin darse vuelta, Samuel, por su parte, continuaba el suyo con exterioridades de indiferencia y a veces silbando.

Preguntada a doña Elvira por Benjamín, que no solía estar a esas horas. Tampoco estaba Augusto. Pero no le sirvió esta extratagema al joven Samuel mucho tiempo; Augusto olió algo porque algún chico le sopló. También una vez vió Edo a Samuel y Adelina, pero Edo nunca podía comunicárselo a Augusto. Otra vez los vió, juntos, caminando por Patricios. Los miró desde la vereda de enfrente y no supo qué pensar; después, se le fué de la memoria.

Augusto preguntó a Benjamín quien era aquel amigo que se había echado encima. Contestó que lo había conocido en el café de Patricios y Suárez y que se le hizo amigo y lo venía a buscar para hablar sonseras y además lo estaba aburriendo bastante y tenía una conversación pesada y lenta con largos espacios de silencio y se llamaba Manuel o Samuel.

—¿Ah; sí?...

—¿Qué hay ché?, ¡aquí hay algo!, ¿qué es? ¡Contáme...!

Pero Augusto no le contó nada. Había hecho otras averiguaciones: Samuel trabajaba en la fábrica de Alpargatas en tercios turnados. Sabía, pues, cuál era la tarde libre para Samuel; y una tarde lo esperó en el arranque de la escalera. Esperó pacientemente. De vez en cuando iba hacia el portal y procurando no sorprenderlo si el otro estuviese viniendo, avanzaba con cuidado la cabeza hacia la calle.

Por fin llegó. Augusto se adelantó un paso, levantó el brazo abriendo la mano en la actitud común de quien está queriendo detenerle a uno.

—¿Un momentito?

Suavemente, energicamente, como sin quererlo, sin darle importancia, pero con toda intención, en una especie de sobreentendida invitación, le condujo a un lado, hacia la pared, —así, por otra parte, no interrumpirían el paso— Augusto hablaba en voz baja, pausada, clara. Ni un gesto desmedido, ni una palabra sobresaltada, ni un concepto grosero o violento, pero tampoco ninguna timidez, ninguna súplica, ningún relajamiento de la voluntad, ningún menoscabo de voz, actitud, ademán, gesto; sólo, la mirada apagada, pero la suya era así, apagada, corta, sin vida.

Usaba cortesías medidas; hasta sonrió; sonrió, es claro, del modo como sonríen los que sufren o están nerviosos. El otro, alentado o engañado por esta suavidad expresiva, y exterior, cometió el error, —más fatal que un delito— de leerla directamente y por sobre su superficie, sin penetrar y ver por sus propios ojos, por así decirlo, la intención que la originara, las causas fragorosas adentradas que se mostraban afuera con tanta suavidad.

El pobre joven, tan bien vestido, se equivocó de medio a medio y él se tuvo la culpa.

Ya empezaba Augusto a querer enfadarse porque las cosas iban señalando el camino de la fuerza pudiendo muy bien entrar en la senda de la paz; y el mal camino por el cual iban a seguir no lo quiso evitar la sonsa de Adelina, y ahora tampoco este infeliz, que no quiere ver su propia conveniencia, que no lo está viendo a Augusto, decidido a todo. Esforzose Augusto para no dar suelta a su rabia contra estos dos sonsos. ¡A qué lindes lo estaban llevando, a qué extremos desastrosos para los tres lo estaban empujando! Pensó algo así: "¡Pero este muchacho no se da cuenta, el idiota, de lo que le viene encima!"... y entonces ya rabiaba; ya estaba rabioso, sólo que todavía sujetaba las fuerzas agresoras. Pensó rápidamente que con este joven era inútil toda discusión, y este pensamiento desamarró su violencia; y en este justo punto el otro, pobre, se atrevió no más a negar con ese modo grosero, despreciativo, de levantar los hombros, que es negación, rechazo, y también menosprecio; que es un "¡Qué me importa usted, qué me importan sus asuntos, haga lo que quiera!"

Augusto se sintió helado adentro. Le miró un ratito y le tuvo lástima pero ya su brazo se había levantado y el puño golpeó la cara del joven que trastabilló y cayó sobre su brazo izquierdo.

La rabia se le había desatado toda. Rabia contra esos dos sonsos, Adelina y Samuel, que no supieron comprender nada, y que pudieron ser causa y origen de algo ensangrentado, pero solo por sonsos, que ya no valía ese asunto ni un plomo de revólver.

Lo tenía ahora a sus pies, al joven ese. Pensó rapidísimamente algo así: "¡Esto de tenérmelas que ver yo, hombre serio y prudente, con un idiota como éste!..."

Tal pensamiento, o mejor dicho, tal sentimiento, movió su voluntad y fué cuando cumplió ese acto tan contrario a su modo de ser usual y nunca por sus amigos adivinado ni creíble. Le pegó un puntapié en el suelo.

EL CONVENTILLO

El inquilinato, siempre animado, adquiría los sábados un aspecto nuevo, más brillante, más social. No ya broncas y grescas en el patio, no ya algarabía de chicos, sino una actividad estribada en la simpatía, la amistad, el amor. En las primeras horas de la mañana, como siempre, su puerta boqueaba hombres hacia el trabajo, pero ya la tarde daba comienzo a una forma de vida fiestera y amistosa. Después del almuerzo, la siesta, en un relativo silencio; pero en seguida empezaban las mateadas en pleno patio, lentas porque no había que ir al taller, a la fábrica, al puerto. En las puertas de las piezas se formaban concursos; alguien se insertaba en uno yendo con la pava en una mano y la calabaza en la otra. Si no había silla, sentábase en el suelo. Y charlaban los hombres y las mujeres. Otros grupos cenían a un guitarrista en un rincón del patio. Evaristo hacía locuras; Bacciadonne empinaba su voz estruendosa, revesada, áspera, la que, a pesar de esas

condiciones, era apagada por la gritería de los chicos nunca quietos, naturalmente.

Si el tiempo era malo, algunas chicas hacían pasteles, prosiguiendo una costumbre que venía del campo. Los hombres que vivían solos iban a las cocinas y sonriendo aceptaban un pastel, uno solo, pero en seguida compraban ocho o más. El pastel era fresco, calentito, nuevo, y hecho delante de todos. El diálogo sistemáticamente se reproducía casi sin variantes; había algo de inevitable ceremonia, sino, era imposible adquirirlos. Hasta los extranjeros acababan comprendiendo la forzocidad de ciertas prefaciones de urbanidad y renunciaban. Demetrio por ejemplo, que gustaba tanto de ellos, se aproximaba a la cocina de doña Pilar.

—Ya había sentido este olor...

—¿Rico, eh?... ¿Quiere uno?

Con el cribado cucharón sacaba Pilarita un pastel y lo echaba en un papel que absorbía la grasa sobrante y coqueosa; al ratito lo ofrecía a Demetrio con una sonrisita.

—Riquísimo... Buenas manos los hacen...

—Gracias, es usted muy amable.

En seguida, de algún modo, decía que uno solo no le fué suficiente para aplacar su deseo y placer y que le compraría diez.

—¡Pero... si nosotras no somos comerciantes, Demetrio! ¡No faltaba más!

—Somos cuatro hombres en la pieza... Diez pasteles son pocos, si no le molesta, y me hace doce, o catorce ¿eh?...

—Bueno, por ser usted, vamos a obsequiarle. Mamá, hay que tender más pasta... ¿catorce, dijo?

Minutos después, volvía Demetrio. Recibía envueltos en papel, catorce pasteles, y uno más, descubierto en los dedos de Pilarcita.

—Tome; y éste de yapa...

—Encantado. Y usted, tome un peso cincuenta, para otra vez comprar harina y miel y grasa.

—¡Pero no, Demetrio, no!... ¡No faltaba más!...

—¡Para cintas, Pilarcita!

—¡Bueno si tanto se empeña!

Las muchachas cotorreaban. Los chicos chillaban. Los hombres discutían.

Pero los jóvenes preferían una actividad no ruidosa, no llamativa. Venían aquí temprano en busca de sus muchachas; a veces, entraban desconocidos buscando la compañía y el diálogo con ellas y eran traídos por alguien del inquilinato. Eran discretos; se iban a cierta hora; en cambio, los novios se demoraban lo más que podían y consentían las madres. Las noches del sábado se prolongaban, pues no había que levantarse temprano al día siguiente y aún la siesta les había quitado pereza y regalado alientos. Querían aprovechar el sábado hasta donde el sábado daba. Alguna madre rezongaba: "Ya está ése aquí". Otra insinuaba lateralmente lo mismo. "Pero, ¿qué hora es?" Algún novio o prometido se traía un kilo de yerba o pasteles, lo cual exigía como trueque una invitación a cenar "sin ceremonias, comida de pobre". A las chicas les gustaba que llegasen temprano. Y los jóvenes de aquí, salían bien empilchados, casi irreconocibles, quitaba su ropa común y usadera para ceñirse la camisa limpia, el cuello duro, la corbata pintada, o sinó al cuello el pañuelo de seda cruda que tenía en una esquina en colores bordados una florcita pintona. Ah, que finalmente para echarlos a estos tercios moscardones ya las madres no aludían a la hora tardía sino: "Bueno, tengo sueño, ya es tarde, chicos, a dormir, vamos"...

Las vidas simples de estas gentes simples se enriquecían hasta la suntuosidad cuando se divertían. En el patio alternaban el acordeón de algún italiano, la guitarra de los criollos, la flauta del griego, el fonógrafo del turco, el pandero y los crócalos de los españoles y las sensibleras y azucaradas canciones de los napolitanos, entre las cuales había una que repetía un estribillo sonso: "sin amor y sin madre". La verdad sea dicha: los españoles triunfaban cumplidamente con su música viva, sus cantos álgidos, sus estruendos y reclamos, y su risa restallante. A veces, sin embargo, Pilar y Manuela decían algo referente a muertos, cementerios, cárceles y gitanerías dramáticas. Pero lo común era la alegría exaltante y contagiosa.

Las parejas estaban siempre a la vista. Juntos, apretados, pero a la vista. O salían a la calle para ver los escaparates de la mercería. En aquellos tiempos algunos comercios modificaban sus vitrinas los sábados, de ahí el que fuese habitual la invitación a salir de tiendas, pero no a mercar, sino a mirar los nuevos efectos que exhibían los tenderos. Todos los sábados, el dependiente de "Ay Mariquita" gozaba y se regodeaba manipulando durante horas sedas y tejidos, seleccionando según su estética propia lo mejor de lo mejor, y recién recibido para el placer visual de las clientas.

Las chicas cantaban:

"Mariquita fué a la tienda
a comprar un cinturón
de tanto que le apretaba
le dolía el corazón".

Arriba, en su pieza, don Pedro precidía su tertulia. Solían acompañarle Augusto, Ramón, Dionisio y a veces Edo.

Robles y su mujer indefectiblemente salían del inquilinato el sábado después de la siesta y regresaban al día siguiente, domingo, después de la hora de la cena. Sólo por excepción permanecían aquí. Una vez, un sábado, quien sabe por cual causa, no salieron y era de verse esa pareja tan esquinada y malquista realizar maniobras que debían entenderse dirigidas a los demás. El se había sentado en una silla delante de la puerta; ella, como en ciertas fotografías cursis, apoyaba una mano en el respaldar; él se mesaba el cabello, levantaba la vista para decirle una palabra, ella inclinaba su cabeza para responderle; de pronto, ella le hacía alguna fiesta, algún cariño —como si fueran novios—; por ejemplo, le revolvió el cabello y se reía un poco como en un teatro de aficionados y se entró en la pieza, huyendo graciosamente de la reacción del esposo; volvió después y le palmoteó las espaldas, como requiriendo conciliación y perdón, así sea en broma. Todo, para mostrar a las gentes del inquilinato cómo se querían; lo cual era verdad.

Sin embargo, sólo por excepción extraordinaria no salían los sábados. Iban a la casa de unos parientes ricos, en el centro. Su hábito era salir después de una breve siestita.

Esto importa mucho recordarlo, por lo que sucedería después, con aquello de Juan Penti.

Juan Penti era un hombre maduro que posiblemente se alejaba de los cincuenta años de edad; delgado, de color mate, los bigotes grises, el caminar seguro. Miraba mucho y parecía observador, pero callaba mucho. Una tarde de sábado llegó en horas de la siesta y se recostó contra la escalera. Cuando pasó Robles con su mujer que iban al centro como todos los sábados, no acabó de sonreírle Robles, cuando le respondió una palabra de Juan Penti.

—Coimero.

Fué una saeta directa, nítida, descubierta. Robles, desconcertado, sólo atinó a preguntar innecesariamente, y además estúpidamente:

—¿Cómo dice? —y pretendió acuñar la pregunta con el molde de la máxima energía.

Y Juan Penti repitió silabeando como golpes de martillo

—Coimero.

—¡No sea bruto!... ¡Ya recuerdo!... a usted lo salvé de la cárcel...

—Coimero.

A todo esto se habían aproximado algunos vecinos y chicos que sin discreción ninguna se colocaron visiblemente para oírlo todo y casi formando rueda.

—Se trajo un pagaré enmendado, casi falsificado, menos mal que yo recurrí a los sentimientos humanitarios del letrado patrocinante del demandado.

—Coimero.

—¡Vamos, negro! —tiraba la mujer de la manga de Robles.

—Coimero.

Sintió Robles algo raro. Nunca había sido atacado de esta extraña manera, aparentemente liviana y que se la podía —aparentemente— tener en menos; pero esa insistencia tan serena le daba qué pensar. Es que siempre en realidad, Robles fué atacado con modos generales y por él conocidos y entonces no ocurría sino que en seguida ponía en funcionamiento su reacción verbal con el uso y abuso de la palabra, su arma preferida; y ahora Robles estaba

delante de un ataque que se escapaba de los esquemas conocidos y debía reaccionar distintamente y para esto le era forzoso pensar y carecía de tiempo para pensar cosas nuevas. Le vino a salvar su mujer.

—¡Vamonos, Carlitos, está loco!...

—Lo salvé de la cárcel... y así son ustedes, ingratos y...

y...

—Coimero.

—¡Vámonos, negro... dejalo!...

—Sí, es mejor, vamos... Es inútil explicar el procedimiento a esta gente.

Les hubiera gustado dejarlo ahí plantado a Juan Penti. Se dieron vuelta y caminaban a la calle.

Pero detrás Juan Penti les seguía.

Y el concurso de chicos detrás de Juan Penti.

Y un nuevo asunto divertido para la chusma de chicos y grandes y nuevo alimento para el cotorreo de las mujeres. ¡Qué curioso espectáculo!... ¡Y todavía el hombre aquél siguiendo los pasos de la pareja! Seguramente iría detrás hasta que subiesen en el tranvía, y todavía Juan Penti sería capaz de sentarse en el vehículo detrás de Robles y su mujer...

Como así ocurrió en verdad, sólo que su descripción ha de demorarse por ser muy complicada. Esos accidentes trágicos como final insospechado el descubrimiento de un hijo de Robles, de una enorme ternura de Robles, de una gran pasión paternal alentando en el pecho del ladronesco Robles. Esto, pues, traería cola, como se dice.

SABADO

Aquel sábado en que el crepúsculo cerraba un poco tarde, demás de la escena imprevista servida por Juan Penti y Robles, esperaban las mujeres otra con substancias de amor y pasión: días pasados ocurriera lo de Augusto con Samuel, o Manuel; y de entonces acá no habían sido vistos

el primero y Adelina juntos; seguramente hoy Augusto pretenderá conversarla, y qué haría ella, si saldría de la pieza, si saldría y rechazaría la invitación de Augusto, si contestaría a sus palabras... Embrollaban las mujeres distintas suposiciones, lo cual les gustaba mucho y constituía un entretenimiento apasionante.

Augusto tenía mucho prestigio en el conventillo y aún algunas chicas lo amaban en silencio y un tanto envidiosas de Adelina. Ciertamente, todas las muchachas que en sus comentarios criticaban acerbamente a Adelina, lo habían amado calladamente un día hasta que perdieron las esperanzas. Quisieran, ahora, una escena en la cual ese amor se resquebrajase o por lo menos que Adelina sufriese.

Tras la cena, salieron Adelina y la madre al patio y entraron a conversar en un grupo ya formado donde Pilar hablaba de cosas de España, más precisamente, de cómo se efectuaban las ceremonias del casamiento en su aldea, y doña Elvira apostillaba diciendo que en la suya en Italia también ocurrían los mismos sucesos.

—Me voy con Dionisia —dijo Adelina— y se desprendió del grupo.

Adelina y la madre querían decir con su actitud que aquello, —aquello era la escena de Augusto y Samuel— no era cosa de ellas y carecía de importancia; o que era cosa usual en los procesos de amor y no había para qué extremar y dramatizar nada.

Había una claridad ensanchada. Dentro de la luz de la luna, todavía echaban lumbre los dos faroles del patio; y ya entraba el verano. Y desde distintas puertas aun salían listones de luz que sin embargo poco a poco se iban apagando.

En verdad, otras noches de sábado las muchachas ya estaban en la puerta de calle, o corridas a lo largo de la pared sentadas con su novios. Este sábado, sólo los chicos estaban ya en la calle corriendo, jugando, gritando. Es que las mujeres, jóvenes o maduras, esperaban como en el teatro la escena presentida. Querían verla desde el principio, desde la salida de Augusto de su pieza arriba, querían verle descender la escalera, caminar el patio, aproximarse a Adelina, y qué le diría; y qué harían...

—Vas a ver; no bajaré.
—¿Y por qué no va a bajar?
—¿Cómo no baja? Si justamente le pegó al otro para esto.

—¿Esto, qué?

—A lo mejor, baja como si tal cosa...

—Pero, ¿por qué hoy no ha de conversarla? ¿Por lo del otro día? No tiene sentido que no baje.

—Claro... También, esa Adelina, qué más quiere que un muchacho como Augusto... Francamente...

—Francamente, le queda ancho, a ella...

—Mirá, ¿querés que te diga tu secreto?

—¿El mío? Ja... ja... ja... ¡El tuyo será!...

—Es este tu secreto: Augusto es un buen mozo...

—¡Y a mí qué!

—Pero, ¿vas a negar que sea buen mozo?

—¡Eso no!

—Telma, vos también lo querés un poquitito, ¿eh?

—Carola, vos lo quisiste un día ¿eh?

—Ustedes dos están todavía enamoradas de él. A mí la verdad, me gusta, pero, qué le vamos a hacer al Destino, cuando se lo regala a esa sonsa de Adelina... y yo no sé cómo Augusto no vé que es una sonsa completa...

De pronto, las cabezas totales se levantaron hacia una puerta arriba en la cual de súbito se había apagado la luz.

Descendía Augusto la escalera. Todas las cabezas seguían con disimulo o sin disimulo sus pasos en el patio.

Augusto se aproximó al grupo donde estaban Adelina, Dionisia, Manolita y un joven que festejaba a ésta y era español y dependiente de tienda.

A Augusto no se le había escapado que constituía el centro de atracción y curiosidad. Procuraba salir de ahí.

—Hola, chicas... Linda noche para bailar, ¿eh?

—Ya lo creo...

—¿Y no tienen baile, hoy?

—Ya lo ve... Esperamos el carnaval...

—Teresa y Prima van a la Verdi...

—Y... bueno... a falta de baile, bueno es charlar... ¿Vamos a la vereda? Tomá dos sillas y vamos... Andá...

dijo Augusto con voz firme, resuelta, y, ante cierta indecisión de Adelina, insistió: "Andá"... casi ásperamente.

Adelina se desprendió del grupo. Al ratito, estaban todos en la calle.

Diego y Juanita hacía tiempo que charlaban en sendas sillas arrimadas a la pared. Diego se conformaba con inclinarse sobre el brazo de ella.

Evidentemente, Augusto estaba resuelto a tomar en sus manos esta fruta que es Adelina, tomarla, morderla, y no dejársela arrebatar por nadie.

Augusto hacía el gasto de la conversación; siempre, con Adelina, la conversación se repartía muy mal...

Por otra parte, la cuestión para Augusto no era hablar con ella, o escucharla expresarse, ni atender la gracia con que formaba sus conceptos, o la ironía con la cual los podría traducir; en una ocasión aludiera don Pedro a cierta diferencia en la interpretación del mundo entre Augusto y Adelina, y en la muy distinta capacidad de uno y otro en la percepción de las cosas; algo así, muy delicadamente, insinuó don Pedro; y Augusto, que le comprendió de inmediato, replicó vivamente y sin previa reflexión que él la quería tener a Adelina en la cama y para darle hijos, y que lo demás se lo buscaría afuera y con otros. Ciertamente, comentó entonces don Pedro; tiene ella suficiente interés físico y eso basta...

En la calle hablaban en cambio muy suntuosamente Diego y Juanita; se llenaban con palabras y se las gustaban y eso —pensaba Diego— era lindo; y eso —pensaba Juanita— era lindo. Juanita lo tenía ahí a Diego y todo estaba a la luz y había gente y no ocurriría la amenaza del tremendo pecado. Diego gozaba largamente la charla pero de vez en cuando deslizaba conscientemente su hombro hacia el brazo de ella buscando el encendido contacto. Ella podía ahora en que eran imposibles los arrebatos de la bestia, dejar que su brazo fuese presionado por el de Diego. Así, sí; así le gustaba; era muy hermoso; ella se olvidaba del horrible pecado. Hasta era ella ahora la que estaba deseando que Diego le tomase suavemente la mano y jugase con las yemas, artejos y coyunturas de sus dedos... Pero

Diego después sentía su sed de algo más de ella. Quería algo así como un apretón un poco fuerte, o brusco, quería algo de nerviosidad, de electricidad; y en seguida descubría otra vez su necesidad de besarla. Y entonces se entristecía. Estaban ahí, delante de todos; no podía ser.

Echaba su cara sobre la mejilla de Juanita buscando, sino el beso, alguna proximidad; un movimiento no controlado pudiera poner juntas las dos mejillas. Ella, advirtiéndolo, se defendía. Alejaba su mejilla cuando él aproximaba la suya. Y Diego, después, cuando se iba, pensaba lastimado de sí mismo que estaba haciendo un papel bastante ridículo. Todavía no la había besado. Si la gente lo supiese, qué famoso se haría como sonso de amor...

Sistemáticamente, todos los sábados, cuando Diego iba de camino a su casa después de estar con Juanita dos o tres horas conversando y sin haberla besado, se castigaba a sí mismo con distintos epítetos comunes en vez de recordar y gustar los momentos deleitosos ganados esa noche; pensaba en seguida en maniobras, expedientes, que podría hacer para, en fin, encaminar este amor en el carril normal... Que alguien le hablase a Juanita, que le explicase cómo son las cosas de amor, que no puede oponerse a un amor honestísimo, que don Pedro, que Edo, que el padre Berti interviniesen en este obstaculizado negocio de amor.

Pero Diego solamente a Edo confesó el hecho que tanto le lastimaba: el no haber todavía besado a Juanita. Edo era un chico serio y leal; se podía hablar con él de ciertas cosas. (Eso creía Diego... Ciertamente en cuanto a lealtad; pero erróneamente respecto de la esencia del asunto; Edo comenzaba a sentir cómo despertaba sexualmente y esto no podía ser conversado sin delicadezas...)

COIMERO

Había salido la pareja, nerviosa y enfadada, Juan Penti seguía, detrás.

Robles pensaba que el incidente había terminado. Pero quién sabe qué fina intuición íntima le movió la voluntad y miró, atrás.

—Juan Penti los seguía.

Es que Robles esta vez había sido atacado de una manera original. Ni espontáneos insultos, ni compuestas frases, ni golpes, ni amenazas; sino algo por así decirlo muy pensado, muy preparado: nada más que la palabra única: "Coimero". Nada más. Ni siquiera la altura de la voz sobrepasó lo suficiente para su nitidez auditiva. Era algo insistente y producía una sensación de pertinacia, de una continuación, quien sabe hasta cuando.

—¡Pero qué querrá ese!... —le dijo a su mujer.

—¡Dejalo!

Ambos sabían ya que todas las agresiones a Robles comenzaban y terminaban más o menos pronto, y que la táctica consistía en apresurar el final.

Robles intuía que esto no terminaría de una vez. Juan Penti seguía, detrás.

En la boca del conventillo, los chicos seguían mirando.

Robles y su mujer doblaron la esquina y caminaban hacia Patricios donde subirían a un tranvía. Pero antes, temiendo acaso quién sabe qué, Robles se detuvo, pensando "sacárselo de encima". La mujer medio se opuso. "Dejalo", repetía.

Juan Penti, caminando naturalmente, los alcanzó.

—¿Pero usted qué quiere, si se puede saber?

—Coimero.

—¡Lo voy a mandar preso! ¡En la esquina habrá un agente!

—Coimero.

—¡Dejalo, Negro... dejalo!... Es mejor... Usted también, ¿no tiene vergüenza, habiendo una mujer?

—Coimero.

—Ya va a ver en la esquina, o en la Comisaría... O lo mandaré arrestar por el Juez de Paz... Ya verá, siga nomás.

—Coimero.

La pareja entonces siguió caminando.

Juan Penti seguía detrás.

En la esquina de Patricios no estaba el vigilante. Robles miraba y miraba con modos visibles; dejó a su mujer en

la vereda, se adelantó al medio de la calle y miró hacia el norte, miró hacia el sud, y regresó a su mujer.

Juan Penti se había detenido; también él esperaba el tranvía.

Cuando llegó el vehículo, Juan Penti dejó dos metros de distancia entre la pareja y él; subieron ellos, subió él después; sentáronse ellos muy adelante él ocupó el último asiento.

Robles estaba de los más nervioso. Esto era, no realmente peligroso o mortal, sino algo desconcertante. No había modo de luchar contra ese ataque. Pero pensaría algo, ya. Le gustaría que hubiese dos o tres testigos desconocidos cuando Juan Penti dijese esa mala palabra, esa calumnia, ese insulto a su moralidad, a su integridad de persona y de funcionario judicial; entonces, él replicaría con palabras todas serenas y un poco acentuado su condición de víctima. Ya, ya, cuando se apearian, por la calle Buen Orden, habría, —siempre los hay— hombres en las esquinas; entonces él se detendría con su mujer, esperaría a Juan Penti, lo miraría de modo enconado encendiéndole la mala palabra, éste la diría con su propia voz delante de los testigos a quienes "no les comprenderían las generales de la ley" y... Producido el incidente por causa única y voluntaria y consciente de Juan Penti, el sumario policial sólo se detendría con la promesa formal de "acabarla de una vez".

Subía por Piedras el tranvía y antes de llegar a la calle Europa, Robles y su mujer se dispusieron a descender.

Cuando caminaban el pasillo hacia la plataforma posterior, estaba Juan Penti sentado con la mirada hacia la calle. Robles le miró de reojo. Al poner el pie en el suelo y darse vuelta para tomar la mano de su mujer en la cortesía innecesaria de ayudarla a descender, le pareció ver incorporarse a Juan Penti en el interior del coche. Cuando llegó a la vereda, Juan Penti se apeaba del tranvía.

¡Santo Dios del cielo!, "pensó Robles", pero éste, ¿qué quiere? ¡Ya va a ver!

—¿Bajó? —preguntó la Negra.

—Sí —contestó Robles—. Pero ya verá lo que es bueno...

Juan Penti caminaba detrás, como un lacayo antiguo, como un guardaespaldas, y muy disimuladamente; ajustaba sus

pasos de modo que siempre hubiese unos metros de distancia. Robles vió en la esquina de Buen Orden un grupo de jóvenes conversando. Pensó que ahí era la suya.

En efecto: allí mismo se detuvo y esperaba a que Juan Penti acercándose le dijera la mala palabra delante de esos jóvenes, y entonces, ah, cómo en ese caso pronunciaría él —Robles— palabras muy serenas, muy atinentes al caso, y hasta plenas de delicadeza, para mostrar a los jóvenes dónde estaba el agresor y dónde la pobre víctima.

Juan Penti pasó a su lado y ni le miró. Se detuvo, a su vez, próximo al grupo de jóvenes y miraba lejos cualquier cosa dando las espaldas a la pareja.

Ahora, más que asombro, Robles fué presa del pánico; pensó, naturalmente, que ese hombre era muy hábil, "las pensó todas"; no caería en errores de táctica, ah... ah... ah... Ese hombre, pensó, va a seguir así inacabablemente, esto va a ser una obsesión infernal.

—No te pongas nervioso Juan —decíale su mujer.

Doblaron por Buen Orden y a veinte metros no más entraron en la casa. En el zaguán, de pronto, Robles se detuvo diciéndole a su mujer que tuviese cuidado de no decir nada y no traicionarse. "Yo sé lo que hago, Juan —contestó ella—".

Juan Penti llegó hasta esa puerta y miró el número en la chapita del contramarco. Siguió su camino de manera naturalísima.

Robles y su mujer hicieron algún esfuerzo para mostrarse en la casa como eran habitualmente y lo curioso del caso es que lo consiguieron. Allí vivían dos hermanas de la esposa de Robles, soltera una, viuda la otra, y por eso acaso se habían aficionado a...

Bueno, hay que decirlo: se habían encariñado desde hacía años con el hijito de Robles. La verdad sea dicha: estas dos mujeres conocieron demasiado bien a Robles y un día se lo pidieron, sencillamente; y Robles, sencillamente, se lo entregó.

¡Vaya uno a saber las condiciones! Robles y su mujer, cuando el niño tenía solamente cuatro años, aceptaron las proposiciones explícitas y claras de las tías del chico; éstas

lo tendrían a su cargo enteramente; lo harían estudiar; los padres aceptaron; las tías parece ser que impusieron silencio respecto de las actividades del padre; la mejor manera de quitar al niño el conocimiento de ciertas cosas indecorosas de Robles consistía en extraer al niño del hogar de los padres; así, no llegarían a sus oídos las muchas y feas cosas que las tías ya tenían ellas también oído respecto a Robles. Después, Robles mentiría distintas razones, por ejemplo, que había dejado al hijo con las tías para tenerlo más cerca del colegio, para que entretuviese a las tías, y que Robles pagaba naturalmente su pensión a las tías y cosas de esta especie. Todavía más curioso fué que Robles después se lo creyó él mismo, el inventor de estos motivos irreales; y más curioso, estafalario y sobrecómico; después, hablaría a su propia mujer asentando el hecho en los motivos falsos que él había inventado, totalmente olvidado de las buenas razones de las tías. Su mujer, naturalmente, más práctica, no se engañó. Sólo, a veces, replicaba "¡Pero, Juan, te olvidás que no es así, no tenemos ningún derecho a esto! No le podemos decir a ellas tal cosa!"

Cuando convinieron con las tías la entrega del niño, Robles, que todo lo veía en función del dinero, se frotaba las manos de contento. Ahora sí, podría ahorrar y... Y comenzaba a soñar; soñaba en ser subcomisario o comisario, en un pueblo, habría timbas, extraería sus coimas, se haría rico, se dejaría decir: "Doctor"...

Al siguiente día, domingo, después de cenar, Robles y su mujer se despedían del niño, ahora de edad de quince años y estudiante en el Colegio Lammenais y regresaban a su pieza en el conventillo.

En cierto modo, Robles, en la semana que siguió había olvidado el incidente de Juan Penti. El sábado, después de una breve siesta, salían él y su mujer y de súbito, ¡ah!... Allí, al pie de la escalera, estaba, sereno, tranquilo, Juan Penti. ¿Qué hacer?

—¿Qué tenés? ¿Estás nervioso?

—¡Miralo, allá está!...

—Sigamos... le voy a hablar yo...

—No. Lo mejor es callar... Tendré que ir a levantar una exposición en la Comisaría... Vamos a ver...

Llegaron al pie de la escalera. En el patio había algunos vecinos. En el zaguán, Bacciadonne despotricaba con Dionisio, gesticulaba, levantaba la voz irregular que tenía, todo él se movía. Dionisio sonreía...

—Coimero.

—¡Pero, caramba, señor... usted está insultando a un vecino!

—No tiene vergüenza, habiendo una mujer, faltar al respeto, es increíble en un caballero... —decía la Negra.

—Es necesario que sepa que iremos a la Comisaría a pedir que se tomen los recaudos necesarios...

—Coimero.

—¿Usted oyó, Bacciadonne, eh? ¿Usted también, Dionisio? Ustedes son testigos para decir la verdad... este hombre nos acaba de insultar...

—¿Yo?... —decía Bacciadonne—, ¿yo? ¡Yo no oí nada!

—Sí. Ustedes oyeron... Deben servir a la Justicia cuando busca la verdad de los hechos...

Dionisio lo tomó de las solapas a Robles, enfadado con esa especie de coacción para que le sirviese de testigo, indignado con ese: "Ustedes deben"... Le miró a los ojos y le dijo:

—Usted a mí no me mete en sus puercas cosas, ¿sabe? ¡Sépalo, eh!... —Y lo sacudió groseramente.

—Vamos, Negro, es mejor... Todos son lo mismo...

Qué curioso: Robles no podía servirse de sus conocidos quienes, ciertamente, tenían una informúlada máxima de carácter práctico que se podría traducir así: En todo asunto en el cual es Robles una de las partes, la otra parte tiene la razón. Esto es prejuizar, verdad. Pero así ocurre muchas veces, y ocurre para bien.

Robles y su mujer salieron nerviosos e impacientes a la calle. Se les había amargado otra vez el día. ¿Y cómo Robles había dado ya por aniquilado este asunto? Como Juan Penti en toda la semana no se hizo ver, es natural que lo olvidase; además, tenía por naturaleza pronto el olvido de estas cosas. Ahora la pareja quería, es claro, escabullirse, pero no había modo. Seguramente Juan Penti los

seguiría, como el sábado anterior, hasta la casa de la calle Buen Orden. Como así sucedió en verdad. Juan Penti cumplió la misma conducta. Solamente aprovechó un trecho de veinte metros en la calle Europa, limpio de gentes, para apurarse y desde la nuca de Robles le clavó: "Coimero" y en seguida oblicuó hacia el cordón.

Robles se tragó la pildora. ¿Qué iba a hacer?

Al día siguiente, después de la cena, cuando salió la pareja para regresar al conventillo, no estaba Juan Penti. Seguramente, pensó Robles, sólo se me viene encima los sábados cuando salgo de casa... Ya el otro sábado lo voy a fastidiar... saldremos apenas almorzados; no le vamos a dar tiempo... Ah, si pudiera acusarlo de algo... si yo tuviese crédito personal en la policía... pero aquí no me van a hacer caso... el comisario me odia, en una ocasión hasta se atrevió a llamarme y me apostrofó que si otra vez le sacaba plata, —el bruto dijo así, con toda claridad, innecesariamente así, habiendo formas más corteses para decirlo todo, además, entre los hombres, hablando, todos nos podemos comprender, y además, ¡qué embromar! ¡pero es que él es trigo limpio, eh?— pues me dijo con todas sus letras que si otra vez le sacaba plata a sus amigos, me iba a denunciar y que me dejara de pavadas, que con él no era yo el que iba a jugar, y que... Bueno, uno no sabe a quién recurrir para obtener justicia —pensaba el Secretario del Juzgado de Paz lego de Barracas...

Tercer sábado. En su pieza, almorzaban rápidamente Robles y su mujer. Terminaron.

—Apurate, pues, mujer... Dejá eso... lavás después, mañana, dejá...

—¿Vas a sacrificar tu siesta? ¿No te sentirás pesado, después?

—¡Dejá eso, vamos, ya!...

Salieron. Naturalmente, Juan Penti a esa hora no estaba. Pero es que esa tarde tampoco estuvo después. Ocurrió que esa tarde Juan Penti tenía algo que hacer. Se había corrido a la esquina de Buen Orden y Europa donde había citado a un conocido, el cual le señalaría al hijo de Robles. Juan Penti había realizado averiguaciones; quería en ese barrio verlo y hablarlo al hijo de Robles, verlo llegar

desde el Colegio Lammenais donde estudiaba, y conversarlo, y como no le conocía, buscó y encontró a alguien que se prestó a indicárselo.

De modo que esa tarde, mientras Robles pensaba, medio regocijado, en la paciente e inútil espera de Juan Penti en el conventillo y en su sentimiento de burlado cuando descubriera que ya Robles había salido, que él, Robles, le había ganado una pequeña batalla, Juan Penti estaba a punto de asestarle a Robles, en el hijo, un golpe terrible.

—Aquel es, aquel que viene...

—Muchas gracias. Buenas tardes.

—Salú...

Lo miraba venir. Parecía bien vestido, suelto, y al tenerlo más cerca le descubrió realmente una figura agradable en todo sentido. Era inconcebible esa limpieza natural, esa vestimenta correcta y hasta cara en el hijo de Robles, que usaba sus trajes hasta no poder más, y que a pesar de la galera y el bastón no había acabado de adquirir cierta soltura auténtica. El hijo además tenía un semblante gracioso.

—Un momentito. ¿Sos el hijo de Juan Carlos Robles?

Era educadito; reaccionó de acuerdo con todas las reglas de la urbanidad; sonreía, miraba a los ojos a Juan Penti, estaba detenido como un conscripto delante del superior, se mostraba pronto a responder, contestaba con palabras de otra esfera social.

—Sí, señor, es mi padre.

—Yo conozco a tu papá... Vivimos cerca, en Barracas.

—Sí, señor, vive en Barracas, papá...

—Bueno, dale saludos de mi parte... Este...

—Sí, señor, sí, no olvidaré... ¿Su nombre, señor?...

—Este... ¿por qué no viven juntos, pues?...

—Por mis estudios, señor, aquí vivo con mis tías, cerca del colegio, y papá no tiene tiempo para ayudarme en las lecciones...

La ingenuidad del chico desbarató un programa de agresiones calumniosas y no calumniosas que había preparado Juan Penti. Pues había pensado decirle al hijo quién era en realidad su padre. Juan Penti no pudo.

—Bien, chico, dale recuerdos a tu padre.

—¿De parte de quién, señor? Con mucho gusto.

—Juan Penti.

—Juan Penti, sí, señor, y gracias...

—Buenas tardes.

—Buenas tardes, señor...

Esto ocurrió el tercer sábado. Juan Penti miró el reloj. Dentro de una hora según sus cálculos, pasarían por aquí "los dos", Robles y su mujer, alegres y contentos como dos angelitos de haberse librado por fin de Juan Penti, y ya era hora; pero qué sorpresa la suya dentro de una hora, encontrándolo otra vez, en cuerpo, mirada y voz, al mismísimo Juan Penti, dispuesto a echarles —si no hubiese nadie— esa palabra de fuego: Coimero...

Enderezó Juan Penti al almacén de la esquina para hacer tiempo; y después de un primer vaso de vino tinto, salía a la puerta a mirar cualquier cosa cuando descubrió, asombrado, a la pareja que se venía como todos los sábados hacia Buen Orden. Ya no tendría Juan Penti tiempo de cruzar la calle y alcanzarlos. Se entró para que no lo viesen. Pensó un ratito y adivinó la verdad. Salieron, pensó, sencillamente una hora antes para no toparse conmigo en el conventillo... ¡Ya... ya!...

Determinó, naturalmente, regresar a su casa. Pensaba en el camino el posible diálogo entre padre e hijo; el padre, arrebatado, intrigante, malicioso, que todo sabía; y el hijo tan educado, tan inocente...

—Tata, te manda saludos un señor Juan Penti.

—¡Eh!... ¿cómo?... ¿cómo decís?

—Un señor, Juan Penti. Me parece que oí bien.

—¿Juan Penti? ¡No lo conozco!... ¡Quién sabe!... algún pleitista... quién sabe... algún pleitista que perdió su pleito... Ya te dije (—estaría curándose en salud, Robles—) ya te dije cien veces que en la justicia siempre hay dos, uno gana, otro pierde; el que pierde, sale... este... (habría querido decir alguna palabra fuerte y buscaba otra suave o algún eufemismo) sale hablando mal del Juez, y cómo no, del Secretario también, que sólo obedecen el curso del procedimiento... Además, ¡que se traigan sus letrados y que se las pelen éstos!...

Juan Penti ya debió haber adquirido cierto conocimiento referente a Robles al extremo de atreverse a imaginarlo en un diálogo apócrifo. Pero Robles estaría impaciente y nervioso queriendo saber cómo diablos ocurrió ese encuentro entre Juan Penti y su hijo y ahora que también se defendió, preguntaba:

—A ver... cómo fué... ¿Dónde te atajó?

El hijo correctamente le contaría todo...

Juan Penti se regodeaba imaginándolo ahora a Robles "otra vez" preocupado.

Juan Penti sintió íntimamente que su acoso, era, no solamente lo mejor de lo mejor contra Robles, sino que podía enriquecerse con un suplicio recién descubierto: de cuando en cuando, darle a Robles la impresión de que abandonaba la persecución; dejarlo descansar un tiempo; luego, volver con la misma figura física, la misma mirada, la misma palabra.

En el conventillo, Juan Penti había hablado ya con Benjamín y con Dionisio. Supo por éstos que allí nadie saldría en defensa del secretario, nadie se ofrecería como testigo, nadie sentiría compasión. Al contrario, seguramente festejarían todos el espectáculo ofrecido por Juan Penti, que además estaría cumpliendo ciertos impulsos de venganza que otros no se atrevían a realizar. Era Juan Penti, en cierto modo, la reacción de todos los castigados por Robles.

El sábado siguiente, Juan Penti llegó al inquilinato a tiempo para ver desde el patio la puerta de Robles entreabierta. Bueno, se dijo... y caminando, se recostó contra la pared, a medio metro de esa puerta.

—¡Apúrate, mujer!... —Y Robles ya salió al patio, y cuál fué su espanto al ver a Juan Penti ahí, que le estaba introduciendo su mirada filosa, en la innoble cara...

—Coimero...

—Pero... lo voy a mandar a la cárcel... esto no puede seguir así...

Pero entró en seguida en la pieza.

Aquello era espantoso. Aquello abatía al más fuerte, al más hombre de los hombres, abatía a Robles que estaba adiestrado en recibir todos los agravios del mundo... He aquí a este hombre, enredista como él solo, enredado a su

vez en una madeja tan revesada, que no sabía ya qué hacer... Abatido, finalmente, Robles, se sentó en el borde de la cama...

De pronto, alentado por la mujer, salieron ambos y fué ella la que, encarándose con Juan Penti, le dijo:

—Ahora mismo vamos a ir a la Comisaría... ¡Vamos!...

Robles calló.

—Coimero.

Desde el patio y en distintos lugares, vecinos miraban la escena...

Salieron.

Juan Penti seguía detrás.

Pero no fueron a la Comisaría. A Robles no le convenía.

Y si tenía el coraje de entrar, seguramente el Comisario se le reiría delante y hasta le preguntaría: "A ver, dígame, pues... ¿qué hubo? Lo llamaremos a ese Juan Penti y le preguntaremos... ¿Le conviene a usted un careo?" Esta suposición abatió a Robles. No le convenía...

No tenía dónde recurrir a "pedir justicia" él...

Juan Penti ese sábado realizó la táctica de siempre:

Los siguió hasta la casa de la calle Buen Orden. En el camino clavó varias veces la espada ponzoñosa: Coimero.

Robles debió, esta vez, pensar muy despacio; pensar mucho y esta vez en función de la eficacia.

Pensó muchas ocurrencias hasta que finalmente se determinó por una que supuso eficaz. En cierta ocasión había hecho un servicio, naturalmente indecoroso, a un procurador de San Isidro que, a su habilidad maniobrera como ave negra, unía una grande influencia política en su pueblo. Lo fué a ver. Le contó todo; debió contárselo todo, como a un médico o a un confesor.

—¿Qué se puede hacer, Ramírez?... usted... que tiene tanta influencia política...

—Amigo Robles, embrómese... No puedo tenderle la mano en este caso. No voy a gastar mi pequeña influencia política... discúlpeme... Perdóne, amigo...

Hasta que averiguó el domicilio de Juan Penti. Lo pensaron mucho, Robles y la mujer, y lo hablaron más todavía; y finalmente determinaron, acordes ambos, en que

ella iría a verla a la mujer de Juan Penti... Hablando, las mujeres se entienden...

No se entendieron. La mujer de Juan Penti la insultó a gritos a la Negra y la echó de su casa...

Habló Robles con un abogado a quien había servido una vez. Muy delicadamente, el abogado insistía en que solo podía Robles ir a verlo al comisario. Esto, Robles no podía hacerlo, ay...

Todos los sábados, a distintas horas, Juan Penti aparecía en el inquilinato y se plantaba delante de la puerta del Secretario.

"Las pensó todas", se decía Robles; sólo que, siendo como era entre otras cosas cobarde y tacaño, de ningún modo imaginó tácticas apoyadas en su coraje y en su dinero. Además, tenía un lastre tan pesado que lo inmovilizaba: El, Robles, no podía recurrir ni a la Justicia ni a la Policía; allá, no le convenía ir para que no supieran demasiado; aquí, no podía tampoco porque ya sabían demasiado.

Pero, al fin, debió pensar en un recurso asentado en el coraje personal. Pensó en Juan Penti y lo sospechó no solo valiente hasta deseoso de ir a las manos y acaso sacara armas. Rechazó este orden de procedimientos. Entró a considerar el otro orden: el que exige dinero, y suyo... Era tan tacaño que le dolía como real, física y auténtica, la extracción imaginaria de la plata de su bolsillo. No podía ni pensar, tanto le hacía sufrir, el mandarle a alguien ofreciéndole el pago de algún dinero. Pensó y repensó hasta que medio le perdió el miedo a este género de pensamientos.

Al fin se le ocurrió una manera que sin embargo pertenecía a las maneras esencialmente suyas, y es curioso que tardara tanto, que no quisiera entrar a considerarla, siendo, como lo era en efecto, exactamente igual a muchas que él mismo realizaba en su despacho, no todos los días, pero si todas las semanas. Un soborno, o algo semejante.

Le ofrecería unos pesos al Comisario para que éste "me lo asustase a Juan Penti".

Ay, ay, que tendría que pasar unos malos ratos delante de la cara sonreidora del Comisario, y hasta es posible que éste riese a carcajadas... Sin contar con la plata que habría que extraer de su propia alma...

BARQUETI

Caminaba Adelina hacia Montes de Oca para en la Mercería de Aarón adquirir algún artículo, a su juicio más barato que en la tienda de Fernández López. Caminaba ostentosamente, rica de juventud, de formas y de brillo; y consciente de su belleza plástica, buscando, las miradas y las frases de los hombres.

Una mujer madura, sonriente, ágil y suelta a pesar de su evidente peso, y muy especialmente amable, la detuvo.

—Por favor, disculpe...

Adelina le indicó con la mano la dirección hacia la calle Garibaldi. La mujer agradeció inmediatamente sin dejar la sonrisa. ¿Cuántas cuadras de aquí? Oh —decía—, son demasiadas y he caminado tanto, ya... Iré otro día.

De manera que regresaba a tomar el tranvía y llevaba en consecuencia el mismo camino de Adelina. Prosiguió hablando. Buscaba una casa de cuatro o cinco piezas, o seis también, ella con su hombre —no dijo marido ni esposo— con su hombre y su chica tomaría dos, las de la calle, y las restantes las sublocaría. Ella era pobre, sí, pero no quería vivir en los conventillos, "¿sabe usted? Todas se meten donde no las llaman y donde no les importa, averiguan, figonean, chismorrean, espían, y una, qué caramba, una tiene derecho de vivir su vida, de amar a su hombre, ah, sin molestar a los demás, eso no; y en los inquilinatos parece que a la gente no les agrada que una se divierta sin molestar y que una sea alegre, sin ofender a Dios, naturalmente; y hay que dejar a las demás que vivan como quieran su vida pues hay una sola vida y siempre que una no ofenda una puede muy bien gustar del baile, de los vestidos, de los paseos". La mujer ahora habitaba en Palermo Chico pero como su hombre trabajaba en una curtiembre en Barracas al Sud, ahí cerca, del otro lado del Riachuelo, bueno, quería vivir por acá, para no tener que levantarse tan temprano y hacer viajes tan largos. Y, bueno, la mujer estaba buscando cómo conformarlo a su hombre, porque, usted sabe, a los hombres siempre hay que conformarlos, hay que cuidarlos, hay que darles sus

gustos, todos los que una puede darles, aunque ¿usted sabe, no? siempre al fin y al cabo la que sale ganando es la mujer y la mujer siempre consigue todo. Es claro: primero hay que darles esos gustitos tan chicos ¿no? y decirles siempre que sí, que tienen razón; de modo que cuando, de pronto, una necesita un vestido, el hombre no tiene más remedio que regalárselo, porque, primero, una ha sido amable con el hombre cien veces, segundo, una pide sólo esta vez... ¿eh? ¿Me entiende? Hay que tener el mate a punto, siempre, dos minutos antes de que se despierte. ¿Qué cuestan estas cosas a una mujer? Nada. Es así... Pero, ¿qué le digo yo estas cosas a una muchacha como usted... Usted parece una buena muchacha. ¿Y cómo sabe llevar la ropa!... Cualquier trapo le cae bien, eso se ve en seguidita... Bueno, muchacha, disculpe la charla, yo no puedo con mi genio, me gusta hablar... pero, francamente, nadie puede criticarme, porque yo nunca hablo mal de nadie, ¿no? Me ha oído hablar tres cuerdas y ¿ha visto como no salió de mi boca ni un chisme para nadie?... ¡Eso no! Pero que charlo, me rindo a la evidencia, y mire usted, mi hombre me dice: ¡Pero Cata, por favor, acábala... medio minuto sólo cállate!... Y mire usted: nos reímos juntos. Porque nos reímos, quiero decir, somos gente contenta de la vida... Nosotros somos así. ¿Por qué tomar la vida como un drama? ¡No, no, no! La vida es hermosa, muchacha, y el amor es su base, y la alegría es necesaria para no morirnos de aburrimiento... No, como algunos, que siempre encuentran algo para discutir. Que si una habló con el vecino, que si tardó media hora en llegar, que si miró al carnicero, que si bailó demasiadas piezas con alguien, o, nada de esto nosotros, porque, ¿sabe?, por ejemplo, mi hombre me pregunta, porque es sábado, ¿vamos, Cata, al baile? Yo le digo, bueno; y al ratito le digo que no puedo, o no tengo ganas, ¿y él? Pues él pregunta por qué, y me dice que irá solo, entonces, y bailará con alguna toda la noche para darme celos, y yo le contesto que a mí nunca conseguirá hacerme rabiar, y él se ríe, y ya lo ve, en vez de sufrir rabia, celos, envidia, tristeza, pues nos reímos... ¿Para qué llorar por nada? ¿Para qué tomar en trágico las

cosas? No, muchacha, la vida es hermosa... sólo que hay que saber vivirla...

La característica de este lenguaje consistía en una naturalidad efectiva. Esa gente era realmente así como se desprende de esas palabras; bien es verdad que la mujer se traía su intención escondida, pero esa suma de principios vitales y sociales, era en el ambiente de esa mujer un código aceptado alegremente. También acariciaba ese modo de hablar; sólo que es menester recordar siempre que un lenguaje particular tiene las notas de quien lo expresa y los valores de quien lo escucha. Ese mismo lenguaje que acariciaba y hacía medio soñar a Adelina, acaso —y sin acaso— fastidiaría a Edo e indignaría a Juanita. Don Pedro habría en seguida desnudado el lenguaje y le habría descubierto su mala intención...

Pero a Adelina le gustó; y la mujer le fué muy simpática.

—¡Caramba, cuánto la aburrí!... Bueno disculpe a esta charlatana. Buenas tardes, y otra vez discuple...

—¡De nada! Buenas tardes, señora...

—Ah... se me olvidaba: ¡hágase valer, muchacha... ahora que es joven... hágase valer! Yo misma, que ya estoy madura, así como usted me ve, yo tengo el amor de un hombre de treinta años... lindo mozo... Y es que yo me hago valer... y no me faltan diversiones, y no me falta, usted lo ve, un vestido decente... Pero, muchacha, de esta manera, me voy de veras. Buenas tardes...

—Buenas tardes, señora.

Adelina estaba contenta.

Se toparon otra vez, una semana más tarde, y, es claro, charló la mujer de lo que no hay; no puede decirse que se repitiera; era, en su género, inteligente; su lenguaje no carecía de riqueza y hasta de matices. La mujer realizaba en verdad un trabajo intelectual y psicológico; y lo realizaba con eficacia. Primero despertó en Adelina una confianza hacia ella, después, fué despertándole deseos, fué obrando de modo que los sueños de Adelina tuviesen caracteres de posibilidad, fué inclinando su ánimo hacia la fiesta, la frivolidad, la alegría, caracterizándolas como actividades vitalísimas necesarias y honestas; mientras re-

chazaba lejos y gruñendo todo aquello que tuviese la calidad de grave, de dramático, de molesto, también.

Aquella mujer depositó, pues, en la intimidad de Adelina unos gérmenes que en su intimidad encontrarían la tierra propicia para germinar.

En un tercer encuentro la mujer se mostró más atrevida en su táctica, pues en cierto momento hablaba de rechazar a los hombres rezongones y fúnebres, así tengan plata (como Augusto), que en todo encuentran motivos para discutir, para pelear, para aguar las fiestas (como Augusto), que tienen la tendencia al drama (como Augusto)... Después entró en el tema de los hombres que pueden ser manejados por la mujer; hay que saberlos "tomar", decía... Y mostraba una enemiga feroz al chismorreó. Efectivamente, esa mujer no hablaba mal de nadie, individualmente.

Otro día caminaba Adelina por Patricios y fué alcanzada por Barqueti, que la saludó amablemente, nada más, prosiguiendo su camino adelante, tan discretamente, sin darse vuelta, ¿y cómo decían todos que era un gavilán que se comía vivas y crudas a las muchachas?

También en esa misma calle otro día tropezó por segunda vez con Barqueti, apenas desprendida ella de Samuel.

—Buenas tardes, Adelina, yo no sé nada, ¿eh? yo no he visto nada... Le juro que no vi nada, usted haga de cuenta que no los vi... No diré una palabra, a mí no me gustan los chismes ni meterme en asuntos ajenos, como tampoco quiero que nadie se meta en los míos. Al fin y al cabo, hace bien, Adelina, ese Samuel es un buen muchacho... Bueno, Adelina, buenas tardes...

Y siguió su camino...

Adelina sintió gratitud hacia Barqueti. Ella se exponía, citándose con Samuel en Patricios a que llegase a oídos de Augusto; pero era frívola, envanecida, y tonta.

La escena principal ocurrió algo después. Estaban caminando Adelina y Samuel y en sentido contrario venía Barqueti con una muchacha desconocida. Barqueti se hizo muy el sorprendido; detuvo a su compañera, se aproximó a la

pareja y después de saludarlos le dijo a Adelina que por favor no dijera nada, ¿eh?

—Usted no vió nada, ¿eh? No me gusta que en el conventillo hablen de mí ni chismorreen a mi costa. No me importa, pero no me gusta, porque podría ocasionar algún disgusto. Como yo nunca hablo de nadie, no quiero que nadie hable de mí.

El gavilán estaba haciendo círculos sobre su víctima. Técnica insistente, paciente, inteligente también. Maniobras llenas de sentido, con intención cada una de ellas, cada intención en busca de unidad con las demás y todas juntas tendiendo a una dirección finalista. Esas gentes sabían por experiencia, por tradición oral, por intuición, que estas cosas no se podían atrapar de súbito por la fuerza ni por el prestigio y sugestión de la sola belleza física del macho que se exhibe delante de la elegida víctima. Porque podía ocurrir de súbito que la presunta víctima, asustada por falta de conocimiento y entrenamiento, podía levantar vuelo, u ocultarse en su cueva.

Esa gente sabía que arrancar a una muchacha del hogar, de los padres, de los hermanitos, era cosa fuerte que no podía hacerse sin una lenta preparación.

Todavía se tropezaron Barqueti y Adelina una vez más, y ahora algo lejos de la casa. En Brandsen y las vías del ferrocarril, a doscientos metros de la Estación Brown, una tarde Barqueti se cruzó con ella y la saludó, nada más, pero al ratito desde atrás su voz avanzó hacia el oído de Adelina.

—Una cosa, Adelina, perdón, y me voy: este... mire. Adelina, si usted no tiene inconvenientes, le diré que Samuel es un buen muchacho, me es simpático... quería decirle que si Samuel necesita ayuda de un amigo, dígame que estoy a su disposición. Es por eso de... de Augusto, ¿sabe? En fin, yo me ofrezco, si ustedes me necesitan, nada más que por simpatía a Samuel, que es un buen muchacho. Ese Augusto... en fin, no pienso que pueda ofrecer una vida agradable, con ese carácter rezongón... Bueno, Adelina, adiós, y buena suerte...

¡Y dicen, pensaba Adelina, que este Barqueti es... de lo que no hay! Sin embargo, se ve que es buen amigo...

Y qué bien viste, y qué bien habla... parece un doctor... y nunca es grosero, siempre pocas palabras, no aburre, tan amable y dicen que es de lo que no hay... no puedo creerlo...

SAMUEL

Caminaba Adelina la calle de la fábrica, arriba y abajo, aguardando la salida de los empleados, entre los cuales su mirada hurgaría hasta descubrir a Samuel, que desde la escena del conventillo se le estaba escapando. Cuando la boca de la fábrica echó en montones a sus oficinistas, ya estaba Adelina ahí y se mezcló entre todos que medio la empujaban con intención.

Salió Samuel, o Manuel, y ella, olvidada de las conveniencias, se le emparejó. Samuel ni saludó a dos compañeros con quienes hablaba y los dejó y caminó con Adelina hasta la esquina, que doblaron.

Adelina se sentía un poco alentada por los piropos oídos mientras estuvo aguardando a Samuel. Piropos que no sólo cantaban la actualísima excelencia de su figura física, sino su exactitud de fruta sazónada, o por mejor decir, los elogios iban apenas a su belleza estricta y más abundaban aquellos que mencionaban, aludían, señalaban la cosa, por así decirlo, frutal, comestible. Es que Adelina, en verdad, en esos momentos estaba a punto, mostraba algo fuertemente perceptible como cosa sexual. Era un cuerpo que reclamaba el suceso eterno de la reproducción. Pedía la gravedad o el ensayo tendiente a ella. No se camina impunemente delante de los machos con esa soberbia exactitud física; hasta, para más justeza, su cuerpo era cuerpo puro, sin mezcla, por ejemplo, de reclamos secundarios, como ser una mirada irónica, una sonrisa bondadosa, un algo con expresividad inteligente; no, su cuerpo era sólo cuerpo material de hembra, y nada más; se le hubiera mirado inútilmente en busca de algún valor de otro género. Había

sido cargada con piropos pertinentes, elogios a sus formas, a su juventud, a sus curvas, a sus pantorrillas, a sus movimientos, a los dos moldes que dentro de la blusita querían emerger con una puntita que levantaba la seda.

Adelina y Samuel doblaron Patricios entrando en Lamedrid. Samuel caminaba algo intrigado porque tenía un deseo de saber por cuál razón había venido Adelina a esperarle; y estaba igualmente algo temeroso de que Augusto surgiera de súbito y se repitiera la escena del otro día. Samuel había dejado de verla a Adelina por temor a Augusto. Sacrificaba, pues, por miedo, el amor de una mujer hermosa, fresca, nueva y que medio se le estaba entregando.

Samuel vestía con cierta elegancia, sólo que ahora llevaba el traje de diario, de oficina, y se veía en los pantalones no precisamente rígidos en la caída de la raya. Aún así, estaba cuidado el traje, limpio, planchado; la corbata, sin hilachas, y no era nueva; los zapatos también lustrados.

—¿Qué querés? —preguntó él, con la vista a otro lado, sin cortesía ninguna, casi como un reproche.

—Sigamos hasta Hernandarias.

—No, —rechazó él la propuesta, pero no se detuvo—, tengo mucho que hacer.

—Yo comprendo que...

Adelina no sabía cómo arrancar. En sus adentros, sí sabía qué era lo que necesitaba decir. ¿Qué era lo que comprendía? Pero en fin, arrancó...

—Comprendo que no es bien que venga a buscarte.

Pero Samuel no prestó atención. Dobló la cabeza y miraba atrás.

—No viene —le quitó el miedo Adelina—, está trabajando a estas horas...

Reaccionó el coraje teórico existente en el hombre joven al que se le afrenta indirectamente diciéndole que tiene miedo.

—¿Y qué me importa a mí? ¿Te creés que le tengo miedo? ¡Me agarró desprevenido...! ¡En su casa! Sinó, no era hombre de...

—Si vos querés —dijo ella eliminando este aspecto del asunto y trayendo otro— nos podemos ver a la tarde.

—No. Gracias. No es por nada, ¿sabés? Pero, mirá, este... vos comprendés, ¿verdad? Vos comprendés, me parece, ¿no? Me parece que uno no está para meterse en líos. No tendré más remedio que usar armas, y esto, como te digo, hay que pensarlo... se trata de matar o de morir, o de ir a la cárcel... Hay que pensarlo... ¿sabés?...

—Sigamos así, él no va a saber nada, un día algo saldrá de esto...

—Hay que pensarlo.

Callando, hacían camino lentamente.

El diálogo se apagó. Caminaban naturalmente juntos.

Y bien: esta proximidad encendió a Samuel. La tenía al lado, la miró. Qué cálida su carne que una blusita suave quería esconder, qué cosa realmente atrayente era Adelina, la sentía ahí como cuando regresando del trabajo después de tantas horas de labor se sentaba a la mesa y traían la comida caliente y humeante y se la ponían debajo del mentón... Ah, ah, ah... qué hermosa era esta muchacha; y se le estaba ofreciendo y él podía tomarla en sus manos. Pero... ¡El otro! El espectro, el fantasma del otro. Miedo. Miedo ahora mismo. Miró atrás otra vez. Miedo. Tanto miedo real y tanto deseo carnal de ella, que se confesó a sí mismo que era mejor decirse francamente que tenía miedo. O decirle a ella: "Mirá, Adelina, le tengo miedo a Augusto, y te quiero; entonces, escapemos juntos y escondámonos".

La única evasión discreta fué pedir ayuda.

—Para mí, mirá, esto sólo se arregla, digo yo, si tuviera le habla. Creo yo, si tu vieja le habla, digo yo, entonces, es claro, ¿no?, él comprenderá que, entonces, él estaría contra todos, quiero decir, que él, entonces, comprendería, que... este ¿por qué se metería donde no lo llaman? Digo yo. ¿Y por qué quiere forzar las cosas? Se ama o no se ama. No se debe ir a la fuerza, al amor... A mí me parece que tu vieja debe hablarlo... (Miró atrás, otra vez).

—Yo se lo dije. (Adelina no se refería a la madre hablándole a Augusto). La otra noche estuvimos hablando. Fué él, que vino, yo no quería ir. Yo le dije: Mire, porque ahora lo trato de usted, mire, le dije, yo no quise decirle que no, (me había invitado a ir a la puerta) le dije, yo

no quise decirle que no, para que las chicas no vieran que yo le decía que no, pero yo, ahora, hablo con usted, pero yo, como le dije, nunca le dije de haberme comprometido con usted, ¿no es cierto? ¡esto usted no me lo puede negar!, y si me lo niega, es un mentiroso de lo que no hay, ¿no es así?, ¡conteste, entonces! ¡Le prometí yo alguna vez en serio, eh? ¡Diga! Bueno, él, entonces, me dijo que sí, que se suponía que sí, que era como si hubiera dicho que sí, porque yo había bailado con él toda la tarde aquella vez, yo te conté, que fuimos a un pic nic anarquista en la Isla Maciel, y otra vez fuimos un sábado, también te conté, en la Cavour, bailamos toda la noche, nos invitó tanto a comer, después, a la salida, y entonces yo estaba un poco no sé cómo, tanto bailé, estaba cansada también, y no sé lo que le dije, él dice que yo le dije que sí, pero yo me agarré que estaba cansada y que no me acordaba, y entonces le dije, así, le dije, ¿dónde se ha visto, le dije, que bailar toda la noche con uno sea una promesa, eh? ¡Conteste! Y él se me sonreía siempre y no me contestaba como era debido, no me dijo que no era una promesa, quiero decir, bueno, y si una vez me besó, eso fué de sorpresa, y siempre era de sorpresa, porque yo nunca lo besé, lo que se dice besar, que es otra cosa, ¿no? Además, no tiene tanta importancia. La cuestión es amarse, no besarse. Y hablar, ¿qué quiere decir? Todos hablan, y esto no quiere decir nada... Así que, después, le dije que había encontrado un mozo trabajador y honesto.

Samuel callaba. Prefería callar. Miraba de cuando en cuando atrás, miraba las calles trasversales, a su derecha y a su izquierda, por si aparecía la figura de Augusto. Sentía impulsos de acción en el sentido de irse, de abandonar a Adelina, que era escapar del peligro, y estar libre y tranquilo; sin embargo, no podía: le ataba la excitante frescura viva de Adelina a su lado. Sus impulsos auténticos de liberación eran destruidos por la atracción de la hermosura que esa muchacha poseía. Callaba. Además, callar era también una táctica. El que calla no se denuncia, no se muestra, no se confiesa. Y no trabaja: hablar era un trabajo cuando el tema estaba encendido y exigía razonamientos. Pensar era también difícil, largo, complicado.

Adelina, sí, hablaba; pero es porque era frívola, terca, locuaz, y respecto de este asunto carecía de comprensión.

—...y entonces, me dijo, pero, cómo sos terca, me dijo, y yo le dije, no me insulte, qué me quiere decir, y me contestó, que "vos no entendés o no querés entender". Y qué es lo que no entiendo, le dije, y lo miré a la cara y le dije, ¿pero usted me cree una ignorante? Está bien, le dije, tomo en cuenta sus buenas palabras, eso es, soy una ignorante. Lindo modo de hablar con la gente, y entonces él me dijo, estaba nervioso, se le veía, yo lo conozco cuando está nervioso, me dijo, que bueno, que no decía más nada, pero que yo tenía que ser su novia y basta, y entonces yo le dije, qué se cree usted, que soy su esclava, y él me dijo, dejate de pavadas y basta. Y que había que acabarla con esta discusión inútil. Inútil para usted, fijate lo que le dije, inútil para usted. Entonces me agarró del brazo, y me dijo: mirá, me voy a casar con vos, esto metélo en la cabeza, y desde hoy tené en cuenta que soy tu novio con todos mis derechos. No sé qué derechos, le contesté. Basta. Me agarró del brazo, fuimos arriba y en la puerta me quiso abrazar y yo no grité porque, sabés, salen todos de las puertas y es peor...

Hay que considerar que estas referencias de la propia Adelina a un abrazo que le apretó Augusto, constituía un esfuerzo más en la excitabilidad de Samuel; era un estímulo pecaminoso, estaba viendo la escena, sentía envidia de Augusto besando a Adelina arriba, teniéndola abrazada, ella inclinando hacia atrás su cabeza, los labios de Augusto en los labios de Adelina... Samuel estaba nervioso. Si fuera de noche oscura la besaba ahora mismo. Miró. Había gente en la esquina. Se aproximó a ella. Tocaban los brazos. Él sentía cálida la carne de ella.

—Vamos por acá...

La quería llevar por California, donde había un paredón largo y por esa cuadra anda poca gente. Sintió entonces el deseo de no dejarle a Augusto el campo libre, de poseerla él a Adelina, de besarla él, de tocarla, y abrazarla...

—Tu mamá debía hablarle, digo yo; tu mamá, es una mujer y él la respetará, digo yo; que tu mamá le hable, decíselo. Que nos deje en paz a nosotros, yo con mucho

gusto iría a tu casa, me comprometo en seguida, ahí está... pero antes que le hable tu mamá a ver qué dice, que le diga que nos queremos, los derechos del amor, bueno, todo eso, pero, sabés, si no le habla tu mamá, antes, no puedo ir, yo, porque tendría que ir con revólver, sabés, un hombre es un hombre, y cuando uno está en el baile, tiene que bailar, uno... en fin... mirá, que le hable tu mamá, ¿no? ¿No te parece? Si voy con revólver, uno no sabe cómo terminan las cosas. Otra vez no me voy a dejar insultar... Uno no sabe. Uno es hombre, también.... Si el otro día tenía revólver, quién sabe lo que hubiera ocurrido... Y si voy sin revólver, sabés, él tiene ventaja... no, no... que le hable tu mamá...

Adelina tomó otro aspecto del negocio y decía:

—Yo, al principio, sabés, le hablaba, bueno, porque, todas las chicas hablaban bien de él, que era tan buen mozo, y es verdad, bueno, y él hubiera ganado a cualquiera, porque tiene buen concepto, gana mucho, es buen operario, lo dicen todos, y también es inteligente.

Algo lastimado, Samuel interceptó diciendo:

—¡Un obrero...!

Porque él era oficinista y creía estar ocupando una esfera superior y debía Adelina tener en cuenta esta jerarquía social.

—Como te decía, como todas hablaban de él, entonces yo le di conversación, para que vieses todas que me prefería, y, bueno, esto sucede a veces; pero después, ya no sabía cómo dejarlo, y se lo hice entender, pero él no quiere. ¡Tengo una rabia...!

—Decile a tu mamá que le hable...

Monotonía de voces sin brillo, repetición de temitas pequeños, rezongos sin énfasis, ausencia de matices, de toques ornamentales, monótona cuenta de multiplicar en una escuela.

No daban para más. Se habían ya exprimido a sí mismos, ambos. No tenían más nada en la mente. Carecían de más palabras para la diversificación del breve aspecto, de la escasa escena; carecían en esencia de vida interior.

Samuel se había olvidado de Augusto porque el contacto

de su brazo con el cálido brazo de Adelina le estaba encendiendo nerviosamente.

De súbito, surge Augusto delante de ellos.

Adelina estaba convencida de que a ella no la atacaría nunca. A pesar de haber sucumbido a su poder cuando la tomaba del brazo obligándola a caminar, cuando la apretaba, abrazaba y besaba, sin embargo, no tenía idea del poder de Augusto.

Samuel sí sabía que Augusto era capaz de todo. De la violencia y de la astucia, del consejo y de la malicia. Sabía especialmente, que Augusto estaba definitivamente determinado a tomarla él a Adelina.

Augusto estaba ahora delante de la pareja. Adelina, sorprendida, reprochó, molestada:

—¡Otra vez...!

Samuel se heló.

Helado. Le recorrió la columna vertebral un gato apresurado. Le pasó por las mejillas una araña viscosa. Un paño frío en seguida se le pegó en todo el cuerpo desnudo. De pronto, otra vez un contacto eléctrico en las ampliadas mejillas, reales y existentes como nunca las sintió tan suyas. La circulación de la sangre se detuvo. Samuel estaba en un sueño y delante de la gente y todo desnudo y un verdugo igual a uno que había visto en una representación teatral le quería con un hacha cortar el pescuezo y estaba aterrado pero como también estaba helado no podía levantar instintivamente los brazos para cubrirse poniendo las manos delante del hacha. Sólo su mirada por primera vez en su vida se incendió más bien de pánico como en una repentina explosión de pólvora. Su mirada no suplicaba; la súplica implica una orden; su mirada carecía de una misión proveniente de la voluntad. Pero estos acontecimientos tan extraordinarios no duran tanto, de manera que casi en seguida fué adquiriendo conciencia de su tremendo miedo y entonces sí, envió una orden a sus ojos de que suplicasen...

—¡Andate, haceme el favor...! —le dijo Augusto.

Empavorecido aún, helado todavía, permanecía ahí, detenido como un poste medio enterrado.

Sus sentidos primarios habíanse detenido; no oía, no

sentía, apenas si veía algo terrible. apenas. No oyó realmente, la invitación de Augusto.

Augusto, tan inteligente, no comprendió que Samuel estaba tan asustado que por esto mismo carecía de la conciencia de todo en esos momentos. Había que despertarlo. Le molestó que Samuel no obedeciera, pero como ya le menospreciaba tantísimo, redujo su acción a tomarlo del hombro obligándole a darse vuelta; lo empujó para que se fuese.

Samuel, al parecer, volvió en sí lo suficiente para tener alguna fuerza mental y entonces debió pensar que su mejor maniobra era irse, obedecer...

Bruscamente, echó a correr.

Entonces el terror reciente que le había inmovilizado, se acumuló en la carrera y corría fatigando la respiración. Sólo pensaba en el peligro cierto si acaso no corriese demasiado. Tan locamente corría que pudiendo en la primera esquina doblarla y así desaparecer de la vista de Augusto, siguió corriendo la calle derechamente...

Augusto tenía el revólver en la mano y lo guardó. Lo había sacado cuando a su orden de que se fuese, Samuel permaneciera quieto como un poste. En realidad, lo sacó instintivamente y Samuel no lo había visto.

Pero alguien había visto a Augusto sacar a relucir el juguete ese: un hombre retacón, sólido, bajo, rostro mate, brazos cortos, mirada escondida. Se había encontrado, haciendo su propio camino, justamente al lado de los tres actores cuando comenzara en realidad la escena, y se detuvo. Inmediatamente había comprendido en la actitud de Augusto que éste era el hombre peligroso y se le puso detrás, dispuesto a impedir precisamente un crimen, que lo intuía; había visto a Samuel ahí, inmovilizado en el helado terror; continuó atento a las posibles acciones de Augusto. Cuando oyó que éste le ordenaba que se fuese, "andate", el hombre aquel comprendió que ya no subiría el episodio más arriba de una corrección atrevida; Augusto no necesitaba tirar. En este instante, el hombre hacía señas a Samuel de que se fuese y estuvo a punto de llevarse él. Augusto sacó el revólver y el hombre le detuvo el brazo. Augusto no lo advirtió o acaso pensó que fuese

la mano de Adelina, a quien sin embargo la tenía delante.

El hombre, pues, esperaba el momento justo para desviar el brazo de Augusto, lo que no ocurrió. Abandonó su maniobra y Augusto no lo advirtió tampoco.

Era un hombre por quien nadie hubiera dado diez centavos. Vulgar su figura y para cierta gente acaso despreciable. ¡Cuidado, sin embargo, con los rostros y figuras de los hombres que viven en tierras y lugares donde las pasiones se sueltan solas, donde la buena educación no ha degenerado aún en mecanismo! Este hombre pudo no intervenir en un episodio que se anunciaba preñado de ulteriores peligrosas; el hombre intervino y hasta mostró, no sólo coraje, sino también una alegre generosidad, pues se daba él a sí mismo al peligro y además alentaba a otros.

—Disculpe, amigo. ¿pero no lo vió a aquél...? No valía la mitad de un plomo, amigo —Y miró el revólver en las manos de Augusto que éste entonces guardó.

—Tiene razón. Ni sé para qué saqué...

—Y usted, muchacha, ¿cómo no está viendo que éste es un hombre, eh...? Y no un muñeco, pues... Váyase con éste, muchacha... Buenas tardes y perdonen a Rosaura Gómez...

Augusto condujo a Adelina con el poder de su personalidad.

TORTURA

...yo estaba contento, y le dije, "¿qué dice mi linda Juanita?", y ella me contestó: "No me digas linda, es vanidad", y como yo estaba contento, esa rectificación la recibí como un rechazo de mi alegría, de mis sentimientos, y entonces comencé a sentir cómo se rebajaba mi alegría y cómo me inundaba de rencor contra no sabía qué, hasta contra la misma Juanita. Eso de estar contento pensando en verla y cuando uno la ve, cantarle a ella mi alegría, y recibir en cambio ese empujón... Entonces le dije, se-

riamente, que sería vanidad creerlo excesivamente, y mostrarlo a cada momento, y dejar de lado todas las cosas para que solo resaltase su hermosura; eso sería vanidad; pero oírlo de su novio... Y ella me dijo que insistir en el mismo tema era ya pecado, y fué cuando exploté todo, y le dije, ¡qué caramba, Juanita, esto debe terminar de una vez por todas, hay que comprender finalmente que vamos mal así, todo es pecado, y no es cierto que todo sea pecado; y ella me cortó, temblando, y me decía que callase, pero yo insistí diciendo que yo era un buen muchacho, ¡qué caramba! y la quería honestísimamente, y si ella me quería, entonces, debíamos querernos, y que yo no hacía ninguna barbaridad; y yo hablaba y la oí todavía reprochándome a mí que yo cometía el pecado de soberbia, pero yo me había desbocado ya y como un caballo seguí corriendo asombrándome a mí mismo, y le decía que casi me daba vergüenza a mí mismo el no haberla besado todavía y que el amor era cosa humana y necesaria y que los dos éramos jóvenes y que tantos santos habían estado casados y que su mamá se había casado y que Santa Mónica, y esto lo sabía yo porque mamá se llama Mónica, Santa Mónica era la madre de San Agustín y que... Bueno, no sé cómo proseguí, pero continué hablando en este tono y con esta fuerza que por primera vez se me escapaba, nunca antes hablé así, y ahora recuerdo solamente que me decía ella que no me pusiese nervioso y "hablemos de otra cosa, sinó me voy" y cuando yo comprendí esto le contesté que había llegado la hora de hablar precisamente de esto, y entonces ella asustada se dió vuelta y me abandonó... ¡Ay de mí...! Pero esto no termina así. No. Hablaré con la madre, hablaré con doña Estela, hablaré con Edo, con... No es posible seguir así. Ya me está dando vergüenza. Ay, es increíble, todavía no la besé, y cómo me tomarían todos por sonso si lo supiesen... Si no fuera porque... porque... porque la quiero tanto, no puedo vivir sin ella, no puedo; no sé qué haría durante las horas del día y la noche si pierdo el pensamiento y la imagen de Juanita; ¿qué haré, pues, cuando conduciendo la jardinera con los tarros de leche, que es un trabajo que no da que pensar, qué haré si no pienso en ella? Ese pensamiento me alivia-

na el trabajo y no me doy cuenta, cuando, ya está, terminé el reparto; y hasta podría decir que trabajé, dale que dale, subiendo en la jardinera, conduciendo a la yegua, bajando, con el tarro en la mano y el jarro de la medida en la otra, entrando en las casas, y así, todo muy rápido, la gente quiere tener su leche temprano, y hay que servirla pronto, ah... bueno, todo esto, ¿cómo podría hacerlo fácilmente, contento, si no pienso en ella? Mejor, no haberla conocido... ¡claro! Como la vida, no haber nacido... Este... la conocí y me até a ella de golpe, y después supe por qué, y es porque yo era un purrete justo cuando a uno se le despierta el sexo y coincidió con aquel juego con una chica y jugábamos y era verano y estábamos vestidos muy livianamente y se entrecruzaban nuestras piernas y aquello era de lo más profundo por primera vez en mi vida. Y era cosa muy fuerte y era cosa tan nueva, y desde entonces se me quedó la imagen de aquella chica de una vez para siempre y todas las muchachas que se le parecían me volvían a despertar la nerviosidad de ese género y Juanita de todas es la que más se le parece y no puedo dejarla, no... Con aquella chica de mi infancia recuerdo que buscando un dado caído nos estiramos los dos y se juntaron nuestros cuerpos y "así permanecemos un ratito", teníamos ahí el dado, jugábamos a quitárnoslo o a quién lo apresaba antes, pero la verdad este juego del dado encubría el otro juego que consistía en permanecer juntos hasta que yo, más atrevido o no pudiendo continuar mintiendo estaba ella de pecho en el suelo y yo también, y yo puse mi pecho sobre su espalda y con los brazos le quería hacer dar vuelta la cara... Ay, Dios mío, hice mal en hacerla enojar a Juanita, hay que encontrar una solución, mañana mismo vendré a verla, le hablaré de bueyes perdidos, le pediré disculpas... Caeré vencido otra vez... Qué triste es todo esto, qué rabia me da, qué risible sería para los demás si lo supieran...

DONISIO

...qué está esperando, ése? Hace dos años que está aquí mirando a las muchachas. Dos años. Todavía no se llevó ninguna. Todavía continúa revoleteando pausada e insistentemente sobre ellas, sin perderlas de vista, aunque sin atropellarlas aún. Todavía no. Pero, como las gallinas chuecas, que con gran escándalo de cacareos y aleteos llaman aterradas a sus pollitos a que se cobijen debajo de sus alas, las madres, temerosas, asustadas, igualmente cogían de las mangas a sus chicas, las entraban en las piezas y las decían la inmundada verdad. ¡Cuidado —decían las madres—, cuidado con ése!, y las madres tenían la voz asustada y un miedo terrorífico en el pecho; ¡cuidado con ése! Y si una muchacha no se apresuraba a huir, a rechazar, a alejarse, a cerrar su alma, su oído, la madre llorando de terror esperaba a su chica y dentro de la pieza la azotaba con gritos también, para así aliviarse igualmente la madre de su propio susto. O para comunicarle su susto a la hija. Otra madre contó después a su hombre y éste entonces pegaba a la hija, por no haber huído del inmundo Barqueti. "¡Ya sabés para otra vez! Otra vez será peor". Con Barqueti no se atrevían los hombres amenazados en las hijas lindas y frescas. Yo... yo... yo sí. Solamente, espero también yo; espero. Yo lo mato y Dios sabrá perdonarme. Pero no. Mi Dionisia sabe ser buena y sabe ser fuerte. Con todo, no estoy completamente tranquilo. Hablaba vez pasada con don Pedro y éste me dijo que si acaso mi nena estuviese por caer debajo de ese inmundo Barqueti, que yo se lo dijese a él y él sabría tomar alguna medida, que no me explicó; tenía don Pedro una mirada feroz, tan extraña en ese hombre bueno como el pan... Pero es que "ése" revienta a todos, los hace explotar de rabia... ¡Ese!... Una vez yo vi y era un niño y fué en San Rafael de Mendoza y era un pájaro arriba haciendo interminables vuelos concéntricos o como en espiral no se cuánto tiempo, dale que dale, vuela que vuela, y no acababa nunca y yo miraba y miraba también sin explicarme tanto vuelo y no comprendía, porque yo era un chico de ciudad y no de campo;

y mientras miraba tan atentamente, alguien me dijo que aquel pájaro era un halcón y me dijo algo más del gavilán, y ahora confundo acaso, ¡hace tanto tiempo!, y recuerdo que supe de cómo el gavilán estaba observando tercamente, obstinadamente, pero con infinita paciencia, en el maizal o entre las vides o a ras de tierra desnuda, algún sapo, o culebra, o rata, y esperaba sin perderlo de vista, esperaba pacientemente a que su presunta víctima pasase a un limpión o lugar conveniente para atraparlo y llevárselo; y yo también esperaba ver el espectáculo y deseaba que al fin la culebra o el sapo se pusiesen bien visibles en una zona a donde descendería fácilmente el gavilán, o halcón, o buitre, o lo que fuese; y de súbito, sorprendiéndome a mí mismo, el gavilán abandonó los círculos y se echó recto como flecha abajo rapidísimamente con una velocidad y determinación que no lo pude sospechar antes cuando revoloteaba tan paciente y concienzudamente; y al llegar a una cuarta del suelo hizo una media vuelta en el aire mismo dejando sólo clavarse, como un palo cimbreado, el pico al final del ágil pescuezo, y sin posarse se levantó y ascendía con cola y alas enérgicas —timón y velas— y su pescuezo que se había arqueado como una guadaña cuando picó en la tierra, llevaba ahora en su vuelo colgando del pico, una cosita. Hace tanto tiempo, no recuerdo ya si era una culebra o un sapo o un piche; y eso es el gavilán, y ahora se me vino a la memoria y es que ése, ese inmundo Barqueti, es un gavilán, igualito. El gavilán revolotea, espera, observa, tiene paciencia, no abandona la presa que vió, a la que le clavó la vista, o la intención; aguarda, es paciente como él solo. Eso es el inmundo Barqueti. Espera. Ya eligió. Pero, ¿a quién eligió? ¿A quién espera atrapar en sus garras de ave de presa? ¿No sería a mi Dionisia, no! ¡Dios le guarde a él y a mí! Cuando a poco de venir aquí a vivir ése, y me dijeron quién era, yo estaba apurado en decírselo a mi patrona y prevenirla para que a su vez previniese a nuestra Dionisia, y le dije: "Mire, Misia Agustina —que así hablo cuando hablo cosas graves—, tenga cuidado con ése, prevenga a la nena, dígame lo que crea conveniente, pero dígaselo", y ella me sonrió, me apeó el tratamiento, me dijo: "Mi Dionisio, lo supe antes que vos, no tengas

cuidado, y si nada te dije fué por aliviarte de una preocupación, y dejame a mí estas cosas, y además yo la conversé a la nena, y no te cuidés de ella, que ella es alegre pero es fuerte también, y hasta pienso que ella ya lo sabía y antes que yo porque entre las chicas se hablan ciertas cosas que una no se atreve a imaginar, y además la nena tiene un concepto de dignidad y un amor de familia que harán de dique para contener cualquier avance del indecoro"; y todo esto me dijo mi Agustina y es verdad que en nuestro hogar hay un respeto total y no sólo entre las personas sino entre personas y cosas como Dios, Moral, Decoro, Urbanidad, y Hogar de Familia, y Nuestros Muertos, y Nosotros Un Día Muertos; y me sentí desangustada. Pero más tarde una vez supe que ese inmundo Barqueti había dicho unas palabras a mi nena y entonces yo la paré a ella y le dije, ya no se qué le dije, pero recuerdo que la previne, espantado yo mismo de mis propias palabras: "¡cuidado con ése, cuidado, mi nena, es un gavilán que espera, es paciente, esperará justamente cuando una ni recuerda, o está distraída, o está madura; cuidado!"; y ella me cortó sonriendo y casi riendo francamente, "¡pero mi tata querido, qué se piensa de mí mi tata querido, y no se entrevere las ideas en la cabeza, me apuro yo misma a jurarle que ese me repugna de ojos sólo con verle la estampa de lejos con esa elegancia ridícula; y se lo juro por mi alma y por los finados de la familia, mi tata querido, no piense más!"; y "gracias, mi nena", le contesté, "basta, no hablemos más, que es cosa repugnante y maloliente ésta, que aunque quisiera decirte que lo mataba, a ése, y lo mataré no más si avanza y salta la verja de mi familia". Y así me apacigué. Pero con todo siento siempre algo remorderme adentro y es que ese viscoso ser con sólo haberle hablado a mi nena me parece que bastó para mancharla; ese gavilán es temible, no hay que descuidarse, va a atrapar su presa, pero es paciente, espera, promete fiestas, luces brillantes también, y vestidos, sí; aunque, es claro, se calla el precio que es el vicio más inmundo y sucio. Ah, si la habla otra vez a mi nena, le diré a ésta: "Mi Dionisia, mire lo que hace; piense: ése, te cuidará como en las fábricas cuidan las máquinas a las que sin embargo no aman; te vestirá de seda y col-

gará un collar auténtico en tu cuello, pero hará de tu alma una cosa como barro chirle; no te la triturrará a dolores, sino que la disolverá poco a poco, y eso se hará de modo que acaso tú no loveas a él amasando tu alma para hacerla barro sino que tú misma pensarás ser tú propia quien esté haciendo aguachenta tu alma; y mire que tendrá muchas luces y vestidos y entrará en muchas fiestas, pero, ah, nena, usted perderá para siempre a su padre y a su madre, y a su tía y madrina Juana que tanto la quiere y regala; ¿y qué me dice mi hija de su hermanito, eh? porque ya no lo volverá a ver más porque usted se desgarrará del hogar para siempre jamás y para nosotros estará muerta... aunque antes mataré a ése". Me estoy empachando de preocupaciones y no puedo pensar otra cosa y si la habla otra vez no sé si podré hacer nada que no sea matarlo a ése, matarlo despiadadamente, como se merece, y después... que mi conciencia me absuelva... Pero no, Viejo Dionisio, no; tu hija sabe defenderse, es fuerte, sólo que se defiende sonriendo; y no temas... ah... ah... ah... me estoy consolando yo mismo... Necesito verle los ojos a mi nena, necesito vérselos, si están limpios, si son inocentes, si su sonrisa es la misma de siempre... o me lo voy a ver a don Pedro... ¿Por qué me habrá dicho lo que me dijo don Pedro? ¿Por qué don Pedro, que es bueno como él solo, mostró tanto odio contra ese inmundo Barqueti? Voy a verlo, y hablaremos de quién es la muchacha que ese inmundo Barqueti observa y espera... ¿Quién es? Porque alguna muchacha está aquí vigilada por el gavilán... ¿Cuál?... ¿No será Adelina? No. Augusto matará a Barqueti. Entonces voy a contarle mis cuitas a Augusto, y me le ofreceré para la ocasión, "aquí me tiene, Augusto, a sus órdenes, si hay que matarlo a Barqueti".

GARCIA

El casero era Napolitano y se apellidaba García. Pero era llamado Napolitano. El casero era descendiente de algún gallego o aragonés afincado en Nápoles durante la dominación española; de ahí el apellido García; pero su natural no era común en los españoles sino más bien parecido a los caracteres de los oriundos de la baja Italia. De ahí la preferencia de todos por llamarle Napolitano.

Como el de tantos, su lenguaje era arduo y laborioso en su forma castellana. Regordete, movedizo, intranquilo, curioso, en seguida fastidiaba. Veremos pronto de cómo su natural nervioso e impaciente se modificó, se dió vuelta, cuando debió estar en funciones de casero con tanta y tanta gente. Antes de morir Loprete, el anterior encargado, solía ofrecerse para cualquier cosa, diciendo que él arreglaría eso, que conocía eso, que lo dejasen a él. Pero no arreglaba nada, no conseguía nada y después explicaba el fracaso de sus gestiones a causas a veces muy originales y nunca asentadas en su voluntad no muy larga o en su inteligencia deficiente. Se gastaba todo en palabras y promesas. Y es que quería ser encargado del conventillo. Cuando murió Loprete dijo en seguida que él iba a ser el nuevo encargado, y lo decía para desanimar a quienes pudieran pensar en disputarle el empleo; y siendo así que sus muchas actividades casi nunca resultaban, he aquí que ahora consiguió lo que perseguía. Algunas cosas, por excepción, las obtenía, y estos muy pocos triunfos le alentaban la fe, desbaratando las negruras de sus muchas derrotas. Era optimista, le iban mal las cosas, y se embrollaba a sí mismo.

Cuando comenzó a funcionar como ordenador en este conventillo numeroso, abigarrado, ruidoso, atropellado, creador incensante de conflictos nuevos y duplicador de problemas viejos, cuando empezó a intervenir en urgencias, reclamamos, quejas, avisos, llamadas, preguntas, grescas y borrascas, enredó en tantísimos asuntos como las patitas de un pollo en una madeja de lana. Se movía de un lado a otro, iba de acá para allá, preguntaba, exigía, aconsejaba,

pero nada se resolvía con fortuna mediana siquiera. Cuando llovió en la pieza de Pilar y ésta naturalmente protestaba exigiendo al hojalatero, éste no quiso venir si antes no se le pagaba o por lo menos si no se le entregaba una orden del apoderado. El apoderado, hablado telefónicamente por Edo, se sacó de encima este negocio y cortó; Napolitano prometía a Pilar y ésta le preguntaba con sorna cada vez que lo veía si ya había el techista arreglado el asunto. Un escalón se aflojó y todos los vecinos de arriba protestaban cuando veían a Napolitano, y éste pretendió afirmarlo con unos clavos, pero, no siendo él carpintero, no supo elegir dónde y cómo, de manera que a los días volvió a ser el peldaño demasiado sensible a las pisadas de los vecinos; nuevas protestas exageradas y Napolitano habló a doña Rosa para que su marido lo arreglase, pero éste preguntó si el trabajo era para doña María Mercedes Castillejo de Gomez Gándara, y siendo así, debía ella pagar cuatro pesos; si nó, no. El perro de Antonio había hecho aguas en la puerta de doña Elvira, la que protestó exageradamente a Napolitano, quien habló a Antonio, que le contestó que no fué el perro suyo el autor sino quién sabe qué can ajeno y porque no tenía el conventillo un W. C. para perros y gatos y doña Elvira dijo entonces que quien debía lavar y limpiar era Napolitano, que para eso era el encargado y que ella no quería tener asuntos con los vecinos; y cuando se rompió un vidrio del farol debió finalmente reponerlo Napolitano con su dinero.

Empezó a cansarse pronto, es natural; sus oficiosidades anteriores fueron substituídas con las mismísimas frases de Loprete: "Bueno, bueno, vamos a ver", y dejaba las cosas como estaban para que el tiempo las enmendase y la gente se cansase. Hasta que, finalísimamente, remataba así: "Arréglense ustedes, hagan lo que quieran". Desde que dijo: "Arréglense ustedes", las cosas empezaron a arreglarse solitas.

Los vigilantes entraban a veces en el patio reclamados por alguna gresca. Haciendo un reverente honor a la verdad, eran pocas las borrascas y broncas que contenían una nota grave o peligrosa. El resto era más bien escándalo de voz y golpes.

Había una especie de código inescrito que se obedecía; nadie estaba demasiado dispuesto a sumarse cuando la discusión subía de tono y amenazaba desbordar hacia el puño; los mayores no querían intervenir en las peleas y bochinchas de los chicos; los hombres los separaban enérgicamente y las madres agarraban a los respectivos hijos del brazo y los conducían adentro. Pero a veces ocurrían infracciones a ese código informal; cuando Octavio lanzó una piedra que chocó debajo del ojo de Aníbal, y salió sangre y se siguió hinchazón y azulado, intervino una madre que comenzó a insultar a la otra madre que no sabía darle educación a los hijos y que había que aprender una antes para poder dársela después a otros, y que si una no tiene, cómo podía darla, y la otra madre gritaba que si no se acordaba a propósito de educación en el seno del hogar de cuando su hijito, tan educadito, ay, como una dama de sociedad, le rompió la blusita nueva a Miguelito y desde cuándo romper blusitas era señal evidente de una buena educación recibida en el seno del hogar... (La noche del domingo siguiente ambas madres chismorreaban juntas en la puerta del conventillo).

Napolitano, intervenía, pues, en los casos de reparaciones y en las peleas graves. Ahora tenía algo que hacer: prevenir a Augusto; lo esperaba; quería decirle algo serio.

Esperaba y era precisamente el día en que Augusto estaba conduciendo a Adelina después de espantar a Samuel.

Cuando llegó la pareja, Napolitano se acercó y le dijo a Augusto que lo esperaba para hablarle.

—Bien, ahora bajo, —contestó Augusto, el cual prosiguió subiendo la escalera sujetando el brazo de Adelina, a quien llegado arriba besó apretándola nerviosamente y ella callaba. Después, entre otras cosas, le dijo que "desde hoy, se acabaron las citas con cualquiera, los atropello y hasta llegaré a donde vos no te imaginás. Sabelo de una vez para siempre. A ese pobre Samuel le hice pasar dos papelones que no se olvidan. Puede ser que a otro le ocurra algo muy feo. Y si vos, oíme bien, si vos seguís así, habrá para vos también. Es necesario que al fin sepas quien soy yo. Es increíble que todavía no me conozcas. No tolero a nadie.

¡Nadie! Vos serás mía o no serás de nadie. Y no discuto más. A vos, yo te voy a dominar a golpes; sabelo".

Adelina estaba enfadada y orgullosa. Lo odiaba a Augusto y lo quería.

Augusto descendía. Se sintió aliviado. Ahora sabía muy ciertamente que el asunto de Samuel acababa de terminar definitivamente. "Ese no vuelve". Estoy tranquilo.

Ya bajó. Y ahora Napolitano, ay, le mostraría cómo esa tranquilidad, esa felicidad, se desbarataba justamente con la nueva noticia. Pobre Augusto, no lo dejaban tranquilo ni el tiempo de descender una escalera...

UN HOMBRE

"...y usted, muchacha, ¿cómo no ve que éste es un hombre? ¡váyase con éste!"... Es un hombre, qué valiente, cuando todos lo sepan, qué bueno, y también habrán visto que vinimos juntos, que él me quiere hasta la muerte, esto se ve, que me sigue, que sigue detrás de mí, lo tengo metido, está bien, todas me tendrán envidia, todas lo quieren, todas lo querían antes, y hasta me lo dijeron y hasta esa asquerosa de Pilarcita me dijo que yo no me lo merecía, y ahora saben que es todo un hombre, capaz de sacar el revólver por mí, ahora me van a tener más envidia todavía, y lo van a querer más a él, pero él sólo me quiere a mí, tendrán que aguantarse las ganas, me sigue como un perrito, se hace el malo conmigo, pero no le vale, pero también es verdad que me conviene, pero es tan cargoso, tiene que él, no me va a ganar a mí, en eso no me va a ganar, y ya que me lo tengo así, en el bolsillo, como se dice, poco falta para que haga todo lo que yo quiero, es valiente con los demás, pero conmigo no le vale y hago lo que quiero con él, conmigo él se equivoca de medio a medio, pero también es verdad que me conviene, pero es tan cargoso, tiene buen jornal, tiene buen oficio, tiene plata, debe tener plata, nunca habla de esto, sólo me hizo regalitos pobres, le voy

a sacar más, sólo que es cargoso, antes no era así, ahora es cargoso como él solo, me da consejos como si yo fuese una chiquilina y él un cura, puros sermones por esto, por lo otro, algunas cosas que hago, estaban mal hechas, debía hacerlas así y asau, no debo ir allá, no debo hablar con nadie... pero está loco si cree que me voy a privar de hablar, es cargoso, y rezongaba y me retaba, hasta que me cansé; y Manuel no es así, todo está bien, la cosa es amarnos, no le importa mi carácter, lo que hago, lo que no hago, ni qué digo, ni con quién hablo, así debe ser, y es un lindo chico, sólo que, pobre, cómo corría, qué pálido estaba, no se movía, yo creía que se iba a caer muerto, y de repente salió disparando como un caballo, pobre, Manuel si fuera más enérgico, como soy yo, enérgico es Augusto, pero es cargoso, me hablaba por el camino, si no fuera tan rezongón, todavía, bueno, pero así, no puede ser, por ahora no le digo nada, pero ya verá quien soy yo, él tiene un oficio, esto es verdad, tiene plata, y mamá me dice que con él voy a tener una familia donde no falte nada, y nosotros somos muy pobres, pero también, este... siempre está vestido como es debido, y todos lo quieren, me sigue como un perrito, este... pero yo le haré ver a Dionisia, y a Pilarcita, cómo me quiere, cómo me sigue... y sin querer y hablando les diré que es un hombre, no es de los que la-dran y se escapan, sino de los que sacan el revólver, y miraré los ojos, ojos de envidia... este... muchacha... ¿cómo no está viendo que éste es un hombre, eh? y no un muñeco, ¿eh? váyase con éste... Si, bueno, pero es tan cargoso... el otro día se le cayó a Barqueti una cosa, no me vió, cuando entró en su pieza yo fui, disimuladamente, la tomé, miré, y era un lindo prendedor, no sabía si dárselo o guardármelo, es tan lindo... lo tenía seguramente para regalárselo a una mujer, pero yo no lo puedo usar porque ¿si me lo ve?... lindo prendedor, de oro, de veras, eso se ve... quisiera cambiarlo con otro también de oro, en una joyería, voy a ir a una joyería a cambiarlo, así lo podré usar... diré que me lo encontré...

LA SEÑAL DE LA CRUZ

El lenguaje de Napolitano tropezaba a menudo. Sobre esto aún añadía reticencias, alusiones, daba por sentado conocimientos que sin embargo Augusto ignoraba y muy principalmente cuidaba cautelosamente un algo demasiado principal y reservado. Francamente; Napolitano había cometido en Italia una fechoría de sangre y era buscado por la policía, a la cual le tenía un miedo tembloroso y asustadizo.

—¡Pero suelte de una vez, pues!... —exigía Augusto.

Napolitano temía ir a declarar en la policía porque le preguntarían demasiado respecto a él mismo, y debía cautelosamente hablar sin contradecirse.

—¡Pero diga, pues, Napolitano... no me tenga aquí hasta mañana!...

Napolitano tenía miedo de que ocurriera aquí algo muy malo; que corriese sangre, en fin, y entrase la policía.

Al cabo Augusto pareció comprender. Pero no era eso.

—Ah, sí, sí; no se preocupe, Napolitano, no va a suceder nada aquí. Ya lo espanté. Tenga la seguridad de que ése no vuelve aquí...

—¿A quién, lo espantó?

—A Samuel.

—No.

—¿Eh?

—Otro...

Ahora Augusto se enfadó y Napolitano debió extraer sus noticias inéditas y sus impresiones y sospechas. Ya se dijo que era curioso y esta negativa actividad la adquirió como suplemento inevitable de su actividad defensiva y consciente contra las inquisiciones policíacas o las posibles averiguaciones sobre su vida, que él debía ocultar, por lo menos en parte. Hasta a sus mismos paisanos le encubría ciertos sucesos. Esta defensa lo obligó a una permanente cautela y espionaje para estar sobre aviso y tener tiempo para huir.

Era, pues, curioso y había visto y fisgoneado y perseguido de ojos a Barqueti en el patio hablando a las muchachas pero sólo las otras tardes había descubierto algo nuevo que

no simples diálogos o saludos; Barqueti había estado espionando a dos chicas y ciertamente, estaba dedicado a perseguir a una de ellas; pero, cuál, lo ignoraba, ¡y cuánto le gustara adivinarlo!... Casi adivinaba... Pues bien: Barqueti, desde la puerta de su habitación, todo empilchado y reluciente, incluso con el sombrero puesto, estuvo asomando el perfil para vigilar a Elvira y Adelina...

Augusto se mordió los labios.

Estaba Napolitano arriba arreglando una chapa del tabique y lo veía a Barqueti en la actitud de observar muy penetrante y muy seguida. Elvira, con los dedos picoteados por la aguja, se estaba chupando el índice, acaso por estar sangrando. Adelina tenía las manos quemadas por la lejía. Hablaban. Barqueti espiaba. Estaban las dos sujetando la ropa recién lavada en la cuerda de tender. Después, tiraron de una cuerda de manera que la otra con todas las prendas se empinaba. En seguida, cogieron sus baldes y los broches sobrantes, y se fueron, pero regresaron casi en seguida, y ahora quitado el delantal y aún el vestido de casa y puestos los de calle, hacia la cual se dirigieron juntas. Barqueti salió en su persecución. Napolitano salió en persecución de todos tres. En síntesis: al parecer, iban las chicas de tienda, por modo que no se separarían, y así se frustraba el intento de Barqueti de verse con una de ellas.

Augusto cerró el puño, nervioso.

Barqueti comprendió y renunció. Napolitano también comprendió. Todo esto contaba Napolitano a Augusto en su miedo y zozobra pensando en una posible pelea ensangrentada en el conventillo; vendría la policía, preguntaría, ¿cómo se llama usted? ¿tiene el pasaporte? ¿cuándo llegó aquí?... cosas que Napolitano odiaba con razón sobrante. Augusto podía atajarlo a Barqueti, en caso de que se tratara de Adelina, en la calle, lejos del conventillo...

—Gracias, Napolitano...

—Tenga cuidado, Augusto. Es peligroso, no es un Samuel.

—No, no es un Samuel.

A Robles le exhibían todos su desafecto y menosprecio de modo directo y despreocupado; a Barqueti mostrábanle al contrario una reserva casi respetuosa; otros, le temían,

algunos, pocos, mantenían una conducta digna como rechazando su amistad; sólo Don Pedro se atrevió una vez...

Porque Don Pedro, contrariamente a como solía verlo e interpretarlo Eduardo Lainez, tenía sus odios, sus brusquedades, y acaso algo más, como quizá pudiera saberse de ir uno a Sydney o Bombay o quién sabe dónde, porque alguna vez se le escapó cierta referencia que aludía a sangre, y a gritos, y a un cuerpo caído, acaso muerto...

No era un santo, Don Pedro, como lo sentía Eduardo. Don Pedro también odiaba y a pesar de sus consejos de prudencia y tolerancia, una vez, entrando a esta casa, estaba Barqueti en el primer escalón entorpeciendo la subida, miraba arriba, quien sabe, acaso espiaría, entonces Don Pedro, con serena energía, puso su mano en el hombro de Barqueti, lo empujó a un lado y comenzó a ascender la escalera, dándole, naturalmente, las espaldas, a ese temible Barqueti de quien se decía que había muerto ya a dos hombres... Subía don Pedro la escalera, las manos colgantes a los costados... Casi podía interpretarse como una tentativa de suicidio...

A Robles le dejaban con el saludo suspenso, la respuesta diferida, o se lo sacaban de encima con alguna descortesía o una brusquedad. Y no era raro que a sus palabras dijese como cosa natural: ¿Pero dice usted la verdad? A Robles le temían las palabras, las industrias, los consejos, y desconfiaban de él, despreciándole. En cambio a Barqueti había que tenerle respeto, porque lo exigía y en cierto modo lo merecía; se habla, es claro, del respeto formal, de las ceremonias en la vida de relación. Le temían la palabra, la dirección y persecución de su mirada, su silencio y hasta su vivir aquí en este conventillo. A Barqueti se le contestaba el saludo y la pregunta; sobriamente, pero se le contestaba. Es que era peligroso de veras. Tenía encima dos muertes, dos muertes feas. Nadie iba espontáneamente hacia él, nadie buscaba su camino, nadie le aguardaba para pasar el rato, nadie quería su conversación. Si por casualidad iban hacia la puerta dos vecinos y el uno era Barqueti, en seguida la distancia se alargaba. Los hombres cuidaban celosamente sus actitudes y sus palabras; unos por timidez, otros por prudencia, otros por el justo saber de que una desinte-

ligencia con Barqueti podía llevar temprano a la muerte o la cárcel. Nadie quería tenerlo por amigo; nadie quería tenerlo por enemigo.

Barqueti vino a vivir aquí de pronto un día no hace mucho y conglomeró el asombro unánime en seguida cuando le estuvieron viendo ciertos anillos de oro y algún alfiler de corbata con brillantes; y el inquilinato era vivienda de gente humilde y no de jóvenes elegantes y alhajados como Barqueti. Más tarde entró la policía y él no estaba. Los hombres caminaron hacia su pieza que le había sido señalada por los chicos y entraron abriendo con una ganzúa.

Revisaron cosas adentro y cuando salieron se les aproximó Bacciadonne, preguntón él, y, cosa asombrosa, los pesquisas lo dijeron casi todo; casi, porque se había hecho una gran rueda de mujeres y chicos y no era bueno delante de todos pronunciar ciertas palabras; sólo dijeron en voz alta que se había cometido un crimen en Palermo Chico, el muerto había sido amigo de Barqueti, y se trataba de cosas del hampa, y antes Barqueti había cometido dos asesinatos feos. Bacciadonne intuyó algo porque todas los asesinatos son asesinatos iguales, ¿y cómo los de Barqueti podían ser feos? Con palabras respetuosas e indescifrables preguntaba acompañándose con gestos y ademanes, por qué feos, cómo feos; uno de los hombres comprendió, se aproximó a su oído y le dijo apenas tres o cuatro palabras. Bacciadonne mostró un juego de asco en los labios.

Barqueti no modificó los modos regulares de su conducta aquí; como si tal cosa, prosiguió viviendo y como queriendo ser uno de tantos e inspirar confianza. Pero es curioso el hecho de que algunos seres humanos, muy especialistas y hasta eruditos y diestros en una actividad particular, tengan fallas esenciales. Podríase recordar cómo Robles con todas sus armas verbales era sin embargo víctima temprana del primer hombre que tuviese una fina percepción de la mentira, el lugar común, la dirección de las palabras y el sentido de los temas parciales. A Robles algunos letrados le conocían en seguida aunque él embrollaba a tantísimos pleitistas. Y Barqueti, con todo su saber sobre la diplomacia social en ciertos ambientes, mostró en el inquilinato en seguida una falla esencial: no dió importancia a la visita

de la policía, es decir, no adivinó que los pesquisas pudieran haber dicho de él algo que le perjudicaba definitivamente.

Bacciadonne supo la cosa; a pesar de sus teorías anarquistas de disolución social y familiar, a pesar del individualismo que caracteriza a esa ideología, Bacciadonne se sintió atraído por fuerzas de su infancia moral y religiosa o simplemente por su bondad natural y comenzó a transmitir a los hombres, uno por uno, la noticia que le había dicho el pesquisa. No daba importancia a las dos muertes; al fin y al cabo, matar era una desgracia que inspiraba compasión y había el deber de compadecerlo. Tampoco el ladrón era demasiado menospreciado; ladrón era el hijo de doña Sara, El Ladeao. Pero lo de Barqueti era cosa terrorífica para aquellas gentes.

Los hombres explicaron a sus mujeres; éstas recogieron a las hijas y cada una a su modo contaron la sucia verdad de Barqueti.

Naturalmente, unas madres encontraron pronto y fácil el modo de explicarse; otras asustaron sin describir nada, algunas aludieron solamente y bastó; unas amenazaron a las hijas si hablaban con "ese"; y hubo quien por pudor personal, por vergüenza moral, por sentido religioso, de ninguna manera encontraba cómo comunicarse con la hija. Por ejemplo, doña Juana Terrero no se atrevía a hablar con su hija Juanita; tenía vergüenza. "No puedo, no puedo". Finalmente, expresando sus cuitas con la madre de Edo, determinaron que fuese ésta la que echase luz en la mente de Juanita.

—Sentate, Juanita, y oíme. —Le dijo Doña Estela— Ya sos grandecita, y algunas cosas tenés que saberlas, aunque sean cosas feas y sucias.

—No me asuste, Doña Estela...

—No. Mirá, Juanita, sos grande, ya... y es necesario que sepas algo. Nosotras, las mujeres...

—Pero dígame ya, no me tenga así, con este miedo que se me está entrando ya...

—Mirá: Vos no tenés que hablar con Barqueti, porque...

—¡Cállese, Doña Estela, no me diga más!...

—¡Pues hija, es necesario decírtelo! —gritaba casi Estela. Para defenderte vos, es necesario...

—¡Basta, no quiero oír! ¡Ya lo sé todo!...

—¿Eh? ¿Cómo decís?

—¡Basta! ¡No quiero hablar de estas cosas!...

Las dos mujeres se miraron a los ojos y se comprendieron. Estela creyó prudente sujetar sus ganas de saber cómo diablos había llegado aquello a conocimiento de Juanita.

Acaso, pensó, entre las muchachas ya se habrá corrido y divulgado todo... Estela no pudo reprimir un argumento justo para Juanita:

—Mirá, ese Barqueti es todo lo contrario de un santo.

—¡Se lo ruego, doña Estela!... ¡Basta!... ¿Dónde está Edo?

Pancho le dio una paliza a su hijita de sólo trece años porque había conversado con Barqueti después de habérselo prohibido la madre.

—¡Y fué él que me preguntó!... —se sinceraba la chica.

—Para que aprendás otra vez —explicaba pedagógicamente el padre.

Las muchachas en conversaciones reservadas y escondidas, todo lo supieron referente a Barqueti, incluso los trajes y vestidos de la gente "esa", las fiestas, las alhajas. Las noticias de las madres, tremendas y confusas, perdieron algún grado de importancia y de terribilidad.

Mientras tanto, los chicos todo lo ignoraban; nadie les decía nada, aunque, finalmente, un día se trajo Santiaguito la luz que alumbró la mente y la conciencia. Hubo noticias verdaderas y hubo exageraciones novelescas. Santiaguito contó costumbres extrañas de esa gente. Edo se atrevió a preguntar a don Pedro.

Barqueti era en cierto modo un buen mozo; bien plantado, suelto de andar, con actitudes fáciles; ágil si estaba apurado, y si detenido, parecía exhibirse un poco. Era elegante a su modo y para su ambiente; siempre limpio; y flamante el traje, la corbata, el calzado en cuyo charol la luz extraña reflejos. Tenía varios trajes, distinto calzado y muchas corbatas. Era una elegancia llamativa, casi pintoresca, muy resaltante. Llamaba la atención: Lo que en otros ambientes constituye el contrapincipio de la elegancia, o

la ley de la inelegancia. El quería, evidentemente, constituir un excitante. Zapatos de charol negro con caña de paño oscuro, traje gris clarito, corbata azul zarpullida de pintas o lunares blancos o verdes, o a losanges, verdes y blancos; y arriba en la cabeza otra vez detalles de contraste visual: gris el sombrero pero negra la cinta. Vestía llamativamente pero no detonaba tanto. No usaba, por ejemplo, el rojo; ni los paños tenían dibujos de tipo inglés.

No era alto; era sano, robusto, sólido. Su juventud le impedía ser pesado; lo sería en cuanto entrara en la madurez; tenía la tendencia a engordar. La cara era hinchada, las mejillas, algo gordezuela como las de algunos bebés y esto importa mucho tenerlo en cuenta pues producía una primera impresión de infantilidad, es decir, simpática. De primer golpe, no era antipático ni repulsivo, no. Estas impresiones las producía él después, y "por momentos", cuando por ejemplo sus ojos no podían disfrazar su mala conciencia, su rencor súbito, su enfado repentino.

De manera que era simpático más bien. Al principio, gustó a muchas en el inquilinato, aunque en diversas medidas. La repulsión comenzó después. Esa cara algo infantil expresaba candor, cordialidad, afectuosidad. Su mirada podía ser fácilmente agradable y comprensiva. Era un semblante que "no mentía". Es porque Barqueti tenía propósitos nítidos y un método de acción al cual ajustaba su conducta total, incluso el lenguaje.

Era un lenguaje igualmente afectuoso, cortés, hasta fino; un lenguaje que se inclinaba como la mano que va a acariciar a un niño, sobre los gustos, las ideas, los sentimientos, de los demás; acariciaba su palabra carente de ironía, sarcasmo. "Por favor, gracias, no se moleste, qué bueno es eso, eso está muy bien, tiene usted razón, usted eligió bien, estoy de acuerdo con usted", y la voz era entre dulce y viril, que es la mejor.

En aquel ambiente su figura y sus modales eran casi impresionantes al principio. El quería inspirar confianza. Ganarse a las muchachas todas. El sabía lo que hacía.

Al principio, rechazar a ese joven implicaba una actitud doblemente activa: primero, rechazar la impresión subjetiva y después rechazarlo a él; era demasiado para aquellas

gentes. Fué necesario que se descubriese realmente su condición moral para poder destruirse la imagen suya en la intimidad de las muchachas.

Barqueti no se apuraba. Su paciencia era un elemento de su estrategia y además personalmente estaba habituado a contenerse. Esperaba. Al principio sólo se exhibía; saludaba cortésmente, no entraba en conversaciones si no era invitado; así, fué dejando de sí mismo la impresión de que aquí todo le era íntimamente indiferente, que es un modo de inspirar confianza; después vendría el acoso, el ataque, el golpe, el robo. Pero primero, desarmar a los demás, quitarles la desconfianza, la duda, darles en cambio la fe, la simpatía, la confianza.

Bueno, un día comenzó.

Un día tendían ropa Elvirita y Pilarcita y se aproximó pidiendo con tan buenos modos y tan lindas palabras un alfiler.

—Por favor, ustedes saben, los hombres sólo tendremos cuatro corbatas pero no tenemos un alfiler...

Tenían en las manos ellas la ropa húmeda y los broches de madera. Elvirita fué a su pieza a buscar un alfiler.

—Cuánta molestia, Pilarcita, dígame a Elvirita que estoy agradecido a su cortesía... Gracias, Elvirita. Buenas tardes.

Con pretextos de este género y siempre muy rápidamente habló con todas; agradecía y se iba. No era cargoso. Las muchachas no tenían motivos para responderle con malos modos al principio, y así él obtuvo sonrisas de todas. Y a nadie prefería.

Las cosas cambiaron desde que entró la policía y supieron los vecinos la sucia realidad de Barqueti.

Sólo Barqueti parecía no haber advertido que el clima subjetivo y los sucesos exteriores, se habían modificado.

Primero Dionisia lo rechazó de un modo muy particular. Después, Pilarcita.

Después, Elvirita; luego, Juanita.

Barqueti se sorprendía un poco, nada más. No reflexionaba; creía que eran sucesos particulares, y así no iba a la ley general, a una sospecha que explicase todos estos detalles como una unidad. Lo cual constituía una falla

grande en su talento; pues algún talento diplomático hay que concederle.

Primero fué Dionisia, que le miraba sonriendo y le preguntó socarronamente: "¿Cómo dice?"

—Si usted vió por casualidad a un joven que vino a buscarme, mientras estuve afuera... Lo estoy esperando... Tengo miedo que hubiese venido...

—Ah... já...

Como se advierte, no hubo respuesta pertinente a la pregunta; Barqueti insistió...

—Un joven rubio... Estoy inquieto, por si vino... ¿Usted le vió?

—¿Yo? ¿Cuándo?

Barqueti se salió de este empantamiento del diálogo respondiéndose a sí mismo.

—Ah, entonces no lo vió. Acaso no haya venido. De todos modos, muchas gracias, Dionisia, y disculpe...

—Ah, bueno...

Había algo de socarronería en las respuestas aparentemente triviales de Dionasia, y en sus silencios tras las preguntas de Barqueti, que éste no comprendió. Diosinia, acaso por carecer de ese saber auténtico de lo que eran los Barqueti, se permitía un poco el lujo de feirse de él, de jugar con él. O acaso se tratase de otra cosa más fuerte: el sentimiento familiar, tan intenso en esa familia, tan profundo, y sobre este apoyo podría ella jugar con un tipo cuya característica era precisamente una fuerza tendiente a la disolución de la familia.

Pilarcita en cambio, pensando en seguida en su hermano mayor, que le había amenazado, respondió prontamente a Barqueti casi diciéndole la verdad...

—¡Mire, por favor, no me hable!... este... no quiero que me hable... ¡por Dios!...

Barqueti pensó que acaso el novio de Pilarcita la hubiese prohibido que hablase con los hombres; o ella ofreciese a su novio el homenaje de no conversar con otros.

Con Juanita fué un espectáculo.

Juanita caminaba el patio hacia la puerta de calle y Barqueti entraba.

—Por favor, Juanita...

Juanita se detuvo, se persignó, y su voz serena, fuerte, decía:

—¡En el nombre del Padre, del Hijo del Espíritu Santo! Barqueti la miró extrañado. Pensó que fuese una beata fanática y media loca. Ella le miraba con una mirada reforzada por el pensamiento puesto en la Virgen; callada.

Barqueti no sabía qué hacer.

—Le quería decir si...

Nuevamente el signo católico en función de conjuro y de defensa.

—Disculpe, entonces...

Juanita le vió en los ojos cruzados por un irregular trazo innoble; no le vió en los labios romperse un rictus de rabia.

La escena había sido contemplada por doña Carmen que entraba con doña Manuela.

Barqueti no comprendió nada. Sólo sintió algo desagradable por haber sido actor en un suceso a su juicio ridículo, sonso, vergonzoso. No sospécho que todos enjuiciaron afirmativamente la actitud de Juanita, que supo espantar al diablo con tantísima eficacia, con valentía, con serenidad.

Tampoco advirtió nada en la segunda ocasión en que Dionisia repitió su anterior reacción socarrona y ahora realmente perceptible para cualquiera que no fuese tan engreído como Barqueti.

—Si no le molesta, Dionisia, ¿sabe dónde hay una relojería por el barrio? Se me descompuso el reloj...

—¿Relojería? —dijo Dionisia sonriendo apenas, abriendo la sonrisa hasta donde su intuición se lo estaba permitiendo, pero dispuesta a cerrarla si las cosas irían mal.

—No conozco todavía bien el barrio.

—Ah, claro...

—¿Habrà alguna por Patricios? ¿Conoce una, usted, si me hace el favor?

—¿Conocer una relojería? —Fué borrando la sonrisa. Le pareció que Barqueti iba sospechando la burla. Temiendo haber ido demasiado lejos, respondió secamente:

—Yo no.

Y se fué.

Barqueti tampoco dió mayor importancia a esta escena. Y se atrevió a una tercera tentativa, otro día.

Discúlpeme, francamente, soy molesto... este... Quisiera que su hermanito me hiciera un mandado... Yo, la verdad, no puedo salir porque espero a un amigo... Se trata de ir hasta la esquina... ¿Lo puede llamar?

—¿Poderlo llamar? Sí, puedo.

Pausa. Barqueti, naturalmente, esperaba que ella lo llamase. Pero Dionisia callaba, no sonreía ya. Un poco de miedo, si lo tenía. Y estudiaba el semblante de Barqueti.

Como la pausa se prolongase, Barqueti se encontró medio desorientado.

—Le daré una propinita, es claro, para que se compre caramelos...

—¿Propinas a nosotros? ¡No diga!...

—Ah, bueno, quise decir, un obsequio, vamos... ¿comprende?

—¿Comprender? Ah, claro...

(Pero no llamaba a su hermanito).

—Creo que debe estar en la pieza... —ayudaba Barqueti a la respuesta directa que Dionisia no quería dar.

—¿Quién?

—Su hermanito.

—Ah, sí...

Aquí, Dionisia pensó que había llegado demasiado lejos. Se creía fuerte, pero también podía caer vencida por una mala palabra de ese inmundo Barqueti. Determinó cortar el diálogo.

—Mire, mejor busque a otro.

Dionisia también, como Juanita, le vió en los ojos a Barqueti un color nuevo, un brillo agresivo, pero rapidísimo. Dionisia sostuvo esa mirada peligrosa.

—Gracias por el consejo, Dionisia.

—No hay de qué.

Barqueti sintió entonces cierta inquietud. Pero no llegó a aclararse nada porque otras chicas en cambio respondían directamente, aunque apuradas y asustadas.

Y una tarde en que desde abajo en el nacimiento de la escalera espiaba el regreso y descenso de alguna chica; estorbando el paso, sintió que en su hombro se posaba una mano extrañamente suave y segura al mismo tiempo, al mismo tiempo cuidadosa y enérgica; se sintió físicamente echado

a un lado. Un hombre alto, más bien delgado, mal trajeado, subía la escalera. Le daba las espaldas. Los brazos colgaban a los costados.

“¿Lo habrá hecho a propósito, ése?”, pensó Barqueti cuando la figura de Don Pedro dió vuelta arriba el ángulo de la escalera con el pasillo y entraba en su pieza.

“¿Lo habrá hecho a propósito? No comprendo... Ese hombre no tiene nada que ver con mis cosas... Dicen que es marinero. Ni tiene hijas, tampoco... No se...”.

LA NEGRA

—Pero, Juan, ¿cómo tardaste tanto?...

—Perdoname, Negra, pero me gané el día.

Imaginate: me hice de un amigo, y no un cualquiera. Tuve que conversarlo tanto, en Patricios... Es cerealista. Uno no sabe nunca cuánto vale un amigo...

—Sí, bueno, pero el arroz... Te dije que iba a hacer arroz...

Ella había mientras tanto recogido la galera, el bastón, poniéndolos sobre la cama; Robles depositó él mismo su cartera en el piso del aparador y en seguida se quitó saco y chaleco. Regresó ella con la fuente del arroz y sentáronse a comer sin lavarse las manos.

No se lavó las manos, pero con la servilleta limpiaba meticulosamente los cubiertos, porque así se hacía en los banquetes y él había aprendido cosas de este género. Todo sin dejar un punto de charlar.

—Tuve suerte. Es cerealista. Yo no tenía amigos en este círculo. Vos no sabés, Negra, que uno necesita tener amigos en todos los círculos, en todas las reparticiones. Un amigo es cosa valiosa, te evita pérdida de tiempo en los Ministerios, te hace correr un expediente. ¡Un amigo!... hay que saber sacarle el jugo. Uno nunca sabe. Un día de repente uno necesita algo por ejemplo en la Dirección de Suministros; ¿quién tiene allá un amigo? Hay que buscar

al amigo, sino, se pierde tiempo y dinero y nada resulta. Este es el país de los amigos. ¿Y por qué, sino, decime, por qué estoy en algunas sociedades, pagando cincuenta centavos al mes, o un peso? ¿Vos dirás que son gastos inútiles? ¡Quéee!... Un buen día, por ejemplo, mirá cómo me gané diez pesos. Una vez Barreto el ferretero necesitó mover un expediente en Obras Sanitarias, cuando levantó su casita, y, bueno, yo, entonces, le dije que me dejara a mí, yo lo movería; busqué un amigo, y en seguida aprobaron los planos. Después le pedí veinte pesos, como préstamo; bueno, sólo me dió diez, pero en fin, son diez pesos... ¿qué te iba diciendo? Ah, sí; y decime vos, gané diez pesos, y dónde decís vos que me lo conocí a Barreto? Pues, en el club. ¡Ahí tenés!... Y el día menos pensado le saco una firmita...

—Bien, Juan, haceme el favor de oírme. Hay que buscar carnicero.

—¿Eh?... ¡Ese ingrato!... ¡Le hice dos escritos!... ¡No le cobré nada!...

—Callate. Bastante nos fió... Dice que no puede alargar más la cuenta...

—¡Hice dos escritos que un abogado cobraría...

—Bien, Juan, dejá eso. Hay que buscar otro...

—Ahí está: hacé favores...

—¡Pero Juan, dejate de pavadas!... Bastante te pagó por dos escritos...

—¡Es la acción!... Bueno, Negra, este... Como te decía, yo no tenía ningún amigo en ese círculo cerealista. Y cuando supe lo que era, me lo agarré por mi cuenta, como un pulpo, no me lo dejaba irse; es claro, se le veían las ganas, y hasta me decía "Bueno, amigo, tengo apuro, será otra vez, chalaremos largo, mucho gusto", pero yo, sonriéndole, le estuve cantando canciones. No hay hombre que se resista al elogio. Lo mantuve en la esquina, me dió su tarjeta. Un día me lo voy a necesitar. Es bueno tener amigos industriales, y hasta en la Curia. Y decime vos, ¿para qué voy yo a las procesiones, eh? Para tener algún amigo, los curas, Negra, tienen su influencia. Conocí a un obispo, y yo le decía Su Ilustrísima, Ilustre Prelado, ¿y cómo lo

conocí? Por intermedio del Padre Anderes. ¡Ya vez!... Un día lo voy a necesitar.

—No te olvidés mañana temprano de pensar en un carnicero. Por de pronto, mañana no habrá carne...

—Bueno, dejá, mañana lo pensaré. Como te decía, hay que tener amigos en todas partes. Hasta Barqueti. ¿Qué me decís? Ya van tres veces que se me aparea, y me da conversación. Muy educado. Siempre con su "perdone, gracias, usted disculpe, si no le molesta". Sin embargo, Negra, hay algo peligroso en ese hombre. Hasta ahora, nada. Me conversa de bueyes perdidos, no me pide nada... creo que no es bueno tenerlo de amigo. Es claro que puede servirme un día. Pero más puede embromarme. Es de la clase de amigos que piden y no dan. ¡Qué digo!, piden; ¡exigen!... Lo que exigen, quiero decir, la manera, se llama extorsión... o chantage... Son peligrosos. Y si uno no entra en sus chanchullos... son capaces de... Son capaces de todo. Y uno no puede tener asuntos con esos porque esos no se dejan tragar... Al contrario... Son desconfiados. Y a las buenas o a las malas, hay que subordinarse a ellos. No. Si lo que ha querido es amistarse conmigo para algún asunto, lo rechazaré... el asunto, digo...

—Es hombre malo. No te conviene de ningún modo.

—Claro. Negra. Ya lo estaba pensando. Bueno, ya está: no tendré nada con ése. Además, siempre es mejor, los asuntos, hacerlos uno mismo; ah, tenía que decirte otra cosa... Bueno, ya me acordaré. Como te decía, es bueno tener amigos en todos los círculos. Y decime, ¿por qué mando al chico en ese colegio de curas, eh? ¡Tan caro!... Allá aprende a hablar, a conducirse hasta a comer como es debido. ¡Tan educadito! ¿Viste cómo sabe estar en la mesa? ¿Cómo se pone la servilleta? Yo no me atreví a preguntárselo, pero él, en vez de hacer el nudo detrás del cuello, con toda la servilleta cubriendo el pecho, él se la pone, casi sin desplegar, en el regazo. ¿Será así la costumbre social? ¿Por qué no le preguntás? ¡Y qué educadito es! ¿quién se resiste en la vida a una persona bien educada, bien hablada, que te sonríe, te pregunta por tu salud, te elogia, y hasta te escucha, espera una pausa tuya para hablar él, y te mira con ese modo?... Sí, sí, me lo están educando muy bien esos

curas... Y en ese colegio se hace de amigos. Ahí tenés lo que te decía al principio: ¿qué amigos tendrá mañana, cuando sea grande? Esto me hace rabiar de alegría. Ya me lo veo andar de farra con el hijo de un diputado, con el sobrino de un aristócrata. Y con sus modales han de quererlo, con su oficiosidad, con su carácter servicial... También yo le estoy dando mi propia experiencia. Mirá, Juancito, le digo, vos tenés que estudiar al hijo del doctor Echagüe, estudiarle el lado flaco, y por ahí le decís cuatro buenas palabras. Por ejemplo, le digo, ¿qué cosa tiene ese muchacho desagradable? Y Juancito me dice: tiene un vicio feo, a los trece años juega a las carreras. Un tío tiene caballos de carrera. Y los curas dicen que es un vicio. Bueno, le digo yo, Juancito, mirá, vos tenés que decirle que jugar a las carreras no es cosa mala que el rey inglés va al Derby... Este, Negra, me gustaría que llegase a abogado, y con sus amistades, ¿sabés?, podríamos conseguir que yo fuese comisario, en cualquier parte del país, ah, poco tiempo. ¿Sabés? En el interior se juega mucho, hay mucha timba... Eso da mucho y sin ningún peligro. Nos forramos de plata. Después, nos mudamos a otra parte. Lo hacemos nombrar Juez a Juancito, y yo me dejaré decir doctor... Al fin y al cabo, puedo decir, con lo que sé de estas cosas, que soy algo así como un tercio de abogado. Haremos una vida respetable. Y llegaré a intendente, y, quién sabe, a diputado...

Pausa.

—Mirá, Juan, has estado comiendo la naranja sin hablar. Estás cansado. Andate a la cama... Dejá el saco, te lo guardo yo...

BAILE

—Pero, Edo, ¿me querés decir por qué no vas? ¿Eh?

—Me quedo a leer.

—¡Leer... leer!... Andá, hijo, distraete un poco. La Chola no está tan mal como para que le sacrifiques una fiestita.

Andá. No vas nunca a ninguna parte, como no sea caminar y caminar por esas calles...

Tenía Edo debajo de los ojos un folleto que divulgaba un capítulo extraído de un libro de Buchner, literatura corriente entonces y de mucho prestigio científico.

Se casaba Pilarcita y habría fiesta en la casa del novio, próxima a la Estación Constitución. Doña Estela no iría por carecer de un vestido más o menos discreto. Entre tantos invitados iría Juanita a pesar de seguirse a la ceremonia religiosa un baile en la casa del novio. Asombro y estupor produjo la sencilla aceptación de Juanita: "Iré". —Y después habrá baile, ¿irás? —También... Es que un día tenía que ser... No bailaría, es natural; no será pecado, pero por ahí se va a la perdición moral; aunque una podría regular su conducta. Iría Diego, es claro. Se trataba sencillamente de presenciar la ceremonia, de mirar la fiesta, la gente, el baile, de tomar chocolate, o helados y refrescos. Conversaría mucho con Diego, vestido "de domingo", con aquel cuello almidonado que tanto le molesta.

Edo se puso su traje confeccionado con pantalones largos que ya comenzaba a mostrarse cortos porque, como decía Ramón, Edo crece para arriba solamente". Las mangas del saco ya habían sido alargadas un tantito. Y aún le estaban cortas. Para hacer tiempo entró en la pieza de Don Pedro.

—Olaf Petersen, ¿quién es Barqueti?

Don Pedro se desbarató. A Edo se le salió tal pregunta; hubiera querida formular otras más graves, pero ya había determinado reservárselas para ocasión más descansada y favorable.

—¿Te acuerdas de la primera injusticia que padeciste, y eras inocente? La injusticia es cosa tremenda. ¿Te acuerdas de Pancho, aquel peluquero que vimos destrozando sus zapatos, para él ya inútiles, pero que podían, sin embargo, servir todavía a algún pobre? Los destrozaba con una navaja mellada; yo le pregunté por qué hacía tal cosa, y con cierta innoble alegría me contestó que él trabajaba todo el día y por qué iba a regalar cosas a los demás, y que se fastidiaban los demás. Esta es otra infamia tremenda, Edo. Es la mezquindad. Existe también la deslealtad y ocurre cuando alguien ingenuo confía su defensa a Robles y

éste le traiciona entregándolo, inerme, al adversario. Existe la infamia de que es tipo Barqueti. El amor, Edo, es en síntesis, solidaridad humana; hay que tender al amor, y, en su forma negativa, no hay que destruirlo; la amistad, la simpatía, la pareja, la familia, la sociedad. Hay que alentarlos y no destruirlos. Son formas de amor, de solidaridad humana. La familia, muy especialmente. Y bien: Barqueti realiza en la familia la contra obra del amor: destruye, roba, arranca, el amor de la hija a sus padres, a sus hermanitos. No importa tanto el que arranque y conduzca a la perdición a una pobre muchacha fascinada, sino que antes debió destruir un lazo de amor humano. Edo, hay que respetar todas las formas de la simpatía humana, de solidaridad humana; hay que considerar a la familia como objeto casi de veneración. Piensa en tu propia familia; acaso pueda ocurrir un día que tu padre huya del hogar...

—¡No, no!

—Que tu madre salga una noche y no vuelva...

—¡Basta, Olaf!

—Hablo así, brutalmente, porque pienso en Barqueti. Los muchos Barquetis llegan un día aproximándose a una familia y alargan el brazo para apresar a uno de sus miembros; comienzan un trabajo sutil y terco, lento y paciente, como un ratón carcomiendo madera, royendo y royendo, y haciendo serrín del sentimiento de familia. También roen la moral en las muchachas. La moral es rígida o flexible, hasta a veces tambalea y cae o tiende a caerse. Pero existe en las muchachas. Vienen estos Barquetis y hacen su labor. Mira: el inmoral no es todavía el infame; no suele destruir los sentimientos de amor, los lazos familiares; en muchas familias existen miembros inmorales y la familia continúa unida en amor.

Don Pedro se incorporó, manipuló sus diccionarios, sueco uno, inglés otro, español el tercero. Leyó, meditó. Dijo:

—Edo, debe de ser "desmoralizador". Barqueti, pues, entra en las familias a desmoralizar. Esto es infame. El es un infame. No tiene remisión. Hace su tarea: la muchacha comienza a disminuir su fe en ciertas ideas morales, a poner en duda su verdad y su utilidad. Hasta que llega a percibir que la moral no es útil, al contrario, es enemiga

de la vida. Se decide por la Vida, contra los obstáculos que se le oponen, entre ellos, la moral, los sentimientos de amor. ¿Qué es un beso sino sencillamente el juntarse dos bocas? ¿No se juntan dos manos para el saludo? ¿Y qué es un abrazo, eh? Nada. ¿Qué es el resto? Nada. Hay que vivir la vida. Hay que destrozar lo que nos obstaculiza vivirla. Aspavientos, fantasmas, todos los preceptos morales. De modo que, si se reflexiona bien, se advierte en estas gentes el hecho asombroso de que colocan las notas características del Mal, sobre la Moral. La moral es fea, es mala, nos impide vivir, nos entristece, nos empobrece. Hay que libertarse, claman... ¿Me comprendes, Edo? Sí, me comprendes; lamento haber discurrido sin método. Otro día trataré de demostrarte que el hombre llamado malo no es todavía el malo verdaderamente; a éste yo lo llamaría infame. A la cabeza de la humanidad están los sacrificados y los generosos; después, venimos los hombres comunes y ordinarios, a veces buenos, a veces malos, yo estaría al lado del Ladeao, ladrón confeso; y tú al lado de Adelina, inconsciente del mal; detrás, muy atrás, en la cola, están los infames: Robles, que destroza el sentido de la Justicia, vendiendo la verdad al mejor postor, don Lucas, acumulando dinero a expensas del dolor en la anciana desvalida y avaro perfecto porque es seco y frío; y Barqueti, desmoralizador.

—¡Vení, Eduardo, abajo, vení a ver, Carmen le está enseñando apurada la mazurca a Juanita, vení! —clamaba Diego mientras entraba en la pieza—. ¡Vení, pronto!...

FIESTA

En la fiesta de Carmen habían hecho un limpión arrinconando mesa y sillas. Carmen enseñaba la mazurca a Juanita.

—Ahora usted, Diego, baile con ella; yo con Edo.

Diego llevaba fácilmente a Juanita. Edo era torpe y Carmen quería encenderle el amor propio para que adelantase

en el aprendizaje; después de algunos ensayos, Edo, consiguió acompañar lo peor que pudo a Carmen.

Finalmente salieron en grupos de La Colmena. En el tranvía reventaban en risas y altas voces. El grupo en que iban Diego, Edo y Juanita y otras muchachas estaba defendido por algunas madres muy lentas. —¡No se apuren tanto, chicas!... —y llegaron a punto a la iglesia de Santa Catalina para ver la escena, siempre emocionante, de los anillos. Ella estaba pálida; él sonrió. En la casa del novio a dos pasos de la iglesia, pasaron unas horas ruidosas y conversadas. Hubo chocolate, refrescados, masitas y helados. Al fondo había, para los íntimos, lechón, pollo y vino. Cuando comenzó a tocar una orquesta simple, Juanita, acosada por Diego y estimulada por Carmen, se atrevió no más; pero exigió que también saliese Edo a bailar. Carmen lo tomó a Eduardo de un brazo y se lo llevó a la rueda de los danzantes. Entonces salió Juanita con Diego.

Estaba toda colorada y temerosa pero muy consciente de su atrevimiento. Ya había pensado que alguna vez debía de ser. Si no se hacía monja, si permanecía en el mundo, debía aceptar muchas cosas así como eran. Ya había consentido —mentalmente— el amor de Diego y el amor a Diego; y el beso también y el matrimonio, y los hijos... Ahora bailaba, por primera vez en su vida, y se había atrevido sencillamente porque había decidido no entrar en el convento. Bailaba y ponía todos sus cinco sentidos y su pensamiento y su voluntad en el oído para apresar el ritmo puso sus ojos en los pies para llevar la cuenta; y Diego sosteníala y presionaba con la mano en la cintura de Juanita ayudándola lo mejor que podía, y podía bastante, y ella era fácil de llevar y la mazurca es una danza simple. Y además todos eran jóvenes, y Juanita y Edo eran elásticos, y estaban contentos, y había fiesta, luz, alegría en todo, y no existían preocupaciones. Era muy lindo. Edo, bailó su primera pieza.

Después, Juanita bailó todas las mazurcas que siguieron dejando de lado el vals, la polca, una danza con nombre francés, y un lanceros.

De pronto se oyeron las exclamaciones a los novios que se iban en coche, y los íntimos le echaban manotadas de

arroz que golpeteaba multiplicadamente como granizo en las paredes, los vidrios y el suelo.

Se divirtieron, cuando empezaba a ralear la gente, determinaron irse. Un hermano del novio ofreció, pero sólo a las mujeres, el coche. Diego reventaba de alegría. Hablaba tanto...

—Todavía no me explico cómo bailó. Cómo se atrevió... No me lo explico. Es claro: no se lo preguntaré, porque podría ser que ella entonces "se volviese atrás". Sabés, yo creo que hay que hablarle a Juanita. Estoy contento, es claro, porque hoy bailó. Pero, aquello, ¿sabés? Bailando, no quise juntarme mucho con ella, quiero decir, echarme sobre su pecho, porque era la primera vez que bailaba y no había que asustarla.

Diego estaba pasando una época en que su conversación sólo se alimentaba con un único objeto y tema; vibraban sus palabras como una sola cuerda. Necesariamente, debía ser su compañía monótona y hasta aburridora; y más si se atiende a que tenía un único confidente. Le avergonzaba que se divulgase el hecho de que tanto tiempo de amor continuaba prolongándose sin besos. Edo ya sabía esa única cuerda. Aguantaba la insistente vibración que le era indiferente. Ya ni respondía a frases que exigían una respuesta. Diego tampoco la esperaba. "¿Por qué no le hablás vos? ¿Por qué será así? ¿Vos comprendés esto, decime, eh? ¿Y qué dirás vos de mí, no? ¿Que soy un sonso?..."

Aquella madrugada sin embargo Eduardo estaba un tanto distinto a sí mismo. La fiesta, las luces, la novedad, el traje exhibido, el primer baile, las parejas enlazadas —había una que casi se besaba— y sobre esto sus diez y seis años inéditos. Pero acaso no fueran estos elementos suficientemente poderosos a mover en Eduardo una fuerza íntima tan extraordinaria; es que en verdad la chispa que encendía produciendo la quemazón, el ardimiento, en suma, la transformación —a pesar de ser ya biológicamente la hora justa—, era la voz concreta de Diego que insistía tercamente en mostrar y exhibir los modos de amor del hombre y la mujer; y era la voz de Diego que Edo estaba oyendo; y era la referencia continua a Juanita a quien él tanto conocía, y era lo de "sabés", entonces yo quise echarme un

poco sobre su pecho, sabés, y, bueno, en cuanto ella se dió cuenta..."

Edo, ya comprendía, pero sólo ahora estas cosas entraban profundamente en su intimidad; tanto, que estaba sintiendo un impulso de solidaridad, de también él realizar esos actos de amor. Eran ya palabras viejas en la boca de Diego, pero eran en los oídos de Eduardo casi novedades, produciendo impresiones desconocidas.

—¿Qué hacemos con que me quiera, y de esto no tengo dudas, si todavía no le mordí los labios? Y te juro que ganas no me han faltado.

La imaginación de Eduardo estaba desde antes muy entrenada para las fantasías más fantásticas y para recoger las cosas más extraordinarias; acogía, pues, sencillamente los conceptos incitos en las frases de Diego, pero su organismo nunca había sido afectado por cosas así, aunque ya estuviese en los diez y seis años.

—Se asusta de mí. Me quiere y se asusta. ¿Pero es que hay alguien que comprenda esto?

Fué en este instante cuando Eduardo tuvo la vislumbre de su organismo. Fué una rapidísima sensación extrañísima en él; algo vago, muy vago, pero real. No se repitió. Pero lo percibió. Como si hubiese pasado por su nervatura una rápida y débil corriente eléctrica.

—¿Pero vos sabés qué es lo que hay en Juanita?

—Miedo.

—¿Pero si todos se casan!... ¡Caramba... Eduardo!...

—¡Caramba... Eduardo!...

—Ahora no te la vayas a tomar conmigo —dijo Edo sonriendo. Sabía que era el terror del misterio carnal. Suso, miedo, temblor, inquietud.

—Sabés, a mí me parece que me la han asustado los curas y las monjas.

—No. Es el miedo al hecho mismo.

En efecto: Eduardo aceptaría los abrazos y besos de Adelina, de Clotilde; desde ahora, ahora mismo, aceptaría el amor de las muchachas, y todas las formas de la caricia, pero tenía miedo.

Recordaba ahora escenistas en la escalera, en el pasillo, en el patio, las piernas gorditas de Clotilde, y cómo Adelina

antes se abrazaba con él "jugando" y cómo con estas y con otras chicas, —antes, es claro, y él sin darse cuenta— se entreperaban a veces, o Adelina queriendo recoger un tejuelo escapado lejos, se echaba a lo largo en el suelo avanzando el brazo, jugueteando los dedos, y así casi se acostaba sobre Eduardo o de cualquier modo estaban juntos; y él, sonso, nunca comprendió... Y ahora a los diez y seis años, ni Juanita tenía efusiones con él, ya no lo besaba ni ya jugaba él con las chicas.

—¡No se dónde vamos a parar!... ¿Por qué no le hablás vos, Edo, eh?

—Varias veces pretendí hablarle y siempre se me disparaba, amenazándome con dejarme plantado y solo.

—Pero vos decile qué es el amor, el amor honesto, qué es un beso... caramba... no vamos a seguir así... Explícale...

—¿Explicarle?...

Pausa, de pronto, Edo dijo:

—Sí. Creo que ahora sabré hablarle. Alguna palabra tendré ahora, nueva; ahora tendré la manera de hablarla.

Se despidieron y Edo caminó todavía dos cuadras.

Entró despacio, en su pieza, sin encender fósforos.

—¿Edo?

—Sí, mamá...

En el comedio de la habitación estaba corrida la cretona divisoria; de este lado el Coco dormía a pierna suelta en el colchón tendido en el piso. Del otro lado, la cama de sus padres y la Chola. No había cómo moverse...

Eduardo se desvistió y se echó debajo de la sábana. Tenía un género nuevo de preocupaciones. Nuevos paisajes. Nuevas imágenes. Nueva criatura. Estaba todavía bajo la sugestión fastuosa de la noche, las luces, su primer baile, las parejas enlazadas, las cálidas palabras de Diego atañeradas al contacto carnal entre un joven macho y una muchacha, uno y otra de carne y hueso, y por él conocidos; todo acababa de adquirir una manera nueva de realidad. En los infantes es la boca el primer órgano de conocimiento; todo lo llevan a la boca; así conocen; así perciben; así se comunican con el mundo; y así lo interpretan; ahora Edo de manera parecida estaba poniéndose en contacto con

la vida, con la humanidad con el otro sexo, por el intermedio de su propio cuerpo total, al cual está adherida la imaginación; Eduardo estaba sintiendo la existencia de su propio cuerpo, extrañamente ignorado antes; un cuerpo que tenía la facultad nueva de conocer o el impulso conteniéndose de moverse hacia algún nuevo conocimiento; un cuerpo que quería mirar, ver, tocar, todo entero y de modo nuevo.

MIEDO

Aquel hombre supo un poco tarde la condición peculiar del secretario del juzgado. De todos modos, determinó seguir personalmente las peripecias del exhorto que ordenaba un embargo en la ferretería de Ibera. Nada extraño aconteció desde la entrega del exhorto hasta la entrada del exhorto hasta la entrada del Alguacil en la ferretería juntamente con el hombre. El dueño del negocio, expresó sencillamente que carecía de dinero, y cuando empezaron a elegir mercadería para embargar, el dueño respondía infaliblemente: "Están en consignación, ya están embargadas".

No pudieron embargar nada. Salieron el Oficial de Justicia y el hombre, que aguantaba su nerviosidad y no quería explicarle nada al empleado judicial.

—Parece que no tiene nada este comerciante —dijo el Oficial del Juzgado.

—¿Cree usted? ¿No cree más bien que el Secretario le haya avisado con tiempo para que retirase lo suyo?

—Esos no son asuntos míos.

—Cierto. Son asuntos míos.

Regresaron al Juzgado y sin más ni más el hombre se entró al Despacho del Secretario y le dijo, serenamente, nítidamente:

—No pude embargar nada.

—Mala suerte.

—En efecto: mala suerte para usted. Cuando salga a la calle le tiraré a usted unos balazos a las piernas. No lo

mataré, no soy sonso. A las piernas. Tengo puntería. De cerca.

—¿Qué dice usted, señor?... ¡Oficial, venga pronto! ¡Sea testigo de las palabras de este hombre!...

Pero el hombre salía del despacho. El Secretario continuó hablando en voz alta, diciendo, entre otras cosas, que debió haberlo arrestado...

La papelería burocrática obligó a Robles a despreocuparse del hombre ese. ¡Habrás visto, amenazarlo de muerte!... Robles fué urgido por un letrado y se entregó a un asunto urgente.

Pasaron unas horas y llegó, finalmente, el momento de acomodar los expedientes y escritos porque había que irse. Entonces le volvió la imagen del hombre, sus palabras, tan pocas, tan nítidas, tan reales. ¿Amenaza? ¿Qué era una amenaza? ¿Sólo amenaza? ¿No iría más allá? Hay amenazas que cumplen su misión de muy distintas maneras. Las hay que se agotan apenas pronunciadas, otras quisieran más bien precaver que herir, impedir antes que cumplirse; algunas son extorsivas, otras apócrifas; en suma, hay muchas formas de amenaza. ¿Qué contenía ésta del hombre recién salido de tremendo, de nuevo? Porque nunca antes Robles se angustió adentro tanto como ahora. Miedo, susto, cuidados, los tuvo muchas veces; pero ahora la cosa era demasiado distinta y no sabía por qué. Aquel hombre, sin un insulto, sin palabras pavorosas, sin acusación ninguna, sin estruendos verbales, le acababa de amenazar y él estaba inquieto. Se confesó que realmente, esta vez, la cosa acabaría mal y no en unos golpes de puño; ni él podría vencerlo al hombre escondiéndosele durante un tiempo, gastándole la paciencia. "Al menos, si me hubiese insultado, si me hubiese golpeado... ahora estaría aliviado, ése, y yo también", pensó Robles. Y como no le había insultado ni pegado, Robles sentía la persistencia del miedo, que se apoderaba de sus músculos, deteniéndole los brazos mientras acomodaba expedientes, haciéndole temblar los dedos... "Pero ¿por qué me asusto? ¿Como si fuese la primera vez que me amenazan!..." Esto no le consoló, porque tenía una vaga sensación de "primera vez", de novedad, aunque

no supiera en qué podía consistir esta cosa nunca antes padecida. ¿Se había olvidado de Juan Penti?

La convicción íntima de Robles era que la reacción de un hombre siempre debe explotar, y una vez explotada, el asunto estaba terminado. Sólo, había que seguir atentamente las acciones y reacciones parciales, las palabras seguir las, y, a ser posible, dirigir las desde afuera, desde "el otro". Así hizo tantas veces. Y hasta en alguna ocasión, Robles provocó un insulto, excitó el puñetazo del otro, sabiendo, como sabía, que así se terminaba un asunto ya demasiado largo. En cuanto al revólver, si en seguida no hay balazo, herida, y sangre, ya no lo habrá más. La experiencia lo dice, afirma y comprueba. Es así. "Yo debí haberle empujado a ese hombre, gritando, él, entonces, me hubiera dado una trompada o un bofetón, habrían llegado en esto los empleados, unos gritos, un bochinche, y asunto concluido..."

De pronto casi volvió a oír las palabras del hombre: "No lo voy a matar, le tiraré a las piernas, no soy sonso; a las piernas"...

Robles sentía que esta amenaza era distinta, y nueva. Su horrorosa verdad como anticipación de un suceso real, consistía en que aquel hombre con sus sencillas palabras le había descrito una escena que acontecería verdaderamente, con algún peligro para el hombre, pero como no era un sonso, no lo mataría, sino lo heriría en las piernas, lo suficiente para salvarse de la cárcel... pero lo suficiente para acaso deteriorarle a Robles una pierna...

Aquel hombre había establecido acaso intuitivamente una exacta relación entre el espíritu limitado, sensible, de Robles, y la amenaza, igualmente sensible y limitada. Por esto las mujeres, que son más instintivas e intuitivas que el hombre —siempre yéndose a lo intelectual y discursivo—, tienen amenazas más terribles, es decir, más llenas de posibilidades, de próximas realidades que las de los hombres; no dicen: ¡te voy a matar!, sino: ¡te voy a desgrefiar!, o "se lo voy a decir a tu marido, o a tu amante", o "cuando no estés en la cocina pondré sal en tu tarro de azúcar".

Y aquel hombre había expresado una amenaza de este género tremendo, casi comenzando a realizarse con la sola

expresión que ahora estaba provocando esa inquietud y ese miedo y más tarde suscitaría la fatal escena de los balazos "a las piernas". Robles se miró las piernas y así adquiría mayor realidad la amenaza.

Debía salir del Juzgado. Acababa de acomodar las cosas, de introducir en su cartera un montón de papelotes. Se cubrió, apretó en el puño el bastón, puso debajo del otro brazo la cartera.

Ya habían cerrado las puertas y sintió nuevo miedo al tener conciencia de que estaba solo. Llamó al Alguacil. Nadie respondió. Llamó al ordenanza. Estaría en los fondos.

"Aquí debiera haber dos vigilantes permanentemente, en salvaguardia de la Justicia". Es decir, de Robles. Llegó el ordenanza que en seguida fué a ver la calle.

—Hay un hombre más bien alto, con traje gris —dijo.

—¿Mira para acá?

—No me fijé.

—Vaya a verlo otra vez... —Volvió a salir el ordenanza, pegó la vuelta, dijo que sí, que apenas asomó en la puerta, aquel hombre le miró...

Robles no tenía cuidados con el ordenanza. Este le conocía en sus chanchullos y en su cobardía y aún había sido espectador en ciertas agresiones de hecho, y en bastantes escenas indecorosas, con insultos, vejámenes, rogativas y humillaciones. Pero el ordenanza era, jerárquicamente, inferior y le debía obediencia a ese hombre a quien despreciaba íntegramente.

Robles todavía pretendió estimular su optimismo. No sucederá nada, pensó. Nunca caí en la cárcel, nunca me suspendieron, no estoy sumariado, jamás llegaron muy lejos las discusiones (calificaba de discusiones incluso los espectáculos en que él había sido derrumbado al suelo, pateado y escupido). Todo terminó siempre bien. Y pronto. Salvo lo de Juan Penti. Pero también terminó, al fin, aunque me costó, ¡ay!...

Robles debía irse ya. Llamó al ordenanza. Tardó en entrar.

—Vaya a ver si aquel loco continúa ahí... —Fué, regresó—. Continúa, como si tal cosa.

No podía solicitar un vigilante. El comisario mismo vendría a pedir explicaciones... No, no, no... Pero, ¿por qué

no mandaría, simple y llanamente, un vigilante, sin tanto aspavientos, sin necesidad de venirse él mismo en persona y empezar a preguntar?... Y si sólo preguntaría a mí, que también preguntará al otro... ¡No! Vigilantes, no...

El Ordenanza no lo acompañará, no. Ya una vez le dijo así: "Mi vida me la expongo yo para mis cosas, no para las tuyas..."

Pero, ¡si hace dos horas que el hombre está allá!...

Quiere decir que esperará; no hay esperanzas de que se vaya...

Entonces Robles caminó hacia los fondos de la casa, subió una escalera de caracol, entró en una habitación llamada de servicio que tenía una escalerita abriéndose en la azotea; desde la cual uno podía dejarse caer —metro y medio— sobre el techo del retrete y de allí otra vez saltar al patio de la casa paredaña. Todo lo cual hizo Robles. Fué sentido por el chico.

—¡Mamá!... ¡Mamá!...

—Callate. Soy el Secretario del Juzgado y me olvidé la llave.

Había asomado primero una cabeza del comedor y después salió entera la figura de la mujer.

—¡Retírese por donde ha venido, retírese... no vuelva a entrar en esta casa!...

—Señora, por Dios, me olvidé la llave y...

—¡Mentira! ¡Se lo diré a mi marido y lo va a denunciar! Es la segunda vez que salta aquí. ¡Esta casa es nuestra, y dónde se ha visto que salten adentro!...

La mujer cometió el error de discutir, de hablar, con ese hombre. Robles sonreía, pedía disculpas, decía, incluso: "Bueno, me iré por donde he venido". Pero iba caminando el patio, mirando el vestíbulo y la cancel muy disimuladamente. La mujer proseguía con su indignación verbal. Era la segunda vez que ese Secretario penetraba en su casa y ahora su marido tomaría medidas...

Robles estaba ya con la mano en la cerradura de la cancel. Daba las gracias a la señora y le pedía perdón. Escoltado por ásperas palabras salía cuando oyó palabras del mismo chico:

—¡Mamá!... ¡Otro hombre saltó!...

Robles corría la calle desalado y evidentemente sin gracia. Llegó a Montes de Oca y tuvo el tiempo justo para trepar a un tranvía, el cual no alcanzó el perseguidor. El tranvía iba hacia el Sur, hacia Barracas al Sur, hacia el Puente de Barracas. Pagó el boleto, miró hacia atrás, la calle estaba más bien desolada; al hombre, no lo veía...

Estaba agitado. Pensó que seguramente el hombre subiría al tranvía siguiente. Determinó entonces descender. Descendió. La esquina era solitaria. Se encontró solo en esa esquina, muy solo, demasiado, por consiguiente muy visible, muy perceptible, se lo podía ver desde lejos. ¡Qué error, cuando uno quiere pasar inadvertido, buscar la soledad y la quietud; debía buscar, al contrario, la multitud, el ruido, el embrollo, gente, carruajes, etc.! Ya lo sabría para otra vez. Desde lejos todos los hombres se parecen, ¿y cómo distinguir a Robles de los demás? Desde lejos un carruaje despista, cubre. Desde lejos uno desaparece absorbido por los demás. En cambio, ahora, solo, en una esquina solitaria, era exhibirse demasiado. ¿Qué hacer?

Pensó tomar un tranvía que iba a Constitución. Se exponía a que lo viese el hombre. Resolvió finalmente meterse en el riñón del barrio, pero dirigiéndose hacia los terrenos de Pereyra Iraola. Allí ya pensaría qué hacer. Caminaba ligero y cauteloso.

Era la primera vez que huía así, tan perseguido. Escapar rápidamente, escapó en varias ocasiones; pero una persecución larga, nunca la había experimentado. Escapar, ocultarse, evitar a alguien, no tropezarlo, dispararle a uno y a otro, eran cosas ya padecidas. Ahora era distinto. Se encontró un poco novelesco.

Había leído alguna novela inglesa de cuya suma de sucesos y aventuras descabelladas y detalles curiosos, sólo le asombró hasta el estupor el modo suave y sencillo cómo un agente inmoviliza al más feroz de los delincuentes: extiende el brazo y posa la mano en el hombro del criminal, diciendo al mismo tiempo: "En nombre de la Ley"; y de inmediato, milagrosamente, el triple asesino queda quieto como una piedra, a disposición de la Ley, es decir, del vigilante o funcionario, como quien dice, de Robles. ¡Qué bueno era eso, así debía de ocurrir en Buenos Aires, un

agente debía inspirar el máximo respeto, y no se diga un Secretario de Juzgado, así sea lego. Respeto, y además miedo. El agente, o Robles, simbolizan la Justicia, la Ley, la Sociedad y el resto. Hay que modificar aquí las leyes, hay que imponer costumbres como esa. Pues, ¿qué ocurre hoy? Que un cualquiera puede aquí enfrentarse nada menos que a todo un Secretario de Juzgado de Paz, y eso fuera poco, sino que podía amenazarlo y golpearlo. ¿Qué atrasados estamos! ¿Qué hacen los legisladores que no toman cartas en el asunto? Pasó un tranvía. Robles subió. Iba hacia el Sud. Pensó en seguida cómo tuvo tanta paciencia el hombre aquel esperándolo más de dos horas en la calle; vigilando la puerta del Juzgado, ¿y cómo sospechó que había huído Robles por los fondos? Después pensó algo más profundo; como era hombre de mucho cuidado, sintió Robles cierto temor de que su propia huída fuese interpretada por el hombre como una burla. No; Robles no se burlaría nunca del hombre por haberle dejado dos horas de plantón en la calle y por habérsele escurrido de entre sus dos ojos y por haberse evaporado; no, no era una burla sino la huída —así pensaba Robles— de un hombre perseguido. Esto debe de comprenderlo, pensaba Robles. Tenía miedo de que el hombre encendiese más su ira si interpretaba como burla y vejación lo que era una legítima huída corporal al caño del revólver.

Recordó sus propias piernas. Hizo un esfuerzo para no pensar en la forma peculiar de la amenaza ni en sus piernas.

Entraron dos muchachas bien vestidas que se sentaron delante de él y hablaban con voces claras, nítidas, y por momentos, casi a gritos, pero se advertía que hablaban también bastante para los demás y para ser miradas; sus voces eran claras pero desagradables, infatuadas y falsas; y se referían a asuntos más o menos medicinales y hospitalarios; y repetían tercamente que el doctor le había escrito la receta y el doctor la había llamado aparte y el doctor le explicó si la fiebre subía y ella contestó que ya lo sé, doctor, la otra vez, doctor, lo mismo, doctor...

¿Pero dónde diablos voy?, pensó de súbito Robles, embrollado por las cosas de las muchachas estupefactas de doctorados. Debo regresar de cualquier manera. Segura-

mente el hombre ignora mi domicilio. Ya le hice perder mi rastro. ¿Qué pensará mi Negra? ¿A qué horas volveré?... Ya no habrá peligros... Podría esperar cerca por si pasa algún inquilino... en fin... miraré bien desde Patricios, eso es, en vez de regresar por Montes de Oca, volveré por Patricios. Me haré acompañar por un vigilante... ¡Ajo y reajo!... ¡Los vigilantes... el comisario!... No es como en Londres, donde la Justicia inspira respeto... Aquí, ni el vigilante me respeta...

Caminó unas cuadras y llegó a una esquina por donde pasaría el tranvía. Subió. Se sentó; quería recoger sus pensamientos, no podía, se le soltaban todos. Volaban, regresaban, mezclados, al rato. Se encontró con un pensamiento, por así decirlo, unitario y con un sentido peculiar; así:

"No es sonso, claro, si me mata va a la cárcel, sólo me tirará a las piernas, encontrará influencias y cuñas para salir pronto, ¡qué digo!, yo renuncio a proseguir las acciones contra él; en fin, será condenado a seis meses e indultado a los dos meses; no es sonso; entonces quiere decirse que está esperándome; piensa muy mal de mí; es claro, piensa: "se me escapó, no hay nada que hacerle, se me escabulló, el hijo de perra de Robles". Se habrá ido a su casa; ¿para qué esperaría más, si ya me le escapé? Y si se va a su casa, "mañana será otro día". Mañana, él mismo es otro, tendrá otro modo de pensar, tendrá menos rabia, la mayor parte de su rencor se le fué durmiendo. Es así. Hay que conocer a los hombres. Hoy, es claro, lo comprendo, fué a embargar, no encontró ni medio. Pero yo me pregunto, ¿quién le fué con el cuento? Alguien debe de haberle hablado mal de mí. "Ese hijo de tal por cual de Robles". ¿Qué bueno que se le ocurra pensar así! Esos insultos tienen de bueno que le alivianan a uno la rabia, y seguramente debe de haberme insultado así más de diez veces. Dios quiera que siga pensando así de mí. "Ese hijo de perra de Robles". La cuestión es salvar el pellejo. Que piense lo que quiera, a mí qué me importa, lo que interesa es que se le vaya la nerviosidad. De súbito, vió calles conocidas. Descendió. Miraba cautelosamente a todas partes, caminaba arremadito a la pared. Miraba y remiraba los bultos lejanos. Vió a Demetrio, el griego de la flauta. "Ese no me echará

de su lado". Se corrió hasta alcanzarlo. Le dió conversación. Entraron juntos en La Colmena.

COMPROMISO

Apenas salido de la pieza y al enderezar hacia la puerta de calle, había visto Robles la figura de Barqueti cerca de la escalera leyendo un diario. Le saludó muy sonriendo. Barqueti contestó nítidamente:

—Buenas tardes, Robles.

A Robles le pareció que Barqueti estaba haciendo como que leía; y además acaso le habría estado atisbando desde lejos.

Esto no le gustaba. Se sintió incómodo. Había desde antes determinado no tener relaciones con este tipo. Era peligroso, demasiado peligroso. Podía Robles perder tiempo con amistades inútiles, pero otra cosa es estrechar relación con gente de avería. No.

Tres cuadras andadas, Robles oyó su nombre.

—¿Qué dice, Robles?... ¿Va al Juzgado?

—Ya lo ve. Hay que trabajar... ¡Trabajar y trabajar!... En el Juzgado, en casa; y hasta caminando hay que estar reflexionando en alguna sentencia, alguna incidencia...

—Si no le molesta perder unos minutos, quisiera hablar con usted un ratito...

—¿Una consulta jurídica? ¡Con mucho gusto si está a mi alcance!

De pronto sintió la necesidad de hacerse chiquitito para que Barqueti lo desechase.

—...usted sabe, el derecho es complicado... el procedimiento nunca se conoce del todo, es decir, siempre hay, para que lo sepa, dos procedimientos, según donde se agarrar uno... Lo más justo es confesar uno que no sabe nada, aunque haya trabajado mucho. La verdad, en el procedimiento, está en el Juez Influyente... Eso es...

Barqueti lo dejaba hablar. Esperaba su turno. Robles continuaba charlando.

—...hay que ver los casos de legítima defensa... Todos los poderosos se banean en legítima defensa. Toda persona influyente mata en legítima defensa. O, sino, la excitación nerviosa. Es claro, estas son cosas de la Justicia Mayor. Yo estoy en la Justicia Menor. Pero uno llega a saber tantas cosas raras...

Doblaron por California, y Robles creyó verla a doña Paula entrando precipitadamente en un zaguán. ¡La chismosa doña Paula! El, Robles —pensó rápidamente—, tendría sus defectos, pero era reservado y odiaba el chisme y el espionaje.

—...¿conoce usted a doña Paula? Me pareció haberla visto entrar en ese zaguán... Irá a contar algo, o a espiar... No es bueno confesar cosas íntimas a esa mujer...

—dijo Robles.

—Mire, Robles, el asunto es claro y rápido: usted dirá sí o no; así deben hacerse los negocios entre hombres que son hombres; nada de vueltas, sí o no. Si no está de acuerdo, me dice claramente que no; nos saludamos, y como si tal cosa. Yo prefiero la claridad en todos mis asuntos. Son doscientos pesos ahora mismo. Los tengo en el bolsillo.

Es increíble la cantidad de cosas que ocurren en ciertos momentos brevísimos dentro de la mente; sólo que ocurren sintéticamente, sin ornamentos ni desviaciones; después, al recordarlas y pretender describirlas, les añadimos elementos ciertamente faltantes antes. Así, en la cabeza de Robles ocurrieron cosas curiosas, rápidas, importantes, y muy sintéticamente. Del fondo de su vida personal y física, surgió una negativa nítida. "No, no, nada con este hombre tan peligroso", mientras que del fondo de su pasión vital por el dinero o mejor dicho de su miedo de vivir, de su miedo a ser pobre, de su cobardía ante la lucha, surgió una afirmación apoyada por el hábito de aceptar siempre toda proposición semejante, incluso delictuosa, generalmente indecorosa: "Sí, sí, son doscientos pesos, a ver de qué se trata, a ver cómo se podría arreglar de manera de no caer, es claro, en la cárcel". Luchaban estos dos impulsos. Se puso nervioso. Callaba.

—Mañana es fiesta, no hay Juzgado, usted sin embargo podría estar allá detrás del mostrador, y sobre el mostra-

dor pondrá cuatro libretos de esos que usan ustedes. Y algunos sellos. Usted espera, muy serio. A la hora que convengamos, entraremos nosotros, es decir, los novios y los testigos.

Robles se heló. Comprendió todo.

—Nos ponemos delante del mostrador. Usted abre y cierra unos cuantos libros, escribe allí cualquier cosa, y nos hace las preguntas de rigor, cómo se llama el novio, domicilio, nombre del padre, de la madre, etcétera; a la novia, lo mismo; después, a los testigos. Todo en regla, con voz clara, con expresión seria. Nadie sabrá nada, nunca jamás. Ella, la novia, es analfabeta. Después, usted echa alguna firma muy dibujada, con un nombre cualquiera, le pega cuatro o cinco sellos, y... Bueno, Robles, conteste, diga sí o no. Francamente...

Oh, eso no, no; y menos, con Barqueti. Pero no tenía coraje para decirle que no. Robles no comprendió que Barqueti fuese sincero al decirle que prefería un no simple pero claro a una posición dudosa o equívoca. También conviene tener en cuenta que son los hombres como Barqueti, con su prestigio peligroso, los que se oponen a que uno sea con ellos otra cosa que miedoso, cuidadoso y desconfiado.

Robles ahora había eliminado la lucha entre el sí y el no padecida recién; apenas adivinó la cosa, todo Robles se negaba a la maniobra, por miedo, por desconfianza; era mejor no entrar en maniobras de ese género... Mientras tanto, callaba... Y este silencio fué interpretado por Barqueti como implicando una reflexión, y la reflexión debía constituir una duda, y una duda había que disiparla. Barqueti, en consecuencia, habló.

—Nadie va a saber nada. La novia, como le digo, es analfabeta, pero la imbécil quiere esta ceremonia antes. Y le vamos a dar la ceremonia que pide. No conoce las calles de Buenos Aires, menos, las de Barracas; le dijimos que se van a casar en el Registro Civil del Bajo de Flores. Usted, Robles, no tenga cuidado. Póngase unos lentes negros, péñese para atrás. Además, ¿a quién se le va a ocurrir hacer pesquisas en un Juzgado de Paz tratándose de un casamiento? Usted escribe o hace como que escribe, echa sellos y firmas, habla con seriedad. No tenga ningún

cuidado. Usted, además, al fin, cuando está todo terminado, le extiende al novio la boleta de casamiento, pero hace un juego de manos, y en vez de entregarle la tarjeta que usted escribió y selló, le entrega una que le vamos a dar antes nosotros. Ya ve: no sale del Juzgado ni su letra, ni su papel, ni sus sellos. Nosotros, todo lo tenemos prevenido. Sólo nos falta esta apariencia de oficina con archivos, libros, papelería en fin.

¡Qué profundo error, en Robles, callando y así dando pie a Barqueti a que sospechase en él a un colaborador dudando, o a un cómplice reflexionando! Y Robles no dudaba ya sino pensaba cómo salir del paso con una negativa que no enfadase a Barqueti. ¿Qué decirle? ¿Cómo decirselo? ¡Oh, qué momentos tremendos estaba pasando!...

—Son doscientos pesos. Se los entregaré ahora mismo.

Barqueti extrajo la cartera del bolsillo y de la cartera cuatro billetes de cincuenta pesos.

—Tómelos.

Pero el miedo —o cobardía— fué más fuerte que la tañería.

—Este... mire... Barqueti... me es imposible por varias razones... Vienen a veces letrados a verme... Los cito allá. O va el Juez de Paz a firmar autos... ¿eh?... Me es imposible, y mucho lamento no poder servirlo. Tengo la mejor buena voluntad hacia usted, ¿comprende?, pero estoy... me es imposible. Mándeme recomendados, sabré atenderlos finamente, como usted se merece...

—Bien, Robles, punto y aparte. De esto, nada ha de salir de sus labios, ¿eh?...

—¡Soy una tumba, amigo Barqueti!...

—Es mejor así... Buenas tardes, y amigos como siempre.

—¡Una tumba, seré una tumba... buenas tardes!...

DOÑA PAULA

No tendría doña Paula más de cuarenta y cinco años. Gastó todo su tiempo, todas sus energías, y toda su inteligencia, al servicio del chisme. Era un hábito y era una

pasión. Tenía ya desde que se levantaba de la cama, las ganas del chisme como otros tienen en seguida las ganas del mate, o como otros se encuentran incómodos y nerviosos por carecer en esos instantes del cigarrillo. Era una actividad tan absorbente, que acaso le haya gastado el físico también. Parecía una vieja; vestía mal, estaba sucia. Lo que no fuera materia de chisme era cosa indiferente o neutra. En lo demás, se había dejado estar, como se dice, se abandonó a las contingencias exteriores sin precaverse. Engordó. No sabía encontrar el almacén donde vendían más barato, se embrollaba en las cuentas, no veía en perspectiva ni en síntesis los grandes sucesos del conventillo, ella que sabía los hechos mínimos y desechados. Vivía, actuaba, hablaba, en función del chismorreio. Chismorreando, ella procedía, por así decirlo, de modo normal; si no había chisme, por ejemplo cuando adquiría mercaderías, mostraba algo faltante, algo cortado, algo imperfecto. Es que no estaba —ahora— en su estado normal. La nerviosidad e imprecisión del fumador que carece de cigarrillo, se apoderaba de doña Paula si estaba media hora vacía de chismes...

Caminaba hacia el almacén y de pronto se detenía, bajaba la cabeza hacia su bolsa pero su mirada subía escondidamente hacia alguien que en la vereda de enfrente conversaba con un desconocido. Estaba en su pieza abrochándose la blusa y de súbito dejaba inacabado el acto ese para acercarse rápidamente a la puerta y mirar finamente afuera. O adosaba su oreja al ojo de la cerradura porque pasaba —y conocía sus pasos golpeteando con el taquito—, fulana o fulano. El chismorreio es curiosidad, charlatanería y espionaje. Estas actividades son lentas, pausadas, descansadas; ágil el espionaje, pero no brutal, físicamente hablando; de modo que engordó, porque sólo hacía de más la comida y las compras, pues quien lavaba era su hija mayor.

Sin embargo, podría cuidándose un poco, tener, como se decía entonces, silueta; si atendía algo su cuerpo, su vestido, mostrarse menos sucia, menos abandonada. No era fea; aún podía tener muchos sueños vitales, sueños de amor, por ejemplo, ya que, viuda como era, nada le vedaba contraer segundas nupcias. Pero no; el chisme, tanto le absorbió, que ella misma fué chisme y sólo chisme. Pagó con moneda

de amor, su placer del chisme; sacrificó su cuerpo, todavía vivo y justo a poco que lo cuidara, al chisme.

Las dos mejillas se le caían un poco. Todo el semblante, a fuerza de ser reprimido en sus expresiones espontáneas y vivaces para esconder la malicia, y la curiosidad y de este modo mostrarse propicio y abierto a las confidencias, ahora llegó a ser neutro, o sonso. Sólo los ojos eran muy ricos, su rostro estaba habituado a una sola expresión exterior de la intimidad: el asombro. Había doña Paula aniquilado las demás expresiones, por ejemplo, la contemplación estética, la atención desinteresada, la simpatía hacia la persona, la misma curiosidad por cosas impersonales, como los fuegos artificiales, que los estuvo mirando la vez pasada de un modo que hizo decir a Pilar: Mirá a doña Paula, qué cara de boba...

Doña Paula debe actuar jugando su carta, casi siempre la misma; espera un rato; del asunto indiferente extrae de pronto un detalle minúsculo que tiene relación cierta, o sospechada, o ridícula, con el tema del chisme; y ahí ya está cumplida su primera parte; digamos, la obertura. Ella casi nunca comienza la conversación; la extrae de su interlocutora.

—¿Sabe, doña Paula, quién está enfermo? Don Camilo...

Doña Paula lo sabía, pero era asunto neutro; ella quería otro tema:

—Ah, doña Manuela, pensaba que me iba a decir cómo sigue Estanislao, que se cayó del caballo cuando vigilaba a un joven que persigue a su hija...

—¿Sabe quién murió, doña Paula? ¡Antonio!

—¡Ah... pobre, y yo me creía que iba usted a decir don Santiago, que está enfermo, quién sabe de qué, como no sea por los disgustos que le ocasiona su hija... no sé si usted lo sabe...

Pero pongamos que haya muerto el carnicero.

—Oh, miren lo que son las cosas... Más enfermo está el marido de... bueno, no quiero decir más... de esa... usted me entiendo... ¿no?

Es claro que muchas veces la extracción de la semilla chismosa producía risa —si no rabia y asco—. Por ejemplo una vez alguien dijo que iba a adquirir un retazo de seda

verde para aplicaciones en una blusita blanca, y doña Paula, que estaba ardiendo en deseos de atrapar su tema, dijo:

—¿Aplicaciones verdes sobre blanco? Sí, queda bien. Precisamente mi chica y yo conversábamos la vez pasada, porque ella tenía que hacerse un vestido, y discutíamos eso de los colores, y verde sobre blanco no le gustaba mucho a mi chica, y hablando y hablando, al fin confesó que no quería ser confundida con una Adelina cualquiera que si una vela se le apaga la otra le queda encendida; porque usted sabe que...

Y aquí la voz se hacía bisbiseante y nerviosa y largaba el chisme. Como todas las mujeres son aunque en distinto grado, conversadoras de minusculezas, muchas de ellas francamente chismosas, otras curiosas de vidas ajenas, esta doña Paula debía de tener abundantes relaciones, así sea asentadas sobre la utilidad de escucharla contar todas las novedades ignoradas por lo demás. Al principio, si; tuvo amigas de toda edad y condición, pero después de haber un chisme suyo provocado una escena de sangre, muchas mujeres creyeron mejor alejarse de ella; se pasaron la voz y ahora eran escasas las personas que no le huían.

A doña Paula no se le iban a escapar las cosas de este inquilinato, aunque no vivía allí.

Una mañana vió a doña Clotilde en la misma calle y se detuvo a conversar. La dejó hablar. El precio de los condumios, lo de siempre. Doña Paula esperaba. Para cortar el tema de los artículos de almacén, dijo:

—¿Cómo se está poniendo de diablita su chica!, ¿no? Pero doña Clotilde volvió al precio de los porotos. Entonces doña Paula, sabiendo que los estibadores viven alegremente cuando entran y salen vapores, preguntó por el marido.

—¿Dicen que entró un barco doña Clotilde?

Así un rato prosiguió la charla, aparentemente honesta, hasta que doña Paula encontró la rendija.

—Bueno, doña Paula, la dejo porque tengo que ir a la tienda...

—Yo tuve que ir ayer por unos botones, y fui por Magallanes, y qué me dice usted, doña Clotilde, ¿a quién me veo?...

Pegoteó unas palmadas innecesarias a su falda inelegante

y prosiguió; bajando la voz y estirando el cuello, con ojos que expresaban dramático espanto:

—¡ah... pues yo iba por Magallanes porque no quería pasar por California para no verme con Filomena, que se me venía encima... Filomena... ¿sabe?... ¿usted ya sabe!... Hubiera tenido que hablar... y cómo una mujer decente va a hablar con... Yo no sé nada, es claro... y una no debe dar crédito a lo que se dice... pero Filomena...

—¿A quién vió por Magallanes, caminando?

—Juanita, tan religiosa, es verdad, y eso es bueno en una mujer, es claro, sólo que, en fin, todo tiene sus medidas, y ya ser beata es otra cosa distinta... Será, digo yo, para que Dios le perdone, en fin, ciertas cosas que una no sabe... porque a mí no me diga, doña Clotilde, este... ir tanto a la iglesia, es ir caminando siempre por las calles. ¡Hasta de noche, las novenas, de tarde, la vía crucis, esto es estar callejeando todo el día!... y Diego, usted sabe, no es obrero que tiene sus ocho o diez horas y que debe estar en la fábrica, sino que, como lechero, sólo hace sus repartos a la mañana, pongamos, dos horas, y al atardecer, otras dos horas... pero, ¿y lo demás del tiempo? ¿Quiere decirme dónde lo pasa? Porque no va a los cafés ni a las lecherías... Si no va a verlo a don Pedro, ese marinero engreído. La vez pasada me la encontré a Juanita por Lamadrid con Diego y con Edo ¿me puede decir usted dónde iban los tres? Yo no lo sé. Nadie lo sabe. Estuvo Edo, el chico Edo, con ellos para despistar. Después, diría Juanita que fué a la Iglesia. ¿Quién la desmiente, si nadie la sigue? Porque, digo yo, usted nunca la vió entrar en la iglesia, usted nunca la siguió, digo yo... Nadie puede decir entonces dónde va con Diego algunas tardes, solos los dos... Lo que es yo, no me meto en vidas ajenas, que lo sepa por otro conducto, lo que es yo, punto en boca, como se dice... Y ese Edo, que ya no es un chiquilín, tiene quince a diez y seis años, creo yo, y Juanita debe tener veintidós, o veintitrés... bueno, yo los he visto en unos juegos de manos que... que bueno... en fin... Las otras tardes, ella le dijo: Rico, y lo quiso acariciar... Y si esto hacen en plena calle qué no harán en la obscuridad de la iglesia... Y se besaban, delante de todo el mundo... es claro,

la gente decía que Edo era un chiquilín... sí... pero esos besos no se olvidan... Mire usted, esta Juanita una vez empezó a echarle flores a mi nena, diciéndole que ya era tiempo de que fuese a la iglesia, y, bueno, esas cosas, pero yo, que no soy ciega, me la paré a Juanita, y le dije, con todas sus letras, porque yo no la voy con vueltas cuando se trata de la honestidad, que me hiciera el gran favor de no engatusármela a mi nena, que no le hablase más, que no me preguntase por qué, que ella debía saberlo mejor que yo, y que además a mi nadie me iba a enseñar a educar a mis hijos, que no necesitaba a nadie que se metiera en mi casa, que yo conocía mis deberes de madre cristiana, que no quería verla a mi chica callejeando por ahí sola, diciéndome que iba a la iglesia todos los días sin poder controlarla, y que una mujer de su casa tiene siempre algo que hacer en su casa en vez de andar callejeando con el rosario entre los dedos.

—¿Y qué le contestó Juanita?

—Ah... la beata... la beata... Se puso como un tomate y quedó toda abochornada.

—Y... este... ¿no será por esto que el chico Edo la mira a usted con rabia?

—¡Ni lo sé ni me interesa doña Clotilde! Pero... a mí no me va a engañar ese mosquita muerta. Yo sé...

—Mire doña Paula, Edo es un chico inteligente y limpio... Y Juanita es pura como un recién nacido... ¿Por qué no prueba doña Paula, a hablar bien, una vez, de cuando en cuando?... Va a ver qué lindo le parecerá...

—¡Qué doña Clotilde... siempre tan... sonriente!...

—Se lo digo sonriendo... pero en serio...

Esta doña Paula es la que vio caminar juntos a Robles y Barqueti, pasó por su lado y se escondió en un zaguán a espiarlos.

LA PAREJA

Los chicos iban serios y juntos, en primer lugar, porque en cierto modo estaban trabajando como los mayores, pues debían recoger del suelo las papas caídas o desechadas en

la plataforma de carga de Casa Amarilla; y en segundo término porque estaban en un barrio ajeno.

Entraron con sus bolsitas en el potrero de Casa Amarilla. Ya estaban descargando los vagones y naturalmente cargando en las chatas, carros, jardineras y carritos de mano.

Una locomotora arrastraba vagones y jaulas que de pronto con extraño ruido de hierro en los paragolpes y el resoplido de la humosa chimenea, desprendía uno o dos que entonces viajaban solos. La máquina iba y venía echando en distintas vías, vagones sueltos. Era como el fondo sonoro de la plataforma de descarga. Aquí los hombres descargaban bolsas directamente sobre los vehículos. Siempre caían papas sueltas en el suelo. Siempre había alguna bolsa mal cosida, por torpeza o con intención. O se rajaba la malísima arpillera, desgranándose el contenido. Pero lo importante consistía en los compradores que cargaban sus bolsas y ahí mismo, sobre el piso de su carrito, abrían las bolsas, desparramaban las papas, y con ágiles y habituales manos las seleccionaban según tamaño y calidad en dos o tres montones.

Con modos rápidos y mecanizados, los brazos de pronto se levantaban y echaban por sobre el carro y afuera, alguna papa inválida, o medio machucada, o deteriorada de algún modo, o muy arrugada, o muy pequeña.

La papa iba a caer cerca de algún viejo, de alguna mujer, de algún chico. Era recogida de inmediato. No había discusiones. Recogía siempre el más próximo.

Así los tres chicos de La Colmena, algo más que mediaron sus bolsitas con papas que, cortadas prácticamente por las madres, tenían siempre alguna zona buena de comer.

—¡Los berros, ahora, Federo!

—¡Ah, sí!...

—¿Qué hora es? ¿No será tarde? Tenemos que caminar mucho...

Dejaron la búsqueda de los berros para otra ocasión.

—Mamá dijo que ahora era el tiempo de los berros...

—Pero es tarde... Y llevamos muchas papas...

Regresaban por la Avenida Almirante Brown transitada en aquel entonces por gente que hablaba una jerga extra-

ña denominada abusivamente genovés. También de vez en cuando oían hablar el guaraní. O el español.

Ramoncito tenía pena por los berros menospreciados. Su mamá le había recomendado tanto recoger lo suficiente para dos días de ensalada. El berro tiene un gusto apenas amarguito, apenas; y se le extrae ese gusto cuando se lo mastica entre los dientes. Es menester que todavía esté tierno el tallo pues se endurece pronto y entonces parece una sogá. Se arranca de raíz.

Regresaban los tres chicos por Brown hacia el muelle; por la calle Pedro Mendoza llegarían a su barrio sin perderse. La calle Brown era la avenida principal de la Boca.

Había siempre mucha gente porque por allí se aliviaba el tránsito de las calles restantes, un poco encerrado, pues todo el barrio sólo tenía dos válvulas de escape hacia el centro: por Brown y por Patricios. Necesariamente, hacia estas dos calles debía ir la gente para salir de la Boca.

Pasaron Olavarría y de pronto Ramoncito se echó dentro de un zaguán y con mucho aparato de manos y gestos llamó a sus amiguitos para que se ocultasen.

—¿No vierón?

—¿Qué? ¿Qué hay? ¿Qué es?

—Esperen. Yo miro. Ustedes quédense adentro.

Ramoncito adelantó la cabeza fuera del zaguán y miró a su derecha. Tenía innecesariamente echados atrás sus pies. Se agarraba al pasamano de la puerta.

—Mirá vos, ahora —le dijo a Federo, como invitándolo a un espectáculo particularísimo.

Federo hizo lo mismo: adelantó la cabeza y miraba a su derecha.

—¿No ves? ¿Pero no ves? ¡En esa vidriare!...

Federo se dió vuelta.

—¿Y qué? —inquirió a Ramoncito. No daba mayor importancia a lo que había visto.

—¿Y yo? —preguntó el Coco.

—¡Mirá!...

—¡Adelina!...

—¡Con Barqueti!...

—Ahora se van... para allá...

—Salgamos entonces.

—Salgamos. Pero tenemos que ir por otra parte... Vámonos por Olavarría.

—¿Por qué?

—Ahora tenemos que ir por Olavarría ¡y basta! No quiero que ese Barqueti me vea. Mamá siempre me dice que no lo mire. ¡Ah, no tenemos que decir nada en casa, eh!

—¿Por qué?

—¡Por qué... por qué!... Porque ese es capaz de matarnos.

—¿A los chicos también?

—Y... es capaz de todo. Papá dice que es capaz de todo. Que lo mejor es si él va por aquí, nosotros ir por allá...

—¿Es cierto que ya mató a dos personas?

—Y... todos lo dicen...

—¿Con revólver o con veneno?

—Será con revólver. El veneno sólo lo usan las mujeres.

—¿Pero será capaz de matar, por hablar uno?

—Esa gente mata por nada. Son así. Se enojan y paf, un balazo, y el otro cae muerto.

—¿No lo llevan preso?

—No.

—¿Por qué?

—Es amigo del doctor Núñez y cuando mata a alguno va a esconderse en Barracas al Sud.

—¿Y qué tiene que ver Barracas al Sud?

—Y... ¿no saber?... allá ayudan a los que matan y roban... Hay un hombre que ayuda a los chorros y es como el presidente...

—¿Entonces no hay que decir nada? ¿A mamá tampoco?

—¡A nadie... a ninguno!... Vos también, Coco, tenés que callarte. No le digas nada a Edo ¿eh?

—¿Entonces por qué me dijiste que mirase?

—¿Entonces vas a hablar, eh, decímelo, eh?

—No.

Finalmente convinieron con la máxima gravedad no decir a nadie que habían visto a Barqueti con Adelina conversando en la calle Almirante Brown delante de una vidriera.

Al día siguiente, menos Barqueti y la familia de Adelina, todos lo sabían.

Don Pedro le dijo a Ramón Lainez:
—Ya está Adelina en camino de ser ramera.
—¡Pobre Augusto! —comentó Ramón.
El gavilán cayó sobre su presa.

MISERIA

Doña Rosa, que tenía cierta experiencia a pesar de no haber tenido hijos, aconsejó a Estela llevar a la Chola a la Asistencia Pública.

—¿Usted cree, doña Rosa? ¡Pero entonces está mal!...

—Eso habrá que saberlo... El médico dirá...

Llevaron a la nena. El médico, como siempre, escribía una receta. Como siempre, la voz de Estela, rezando:

—¡Qué sean caros los remedios, doctor!...

El médico, joven, generoso, procuró no asustar a las mujeres.

—Traiganla otra vez si tiene fiebre alta o si respira con dificultad. Los remedios son necesarios.

—¿Y no nos pueden dar aquí, en la farmacia del hospital?

—No sobran los remedios. Apenas tenemos para el servicio interno... Pero si quieren los remedios gratis tienen que traer un certificado de pobre de la comisaría.

Regresaron y ya estaban en la pieza Ramón y Edo.

No sabían qué podía ser. Pero había una receta. Ramón recogió la receta de manos de doña Rosa.

—¿Va a ir a la farmacia? —preguntó ésta.

—Sí, claro, —respondió Ramón.

—Démela a mí. ¿Quiere que vaya yo? insistió doña Rosa.

Era una manera muy delicada de resolver la situación. Ramón no tenía dinero. Doña Rosa pagaría.

—Démela, Ramón, iré yo...

—¡No faltaba más! gracias, doña Rosa... —Y Ramón sonrió de un modo esforzado que dejó en las dudas a doña Rosa.

Edo miraba y oía.

Ramón tomó cuatro mates más y salió. Al pie de la escalera se encontró con Augusto, que entraba.

—¿Qué te pasa? ¿Estás preocupado? ¿Qué tenés?

—Lo de siempre, pues. Vuelta a lo mismo. Es como querer tapar con la mano la boca de un caño de desagüe... el agua te empuja la mano y sigue saliendo... Ya me estoy cansando.

—No digas pavadas. A todos nos ocurren cosas...

Entonces Ramón se sintió humillado. Era verdad, a todos le ocurren sus propias cosas, más o menos tremendas, y él, Ramón, ahora se estaba haciendo el dramático delante de Augusto, que tenía la visión ensangrentada de Barqueti.

—Subí, vamos a mi pieza.

El viejo Dardo estaba tejiendo esterillas con manos agilizadas, serenas, y había algo gracioso en esos dedos sarmentosos jugando tan flexiblemente con las fibras vegetales. El silencio era raspado con los filosos ruiditos de la paja desgarrada. Había entre tantas cestas, canastos, escobas y sillas, bastante sitio para una mesa en el centro de la pieza. Se sentaron Augusto y Ramón.

Sobre la mesa ya había dispuesto el viejo Dardo todos los chismes del mate; faltaba únicamente echar alcohol en la taza del calentador y encender la mecha embebida. Tomaron mate y hablaban. Nadie sabía si el viejo Dardo, oía; tejía y tejía con sus ágiles dedos.

—Bueno, ¿cuánto necesitás?

—En la pieza recién me dijo casi lo mismo doña Rosa. Ya no necesito nada.

¿Por qué?

—He resuelto no pedir nada a nadie. ¡Esto se acabó! Estoy rabioso...

—Sí, claro... comprendo. Mirá, Ramón, yo soy mal razonador, y en esto de consolar, soy un negado. No sé hablar. Pero estoy sintiendo que no tenés razón, vos. Y que además es una falta de amistad negarte a mi ofrecimiento; es como decirme que mañana, si yo necesito de vos, tendré que no pedirte nada. Y quién sabe, mañana yo de veras te necesite.

—Estoy cansado. Asqueado.

Vos sabés que te estimo y que estaré a tu lado cuando

quieras. Pero, sobre esto, nada. Estoy decidido. Encontraré los remedios, no sé cómo; los encontraré. Lo agarraré a don Lucas por el cogote y le meteré la cabeza dentro de las estanterías. Pero yo traigo los remedios a mi casa. Lo demás, no me importa.

—Estás nervioso. Sin embargo no me vas a negar que uno no está tan solo. Entre nosotros hay solidaridad.

—No. Estoy rabioso. Doña Rosa dijo que acaso haya un comienzo de difteria. La nena no puede respirar, se ahoga, y don Lucas, en su botica, amontonando plata. Tiene razón Bacciadonne: el mundo está mal hecho...

—Perdés el hilo de las ideas. Oíme: dame a mí la receta.

—Te digo que no.

—¿La vas a dejar morir a la nena?

—Hay que terminar con esto.

—Pensá en tu hogar.

—Sí; eso que dicen hogar los ingleses ricos. ¡Hogar!...

Una piecita donde si uno viene con una caja de zapatos, tiene que dejarla afuera porque no hay espacio... ¡Hogar!

—Tiene gracia... Pero hay que luchar...

—Hasta ahora siempre tuve alguna esperanza de no sé qué... de algún cambio, qué sé yo... un ascenso... no sé, alguna vuelta de la fortuna... Y esta esperanza me hacía refrenar la rabia... Pero, cuando uno pierde las esperanzas, se desboca y echa a correr y, claro, tropieza, cae, se da contra una pared, y esto es lo que me va a ocurrir. A veces tengo una extraña sensación de nada, de vacío, de estar en el hueco de un precipicio oscuro donde ni siquiera hay luz ni aire pero sin embargo uno no se muere... Una sensación de impotencia, también, como echar los brazos para agarrar algo donde sostenerse, y no dar con nada. Y un sentimiento torcedor de la injusticia. Todo es injusto, todo. Este mundo hay que cambiarlo, Augusto. Perdoname, Augusto. A vos te suceden cosas también terribles, y sin embargo vos conservás la serenidad...

Augusto se sintió tocado en el corazón. Era verdad. Estaba angustiado como nunca, esta vez porque ya no se trataba de un Samuel cobarde, sino de un Barqueti decidido a todo y contra este sólo había un camino: el que

llevaba al crimen. Augusto cambiaba la yerba en la calabaza del mate, despacito dejaba caer el agua del cuello de cisne de la pava.

—No podemos comparar nuestras cosas, las mías con las tuyas. Yo creo que lo tuyo es serio, Ramón.

—Yo comprendo que todos tienen sus cosas, sí. ¡La cruz nuestra de cada día, todos la cargamos!

Tras una pausa, añadió: Más de una vez en mi vida tuve alguna sensación de vacío, de nada. Ahora esa sensación de nada continúa... Nada... Nada... esto vos no comprendés que sea... nada, impotencia, injusticia, puertas cerradas, nada... Y esto más: la sensación de algo que nunca acaba, como esto de los remedios; ¡tomo una receta, me duele, me pongo nervioso, casi no puedo respirar, salgo, pienso en cosas tremendas, busco, tropiezo, camino, hablo, y finalmente, ah... respiro, encontré los medicamentos; regreso; y vuelvo a vivir, digamos así, cuando, diez días después, otra vez: la receta, otra vez, Augusto, lo mismo... Y aún suponiendo que uno consiga al fin los remedios, ¿y qué? Diez o quince días después, nuevamente aquello... y el alquiler y la ropa y el calzado. Oh, esto es interminable... esto es... esto abate, esto hace caer el alma del hombre más macho... Estoy con esa sensación de que, aún encontrando hoy los remedios, mañana tendré que salir otra vez con una nueva receta... ¿Qué vida es esta? Espérame, voy a lavarme.

Dejó Augusto los chismes del mate y tomando una toalla y la jabonera, salió de la pieza. Cuando el viejo Dardo le vio salir, se incorporó y barrió la mesa con la servilleta. Tomó en sus manos los útiles y se disponía a salir para lavarlos cuando se detuvo.

—Aquí, don Ramón lo que hace falta a los pobres es perder el miedo y empezar a barrer —dijo— y salió de la pieza dejándolo solo.

Pobre Augusto, —ensó Ramón... Con su tremendo drama, peligroso sin duda, tener que estar escuchándome a mí que al fin y al cabo, tengo el problema de cinco pesos...

Sintió rabia, pero ya una rabia parcial, con un objeto concreto, no como la anterior, que le desbordaba y aún

desbordaba todos los objetos pues iba hacia el Destino, y el crimen.

Se le entró el recuerdo de sus parientes. ¡Ah, los parientes! Y todos ellos, buenas personas, pero, es claro, eran pobres y también tenían sus cosas... Su tía Mecha, su primo Elio, su mismo hermano Rafael... A todos ellos les debía dinero; últimamente, Ramón había sentido junto a ellos algo desagradable y no sabía qué era. Su cuñada, tan buena, la última vez, lo primero le dijo que debió malvender un corte de vestido que había soñado utilizarlo para ella; y era porque debía pagarle a un acreedor; y su tía Mecha, al fin y al cabo con su rentita, se anticipó a decirle que habían aumentado la valuación y que todos los años aumentaban los impuestos; y Elio, tan simpático, antes de preguntarle por los chicos, le confesó que debió pedir un adelanto en la tienda donde trabajaba, para solventar un apuro... la repetición de estas cosas produce su efecto. Ramón se sentía súbitamente rechazado en el lado del dinero; o sentía que le estaban diciendo que era bienvenido pero que no pidiese dinero. Y tenía una vaga sensación de disgusto. Ahora todos esos hechos se le ponían delante y adquirían su verdadera significación. Y Ramón no sintió enojo; sus parientes eran buenas personas, sólo que no comprendían del todo la pobreza; y él, Ramón, no podía confesársela desnudamente porque la confesión debía estar junto a un sentimiento de fracaso, de lástima, de humillación, y esto no, —se decía Ramón, esto no, nunca...

Regresó primero el viejo Dardo con los chismes del mate limpios y secos, y los colocó en una estantería.

—Los pobres tienen que ayudarse uno a otros —dijo y volvió a salir.

—Ché, Ramón, oíme, —dijo Augusto entrando. Tenía su mano derecha con la toalla secándose la parte posterior del cuello. Despeinado, con el abundante pelo mojado, parecía como una cabeza de Eolo. De algunos mechones de pelo caían gotas de agua. Se secó después la cabellera negra y revuelta. Finalmente, dejando la toalla en el respaldo de la silla, tomó en sus manos una tela fina con la cual se secó despacio, más despacio todavía, y cuidadosamente, los ojos...

—¿Todavía no lo usaste al doctor Núñez?...

—Efectivamente, todavía el doctor Núñez no me usó a mí...

Augusto rió.

—Vos sabés que una vez me mandó llamar indirectamente...

—Ah, me acuerdo.

—Yo no sé si sabés otra cosa. Te acordarás cuando murió aquel muchacho empleado en Contaduría, y yo, ingenuo de mí, busqué dónde agarrarme y apoyarme para ascender. Tenía derecho a un ascenso, y tenía también necesidad de unos pesos más al mes... Bueno, finalmente, las gestiones del amigo de mi amigo tropezaron con las gestiones personales del doctor Núñez en favor de un tal Aldo Caprini, italiano para mejor, que entró desde la calle, desde el Comité, a las obras del Riachuelo, en un puesto que yo antiguo empleado, argentino, no pude conseguir... Me sentí rabioso como nunca. Aquel Caprini era un hombre de comité, un gritador de vivas a los doctores, escribidor de sobres, fijador de carteles y correveidile de Núñez. Bueno, una tarde estábamos en la lechería y Bacciadonne, vos sabés cómo es a poco que uno lo enciende, estaba despotricando contra no recuerdo qué, en fin, esas cosas suyas. Entonces, cuando vi un agujero por donde meterme, me le planté a Bacciadonne, y conseguí silencio, y dije, más o menos, así: "¿Por qué gasta Bacciadonne tantas fuerzas y palabras para desintegrar el sentimiento de patria, si este sentimiento sólo se puede desintegrar desde adentro? Toda desintegración, amigo Bacciadonne, debe comenzar desde su interior, como la pudrición de una manzana; toda sociedad, comunidad, entidad, amor, familia, partido, se deshace desde adentro. Los ataques desde afuera, Bacciadonne, al contrario los fortalecen. La patria, por ejemplo, si la atacan desde afuera, se reúne, se une, se hace fuerte; pero, al contrario, para deshacer a la patria, para pudrirla, hay que trabajar desde adentro, con el trabajo de los políticos indecorosos, de los funcionarios coimeros, de los legisladores interesados, de los que realizan negociados o salvan la situación vendiendo a la madre se va destruyendo a la patria con actitudes como la del doctor Núñez, para quien todo

lo extranjero es mejor y está entregado a los yonis... Los anarquistas como usted, Bacciadonne, son, perdóneme, charlatanes sin fuerzas ni eficacia; los malos políticos como Núñez son los gusanos destructores..." Bueno, Augusto, yo hablé así, tan claramente, porque en otra mesa estaba sentado Murú, ese polilla de comité, que le iría al doctor Núñez con el cuento, claro... y ¡para eso hablé!... Ahora comprendí Augusto, que también tengo cerrada la puerta de Núñez...

—¡Ajá... sí!... Yo lo hablé una vez... Me trató con guante de seda. Se me ofreció para cualquier servicio. Y lo usé una vez, no para mí, es claro. Es servicial. Lo que hay es que... en fin, son todos iguales... Piensan en ellos solamente... Quieren estar arriba y nada más.

—¡Canallas!...

Prosiguieron hablando. Hasta que Augusto advirtió más fluidez en el propósito anterior de Ramón, menos terquedad. Finalmente, Ramón se llevó la plata para pagar los remedios.

LA RECETA

Como ocurriesen en la Chola los fenómenos presupuestos por el médico, determinaron Estela y doña Rosa llevarla otra vez a la Asistencia Pública.

Era el mismo médico; con palabras tolerantes para la incomprensión o la irritación de los enfermos o de las madres de enfermos.

Había sarcasmo y agresión a veces contra circunstancias más bien ajenas a los enfermos, por ejemplo: que en la botica del hospital no hubiese mucha provisión de medicamentos, que faltaban camas, que los políticos querían mandar en el hospital, y cosas de este género. Era un hombre que quería ser bueno y generoso y no lo dejaban serlo. Por esto más de una vez, ante el lacrimoso reclamo de una vieja que carecía de dinero, él reaccionaba en cierto modo contra ella, despidiéndola con palabras fuertes, porque de

otro modo hubiese tenido que despotricar contra el gobierno, y lo echaban a él, en consecuencia...

Revisó a la Chola.

—Por favor, señora, ahora no me diga que le recete medicamentos baratos. Hágame el favor. Estoy nervioso yo también. Su chica tiene difteria. Los remedios estos son necesarios. Por favor, no me diga nada, señora, lo siento.

Aterrada, Estela callaba. Doña Rosa tomó en sus brazos a la Chola. Caminaban las calles de regreso a La Colmena. Se turnaban llevando a la enferma.

Hablaban muy poco, casi nada. Pero estaban, es natural, asustadas. La difteria era la muerte casi segura. De vez en cuando, innecesariamente, una de ellas levantaba la pañoleta de lana que cubría la cabeza de la Chola y la miraba compasivamente.

Estela sintió que sufría mucho menos pensando en otras cosas que no en la Chola. Pensaba en Ramón. Pensaba en Edo, su chico, tan serio, tan callado, tan obediente. Tenía Edo un mundo adentro, que se le estaba escapando a la madre. ¡Cómo miraba Edo a la Chola! La Chola, ahora en los brazos de doña Rosa, está condenada a muerte. Ah, ah... sufrir, hay que sufrir... Ramón también sufrirá, sólo que contendrá su dolor, no saldrá de sus ojos ni una lágrima; de su boca, ni una blasfemia, pero, cómo sufrirá... Una nena nos faltaría dijeron antes de nacer la Chola; y fué una nena. Sintieron una alegría intensísima. ¡Una nena! La iban a mimar... Y ahora está la nena condenada a muerte.

—Démela, doña Rosa.

La tomó Estela en sus brazos.

Pensaba: Edo, su hijo preferido. Era extraño en algunas cosas. Ella no comprendía alguna vez la conducta de Edo. ¿Cómo jugaba tan poco con los chicos de su edad? ¿Por qué era tan serio? Coco era mucho más... ¿cómo decir? Era como todos los chicos. Tan fácil de reír, de jugar, de llorar, también. No como Edo que nunca lloraba. Pero, ¿cómo miraba, cómo! Era más fuerte la mirada dolorosa de Edo que todas las lágrimas del Coco. Sufría Estela más tremendamente la mirada entristecida de Edo que todas las aguas lloradas de los ojos del Coco. Edo se está haciendo

hombre, ah... Está en la edad peligrosa... Y Ramón... Ramón era un hombre. Con todos sus defectos, con su fracaso lamentable, era un hombre. Antes, cómo lo había amado, qué bien hablaba, después, es claro, la vida, la pobreza, las enfermedades, el dinero, los hijos, las necesidades... Ramón, sin embargo, no se acobardó nunca. Venían encima las fatalidades, una tras otra, y Ramón no huía nunca, las aguantaba. Cuando era necesario un hombre, Ramón estaba ahí. Las recetas, por ejemplo.

La interrumpió doña Rosa en sus pensamientos.

—Más despacio, Estela...

Doña Rosa tenía gruesos y pesados sus sesenta y dos años y los esfuerzos irregulares o apresurados la cansaban especialmente en la respiración y en las piernas.

Estela disminuyó su paso. Levantó la pañoleta de la nena. Las cabezas de Estela y de doña Rosa inclinadas sobre la boca de la nena observaban el ritmo dificultoso de la respiración. El médico le había pintado con iodo, al parecer, garganta y nariz; ¿iodo o qué era, doña Rosa?

—Y, bueno, doña Rosa, el noventa y nueve por ciento de los enfermitos, "se van"...

—¡Tanto habíamos soñado con una nena! Dos varoncitos. Después, la nena. Era la felicidad, nos habíamos olvidado de la pobreza. La felicidad. Y Ahora, la diferencia se la lleva...

—¡Deje de pensar eso!

—Me asusta estar tan serena...

—Mejor, Estela...

—Es que esto ya se veía venir. Ellos también van a aceptar esto serenamente.

Al rato, caminando y pensando, Estela sintió nuevamente sus pensamientos dirigidos hacia Ramón y Edo. Tanto tiempo, tantísimo tiempo, pensaba intensamente en la Chola, enferma, débil, anémica, y sólo por alguna necesidad que lo exigía pensaba en Ramón y en Edo. Ahora que, aceptada ya la muerte de la Chola, tenía, por así decirlo, espacio mental libre, lo sintió ocupado por las dos figuras varoniles de su casa. El Coco mayormente no la preocupaba; era demasiado como todos, era normal, fácil de comprenderse. Pero, ¡los otros dos, Ramón y Edo!

Ahora volvía a surgir Ramón, dignificado, atrayente. Ella lo amaba; a su modo, hasta lo admiraba; ¡cómo se ponía Ramón de fuerte, digno, nervioso, irritado, cada vez que recibía la receta! Ni una palabra, ni una queja, ni —esto era lo admirable— ni una excusa. ¡Su deber! tomaba la receta y regresaba con el medicamento. Y Estela sabía, sospechaba, el espantoso proceso íntimo de Ramón y el peligroso proceso exterior hasta conseguir los remedios. Pero Ramón regresaba con los remedios. ¡Esto era cosa de admirarse, aún en un hombre fracasado en otras actividades! Ese era el Ramón tan amado cuando solteros. Y aún ahora. ¿Ahora? Dentro de media hora le daría la receta. Ramón saldría, y nervioso, rabioso, iría quien sabe dónde, pensaría en robos y muertes y asaltos, y regresaría con los medicamentos. Así, hay que mirar la realidad sin ilusiones, ni poniéndose delante de los ojos una venda: Ramón robaría o mataría. Estela mucho lo conocía. También Edo sabía quién era su padre, cómo era, de qué cosas fuera capaz. Estela sintió temblar su intimidad adivinando ahora los temblores de Edo cada vez que Ramón salía en busca de remedios o de dinero. Edo también sufría, pensaba la madre, ahora me estoy dando cuenta de ello. Aquellas miradas de Edo a Ramón, aquel silencio de Edo. ¡Pobre Edo, todavía un niño, y ya sufriendo los problemas del hombre maduro! ¿Pero por qué suceden estas cosas, oh Señor... por qué? Es inútil preguntar; la vida es así... Sólo sé —pensaba Estela— que debo estar con Ramón, debo ser solidaria con él, debo acompañarlo en el amor, la alegría, el dolor, la muerte y el delito también.

Llegaron, finalmente, a La Colmena. En la pieza ya estaban Ramón y Edo. El Coco en la cocina atendía la comida.

Estela depositó a la nena en la cama y la acomodaba. Doña Rosa se aproximó a Ramón y comenzó a explicarle con eufemismos la sentencia de muerte. Ramón más la miraba a los ojos para saber la verdad que no escuchaba las voces arregladas de la boca. Doña Rosa sintió en la mirada de Ramón que lo comprendía todo y que eran innecesarias las palabras. Edo se había aproximado, callado, con la expresión detenida, como de piedra.

¿La diferencia era sencillamente la muerte?... El silencio

de doña Rosa no asustó sin embargo a Ramón ni a Edo. ¡Si ya hacía tiempo que esperaban la muerte de la Chola! Siempre estuvo enferma, caía en cama por cualquier cosa, estaba anémica, su cuerpo era rebelde a tantos medicamentos. Estaban —como se diría de los deportistas— bien entrenados íntimamente para recibir con serenidad la noticia de su muerte.

—Me dió esto... —dijo Estela— pero francamente no sé si vale la pena... —y extendió la receta que Ramón recogió sencillamente.

—Sí, vale la pena, —dijo Ramón que en casos análogos nunca hablaba.

—Démela a mi, —suplicó doña Rosa.

Ramón guardó esa papeleta blanca con cuatro garabatos negros y salió de la pieza. La puerta de don Pedro estaba abierta y entró.

—Voy a verlo a don Lucas.

Don Pedro le miró fijamente en los ojos. Cerró su libro y lo depositó sobre la mesa.

—Es posible que sea la última vez. Tiene difteria. De esta no sale. Está tan débil que de esta no sale. Por eso digo que será la última vez.

—Bien, entonces acepte por última vez de mí.

—No, don Pedro. No. Le debo a usted ya ni sé cuánto...

—Serán diez pesos más —rió don Pedro, restando gravedad a este asunto.

—¡No hablemos más! Me lo voy a ver a don Lucas.

—Vamos a verlo a don Lucas, entonces —dijo don Pedro y se dirigió a la percha donde colgaban su saco y su gorra.

—No; iré solo.

—Usted irá conmigo.

—¡Pero usted sabe, don Pedro que voy dispuesto a... a... pegarle a ese viejito canalla?...

—Me lo supongo... Yo también se pegar... Soy más fuerte que usted y pego mejor que usted...

—Pero yo no quiero complicarlo a usted...

—Oiga, Lainez la vez pasada hablé con Edo y le expliqué que todos somos culpables de todo... Todos tenemos deberes comunes. Santiago dice que quien contraviene

un solo mandamiento los contraviene todos. Yo diría que si su nena de usted necesita remedios, todos los hijos de Dios debemos salir a buscarlos, debemos encontrarlos, debemos traerlos... Yo tengo el deber que siente usted mismo, Lainez.

Haga un esfuerzo, y compéndame bien... Yo me atormentaría pensando que hubiese dejado de cumplir mis deberes ahora. Todos los hijos de Dios debemos, Lainez, buscar esos remedios. Vamos...

—No sé qué contestarle. Sólo siento que usted no tiene razón... ¿Cómo es eso de que todos debieran?... Cada uno tira por su lado, don Pedro...

—Vamos, salgamos ya.

Ramón no quería aceptar su compañía. Finalmente, prefirió el dinero de don Pedro. Saliendo muy triste de su pieza, y nervioso también, dijo aún:

—Sin embargo, esta última vez hubiera querido pegarle a ese roñoso de don Lucas.

CANALLA

—La Chola se muere, don Pedro... dijo Edo entrando ¿Por qué dijo ese inusual don Pedro en vez de su habitual Olaf Petersen? Es que la realidad, por así decirlo, normal, lo absorbió totalmente, aniquilando el aspecto imaginativo o estético de esa realidad absorbiéndolo en el todo.

El "Olaf Petersen" era un poco el símbolo de un solo aspecto de la vida de Edo, y un aspecto muy amado: los viajes, el misterio, el sentido dramático y profundo de la vida. Mientras que el "Don Pedro" era un elemento real de toda la vida real, dentro de la cual estaba "también" el aspecto maravilloso preferido por Edo.

El Olaf Petersen le decía a su modo a Edo que la vida era un poema, así sea un poema dramático; mientras que el don Pedro parecía decirle que la vida era un suceso complicado, con mezclas de milagros luminosos y de suciedades inmundas; y que el mismo dramatismo, que en

la interpretación de "Olaf Petersen" se apoyaba siempre en asientos decorosos, en la interpretación de "don Pedro" solía asentarse en suciedades, en fealdades, en indecoros mezquinos.

¿Pero es que los medicamentos caros y la falta de dinero para adquirirlos, daban pie para una preocupación estética o dramática, al gusto de Edo? Nó; le daban rabia estas cosas. ¿Y aquel don Lucas, helado, podía servirle a Edo para reflexionar gustosamente, así sea dramáticamente, sobre la vida? No; su mente rechazaba esta figura fea —es decir, de alma fea—; la imaginación de Edo no quería objetos de este género, feos y sucios y mezquinos.

La realidad, pues, estaba impresionando a este chico, le obligaba a rechazar ciertas tendencias y gustos al mismo tiempo que le exigía otras preocupaciones que él no hubiera querido atender. El Edo purísimo y con inclinaciones ideales y estéticas, debía descender a la basura del vivir cotidiano. Un chico como tantos, como todos; y en consecuencia también debía ser el viejo marino un hombre como tantos, como todos, un don Pedro. No, un Olaf Petersen. ¿Comprendió, Edo, esta substitución? Edo había escindido intuitivamente en dos al hombre único y entero que era el viejo marino; había un don Pedro, hombre común y total de la vida real, sucia y hermosa, fea y limpia; y había un Olaf Petersen, que cargaba los elementos esenciales del mundo ideal de Edo, que poseía los valores extraordinarios que Edo amaba.

Don Pedro se detuvo. Había estado leyendo un libro en inglés. Lo depositó sobre la mesa, despacio, cuidadosamente. Y durante un largo tiempo callaron ambos. El silencio era un clima habitual entre ellos y se lo prefería.

Edo salió, y entró en la pieza donde la Chola se moría teniendo ahí rodeando la cama a la madre, a doña Rosa, a Dionisia y a doña Manuela, todas calladas, todas mirando calladas la cabecita pequeñita de la Chola, el semblante de la nena, pálido, que enrojecía cada vez que la respiración se obstruía, para tornar a su lividez y volver a enrojecer...

Llegó Ramón. Estela tembló; acababa de pensar en él. Pensó rápidamente: Ramón acaba de jugarse todo; ahora

Ramón espera las consecuencias. Pero la palidez de Ramón era debida a la sentencia de muerte de su hija y no al modo como consiguió el paquetito que entregaba ahora a doña Rosa. Había ido a adquirirlo con dinero de don Pedro en mano. Cuando levantó la vista y vió el semblante asustado e inquisitivo de Estela comprendió la angustia de ésta y le sonrió.

—Ah... —suspiró Estela, aliviada.

Ramón no vió el semblante pétreo, detenido, fijo, como de medalla, de su hijo Edo, medio oculto en un rincón. Edo, leyó en el rostro de su madre la tranquilidad provisoriosa y se recuperó. La sangre volvió a correr dentro de la fina piel de su cara. Se la hubiera visto correr...

—¿Se puede, don Pedro?

Don Pedro, que había deseado un diálogo con una persona que pudiese absorber sus conceptos, helo aquí padeciendo la sorpresa desagradable de ver en la puerta, a un ser totalmente distinto del que había soñado.

¿Qué podía decirle al hombre que estaba ahora solicitándole con tantísima urbanidad el permiso de entrar?

Sobre la superficialidad intelectual del hombre ahí delante, había aún el desprecio que le tenía don Pedro.

Era Robles, de cuyos labios no acababa de caérsele una sonrisa propiciatoria que ya lo estaba cansando, en razón de que don Pedro miraba y no concebía ni una palabra.

Es que don Pedro estaba viviendo aún su asombro; en vez de Edo, tan interesante siempre incluso en sus silencios, he aquí este guiño socarrón de la vida, del destino, ofreciéndole para un diálogo la materia cerebral de Robles, escasa, sensual, inútil.

Don Pedro le sonrió, pero no al Robles sino al destino, al guiño irónico del destino. Al ver esta sonrisa y tomándola para sí, Robles entró dejando descansar sus labios, descargándolos del peso de su reciente sonrisa.

—Un momentito, solamente...

Sin embargo, acaso podría jugar don Pedro ahora mismo con Robles, que constituía de veras una incitación desafiadora a la elasticidad mental de don Pedro, como

si se dijera: ¿A que usted don Pedro, no puede jugar con una mente dura y maciza como ésta de Robles?

—Entre, siéntese —dijo entonces.

—Gracias.

—Un negocito como el de aquella vez, ¿eh?... comenzó don Pedro a querer jugar con esa mente.

Robles había olvidado la vejación anterior.

—¿Eh? Ah... Mire, don Pedro, ¿está tan mal la hija de Lainez?

—Muy mal.

—Son pobres ellos, ¿no?

—Son pobres en dinero, en poder, en cosas así...

—¿Se está muriendo? ¡Pobre!...

—¿Siente usted compasión, por ella y por ellos?

—Y claro, ¿quién no siente compasión?

—¿Qué es la compasión, eh?

—Y... ¿Cómo no voy a saber qué es? Usted bromea...

—¿Sólo las nenas que se están muriendo le inspiran compasión a usted?

—Mire, don Pedro, dejemos eso... Este... ¿Tiene dinero Ramón para tantos gastos, no? Porque una enfermedad trae gastos...

—No tiene dinero para todo lo que precisa...

—¿Sabe, don Pedro? Mire... este... Yo podría hacer que ganase unos pesitos, decentemente; un letrado, sabe, al Juzgado llegan abogados a veces muy importantes, personajes de viso, no se vaya a creer, a veces, un gran pleito en los tribunales, discuten una incidencia, y en razón de la jurisdicción se ventila en el Juzgado, y es claro, ¿sabe? vienen los letrados, bien armados, con testigos, y como le iba diciendo...

—Sí, comprendo. Usted no se imagina el esfuerzo que estoy haciendo para reducir su charla a cierta sobriedad. Resulta que usted se conoció a un abogado rico que tiene un asunto en el Juzgado de usted y que pide una medida, la cual depende de usted. Siga...

—...porque, usted sabe, don Pedro, hay que ganarse el puchero... Uno tiene su casa, su hogar...

—Pero, señor Robles, ¿es que la viuda a quien usted quita la razón para dársela al letrado regalador, es que

la viuda no tiene que parar el puchero? ¿Es que el hombre a quien usted derrota con sus autos y decretos porque el contrario le abrió un crédito en su comercio, es que ese hombre no tiene que parar ningún puchero? ¿Es que el hombre vejado, robado, estafado por usted carece de hogar, carece de hijos a quienes mantener, eh?... ¿Es que en los pleitos usted elije para robarles la razón, a sólo los solteros, sanos, ricos, gordos? ¿Eh?... Es que el hombre a quien usted mató en la razón y el derecho para darle razón y derecho al adversario, es que ese hombre es un hombre de ficción, teórico, ente de fantasía, con hijos imaginados, con esposas poéticas y figuradas?...

—“...El Código, las leyes, a veces no le dejan a uno ser bueno...”

—Pero, ¿no era la vida, la culpable realizadora de tus infamias, amigo Robles? Y ahora encuentras otro autor de tus felonías, que es el Código, el cual te ata las manos cuando sientes el frenesí de tenderlas en apoyo de la viuda que está cayéndose?

De esta suerte, o parecidamente, aconteció el suceso aquella mañana; vistió naturalmente, desde cierto ángulo muy particular, con un oído tendido a la voces de Robles y un oído íntimo tendido hacia las reflexiones de Don Pedro...

El cual se cansó de reflexionar y la escuchaba a Robles e iba a pedirle que finalísimamente lo dijera todo, cuando fué incitado nerviosamente a una última meditación que casi fabricaba su expresión verbal:

—“porque yo en el fondo soy bueno...”

—En el fondo pero, ¿en la superficie, en las formas, en la acción, en los “resultados” reales?

—Ah, estos canallitas... Ahora resulta que hasta son buenos. Pero también quisieran decir, que son dos. Que hay en ellos dos personas, la una es buena y merece los respetos de sus semejantes, y un lugarcito en el Paraíso. La otra persona es la mala, la que comete las pellejerías y es acreedora al crepitante fuego infernal. Se trataría de vivir las dos vidas y pagar por una sola.

—¿Pero es que se entienden ellos mismos, estos canallas? Sin embargo, la felonía contra la viuda la comete una per-

sona entera, unitaria, con una sola nariz, una sola alma, una sola responsabilidad. Aunque no, según los canallas la comete el hombre malo que hay en uno, puesto que el hombre bueno que hay en uno es impecable, aunque también usufructúa, paladea, goza, se emborracha, con el producto de la infamia, que no cometió él sino el otro... ¡Linda manera de querer engañar! Esto es más fuerte que aquello de calificar de acción fuerte una acción cruel. Mañana hasta dirá, no sólo fuerte, sino heroica, como aquel banquero que "se atrevió, nomás" y quebró, nomás, tuvo la heroicidad de exponer su nombre y el nombre de sus hijos en una acción heroica: la quiebra; llamó a junta de acreedores. Y un oficinista pálido perdió todas sus economías de quince años, y una viuda perdió el dinero con el cual pensaba defender su despavorida ancianidad... Pero el banquero realizó una acción heroica ofreció a las fauces manducatorias de la chusma inmunda, nada menos que el honor de su apellido, en una heroica acción rebosante de coraje viril: la quiebra.

—Lainez se puede hacer de unos pesos, decentemente, no vaya a pensar otra cosa.

—No sabe usted qué pienso...

—Bueno, resulta que...

—Vamos, Robles, otro negocito, ¿eh?

—Sí, pero decente, ¿no se lo dije ya? Sin ninguna responsabilidad...

—Responsabilidad carcelaria, policíaca...

—¿Eh? Ninguna responsabilidad jurídica, nada.

—¿Ni moral, eh?

—¡Pero si es decente, le repito!...

Con su manera enrevesada, retardada, atropellada, Robles en síntesis dijo que iba al Juzgado de Paz un letrado joven, buen mozo, elegante como él solo, con un cronómetro que vale lo menos mil pesos. Se viene cada vez —decía— con un traje nuevo, con paños de lo mejor. "Y yo buscaba cómo metérmelo debajo del brazo al letrado ese, y piensa y piensa doy con la maniobra y le dije, sonriéndole como es debido, ¿pero mi doctor, por qué no hacemos una obra de caridad?". Robles le expuso al doctor en qué consistía esa obra de caridad: había un padre de

seis hijos todos menores y dos de ellos enfermos, el padre no tiene un centavo... "Le toqué el lado del corazón". Y hasta se ponía Robles triste cuando le hablaba de la lástima que me daba ese pobre Ramón Lainez.

—¡Eh! ¡Pero siga, maravilloso hombre! Dejemos eso de la lástima que a usted le produce un hombre entero, viril, fuerte, dignísimo, como Ramón Lainez...

—Pero yo me refiero al dinero... ¿No me va a decir usted que en este asunto no inspira lástima, eh?

—Siga, no reflexione.

En síntesis: Robles pidió y el letrado aceptó, que fuese a la casa de éste en Palermo un hombre con una tarjeta de Robles y se le entregaría un traje —acaso algunas prendas más— obra de caridad. Podía ir Ramón Lainez.

Callaba Robles su propio interés en este extraño negocio. Callaba don Pedro sospechando acertadamente...

¿Por qué no va usted mismo a recoger esas prendas?

—¡Y no!... Debe ser Lainez... Yo, secretario del Juzgado ¿cómo voy a recibir nada de un letrado, parte en juicio?

—Como ni nunca lo hubiera hecho...

—Dejemos esto...

—¿Por qué no le propone esto al mismo Lainez?...

—Es que... ¿usted sabe?... es que a mi me miran mal todos... No se por qué será...

—¿Usted no lo sabe?

—Es que, mire usted, en un pleito siempre hay dos partes, y, es claro, una gana, y la otra debe perder, y la que pierde comienza a blasfemar contra el juez, contra el secretario, contra la Justicia...

—Contra Juan Carlos Robles...

—¡Y sí!... Y siempre estas calumnias corren... Si habrán dicho cosas de mí... Pero, yo, ¡me entran por un oído y se salen por el otro!...

—Ahí está la cosa...

—Y mire usted la injusticia repugnante, verdadera injusticia que da rabia, y es que, ¡si da una rabia!... Mire usted, ¿sabe?...

—No se qué dificultad encuentra a usted en expresar se...

—Es que la rabia no me deja hablar... ¿sabe? Resulta que a un humilde secretario de Juzgado, todos lo insultan, lo desprecian, le quitan el saludo, hasta le pegan; y bien, en cambio, mire usted, a los comisarios, y estos se tragan diez veces lo que uno puede agenciarse, a los comisarios, todos les temen y los respetan... ¿No es una injusticia, esto, eh, me quiere decir?

—¿En qué quedamos: la injusticia exigiría, según usted, o que sean respetados igualmente comisarios y secretarios o que sean denostados ambos por igual? ¿Qué quisiera usted mejor?

—¿Yo? ¿Qué me quiere decir usted?

—Sí, claro. Creo que usted será feliz, feliz a su modo, mientras no piense.

—Yo no lo comprendo, don Pedro...

—Mire usted, nunca podrá comprender ciertas cosas. Hablar con usted es como pegar puñaladas en el agua.

Pero vea, Robles, siga con el cuento del trajecito.

—Bueno, como le iba diciendo —ahora Robles se encontraba otra vez en su clima habitual, recién enrarecido con los fríos tópicos intelectuales de don Pedro— Lainez se va con una tarjeta mía, y le entregan un traje...

—¡Pero Ramón Lainez no es pordiosero!...

—¿Qué tiene que ver? No se trata de eso. Usted se ahoga en un vaso de agua.

—Soy marino y he luchado despierto con tempestades que duraban tres y cuatro días con sus noches.

—Quiero decir, ¿usted me comprende? No hay que exagerar las cosas...

—Bien, entendidos: le entregan a Ramón un traje casi nuevo, de excelente paño...

—Entendido. Se vende.

—¿Qué se vende? ¿El traje?

—¡Y claro!... Y a mí que le traigo el asunto me da mi parte. ¿Qué le parece?

—Mire, Robles, yo hubiera querido jugar con usted, como un gato con una lauchita; yo hubiera querido burlarme de usted, vejearlo también, pero, la infamia nunca suscita alegría; la infamia es resistente al humorismo. Robles, usted es un canalla cobarde.

—¡Yo no lo insulté a usted, don Pedro!...

—Yo no lo insulto, lo describo.

—Yo le hablé con buenas maneras.

—Pégue me, Robles... Rehábilitese pegándose. No me venga a decir que no me pega porque es un hombre bien educado, y tolerante. Pégue me, enciéndase humanamente, pégue me, si usted me pega, me demuestra que existe en el fondo de usted algo viril, capaz mañana de dignificarle... ¡Pégue canalla!

Don Pedro entrelazó los dedos de las manos detrás de su cuerpo, inclinó toda la caja del pecho hacia Robles.

Robles, con la misma lentitud con que avanzaba don Pedro, retrocedía él hacia la puerta...

LA DELACION

De pronto sintió miedo y tembló debajo de las cobijas. Siempre que se echaba en cama, dormíase inmediatamente, derribado por los trabajos, preocupaciones y charlas del día. Pero esa noche, al contrario, ocurrió que una idea que había entrado y salido rapidísimamente en la tarde por su mente, regresó allí por la noche y se demoraba haciendo quien sabe qué, como una arañita que en las junturas de los ladrillos se agita tanto sin descubrirsele ni sentido ni fin. Esa idea lo desvelaba, lo torturaba, lo atemorizaba. Desde hacía un tiempo la vida de Robles tenía un aspecto raro: era la misma de antes, sólo que algunos de los episodios alcanzaban las lindes de la peligrosidad; no, ya, una trompeadura, que eso con árnica y días pasa y se olvida, sino unos balazos en las piernas; no ya ni insulto de una sola vez, sino aquel "coimero" que Juan Penti repetía y nunca acababa; no ya una queja al superior, sino la llegada de un inspector a revisar cierto expediente; y sobre esto, todavía, el asunto de Barqueti.

—¿Qué tenés, Juan? ¿Te duele la cabeza? —preguntó su cara mitad, su media naranja, como solía él decir, a veces, muy pagado de la opulencia de un léxico.

—Nada, —contestó en la oscuridad nocturna de la pieza. Pero esa idea roía, limaba y quemaba. O mostraba aspectos terroríficos aunque rapidísimos. Robles tenía miedo. Veía a Barqueti, elegante, levantado el brazo derecho; encañonándole; o sino de súbito una noche caminaba Robles la calle y desde el contramarco de una puerta era baleado por detrás. Pensaba Robles y hasta tenía a flor de labio los pertinentes modismos del barrio; "para que no hablase, ése ya no habla más" "los muertos no hablan".

Se movía en la cama y en su abismático terror no advertía que, a su lado, la Negra estaba inquieta por él. Pero la Negra aguardaba el momento a su juicio exacto para intervenir. Robles se movía en la cama.

Unos días antes le había detenido Barqueti en la calle. Usó modos suaves, tenues, casi femeninos. Levantó el brazo apenas, Robles se detuvo, sonriéndole con lo cual le concedía el respeto que su peligrosidad exigía.

Barqueti dijo sutilmente pocas palabras, y éstas insinuantes.

—Creo, Robles, que las conversaciones entre hombres no son conversaciones de mujeres, ¿no?...

Robles comprendió íntegramente y aún entendió sus derivaciones.

—¡Ah, claro, entre hombres... este... reserva!... ¡Si sabré yo mantener reserva, con las cosas de la Justicia!... Una palabra mía puede hacer ganar un pleito...

—Nada más ¿eh?...

Barqueti le había mirado apenas unos segundos el tiempo suficiente para clavar en Robles toda la amenaza que no contenían las palabras; era una mirada tenebrosa, con el brillo agresor del soplete oxidrico. Esa mirada rebosaba carácter y contenido; era grosera, despreciativa, casi como el rictus de labios, de tan expresiva; era también sucia y ordinaria. Barqueti la depositó en los ojos de Robles durante dos segundos, no más. Esa mirada era la autenticidad de Barqueti; el resto, es decir, su elegancia, su sonrisa, su lenguaje, eran por así decirlo elementos secundarios, adquiridos, llegó a mecanizarse en su función y a domeñar su ejercicio. Pero lo auténtico de él era su mirada, que a pesar de él mismo se desnudaba toda en su grosería, en

su desprecio, en su odio, así sea en un segundo de tiempo. Era una mirada que le salía fácil y que él voluntariamente no podía graduar; así, cuando alguna muchacha no respondía a su gusto, Barqueti, queriendo con su mirada solamente expresarle que se conformaba con la derrota pero que aún tenía mujeres a su disposición, segregaba una mirada excesivamente quemante de rencor, y encendida de rabia, y sucia de grosería. Dionisia vió esa mirada una tarde, y, siendo ella fuerte y dueña de sí, tuvo, sin embargo, un temblor íntimo.

Cuando Barqueti se hubo alejado, Robles pensó callar el negocio del casamiento ficticio. En seguida determinó —redundancia necesaria— callarlo a cualquier costo, olvidarlo, si fuera posible; dejar de pensar en ello. Pero de pronto sintió el torcedor de ciertos arrepentimientos —no de orden moral estrictamente— y consistía en que acababa de advertir que no le aseguró a Barqueti con palabras suficientemente enfáticas su promesa o juramento de silencio y olvido. Se consoló en seguida: yo no debo hablar de este asunto; con esto, basta y sobra. El peligro, claro, consiste en que uno hable. En que esto llegue a conocimiento de ciertas esferas... No es nada, terminó. Y ya hasta el cabo del día no volvió a torturarlo este negocio.

Pero no contó con la germinación, desarrollo, y vida propia, por así decirlo, de ciertas cosas generalmente consideradas inanimadas. Aquella mirada de Barqueti le había golpeado con una amenaza muy grave. Robles olvidó las palabras, recordaba aquella mirada bestial. Creó en la intimidad de Robles una numerosa cantidad de sospechas y miedos, y todo esto embrollado y lóbrego. Todo iba hacia la muerte física y personal de él, de Robles. "Los muertos no hablan".

Pensó que acaso Barqueti estuviese enfadado —y en Barqueti el enfado era cosa grave— por haberse negado Robles su peculiar imaginación. Dió fatigosas vueltas y vueltas pseudo casorio. Pensó cómo disiparle el enfado. Tenía Robles su peculiar imaginación. Dió fatifosas vueltas y vueltas alrededor de este asunto de cómo desenfadarlo hasta que medio pareció detenerse su actividad reflexiva en este punto: así como Barqueti, comunicándole a Robles su serio

propósito de cometer un delito, se había puesto en cierto modo a discreción del capricho de éste, es decir, se había esclavizado, y estaba ahora suelto y libre sencillamente porque Robles callaba, dándole vuelta a este razonamiento Robles pensó que lo mejor sería entregarse él mismo, —Robles— a su vez, esclavizando a Barqueti, confesándole un delito semejante. De tal manera que, si bien era verdad que Barqueti estaba a merced de una denuncia de Robles, fuera también cierto que a su vez Barqueti lo tendría a Robles a su merced con la imaginada confesión. Si yo hablo, hablará él y los dos caemos; así pensaba Robles. Sí, —terminó por decidirse— le confesaré alguna cosita mía... un delito... prescripto, por las dudas "La cuestión, —pensó— es darle la idea de seguridad".

Entró en su despacho repartiendo miradas, las unas, pedantescas, las otras, insolentes, y una muy sonreidora a un doctor peligroso porque tenía amigos, quiere decirse; tenía dónde ir a quejarse.

Cuando finalmente y después de bastante escribir y mucho hablar salió, su brazo sujetando la cartera, el bastón empuñado, iba en compañía de un ferretero, presunta víctima de algún amañeo próximo.

A las dos cuadras quedó solo y le desasosegó una idea nueva y lóbrega. Todo aquello que estaba relacionado con Barqueti tenía un sino: la lóbreguez, miedo, la muerte... Barqueti me entregó sus armas, me confesó que iba a cometer un delito; ¿y le basta sólo mi promesa de callarme? ¿Le bastará, esto? Barqueti sabe que está a mi disposición, que lo puedo mandar a la cárcel. No; sabe que no lo mandaré, sabe que le tengo miedo. Pero, ¿le demostré patentemente que le tengo miedo? Habría que buscar una manera de hacerle comprender que le tengo miedo. Debí hacerle comprender que a mí no me convenía tampoco hablar, porque, "mire usted amigo Barqueti, yo también he cometido algunos delitos, le voy a contar uno que si se puede probar me arroja entre las rejas... una vez y dos raspé firmas de pagarés y volví a calcarlas de modo de transportar la razón de un lugar al otro... Cada uno tiene sus cosas, amigo Barqueti, la vida es así... hay que

parar el puchero, el hogar se sostiene con dinero, uno es bueno en el fondo pero la vida le obliga a uno"...

La Negra había estado observando silenciosamente los movimientos nerviosos de su marido, en la oscuridad de la habitación; lo sentía a su lado dándose vuelta a cada momento, y cuando finalmente le pareció que casi estaba pensando en voz alta, le llamó a la realidad más clara.

—Pero, Juan, ¿qué te sucede?

—Nada, tardo en dormirme...

—No, Juan, no vengas con eso.

—Bueno, dejame dormir, —dijo con una voz represada.

—Juan, vos tenés fiebre.

La Negra se sentó en la cama, alargó el brazo, cogió la cajita de cerillas, raspó el fósforo, encendió la lámpara a kerosene, mirando fijamente la mecha circular, encajó el tubo despiece para que se calentase gradualmente.

Robles se dejó llorar.

Las mujeres saben cuánto es la debilidad y la humillación del hombre de noche en una cama ancha de dos plazas. Maridos y amantes se desnudan no sólo del indumento textil sino de tanta máscara social, comunal, de tanto disfraz verbal. Desnudan el alma, son en cierto modo puros y limpios en su impureza y suciedad. Muestran entonces el alma en su desnudez, sus pliegues, sus pigmentos, la manchita o la roña, la vergüenza o la bestialidad. Al hombre más dueño de sí le ocurre su cuarto de hora de debilidad justamente en el lecho de su mujer. En general, el hombre padece, sufre, tiene conciencia de su debilidad, o inconscientemente se siente menos fuerte y potente menos orgulloso y atrevido, menos audaz, al descubrir de noche a su lado, desnuda, a una mujer extrañamente serena y dueña de sí. La serenidad de la mujer en razón de contraste con la turbulenta preocupación del hombre, lo vence a éste.

Robles se dejó llorar, débil y miedoso, al lado de un cuerpo fuerte y tranquilo.

Porque realmente la Negra era una mujer fuerte, atrevida, con bastante fe en sí misma.

Más fuerte que Robles. Lo quiso a su manera y lo res-

petó siempre y aún alguna vez lo admiró, lo cual no le impedía reprocharle, aconsejarle, disuadirle, persuadirle y hasta agraviarle.

—A ver, Juan. ¿Querés los polvos para el dolor de cabeza? ¿Qué tenés?

—Nada. Estoy un poco nervioso.

—¡Pero vos estás llorando!...

—No te levantés. Negra... Quedate aquí.

—¿Vos te das cuenta, Negra? Estoy en las manos de Barqueti sólo por que sé algo de él... Ya vez, tan poquita cosa, y cuánto peligro... ¡Si es para desesperar!

—Ya te dije que nos vamos a desesperar después. Ahora vamos a saber de qué se trata y cómo arreglar las cosas.

—Vos sabés, Barqueti no es hombre de quedarse ahí, esperando... No. Madruga, como se dice. Vos no conocés a esta gente. Son hombres distintos a los demás. Así como los letrados son distintos a los obreros, piensan de manera diferente, hablan también de otro modo, y, como te digo, y como te decía, este, ¿qué te decía? Ah, sí; los hombres como Barqueti son distintos.

También la Negra pensaba ahora en esa clase de gente.

—¿Comprendés Negra? Estoy en las manos de esa gente.

Y todo porque le conozco un secreto... ¡Mala suerte, la mía!

—¿Y si yo le hablase?

—¡No, Negra, no! entonces estaremos los dos en peligro... ¡Sacátelo de la cabeza!

—Mirá, Juan, sosegate. Yo pensaré algo. Naturalmente te contaré todo, pero dejame pensar. Ahora vamos a dormir Juan.

—Mató la luz de un soplo súbito, del tubo de vidrio salió un humito que alcanzó la nariz de la Negra. Todo se hizo negro instantáneamente pero en seguida los ojos humanos pudieron otra vez ver en la noche de la habitación unas masas oscuras y otras más bien claritas, por ejemplo, el mármol de la mesita de luz y la claraboya que daba al patio.

Robles se dejó deslizar sobre el colchón; la Negra entró sus piernas debajo de las cobijas, se esforzó por ganar

espacio en el centro del lecho y finalmente recogió las colchas y las acomodó para los dos.

Juan no tardó en dormirse y se durmió como siempre, con un sueño macizo. Su mujer lo había apaciguado, le había quitado el torcedor de sus preocupaciones; ella pensaría por él. Además, las lágrimas le aliviaron.

Quien ya no podía dormir ahora era la Negra. Había recogido las angustias de Robles, pero las maceraba a su modo; los mecanismos mentales eran distintos. La Negra pensaba más rectamente, más lógicamente, con sentido práctico; era su reflexión muchísimo más rápida, lógica, sobria y justa que la de Robles.

En la mucha hojarasca angustiosa de Robles se podía advertir el miedo de su muerte física y personal; en la más sobria reflexión de la Negra se descubría algo más importante: el porvenir de esa familia constituida por los padres y un adolescente; si mataban a Robles, todo ello se derrumbaba con estrépito y para siempre jamás; y todo ello era mucho, era el sentido de su vida.

Robles no debía morir, pensó con sentido práctico.

Ella conocía a Barqueti. Era lo que decía Robles que era ¡Ah! no —pensaba—, no; que muera Barqueti, antes que Robles. Y se figuró que su sueño, hasta hoy cierto como inminente realidad, estaba ya obstaculizado por la persona de Barqueti; había que sacarlo de ahí a Barqueti o había que quitarle de las manos el revólver.

Después de tener este pensamiento metafórico, pensó lo mismísimo pero con estricta lógica: hay que matar a Barqueti. ¿Y qué? Todo consistía en no ser vista por nadie. Barqueti llegaba de madrugada al conventillo, no solía haber nadie, caminaba descuidado, se le podía disparar desde atrás y escondidamente...

La Negra durmió mal; Robles no advirtió nada. Se levantó a la mañana olvidado de su noche tremenda y llorada. Estaba aliviado, y aún despreocupado. El era así. Desayunó sonriéndole a la Negra, agradecido inconscientemente de que ésta hubiese cargado con la responsabilidad del marido y con los miedos.

Pero dió la casualidad que, al salir para el Juzgado, vió de espaldas a Barqueti que regresaba a dormir. Esta figura

ya no le dejó tranquilo para el resto del día. ¡Y tan bién como lo había comenzado! En su despacho, habló, escribió, nervioso, preocupado. Lejos de la Negra, volvía a ser el cobarde, el solo, frente al peligro. Regresó para almorzar. Durmió su siestita. Tomó sus mates amargos con tostadas, y salió a la calle.

Otra vez desprendido de su mujer tornó a angustiarse. Otra vez sin su mujer, volvió a temblar.

Caminaba, divagaba, reflexionaba, hasta que de pronto creyó encontrar una solución pensada sin embargo antes.

Sorpresivamente, se dió vuelta y regresó al conventillo. Era la hora que escoltaba a la siesta. Posiblemente estuviese ya levantado Barqueti.

Robles llegó a su puerta y dió en el vidrio con los nudillos, suavísimamente, casi reteniendo el envión de los dedos.

Con voz igualmente dulcificada, dijo y apenas se le oía:

—¿Se puede, amigo Barqueti?

—Pase —saltó desde adentro una voz nítida, ruda y sin afeites.

Robles abrió y entró y volvió a saludar y a pedir disculpas insertando el forzoso inciso de amistad: amigo Barqueti.

Barqueti estaba limpiándose los dientes. Tenía la boca espumosa escondida. Se le caía un fleco de espuma blanca casi líquida que alcanzó a la barbilla e iba a doblar hacia la nuez cuando con el índice de su derecha mano Barqueti maniobró como en un navajazo. Miró después el dedo del cual suspendíase ahora la escueta espumilla, y con un modo corto y violento la arrojó al piso. Se limpió el dedo, en la servilleta que colgaba del cuello. Escupió en la palangana enlosada. Tomó unos sorbos de agua, escupió, tomó otros, hizo buchec con mucho ruido, escupió; volvió a volcar agua en la boca, esta vez para gargarizar todavía con mayor sonoridad, y tornó a escupir, al parecer, satisfecho. Se limpió los labios con una punta de la servilleta. Arrojó la servilleta en un rincón de la pieza. Agarró la toalla y se la colocó sobre un hombro. Tomó el jabón. Iba a lavarse la cara. Se lavó la parte circumscripita entre la frente, las orejas, la quijada, como quien dice,

humedeció el morro y nada más. Se limpió, se hizo viento, con una pantalla. En seguida con un pulverizador fué irrigando su semblante con agua colonia; no terminó ahí la cosa; tomó un pote de porcelana, lo destacó, y con modos tenues, aéreos, fué distendiendo la pomada sobre la flor de la epidermis. Vuelta a abanicarse. Tapó el pote y lo colocó en su lugar sobre el lavatorio. Tomó otro pulverizador y aprentando la pera de goma el grifo fué despidiendo una llovizna de polvo de arroz. Se miró en el espejo muy de cerca y en la claridad que entraba por la puerta entreabierta. Disconforme...

Después, "hablan de las mujeres" pensaba Robles mirando tanto chisme de tualé, tanto afeite, tanto estuco. Después dicen de los afeminados que se cuidan como mujeres el cutis, y aquí está este malevo haciendo lo mismo...

Por respeto hacia Barqueti, no quería entrar Robles a hablar directamente. Dijo palabras sueltas. ¿No es húmeda esta pieza? No; el sol da a la tarde y es suficiente. Tampoco quiso hablar de los chismes de tualé, no habría sabido decir nada; estaba, en este sentido, asombrado. La Negra no trabajaba tanto su semblante. De pronto, la sorpresa fué estupor: Barqueti se teñía de negro las cejas...

—Quería consultarlo amigo Barqueti. Estoy metido en un lío... feo. Pensé que usted me podría dar un buen consejo de amigo... Usted, que conoce la vida...

Pausa.

—Usted sabe, en la vida uno a veces para parar la olla debe hacer algo fuerte, en fin amigo Barqueti, usted me comprende... La vida es dura, lo obliga a uno a...

Barqueti oía y callaba.

—No es cosa de morirse de hambre... El sueldo... el sueldo se lo regalo. ¡No sé quien puede vivir sólo con el sueldo!... Y además, si hasta los comisarios y concejales aceptan comisiones, y usted sabe, amigo Barqueti, qué son en realidad estas comisiones.

Robles en cierto modo no consideraba mal que Barqueti no le hubiese mirado ni una sola vez. Finalmente, después de los preámbulos innecesarios y abundantes, comenzó a contar algo parecido al suceso real acontecido con el pagaré

de Juan Penti: una firma auténtica del pagaré fué raspada y vuelta a dibujar, de modo y manera que, observada y estudiada después, podría producir la impresión de haber sido falsificada; esta maniobra daba vuelta completamente la sentencia: el presentante del pagaré auténtico, aparecía como falsificador del mismo; asustado, transije con la contraparte... En síntesis: una infamia. Robles confesó a Barqueti haber hecho precisamente eso, pero calló y el nombre de Juan Penti. Barqueti conocía el asunto de Juan Penti y pensó acertadamente que se trataba de éste, por lo que, por primera vez, habló.

—¿Lo dejó en Penti?

—No. Eso se arregló, era otra cosa... Fué hace seis años...

Con esto, el delito supuesto estaría prescripto. Robles acababa de salvarse, en caso de una denuncia de Barqueti...

"Cada uno —pensó Robles— es fuerte en su propia actividad habitual". Y medio se regocijó.

En síntesis: Robles se entregó a Barqueti como rehen.

Miró el reloj porque no sabía qué más decir o hacer. Al cabo de unos instantes encontró algo y dijo:

—Buen paño, su traje, se ve a la legua...

Robles comenzaba a sentir penosamente un silencio prolongado. Barqueti se divertía dejándole solo, sin diálogo.

De pronto se acordó. Dijo:

—Quería decirle, amigo Barqueti, que usted, que conoce la vida...

El dueño del documento... que le dije... ¿Me entiende? Bueno: resulta que ese hombre, ah, yo no lo sabía es pariente de un diputado oficialista... ¿Qué hago yo?... Yo no sé... Venía a que me aconsejase...

—No pelee con un diputado que es más fuerte que usted y lo manda al diablo.

—Y si me condenan... se descubre todo...

—Niegue. Niegue siempre. Niegue de entrada y niegue delante del pelotón de fusilamiento. Niegue. Diga siempre que no. Que no. Pero no hable tanto.

—Si pero... está el documento, que me condena...

—Haga desaparecer el documento ese... Debió, ya, ha-

berlo perdido. ¿Cómo dicen ustedes? Traspapelado... Eso es.

—Desapareció todo el expediente...

—¿Ah, sí? ¿Y de qué tiene miedo, entonces? ¿No era el cuerpo del delito?

—Es que... resulta que... bueno ¿cómo decirle? resulta que el autor es, también, un hombre de comité y, bueno, es un matón del doctor Sánchez, usted lo conoce, ¿no?

—Eso no tiene importancia.

—¿Cómo que no? ¿Me puede balear!...

—Eso está aceptado siempre, desde antes... Y tampoco tiene importancia.

—¿Pero cómo que no? ¿Que me maten no tiene importancia?

—No.

—Comprendo... Es claro... pero este... Ah ¿no sería mejor que no me matase?

—Sí; sí sería mejor...

—¿Y cómo hacerlo?

—Dando vuelta la tortilla...

—¿Cómo?

—Suprímalo usted a él...

—¿Yo?

Como esta conversación era en Robles una comedia fingida, no se inmutaba por así decirlo en la zona de los sentimientos, sino se asombraba en la del sector del conocimiento. Le hubiera gustado proseguir este diálogo picaresco pero, como debía construirse con frases cortas, con destellos mentales rápidos, con ideas encadenadas, al primer tropezón se encontró silencioso y vacío.

—Lo pensaré. Bueno, amigo Barqueti, perdón por la molestia, pero, en fin, los amigos son para estas cosas. Pensaré mucho sus palabras, palabras de amigo... este... ah... no necesitamos, los hombres pedirnos reserva... como yo le confesé un... digamos, delito... Bueno, me voy, y otra vez disculpe... A sus órdenes... Buenas tardes...

Robles salió aliviado. Se asombró de la naturalidad de aquel diálogo fluido, rápido, fácil... Era porque, por una

extraordinaria excepción en su vida de charlatán, habló por partes, por turno, y sólo lo necesario...

Con qué serenidad, con qué frescura, ese Barqueti decía: mate al otro. No; dijo... ¿cómo dijo? Suprímalo al otro. Suprímalo, es mátelo... ¡Qué bruto, qué bestia... como si matar a un hombre fuera lo mismo que raspar una firmita. ¡Qué gente, pensaba, qué hombres, estos!; no dan dos centavos por la vida humana. Matan a los demás, como si tal cosa. Para ellos, la vida no vale nada. ¿Nada? No comprendo... La viven muy bien, la rifan por nada... ¿Es así? Me estoy confundiendo...

Hombres como Barqueti, si encuentran un obstáculo, lo saltan, lo rompen, lo rodean, pero no se echan atrás... Si uno está delante de ellos obstruyéndoles la entrada, lo empujan, lo matan... Si yo les estorbo, me eliminan, es decir, me matan.

Estaba reflexionando de esta manera cuando de pronto sus pensamientos fueron desbaratados por el miedo. Y se le vino a la mente una idea que para comprenderla psicológicamente, salvando sus apariencias de absurdidad reclama una previa noticia. Si se dijera rápidamente así: de pronto Robles sintió la necesidad de ir a denunciarlo a Barqueti al propio comisario, parecería inexplicable, después de lo sucedido.

Resulta que Robles, cuando salió de la pieza de Barqueti después de realizada la farsa de su confesión, se sintió aliviado. De ahí, una indiscernida convicción íntima: las confesiones alivian no sólo el alma sino el cuerpo; ya no se tiene miedo, ya se está tranquilo, hasta alegre; y aún esto: ¡qué fácil es quitarnos de encima el peso de una preocupación. basta con conversarla y confesarla!

Llevado por esta fuerza irracional recién adquirida, Robles caminó hacia la Comisaría. Estaba sereno. ¡Basta de Barqueti, basta!... Su propio miedo de reciencito y tan súbito, significaba, como en las fiebres, la existencia de algo que era menester aniquilar; este algo aún existente, era Barqueti; había que eliminarlo, suprimirlo, matarlo, denunciarlo. Robles ya no se moriría físicamente. Ya no lo mataría Barqueti. Robles estaba sereno y alegre. Este alivio

y este contento hicieron más fuerte su impulso de confesarse al comisario, de denunciarlo a Barqueti. Parecía decirse: más tranquilidad, más serenidad. Como en el caso común de los borrachos que habían comenzado con el propósito de sólo beberse dos vasos y terminan caídos totalmente, así, cada paso que daba Robles se sentía más atraído por la comisaría, por la confesión, es decir por la denuncia.

La maniobra imaginada por Barqueti y su banda tendiente a realizar un casamiento ficticio, sólo se la había confesado Robles a la Negra anoche; ahora se la confesaría —Robles pensaba el concepto confesión en vez del concepto delación— al comisario.

¡Qué curioso! ¿Dónde fué a parar su anterior convicción de que mejor fuera callar? Su persuasión de callar, ¿cómo desapareció de él? ¿Qué valen, señor, cuatro razones lógicas, qué vale una convicción surgida detrás de exactos silogismos, si desaparecen, mueren, sin nueva intervención del mecanismo lógico? ¿No había Robles llegado a la convicción —después de un razonamiento lógico— de que había que callar, de que había que producirle a Barqueti la misma convicción de que callar era lo mejor y lo imperativo? Y hélo ahí ahora a Robles encaminado a destruir esas conclusiones lógicas sin previos trabajos lógicos...

El sentimiento de alivio, destrozó toda la máquina racional...

Esperó un largo rato en el despacho del comisario y la espera le desanimó. Robles por su parte en el Juzgado nunca consideró el sentido y la eficacia que a veces tiene el aguardar tanto; a los unos apacigua, a otros desanima; o aquieta, o al contrario pone nervioso; a veces, es una maniobra tendiente a imponer respeto, a mostrar la fuerza y el poder. El comisario sabía de esto.

Entró Robles. Le hizo sentar en una silla común y en una zona de claridad; el comisario se sentó en un sillón y en la penumbra.

El comisario era un hombre inteligente, vivo, al mismo tiempo audaz y prudente, coimero y generoso; en el barrio todos lo querían porque realizaba los servicios que podía

y hasta de su propia escarcela extraía dineros para aliviar afligentes situaciones de algún vecino.

Hacia sus cosas, ciertamente las hacía, pero las hacía con inteligencia, con elegancia a veces con una insolencia muy particular; por ejemplo, los tenía a todos los polacos que regenteaban burdeles, bajo su poder y su amenaza, y ninguno de ellos habló nunca con él ni jamás él les prometió nada; tenía un personero que, como se comprende, le extraía todo el dinero que podía, sin intervención personal de la autoridad. El comisario en caso de infracciones, mandaba "proceder" como si tal cosa. Prepotencia, de su parte, sin devolverles ningún favor. Esos rufianes profesionales, no estaban nunca seguros de que un buen día los metiera presos o los fastidiase de algún modo.

Era generoso, tolerante, servicial con los vecinos más o menos pacíficos y buenos; familia caída de pronto en la miseria, ahí estaba el comisario afanándose en la búsqueda de soluciones inmediatas.

Lo miró a Robles, el cual no le veía bien la cara. Lo miró socarronamente, teniendo el espíritu dispuesto y propicio a cierto regocijo. Lo conocía mucho a Robles.

—La Justicia, un miembro de la Justicia...

—¡Al grano, Robles, al grano!...

—Es que... un miembro de la Justicia, quería decir, debe colaborar con la policía...

—¡Al grano, Robles, al grano!

—Este... si no me deja hablar...

—Hable, pero pronto. Despachemos, rápido.

—Vea, comisario...

—¡Basta, Robles, basta de banderas y estandartes, venga la procesión, vamos, eh... al grano... No me lo haga repetir, porque me levanto y se acabó.

—¿Usted lo conoce a Barqueti, no?

—Bien: usted me quiere decir que Barqueti acaba de llevarse a una muchacha conocida de usted. Siga.

—No.

—Entonces, Robles, váyase y venga otro día, cuando esté dispuesto a hablar sin tanto preámbulo.

Robles se inquietó. El comisario se había incorporado.

—Barqueti va a cometer un delito. He venido a explicárselo. Vea: resulta que un día...

Y ambos de pie, Robles contó el sucedido aquel. Es decir, en el lenguaje de los demás, Robles denunció a Barqueti por aquello del casamiento ficticio tendiente a facilitar la carrera de una muchacha analfabeta hacia el lenocinio.

—Bueno. Robles, no se puede hacer mucho. No hay pruebas. Fué una conversación a solas. No vale nada. Legalmente, no hay nada ahí. Barqueti niega y después de negar, lo busca a usted y... ¿me entiende?

La policía es claro puede hacer algo, preventivamente.

Habría que saber quien es ella y vigilarlo a él... Esos nos husmean a nosotros mejor y antes que los nuestros a ellos...

Bueno. Robles, tomó nota. Gracias. Lo pensaré.

—¿Y Barqueti continuará libre, en condiciones de hacer esa fechoría?

—Muchos están sueltos haciendo fechorías...

—Fíjese que, como sabe que yo le conozco ese secreto, a lo mejor se le ocurre... pensar que yo, acaso, hable, lo denuncie, y él entonces... en fin... ¿me comprende?

—¡Ah... era eso!... ¿Usted tiene miedo, eh?

—No es miedo...

—Natural prudencia de un hombre de paz enfretando a un hombre acostumbrado a tener el dedo en el gatillo.

—Prudencia. Eso es.

—Lo voy a mandar llamar, usted estése tranquilo.

—¡No... peor!... ¡entonces se da cuenta que yo le dije todo! ¡Eso no, comisario!...

—¿Y entonces qué es lo que quiere que haga?

Robles no lo sabía. El comisario lo vio temblar y lo tranquilizó.

—Comprendo, Robles, comprendo. Váyase tranquilo. No sabrá nada, estése tranquilo. Pierda cuidado. Déjeme pensar. Probablemente le hagamos una cama. Gracias por sus "manifestaciones", le debo mi protección oficial. Se lo sacó de encima con buenos modales, corteses en las formas y energías en la finalidad perseguida.

Robles caminaba ahora con un vago sentimiento de fracaso, de decepción. No se encontraba aliviado, como se había imaginado cuando anduvo de ida. Y entonces pensó que

acababa de cometer un error. ¡Otro error sobre tantos errores y peligros! Mejor sería estar con la Negra, pensaba. Ella lo sostendría, lo animaría, le quitaría pesares y miedos. Era una mujer fuerte y animosa. Lástima no haberla consultado antes de realizar las dos recientes confesiones, la confesión histriónica a Barqueti, y la nítida delación al comisario. La Negra le habría dado los mejores consejos.

Se le hizo un lío en la mente. Se le entró en la cabeza una bruma de ideas anchas y sin asiento firme. Ya no podía pensar ni siquiera un detalle cualquiera...

Topó en la calle con doña Paula, la odiaba chismosa de la lengua modicante y los ojos de zaori.

Con muchas vueltas, con más vueltas verbales que las numerosas y habituales en Robles, doña Paula le preguntó finalmente si Barqueti le parecía un buen muchacho.

—Parece un buen muchacho. Se lo pregunto porque, ¿usted sabe? usted conversó tan amigablemente con él hace unos días ¿no?

¡La gran perra!, se dijo Robles, ahora resulta que... Y sintió miedos nuevos "Yo me voy a volver loco", alcanzó a pensar más o menos claramente...

Doña Paula le contó que los había visto; pero también le dijo que mientras Barqueti conversaba con Robles, un amigo del primero lo aguardaba en la esquina, oculto. Ella, doña Paula, estaba agazapada en un portal, fisco-neando.

—¡Siga, doña Paula!...

—¿Y qué quiere que le diga? Al fin, yo salí, caminaba despacio, no quería alcanzarlos, a ellos, pero ellos de pronto se dieron vuelta y volvían para atrás y cuando pasaron a mi lado les alcancé unas palabras...

—¿Qué, qué decían? ¡Siga, diga!...

—El otro, no oí qué le había preguntado, y Barqueti le contestó que "no, no va a hablar, no". Seguramente se refería a usted, ¿no?

—¡Ah, Dios mío!...

—¿Qué le pasa? ¿Qué es? ¿Por qué no me cuenta todo? Seré una tumba. Vaya, señor Robles, no sea así. Usted encontrará en mí una mujer con experiencia.

—Mire, doña Paula, ¿sabe?... este... no sé cómo decir-

selo. Mire, si usted llega a saber, si usted llega a hablar... este...

Robles tropezaba, pero ciertamente ahora que estaba auténticamente angustiado, conseguía hablar con relativa sobriedad y constreñirse al tema esencial, a pesar de las brumas y nieblas desparramadas en la oquedad de su mente.

—... ¿me entiende? Barqueti la va a matar, así, sin asco, doña Paula, sin asco... Esa gente mata como uno aplasta un bichito...

Y prosiguió un rato queriendo explicar su interpretación de esa gente.

Doña Paula, habituada al disimulo, no se inmutó exteriormente. Su semblante aparentemente inexpresivo, no vivió ni un rictus, ni una arruga, ni un sobreceño, ni un tirón muscular, ni ninguna manera de agitación y desplazamiento de pestañas, cejas, párpados, comisuras de labios. Nada.

Quien, en cambio estaba deshecho, era Robles. De súbito pensó en la Negra. Quería abrigo, cobijo, defensa. La Negra, solamente, se le ofrecía. Despidió a doña Paula.

Llegó a su cuarto y en seguida se lo contó todo a la Negra. Esta lo miraba, y por primera vez en su vida le tuvo lástima. No se conmovió su amor cierto y templado por Robles, pero esa breve lástima podía acaso constituir una brecha por donde se escaparía el afecto. La lástima se opone al amor. No hay que confundirla con el sentimiento que tiene el uno de la inferioridad del otro, del deseo de protección, sino de la lástima que limita con el desprecio. No se ama lo que se desprecia.

No se inmutó su amor suficiente y discreto; en cambio, se enraizó más todavía su único sueño grandioso de un porvenir seguro, que había que defender ahora mismo.

—Bueno, Juan, basta; yo había pensado algo. Todavía dudaba un poco; ahora ya no dudo más. Es la única solución...

—¡No!...

—Si...

—¡No, Negra, no!...

—Callate, vos. Dejé hacer. ¿Quién va a pensar que una mujer decente?... Déjame a mí.

—¡No, Negra, no! ¡Eso no!... ¡Te lo prohíbo terminantemente!

—Dejá... No pienses más. Dejemos esto.

Después de un rato de silencio, Robles hacía, de vez en cuando, alguna pregunta.

La Negra no contestaba...

Robles consentía, íntimamente, el propósito en las palabras de la Negra.

EL CRIMEN

El cadáver de doña Paula fué visto apenas la sirvienta de don Salvador abrió la cancel. Desde la claravoya sobre la puerta de calle entraba la suficiente claridad sobre el tendido cuerpo muerto. Eran las seis de la mañana. La sirvienta dejó caer la llave de la puerta de calle, pegó un grito, que contenía el estridor rajante de una prolongada jota. Porque también sintió repulsión, y un rechazo del espectáculo. Aún no terminado el grito, se volvió corriendo, y delante de la puerta de los señores se detuvo, golpeó, urgía a que se levantasen, diciendo a voces altas y apuradas: ¡Hay un muerto en el zaguán!

Susto y alboroto, preguntas y repreguntas, contestaciones laterales y directas, consejos y recomendaciones, e inquisiciones, hasta que don Salvador acertó a expresar la primera pregunta oportuna cuando le decía a la sirvienta si anoche había cerrado la puerta de calle con llave. Que sí, que sí, repetía ésta tercamente. Y hasta apoyaba su afirmación con sucesos concurrentes: "Me acuerdo que primero miré hacia Montes de Oca y después cerré, metí la llave, lo recuerdo bien..."

La noticia se divulgó en el barrio prontamente. Llegó a todos los oídos. Se compusieron todas las hipótesis imaginables, principalmente unas cuantas asentadas en la venganza de una muchacha calumniada por doña Paula. El cadáver tenía en el cuello una cinta de seda que sirvió para apretar y así obtener la muerte por asfixia. La cinta no era de doña Paula. Además, evidentemente, había sido desgrefñada

y su blusa tenía unos girones. Pero, ¿qué muchacha, qué madre de alguna muchacha, ha podido estrangular a doña Paula después de las diez de la noche? ¿Fué en el zaguán? ¿Fué, en cambio, muerta afuera y arrastrada adentro?

También la policía anduvo confusa.

Sólo sabían la verdad, es claro, sus propios autores.

Robles inmediatamente sospechó, y en su intimidad, lo creyó con sentimiento de evidencia. Se asustó. De un tiempo venía Robles asustándose de veras y a menudo. Parecía otro, ahora. La noticia le fué dada a Robles en el Juzgado. Tembló. Habló menos ya. Quería terminar pronto, salir, entrar en su propia habitación, hablar con la Negra, desahogar sus miedos, que no se dejaban apaciguar.

Procuró conservarse sereno. Caminaba hacia su casa angustiado, con cien pensamientos tambaleando en su mente. Le torturaba la tardanza en llegar, quería llegar pronto, verla a la Negra, que le inspiraba confianza. Verla, y también dejarse llorar otra vez. Ella lo confortaría.

Llegó. Antes de destocarse, de arrinconar el bastón, de colocar su cartera, de quitarse el saco, le dijo:

—¿Sabés, Negra, la noticia? ¡Mataron a doña Paula!

—Sí. ¿Por qué será?

—Este... ¿que cosa... qué cosa!...

—Pero... ¿vos temblás? ¿Y a vos qué te importa?

—Sí... este...

—No seas sonso. Dejáme en paz. De un tiempo a esta parte te estás preocupando por cosas ajenas, sin necesidad...

—Es que... es que... este... esto tiene que ver conmigo...

—¿Qué? ¿Eh?...

—¡Cállate... no grites!...

Sentados ambos, hablaba Robles en voz baja. A doña Paula ciertamente la mató Barqueti, o la banda de Barqueti, porque doña Paula lo había visto conversar con Robles y acaso habría escuchado palabras peligrosas, seguramente Barqueti la vió en aquel zaguán donde doña Paula se había escondido para espiarlo. Espiar a Barqueti era peligroso. Saber cosas de Barqueti, era peor: era mortal.

La Negra oía y pensaba, recordaba, proyectaba. Es que la Negra sabía algo: que una tarde, andando por la calle

EMBOSCADA

Alta noche, verano. Plata de luna en el patio del conventillo. Silencio, soledad, quietud. Los faroles del patio con tazones de kerosene tenían aún encendidas sus mechas circulares, pero ya no alumbraban, porque los objetos estaban más poderosamente dominados por la luz de la luna, como el cabo y la flámula de una cerilla se reducen a sólo un esquema visual como pintado aunque encendido, cuando están próximos a los fuegos rojos y fuertes del carbón. Si los cuatro faroles del patio se apagasen, así sea de súbito y simultáneamente, nada se advertiría en los volúmenes y lindes de los objetos y en la misma atmósfera.

En el cuarto de Ramón Lainez la lámpara derramaba su claridad. Desde la claraboya y la puerta entraba igualmente luz de luna. Pero, aquí era necesaria la lámpara.

Estela velaba porque la nena se moría.

Quien conocía el patio durante el día no lo reconocía por la noche, o si se quiere, quien hubiese estado allí de día y de noche, acaso hubiese advertido los dos modos de ser o de vivir el patio. Durante el día el patio estaba lleno de ruidos, creando ruidos incesantes; los ruidos predominaban, los ruidos y los movimientos de las cosas y de las gentes; y como consecuencia el patio se mostraba en sus ejercicios y funciones, y no en sí, propiamente hablando.

Los obreros del puerto y algún trasnuchador conocieron el patio también en la noche. Algunos tuvieron cierta percepción distinta del patio en la noche; otros, no captaban la diferencia, romos o cansados...

De día, tantos chicos jugando, corriendo, gritando, peleando, y diálogos jugados a veinte metros por las mujeres, y discusiones de los hombres, interjecciones ríspidas, carcajadas sin elegancia, y madres vociferando contra los hijos bandidos; y reclamos: o las roldanas de las cuerdas para tender ropa, o la olla que de pronto se le cae de las manos a una, o la Chiquita que siempre arrastra con una cuerda los golpeteantes ruidos de una lata de aceite vacía y abollada, o el portugués Albuquerque que arregla su mesa de pinotea en la pata torcida y meta y meta

martillazos, y Bacciadonne con su alta jerga estruendosa y cómica, o sino haciéndose el payaso dentro de una rueda de risas y comentarios; o don Evaristo exigiendo al encargado derechos extraños, y tantos sucesos parecidos, constituyen el patio; lo cual, como se advierte, es una suma de datos, de notas, de elementos; pero eso no es el patio. Sería como fijarse en un vestido de mujer y decir del vestido que es la mujer. Habría que extraer los ruidos y escándalos para poder ver el patio en su esencia.

El patio es precisamente patio durante la noche. Durante el día no vemos el patio pues está oculto por el ruido y el movimiento. Es su función, su ejercicio, no su substancia. En cierto modo, de día el patio está vestido; de noche se desnuda.

Hasta el patio es más patio, más si mismo, cuando, acogiéndose a la luna parece incluso quitarse la luz artificial de los faroles.

Silencio, soledad, quietud. Estas son las notas del patio durante la noche. La existencia es algo raro; durante el día existen las numerosas puertas de las habitaciones y están todas ellas absorbidas por las demás notas: por el ruido, el movimiento, el interés personal; es como si las puertas no existiesen. Se abren o se cierran las puertas, o golpean, y nadie tiene la sensación de ellas y hasta visualmente están delante de uno, pero si uno no tiene conciencia de ellas, en cierto modo es como si visualmente no las viera. En cambio, de noche, ahí están todas las puertas. Hay cosas abandonadas y solas viviendo propia-mente. Cuando llueve la lluvia moja todo el patio sin golpear contra las gentes y las cosas. Esto es el patio nocturno. Silencio y soledad y quietud. Y existencia propia y esencial.

Magallanes, vió a Barqueti con Adelina, y, en la esquina, estaba doña Paula. En verdad, ésta, no pudiendo con su genio, como se dice, se habría quedado allí espiando a la pareja constituida por Barqueti y Adelina.

—No, Juan, vos no tenés nada que ver. Barqueti no mata a doña Paula por haberte visto de lejos conversar con él. Dos hombres conversando, no es ningún asunto extraño... Vos no tenés nada que ver. En cambio...

Le contó cómo doña Paula habría espiado a Barqueti y lo que es peor, habría chismorreado sobre eso... Pero todavía habría que saber si realmente la mató Barqueti...

—No, Juan, sacate eso de la cabeza. Vos no tenés nada que ver. En el caso de que realmente la mató Barqueti, la habrá matado por Adelina. Vos no tenés nada que hacer. En fin, Juan, no sabemos nada. Yo sólo sé que vos no tenés nada que ver en esto...

Todavía pensaba Robles con terror la posibilidad de que su propia hipótesis fuera valedera, aunque la Negra con su lenguaje varonil, enérgico, tajante, le estuviese quitando miedos y preocupaciones. ¡Qué gran mujer era la Negra!

Hablaron mucho a pesar de las renovadas invitaciones de la Negra para terminarla de una vez. Pero Robles era volador en sus terrores.

Esta conversación apaciguó a Robles, e inquietó a la Negra. La Negra tenía también su miedo a Barqueti. Como sabía mucho más que el resto de las mujeres qué era en realidad Barqueti, le tenía un miedo menos novelesco, y más explicable. La Negra sabía bien la vida de Barqueti, y, su psicología, su concepto de la muerte propia y la ajena. Y sabía también que Barqueti no graduaba la importancia o gravedad de las causas de sus propias molestias. Ciertamente; pensaba la Negra, lo que dice Juan Carlos será cierto: Barqueti mató a doña Paula porque sabía y porque hablaba; Barqueti podía matar a su Juan Carlos... Oh... ¡Su Juan Carlos!... La Negra lo quería aún. Se querían, eran un solo afecto sólido de acero. No importaba el resto: no tenía nada que ver si hacía ya diez seis años que se habían casado, no importaba que Robles fuera un coímero y un cobarde; nada importaba, nada; eran carne y uña; no reflexionaban ellos sobre su propio amor; se habían casado una noche de-

finitivamente, hasta la muerte; nunca pensaron en infidelidades, en libertarse el uno del otro; al contrario; al contrario: su amor era una fuerza de la naturaleza, como un vendaval o si se quiere como un céfiro.

Todos sus sueños los soñaron ambos asentándolos simplemente en la base de un matrimonio indeleble, infinito, eterno.

La muerte de Robles troncaría la vida y los sueños de la Negra, la muerte de Robles sería la nada y el vacío de la Negra.

Juan Carlos no debe morir, pensó la Negra seriamente, con el ceño fruncido y el corazón encogido pero resuelto.

COMPLICES

Convinieron los tres hombres en que Barqueti no era un Samuel. Barqueti actuaba preventivamente, tenía sus medidas tomadas, caminaba con un ojo dirigido hacia adelante y el otro al costado; sus oídos estaban tendidos a los ruidos más leves de su alrededor. No era cobarde, ¡todo lo contrario! Era hábil y peligroso, sin vuelta.

Tampoco abandonaría ante ninguna amenaza su campaña para capturar a Adelina y finalmente arrojarla en un burdel de Rosario o Bahía Blanca.

Los tres hombres veían muy claramente. A Augusto le habían llevado entre chismes, sospechas, calumnias y verdades, esta curiosa referencia: Contaba Dionisia con mucho aspaviento que Josesita —una chica de no más de trece años que vivía a la vuelta—, se había besado con un concripto. Adelina dicen que dijo algo así como: “¿Y qué es un beso?, es como darse las manos, se juntan las manos y se sueltan, y así es el beso, se juntan los labios y se despegan”. Claro está que Adelina no lo hizo así, escuetamente, sino a tropezones.

Cuando Augusto contó esto, sus dos amigos le dieron el

valor que tenía: era una muestra de la táctica de Barqueti. ¿Qué es un beso? Es como un apretón de manos. ¿Qué es acostarse con otro? Todos se acuestan solos o acompañados.

Desmoralización, pensaba don Pedro... Destrucción de la esencia humana. Desaparece el miedo a los problemas y sucesos de este linaje, llega la costumbre de conversarlos, sigue el aflojamiento de la moral, por así decirlo, verbal, en seguida viene el aflojamiento de la moral íntima y física, y la voluntad es barro chirle...

Aquellos tres hombres, además, conocían muy bien el ambiente de Barqueti y hasta el paradójico código de honor al cual esa mala gente se sujetaba. La vida no valía nada en el sentido estrictamente corporal, había que gozar la vida de cualquier modo y el cuerpo; despreciaban las vidas ajenas porque comenzaban por exponer la propia.

El contacto y relación con esa gente era delicado y suave, por miedo a las consecuencias. Generalmente, nadie quería tener amistad con ellos; sólo consentían un trato forzoso y rápido. Eran valientes, lo cual no les impedía atacar a uno en la oscuridad y de atrás —¿qué importaba eso?— despreciando el juicio caballeresco, medieval, militar y burgués, de que eso era traición y cobardía. Además, procuraban atacar en banda. Madrugarlo a uno, engañarlo.

En Barracas al Sud se baleaban las bandas entre sí de vez en cuando hasta para probar su existencia. El año pasado, en la calle Brown, de la Boca, dos bandas dispararon unos cien tiros, de una vereda a la otra.

—¿Yo lo madrugó! —dijo Augusto.

—Si nos decidimos —dijo Ramón—, sería lo mejor.

No había otra solución. Augusto quería conservar a Adelina.

—Usted, Augusto, que no le tiene miedo al trabajo, ¿por qué no entra en una fábrica, lejos de aquí, y se la lleva a Adelina? —propuso don Pedro sin mayor convicción.

—Barqueti no la va a querer perder, ahora que la cree ya suya. Tanto trabajo para ganársela, la va a perseguir hasta el otro mundo. Si esta gente corre de aquí a Rosario, a Córdoba, a Mendoza... Y así me la quitará. Si yo me la llevase al fin del mundo, una noche, de pronto, re-

gresaría a mi pieza y... no estaría Adelina. El gavilán me la habría robado. No hay que olvidar con qué clase de hombres tratamos... Don Pedro, disculpe, pero es inútil: ¡Yo lo madrugó! Usted déjeme a mí...

—¿Y qué le dice Adelina a usted?

—Nada. Es que seguramente Barqueti le ha dado instrucciones de que calle, de que aguante, de que me haga creer que me hace caso en todo. Oh, yo no soy un gil, no...

Lainez tenía un argumento: había muchas mujeres en el mundo, entre ellas, habría una, justamente la mejor para Augusto; Augusto era infinitamente superior en todo sentido a Adelina, ¿por qué perderse él, por una muchacha que no valía gran cosa? Pero Ramón no podía expresar este argumento por temor de que fuese interpretado como un movimiento de su intimidad para excusarse acompañar a Augusto, en el peligro. Calló.

Don Pedro se encargó de expresarlo, diciendo:

—¿Por qué no se fija en otra muchacha? La costumbre hará que Adelina vaya poco a poco desmereciendo. Se olvidará de ella.

—Ya sé lo que me quiere decir, don Pedro... ¡Ya sé!... ¡Si lo pensé yo más de una vez!... ¡Si hasta me atrevo a decirle lo que usted no me dice: que Adelina es poca cosa. ¡Ya sé! Hay muchas mujeres lindas. Lo que usted quiera. Comprender, comprendo. ¡Pero yo quiero tenerla a Adelina conmigo, mía, tenerla yo, mía... mía!... ¡Qué le vamos a hacer!... Comprender, comprendo, pero... a mí no me la va a sacar nadie...

—Cierto. Comprender con la mente, usted comprende. Pero esa muchacha a usted le gusta con todos los sentidos. ¿Cómo medir un sentimiento con las medidas de la razón? Es absurdo. Una pasión de los sentidos quiere vivir su propia vida de los sentidos apasionados, quiere vivir y tiene un objeto. Quiere quemarse en sí misma... Augusto había sentido la solidaridad de don Pedro y de Ramón. La de éste era la consecuencia forzosa de una amistad, y también mostraba un sentimiento de gratitud. Y se expresaba con pocas palabras, o con silencios. En cambio, Augusto sólo se había atrevido a esperar de don Pedro una serie de

buenos consejos, acaso su comprensión, pero no su apoyo, su solidaridad.

Los demás amigos lo estimaban, pero argumentaban con reticencias: "Pero mirá —le decían— que es demasiado coqueta, mirá que vas a tener que cuidarla siempre, mirá que vas a ir por ella a la cárcel, o peor, a la Chacarita"; y Bacciadonne con su lenguaje tan estafalarlo le espetó rotundamente que él valía cien veces más que ella, que sólo era una cosa de carne; concepto que con frases rebuscadas y cuidadas le dijeron otros amigos también. Pero —y esto sólo lo comprendía don Pedro— pero es que no se trataba de nada de eso; sino de una gran pasión, embrollada, injusta, desordenada; un hombre inteligente y una bestiecita sonsa, ¡qué le vamos a hacer!, pero él, pensando en ella, la veía rica de sexo, dadivosa de su cuerpo, fácil para las repercusiones sensoriales. Augusto la amaba solamente como hembra florecida, perfumada, bien hecha, linda de verse, atrayente hasta la locura, querendona. Parecía estar diciéndole continuamente: "Vení, haceme tuya, estoy madura, apurate, no dejés pasar el tiempo, vení, prontito, no me dejés ir con otro". Y Augusto sentía el calor de su piel de mujer sobre su propia piel.

Lo demás, pensaba, no importa nada. Su frescura, su carne incitante, eso solo, vale más que todas las consideraciones que se hagan sobre su coquetería y su torpeza. Augusto se incorporó.

—Aquella vez de Samuel, me decidí después de pensarlo mucho. Yo no sabía que Samuel fuese un pobre diablo. Pudo ser un Barqueti. Las cosas salieron bien. Ahora, igualmente lo pensé mucho; me decidí; una vez decidido, nada hay que pueda hacerme volver atrás. Ya no pienso más. Si hablo con ustedes, es por amistad, pero no me harán volver atrás. Lo pensé y basta. Lo mato, no más, a ese repelente. Y lo maturo; lo mataré a traición, de atrás, de noche, descuidado. El también me la quiere sacar a traición. Hago como ellos. Lo voy a matar, y las palabras sobran.

Estaban en la habitación de don Pedro. Noche. Lámpara en el centro de la mesa. Ramón y don Pedro, sentados. Augusto caminando, nervioso.

—Siéntese —lo llamó don Pedro—, vamos a hablar. Yo a ese hombre le tengo tanto odio como usted, sólo que es un odio de distinto género. Ya le expliqué los otros días. Es un contra-hombre. Destruye a la humanidad. Hablemos despacio.

Don Pedro hablaba suavemente, con la máxima claridad. Lainez estaba algo asombrado. Todo lo esperaba de don Pedro, menos lo que estaba oyendo.

—Mátelo. Yo haría lo mismo. Si quiere, lo acompaño.

Augusto protestó con cierta terquedad.

—¿Pero cómo se mete usted en estos líos en que ni le va, ni le viene?

—Contra el Mal en sus formas destructoras; contra el Mal que quiere destruir el sentido de comunidad, de simpatía humana, que quiere también destruir los principios básicos de la humanidad. Yo tengo que ver tanto como usted.

Sintieron algo íntimamente y con esto substituyeron la ausencia de asentimiento puramente mental. Pensaron en su lenguaje algo así como que don Pedro era un idealista o un romántico.

—Eso no, don Pedro, eso no. Eso es mío. Yo quiero ser responsable de todos mis actos —resistió Augusto.

—Es noble lo que acaba de decir, tiene usted conciencia de su responsabilidad, y no quiere cobardemente delegarla en otros para aliviarse usted. Pero usted hará fracasar la empresa y nos perdemos todos; usted nunca tiró de lejos; es capaz de marrar el tiro; usted no tiene vista; usted no ve muy bien a veinte metros, Augusto. Yo tengo, al contrario, una vista adiestrada en las noches del mar y de la selva; he cazado aves y aun fieras en Asia, y eran blancos movibles y difíciles, ¿eh?

Augusto se negó.

—Es cosa mía. Nadie tiene nada que ver.

Ramón regresó a su pieza.

Estela sabía el drama de Augusto y esa noche Ramón le contó la reciente conferencia de los tres.

—¿Y vos qué vas a hacer?

—No sé. Veremos. A lo mejor, quién te dice que yo tengo también buena puntería.

Los chicos suelen tener una sola representación mental del patio; la que lo reproduce según el día; otros tienen dos representaciones superpuestas: el patio vestido con ruidos y movimientos; el patio todo desnudo en la noche.

De súbito, estaba despierto "como si hubiese estado despierto desde un momento antes". Seguramente, los dos o tres o cuatro estampidos me despertaron y en la vigilia tuve las sensaciones de los últimos instantes del sueño casi iguales a los instantes primeros del despertador: los estampidos eran la materia de esa igualdad unitaria. Acaso, despierto, haya oído un solo estampido pero sabía —por el saber inmediatamente anterior adquirido en el sueño— que las detonaciones eran tres, o cuatro. También podría describir aquel momento diciendo salemente: "estampidos, revólver, peligro, balazos, cerca, muy cerca, pero no delante de mi cuarto, y en el pasillo o enfrente"; pero no podría decir si a la izquierda hacia la escalera o a la derecha hacia los fondos.

Despierto, y sentado en el colchón; a mi lado dormía el Coco. Era una noche de principios de verano, clara como la plata. Desde la claraboya entraba una claridad suficiente que repujaba y limitaba los más grandes objetos sin destacarlos excesivamente; en algunos rincones aún había masas oscuras.

—Quedate ahí, Edo, no te muevas, tenelo al Coco.

Era mamá, la voz de mamá que me llegaba adelgazada pero nítida desde detrás de la cortina.

Desde el patio, desde afuera, después de las detonaciones, silencio, y una muy extraña quietud.

De pronto sentí que el Coco me estaba apretando el brazo. Temblaba. Le miré. Su semblante mostraba miedo sin llegar al horror.

—¿Qué hay? ¿Es afuera, no?

—Cállense, debe ser en el patio. Quédense ahí... No hablen tampoco —decía mamá.

Sentí a mamá moverse en el borde de la cama. Seguramente se estaría poniendo su batón y las chancletas.

—Vos tampoco te levantés, mamá... Esperemos...

De pronto me acuerdo de papá. El ruido reciente en la

cama había sido producido por mamá. ¿Y papá? Entonces dije, solamente:

—Papá...

—Callate, Edo, te digo, no me hagas enojar...

La sentí caminar muy despacio.

—¿Dónde vas?

—¡Por Dios, callate, al fin!...

La vi surgir desde detrás de la cortina; con una mano abrió la herida que la cretona tenía sirviéndonos de puerta y apareció la figura de mamá avanzando hacia la puerta de la pieza que daba al pasillo. Hizo jugar muy suavemente la cerradura, tan tenue como si no hubiera estado cerrada. Entreabrió y entró un listón de claridad que destacó las cosas añadiéndoles un cierto brillo recién faltante; un poquito en los colores de la cortina y en el lustre del aparador.

—¡Mamá, entrá!...

No respondió, acaso porque la altura de mi voz no podía ser peligrosa; pero debió oírme.

Entonces yo me desprendí del Coco y me incorporé. Comprendí —después de sentirlo— que debía estar al lado de mamá. Me aproximé cautamente. Estaba descalzo. Alcancé a mamá y le dije, ahora, adelgazando más mi voz porque sus oídos estaban cerca de mi boca:

—¿Y papá?

Sintiéndome a su lado, mamá se dió vuelta y me empujaba hacia el colchón.

—¡Por favor, Edo, por Dios te lo pido... vayan!...

Yo creí haberme desprendido del Coco. Lo tenía, sin embargo, con las garras de sus dedos clavadas en el brazo. Mamá nos empujaba atrás. Obedecimos. No me gustó a mí que me rechazase.

—Pero, mamá, dejaste la puerta abierta...

—¡Callate!

Pero no la fué a cerrar; su cuerpo estaba ahora delante de mí; no me dejaba ver la puerta.

Me pareció oír que decía:

—Entrá, ligero, entrá.

—¿Qué decís? —pregunté con una voz que se me quedaba adentro.

Se dió vuelta y pronunció:

—La puerta está cerrada.

Y nos presionaba para que nos echásemos en el colchón. Pasaban los segundos de tiempo.

Yo pensaba en papá. La puerta está cerrada.

De pronto la voz de papá, desde detrás de la cortina:

—Por favor, duerman... Volvete, Estela... No hay que curiosear. Como si fuera la primera vez que oyen balazos.

Papá se movió, se sentó en el borde de la cama, se lo oía ponerse los pantalones y las zapatillas.

Surgió desde la herida de la cortina y se nos aproximó; sentóse en el colchón y nos dijo:

—Ustedes dos no saben nada, ¿eh? Sino, hay que declarar en la policía, hay que ir veinte veces. Ustedes, solamente, si la policía les pregunta, dicen, nada más, que se despertaron al ruido de algún balazo y se quedaron quietos en el colchón y que tampoco nos movimos nosotros, ¿eh?

A todo esto ya llegaban algunos ruidos, resonancias, alguna voz, unos pasos. Papá se levantó y se aproximó a la puerta que abrió y miraba el pasillo.

La voz de papá:

—¿Qué pasó, Dionisio?

Se detuvo Dionisio y habló despacio a papá.

—¿Bajamos? —dijo papá.

Regresó adentro papá a enfundarse en el saco. Salió no sin antes volver a remachar con sus consejos y amonestaciones.

Yo había oído balazos ya en los picnics de la Isla Maciel, cuando antes de arremeter al asado con cuero los hombres se alejaban hacia la playa y tiraban a un sauce o ceibo o a una botella. Eran balazos rápidos, secos, afilados. Aquella noche, en cambio, fueron más bien duros, gordos, anchos, retumbantes, pero cortos, también. Retumbaron distintamente que en la Isla Maciel. Acaso el patio aquí hizo como de caja de resonancia. El patio en la noche recogió todo el estruendo dentro de su espacio.

Al rato regresó papá.

—Mataron al inmundo Barqueti. Bueno, todos a dormir; todos.

Vuelta a las amonestaciones y consejos. Nos explicó cómo debíamos responder si se nos preguntaba.

Habían asesinado a Barqueti. Le habían disparado acaso hasta seis balas de revólver o pistola. Barqueti vivía frente a nuestra pieza pero abajo.

Después supe que primero temerosamente se aproximaron al cadáver de Barqueti unos pocos, en seguida muchos, finalmente hasta mujeres y chicos que formaron un corro charlatán y observador. El cadáver estaba contra la puerta.

Nadie quería ir a comunicar esta noticia a la policía.

Clareaba tanto que a poco aparecería el sol. La sangre roja manchaba el traje gris y se derramaba lentamente en el suelo desde la tela empapada en dos o tres lugares. Se coagulaba tornándose del color del vino. La superficie de la sangre derramada se cubría de una capa como la nata en la leche. Resaltaban los lucientes charoles del calzado. El sombrero gris con cinta negra estaba a medio metro de la caja del cuerpo. Seguramente Barqueti, debió sentir su debilidad y la imposibilidad de sostenerse de pie, así sea apoyado, y en consecuencia habría querido sentarse ahí mismo; se dejó deslizar delicadamente al suelo, no pudo gobernar sus movimientos y se cayó de súbito; el trasero contra el rincón formado por el contramarco y el dintel, las piernas mal extendidas, la una a todo lo largo, la otra con la rodilla empinada pero su ángulo habría sido incómodo en un cuerpo vivo, debido a su irregularidad, como un compás torcido. La cabeza inclinada hacia el patio, un brazo casi escondido entre el cuerpo y la puerta.

No alcanzó, pues, a sentarse naturalmente.

A un vigilante de la calle le fué dicho por alguien que acababa de cometerse un crimen y se vino aquí. En seguida salió a comunicarse con la Comisaría y regresó. Al rato vino el Comisario con algunos subalternos. El vigilante decía que un tal le había dicho que había oído que aquí esto y lo otro. ¿Y cómo, preguntaba el Comisario, nadie de esta casa se incomodó en avisar? Eran trabajadores, no podían perder tiempo, o tenían que dormir, no querían molestias con la policía, o creían que ya se la hubiera avisado, o pensaban que el único que tenía ese deber era el encargado.

La policía comenzó a averiguar. Preguntas, miradas, ob-

servaciones, y andar de un lado a otro. Nadie sabía nada. Un oficial averiguó la dirección de los balazos. Seguramente las balas vinieron desde arriba, desde el pasillo, arriba, casi cerca de la escalera. Es decir, cerca de la habitación de don Pedro. Sin embargo otras balas venían más del costado y otra de abajo. Preguntaba el oficial. Nada. Nada. Nadie sabía nada. Nadie oyó nada. Nadie fue el primero en acercarse. Sin contar que la llegada del Comisario había desbandado el corro de curiosos.

Medio irritado, el oficial, ante una negativa sencilla, preguntó con sorna: ¿Tampoco sabe nadie quién es éste? Alguien contestó: Un cafiolo. Respuestas huidizas: "Esperé, no iba a salir a que me baleasen a mí, digo ¿no? ¿Enemigos, aquí? No sé, pero no era mi amigo, eso nunca... No le conozco amigos..." Hasta que Ramón miró de frente al oficial y le dijo:

—¿Enemigos? Todos. De un modo o de otro, todos éramos enemigos de ése. Ninguno quiso tener nada que ver con ése. Esta es la verdad. Usted sabe, somos trabajadores, gente humilde, pero no somos... en fin... usted me comprende... Ese hombre era, si es que usted no lo sabe... ¿eh?...

De pronto, ante el silencio del oficial, también Dionisio sacó de su intimidad el rencor que le tenía a Barqueti:

—¡Pues si lo mataron, por algo será!... ¡Y además, qué embromar, a quien le va a afligir la muerte de un malevo! Bien muerto está.

SEIS TIROS

Barqueti no supo nunca que el apellido apresado por él de oídas en reemplazo del auténtico suyo y de su padre, llevase como un color el epíteto inmundado.

Pero Barqueti supo después que a pesar de sus amabilidades, cortesías, y aún favores, en La Colmena no lo que-

rían. Esto nunca le dolió; las reacciones de este género él las tenía presupuestas, como su muerte acaso violenta algún día, como su apresamiento y su encarcelamiento. Eran cosas fatales. Si no ocurrían, mejor. Si acontecían... a mal tiempo buena cara.

Pero nunca pensó que iría a caer asesinado por la gente del conventillo. Se defendía con todos sus cinco sentidos contra enemigos de su misma esfera y calaña, pero no de esta pobre gente trabajadora, llena de prejuicios, que por un "qué dirán" se dejan evaporar los mejores goces. En el fondo, creía a estas gentes estúpidas y sonsas.

Aquella madrugada en el tranvía no había nada extraordinario, en el camino después de descender, tampoco vió a nadie sospechoso. Entró en el conventillo, y extrajo del bolsillo la llave de su pieza que tintineaba entre otras. Jugó con la cadena y las llaves; llegó justamente a su puerta, le dió el pecho. Detrás de él estaba el ancho patio y arriba estaba el largo corredor y más arriba el techo. Y todavía más alto, el cielo.

Avanzó la mano que empuñaba la llave para introducirla en la cerradura cuando sintió un golpecito penetrante que a pesar de ser pequeño y corto le produjo la impresión de un gran empujón, el empujón de un gigante; y un estampido. O dos golpecitos. Me están baleando de atrás, pensó. Estoy frito. Me madrugaron. No tengo tiempo. Estoy frito. Pensó que, dada la forma, la hora y la puntería, esto ya se acabó. Cinco a seis estampidos. Soledad. Quietud. ¡Qué bien la han preparado! Se apoyó en el contramarco, pretendió deslizarse, se cayó. Cayó sentado. Ni siquiera habría podido realizar la primera conducta en estos casos: tirarse al suelo y aplanarse, restando blanco a los tiros... No le dieron tiempo. Pero qué bien me la han hecho... Qué bien en la claridad, mis espaldas... Mis manos ocupadas... Mi despreocupación. Desprevenido. Solo. Forzosamente, esto debía dar los mejores resultados. Así, meticulosamente, había preparado en su vida cuatro sucesos de este género; resultado, un herido y dos muertos, pero él, Barqueti, sano, salvo y libre... Ningún rastro a los perros de la policía. Sabían, pero nada más. Ni una prueba. Pero estos perros

no importaban mayormente, en cambio, la peligrosidad residía en la banda enemiga. Bueno: tampoco tuvieron tiempo, los encerré, los engañé, los ultimé. Y ahora, qué cosa rara, me devuelven la pelota con el mismo juego.

De pronto, comenzó a sentir dolores. Los golpecitos, los empujones, ahora dolían. Y más que dolor, pues el dolor lo aguantan hombres como él; es que los dolores debilitaban. Esto era más grave. Barqueti se sentía desganándose y desangrarse. Desganado de estar ahí medio sentado, cansado de respirar, de mirar. También de mirar, aunque no sabía qué tenía delante. Sintió un vahido. Lo ahogó, lo echó otra vez adentro. Para conseguirlo, debió tragar saliva y este acto le secó la boca. Inclino la cabeza. Pretendió mirar hacia el patio para ver de dónde le habían posiblemente tirado. ¡Pero cómo iba a ver nada! Tenía los ojos ya empañados. No le dieron tiempo de sacar, ahora ya pasó demasiado tiempo, están salvados y lejos, ellos. ¿Quiénes serían? La banda del Nato Cruz, seguramente. Barqueti formaba parte de la banda de Alejandro el Negro. Barqueti le sacó una hembra a Sardina como representación y aviso de qué, si la banda del Nato Cruz no respetaba el convenio verbal de no ocupar topográficamente la parte de la ciudad perteneciente a ellos, tampoco la respetarían los componentes de la banda de Alejandro el Negro. Sardina sacó una mujer en Barracas, entonces Alejandro llamó al más hermoso y viril de sus compinches, Barqueti, que era, además, elegante, conversador, paciente y audaz al mismo tiempo. Y le encomendó una misión: en los ranchos del Bajo tiene Sardina una admirable mujer, joven, limpia. Si es limpia, seguramente siente la ordinareiz de Sardina. Andate, Barqueti, y te la llevás por ahora a Rosario. Después veremos. Barqueti cumplió su misión. Pero no puede ser, pensaba Barqueti, que sea la banda del Nato Cruz. Después de aquella, arreglamos otra vez. Resultó que hubo una confusión. Sardina nos había sacado una mujer, nuestra, sí, pero alegaba que no estaba en una mancebía sino sola con una vieja y no trabajaba. ¿Teníamos que respetarnos sólo las mujeres de los burdeles, o todas, estén o no estén adentro? Convinimos en devolvernos las mujeres y considerar a las mujeres sueltas lo mismo

que si estuvieran adentro. De modo que no es la banda del Nato Cruz. Es otra cosa. No doy pie con bola. Caramba, ¿y si fuese cosa de aquí, de La Colmena, eh?

Sintió cómo aumentaba pesadamente su desbano, cómo se le encimaban las ganas de dormir. Se echó un poco de costado buscando aligerarse con el cambio de posición. Pero no se aligeraba. El cansancio pesaba además positivamente. No sólo le quitaba ganas sino que le añadía pesadez. Habría querido echarse en la cama. O echarse al suelo. Pretendió distender las dos piernas. La una se alargó. La otra permaneció con la rodilla empujada. Hizo otro esfuerzo; creyó hacerlo, la pantorrilla pudo torcerse un poco pero el muslo permaneció quieto. De ahí la extraña posición de esa pierna, formando un ángulo desagradable de mirarse. ¿Esa luz? Ah, es el farol. Hay los faroles ahí. Y no viene nadie. ¿Cómo no viene nadie? Oyeron los estampidos, nadie se atreve a salir de su guarida. Tienen miedo. No quieren salir como testigos. O sencillamente esperan todos, curiosos que son, a que aparezca el primero. En seguida saldrán todos como enjambre de abejas. De pronto, se cayó de costado. Es decir, la cabeza se inclinó demasadamente. Tuvo conciencia de esta caída o semicaída. El cuello torcido le molestaba. Pretendió enderezarlo pero esto exigía fuerzas que ya no tenía. Así quedó la cabeza, como un muñeco el cual se le hubiera fraccionado el pescuezo sin rajarlo del todo. Estoy frito, pensó. Chau, Viejo Alejandro, maestro filósofo, qué gran tipo, y todavía a los cincuenta años se iba por las ciudades de segundo orden del interior y regresaba a Buenos Aires con cada hembrita... Provincianas cariñosas y asustadas, no sabían hablar, no sabían vestir. Tenían que permanecer con la Micaela un tiempo, antes de mostrar condiciones suficientes para poder trabajar. Empezaba a dolerme algo. No sé dónde. El cansancio no es. ¿Pero quién me baleó, eh?... Ah, ya está: es Augusto. ¡Augusto!... El único que aquí podía tener algo conmigo. El único. Esa sonsa de Adelina, el trabajo que me dió... No había modo de que comprendiese ciertas cosas. Pero era vanidosa y eso facilitó las cosas. Yo le mostré toda la fiesta del mundo y le puse a sus pies toda la fuerza del mundo y le coloqué el oro y los brillantes que quiso. Para empe-

zar, un brillantito auténtico, quiso saber si era auténtico, lo fué a empeñar, le ofrecieron ciento treinta pesos, se asustó toda primero, después se convenció de mi poder y de las fiestas que correríamos juntos... Fué nuestra definitivamente.

En ese preciso momento, se murió.

Habían pasado apenas unos minutos. Se había desangrado todo. Nadie se había aproximado a él. Aguardaban a que, según los aspectos que desde lejos ofrecía, pudiera dar la impresión de estar realmente muerto, o, de otro modo imposibilitado de una reacción. Estaba caído en una posición ridícula de mirarse. Poco a poco se fueron acercando los vecinos. Evaristo fué el primero. El griego de la flauta salía para lavarse, era estibador, tenía que ir temprano al muelle. Los tiros los había oído, conversó sobre esto con sus compañeros de pieza y atisbaron desde arriba; durante un rato largo el cuerpo de Barqueti proseguía inmóvil y ridículo. Dionisio descendió con Ramón; le estuvieron mirando un instante y Dionisio pensó un pensamiento optimista y agradable: "Así debían de morirse todos éstos". Llegó Gioia y pensó un pensamiento excesivamente semejante al de Demetrio, pero sólo le guiñó un ojo a éste y se comprendieron. Después se acercó Pancho. Luego el portugués. Todos se sentían algo frescos, aliviados, casi alegres. Llegó Augusto, Bacciadonne y otros más. Se habló de avisar a la policía. Nadie quería ir.

En la pieza de Robles, marido y mujer estaban adentro temblando. La puerta no se abrió. Robles tenía el oído pegado al ojo de la cerradura. Quería escuchar alguna palabra, tenía miedo de oír alguna palabra. La Negra estaba sentada en el borde de la cama. De vez en cuando se le aproximaba Robles y la acariciaba. No tengas miedo, le decía. ¿No oíste que fueron tantos tiros? ¡Cinco o seis o siete!... ¿De qué tenés miedo? Y ella le replicaba con irritación que la dejase, que no la hablase, que ella era una mujer fuerte y sabía lo que debía hacer. Robles, nervioso, le hizo una pregunta inconveniente, y ella, indignada de su estupidez, le agarró el brazo, lo miró como una loca, y le dijo nitidamente: "¡Si seguís hablando de esto, salgo al patio y digo que yo lo maté con tu complicidad! ¡Callate,

entonces, de una vez, estúpido!... ¡Por vos vamos a ir a la cárcel!" La Negra volvió a sentarse en el borde de la cama. Pensaba. Seis o siete balazos... ¿Qué quiere decir esto, eh? Al rato Robles pensó que si nadie se había aproximado a su puerta, indicio era de que nadie pensaba en él. Que era cosa en la cual él nada tenía que ver. Robles no abría. La Negra se lo había vedado. Si lo llamaban, diría: Ustedes saben cómo son las mujeres, mi mujer me prohibió salir, decía que tenía miedo de estar sola, que la acompañase, y, ustedes saben, hay que cuidar la paz de los matrimonios. No sé nada. Me despertaron los estampidos. Cuando, finalmente, abrí la puerta, ya había ocho o diez personas que vieron las cosas antes que yo. El hubiera querido salir, ver, ayudar humanamente al herido, avisar a la policía, pero su mujer, etcétera, etcétera... Vino la policía. Llegó la ambulancia. Nadie sabía nada. El encargado se movió de acá para allá, habló, no hizo nada. ¡Esto más —decía—, esto era lo que faltaba!... Ahora hay que ir a declarar... Después habría que lavar el patio. ¿Podía hacerlo mañana mismo? Se lo preguntó al oficial. Se llevaron el cadáver. El encargado lavaría el patio baldeándolo muchísimo y en seguida secaría con arpilleras, pues los trapos mojados con sangre humana no deben usarse más.

Habladurías, comentarios, opiniones, hipótesis. Otra vez y otra, las mismas habladurías e hipótesis. Sin embargo, en esencia, en serio, sólo se pensó en pocos detalles y sólo se imaginaron pocas sospechas. Aquella gente conocía las costumbres del hampa porteña. Barqueti había sido asesinado por compinches de la misma ralea por cuestiones de mujer de más o de menos.

No todos los vecinos imaginaron una tragedia sucia de bajo fondo. No todos ignoraban la verdad. Pero los que sabían algo, estaban desorientados por esta tremenda cuestión: "seis o siete tiros de balas diferentes".

¿QUIEN LO MATO?

Edo había sospechado de su padre, de Augusto y hasta de don Pedro. Apostados arriba, en el pasillo, aguardaron la llegada de Barqueti a quien en su punto y hora le tiraron tantos balazos. ¿Olaf Petersen, su Olaf Petersen metido en un crimen? ¿Su padre, también?

Aquí había algo desconcertante: la policía descubrió el empleo de cinco tipos de balas, y tres direcciones distintas. ¿Quiénes estuvieron abajo, al fondo, y desde allí tiraron? ¿Y quiénes tiraron desde arriba?

Este hecho sencillo ofreció a la policía la más lógica de las interpretaciones, tenida cuenta de la vida del hampa porteña: Barqueti fué atacado por la banda del Nato Cruz dividida en dos grupos. Edo no podía —precisamente él— aceptar esta idea pues no había donde insertar a su padre misteriosamente ausente y de súbito, misteriosamente presente en la pieza, y a su madre vigilando la puerta.

La verdad es que desde arriba, cerca de la escalera, estuvo Ramón vigilando la entrada de cada inquilino y Augusto arrodillado junto a la puerta de su pieza y don Pedro a través de la hendija de su puerta; Ramón ya se había colocado, de pie ahora, y desde las bardas del tabique, disparó sus tiros "sin compasión" en el momento en que Barqueti iba extrayendo su llavero delante de la puerta que era un punto de referencia admirable. La sucesión de estampidos frenó a cada uno y tampoco percibieron el silbo seco de un balazo extraño entrometido entre los suyos. (Augusto recogió y guardó su revólver y, descendiendo con precauciones la escalera, se alejó de La Colmena).

El balazo misterioso fué disparado desde la puerta de un retrete, abajo. La intención de La Negra era tirarle a Barqueti hasta agotar el tambor, pero después de apretar el gatillo por primera vez se quedó helada de asombro y espanto al seguir oyendo tantos otros estampidos desde arriba. Vió los fregonazos... Estaba helada, no temblaba, no atinó a nada, aunque tenía proyectado algo principal; es claro, los sucesos acababan de realizarse tan sorpresivamente, tan distintamente, casi misteriosamente. No atinó a

nada. Esperaba. Vestía de gris oscuro, un batón suelto, como un salto de cama. La caída del cuerpo de Barqueti, un silencio en el patio como nunca antes, sintiera ni sospechara; pero en seguida La Negra se recuperó; era mucha mujer, La Negra. Debo salvarme yo, y Juan Carlos, y el chico. Defendía su figura detrás de la entreabierta puerta del retrete aguardando el instante propicio para salir y desdibujarse entre los muchos curiosos entretenidos en mirar el cadáver; así había imaginado este momento, sólo que ahora no ocurrían de esta manera las cosas. Nadie salió de sus habitaciones. Nadie. Ninguna puerta se abría. En este abundante conventillo donde una nadería aglomeraba decenas de súbitos espectadores alborotados, he aquí que tras un crimen con muchos estampidos llamativos, proseguía un silencio más silencio que nunca antes. Nadie. Silencio. Indecisión. La Negra empezaba a perder el dominio de sí misma. Qué feo es esto, pensaba. Hasta que vió al Albuquerque, tan alto y desgarrado, aproximarse a Barqueti. La Negra tembló figurándose al portugués dándose vuelta, mirando a todos lados como suele ocurrir cuando uno está solo y reclama a otro para preguntar. Tembló y cerró la puerta. ¿Y si alguien viniese aquí? Asomó la cabeza. Allá estaba el griego Demetrio junto a Albuquerque. Después llegó Benjamín ajustándose el cinto. Tres hombres mirando el cadáver. Cuatro. Cinco.

La Negra, al sospecharlos muy atentos a Barqueti, salió sigilosamente con determinación de acercárseles y con ellos confundirse y embrollarse.

Caminaba demorando el abrocharse los botones del batón para que los testigos después pudiesen explicar cómo la esposa del señor Robles acababa de salir de su pieza y con dedos torpes quería seguir abrochándose los botones.

Pero La Negra, al llegar a su puerta, tuvo la intuición de que no había sido vista por nadie. Metió su pie adentro, daba el pecho al patio y la espalda a su pieza, prosiguió retrocediendo y pudo mostrarse en la sencilla actitud de una mujer que acababa de asomar la cabeza y miraba. Desde adentro fué tironeada y una voz apagada, cobarde, llorosa, decía: "Entrá, Negra", pero ella respondió con un golpe de pie para atrás...

TESTIGOS

Los vecinos llamados en calidad de testigos respondieron de modo coincidente en lo principal; se habían pasado la palabra; no sabían nada, no tenían trato con Barqueti, no le conocían amigos ni enemigos; no sospechaban nada. A Augusto no le hicieron preguntas difíciles; seguramente a la policía no le llegó el soplo de su interés por Adelina que constituía una relación de segundo grado con Barqueti. Finalmente, se aceptó la hipótesis de la banda del Nato Cruz dividida en dos grupos que balearon a Barqueti desde arriba en el pasillo y desde abajo al fondo; hipótesis muy adecuada a la psicología, a las costumbres, del hampa porteña: sensata, lógica, admisible.

Esta teoría, es claro, desbarataba la mente de los tres hombres, y de La Negra, de Estela y del chico Edo. La Negra no vió a los agresores de arriba; pero vió los fogonazos. Estela no sabía qué pensar de los balazos remitidos a Barqueti desde abajo; Edo tenía formada una hipótesis personal con elementos principales faltantes. Los tres hombres no se explicaban los tiros de abajo.

La Negra se cerró en el silencio y tenía tanta voluntad que ni se abría a su esposo, al contrario, lo obligó ensguidita apenas pretendió decir media palabra sobre este asunto; nada, ni quería que Robles permaneciese simuladamente enfermo en casa, pues, en verdad, temblaba por momentos. "Andá, salí, aquí no sucedió nada, salí como todos los días, no seas infeliz". Ella sola se bastaba para todo, para soportar los miedos, las imaginaciones, los remordimientos.

Hubo una escena, dentro de la pieza, que pinta a la mujer conteniendo con máximo esfuerzo íntimo su intimidad; estaban solos, Robles, el pobre, se le acercó y con un preámbulo tímido iba a decirle:

—Mirá, Negra, quiero saber si vos...

La Negra intuyó que iba a hablar del asunto, levantó los dos brazos, cuyos dedos, como garfios, apretaron la garganta de Robles hundiéndose en la carne viva. Los ojos estaban incendiándose de rabia. Casi podía decirse que des-

pedían olor y calor. Una cara de loca, mayormente si se piensa que no dijo una palabra. Robles se asustó todo. Ella no abandonaba el cuello engarfiado de su esposo. Por fin, así sujeto, lo llevó al borde de la cama y lo sentó en ella. Aflojó los dedos. Robles comprendió.

—¿Comprendés? Pensá que te salvaste y nada más. ¿Comprendés?

Qué alivio, para La Negra, justamente ese mismo día, al anochecer, cuando se descubrió el revólver suyo y alguien dijo al pasar: "Es claro, se balearon entre ellos, lo acorralaron desde dos puntos".

Robles, hipnotizado ya por La Negra, no hablaba del asunto y no le costaba nada contenerse.

Augusto, que había conseguido salir sin ser visto y esconder las armas, prosiguió su modo exterior de vida sin ninguna modificación. Como siempre, caminaba pausadamente, abajada adelante el ala del sombrero porque el brillo del sol en las paredes y el suelo le ofendía los ojos. Requerido por algo, sus ojos tanteaban, floja la mirada, como todos los días.

Ramón, hombre de pocas palabras, continuó mismamente que antes. No le afligía la muerte de un repugnante devastador de hogares y ladrón de la paz de los demás. Su propia responsabilidad, por así decirlo, legal, tampoco le inquietaba; estaba entrenado en la ilegalidad y confiaba en la suerte y en "su" concepto de justicia, que radicaba en la impunidad en este caso concreto.

Las mujeres tejían y destejían comentarios fatigados y volvedores.

Los chicos, en el patio, prosiguieron gambeteando, gritando, peleando, o picando sus cobres de dos centavos en la pared.

Estela no pensaba nada; algo de fatalismo había en su actitud que la dejaba tranquila. Lo que sea, pensó pocas veces ese día, lo que sea vendrá. No imaginaba nada ni se angustiaba por ella, ni por Ramón. Lo que sea...

¿Y Edo? Repensó muchas veces desde aquel día; la cerradura no jugó o jugó sin ruidos siendo así que siempre producía y más resaltante en el silencio de la madrugada, un ruido seco como cuando se aplasta un cascarudo. Mamá

—pensó— es cómplice. Puso aceite en la cerradura. Abrió sin ruido para dejar pasar a papá, papá regresaba del pasillo donde estuvo con don Pedro. Su padre no estaba en la pieza, cuando sonaron los tiros, regresó, hizo como que se levantaba de la cama, tanto tiempo después de los estampidos, y aun después de estar Estela en la puerta. ¡Ay, la evidencia es irrefragable! Entonces estaba el problema moral. Aquí la mente de Edo volvía a la confusión. Eran reflexiones irregulares, enrevesadas, pero apasionantes. Su padre, cómplice de aquella muerte. Esto no le afligía. Edo debía ser solidario con su padre, totalmente y hasta sin discusiones y sin reservas. Edo amaba a su padre irreflexivamente. Se acusaba de no haberle acompañado, de no haber intuido su deber de modo efectivo; como reacción, se hizo más firme su solidaridad moral. Acaso las huellas de los pesquisas los trajeran acá. Su padre todavía estaba en peligro. Edo divagaba. Pasaba de un tema a otro. Se embrolló; era demasiada construcción lógica para su mente y carecía de la disciplina de don Pedro. Mentalmente atosigado, salió a la calle a airearse. Y se cruzó con Juanita que iba a tiendas.

—¿Dónde vas?

—A la tienda de Olavarría. Acompañame.

Hablaban pausadamente. De pronto:

—¿Viste cómo te miró ése? Te comía con los ojos.

—Callate. No seas bruto.

—Te estuvo mirando de un modo...

—Como te has puesto... De un tiempo a esta parte. Sos ya un mal hablado.

—¿Pero no un mal intencionado, eh?

—Es que así se comienza.

—Como voy a bailar el día que te cases...

—¿Y Diego?

—Bien.

—Cuanto lo hiciste sufrir, al pobre. Yo fui su paño de lágrimas y no comprendía demasiado por qué rezongaba tanto y siempre lo mismo; ahora comprendo...

—Basta, Edo, ¿no podés hablar de otra cosa? ¡Qué orgánico!

Edo se había entristecido de súbito. En efecto, ahora

comprendía mejor que antes; ahora amaba amar y carecía de objeto, pero todo esto era subconsciente.

—Siempre asustada, vos, hasta de las palabras...

—Basta, o te dejo solo.

—Pero, ¿es que no puede saberse por qué lo hiciste sufrir tanto, innecesariamente: vos, que sos tan buena?

—Es una pregunta inmoral, bochornosa, eh?

—Es que estaba en la duda.

—¿Qué duda?

—Si servir al Señor, o vivir en el mundo...

Edo reprimió la réplica viva que casi estaba haciéndose voz. Ella dijo:

—Vos nunca sabrás, ni él, todo lo que tuve que luchar y padecer hasta decidirme...

—¿Ibas a meterte de monja?

—Sí.

—Entonces Diego lo venció a Dios.

EL MEDICO

Tomaba Don Pedro su desayuno de un tazón azulenco en cuyo vientre nadaban trocitos de galleta, en mate cocido. Retardaba la limpieza del cuarto a causa del Coco que continuaba durmiendo en la estera extendida en el piso. El chico dormía plácida y sólidamente, con una pierna suelta y otra empinada. Tenía la cabeza de lado apoyada sobre el brazo que a su vez aplastaba a la almohada. En la carne del brazo daba la regular respiración de la plena salud. Dormía aquí, porque en "su hogar" estaban todos desvelados con la agravación de la Chola.

Miró al Coco. Edo estaría despierto mirando morir a la hermanita. Edo está delante de algo terrible. Es bueno esto. Obtendrá conformidad, no desesperación. Ya aceptó la muerte de la Chola antes de acontecer. Este chico nunca será feliz. Tiene un sentido dramático de la vida.

Don Pedro pensaba. Ya en anteriores ocasiones había

meditado sobre el sofisma de falsa oposición ejemplificado en el par antinómico optimismo-pesimismo pero la argumentación era deficiente y confusa. Y recién, al consentir en el sentido dramático de la vida que tenía Edo, apresó el concepto "dramatismo".

El pesimista, pensó, no cree; simplemente: no cree y niega; carece de fe, de sueños, de esperanza y su vida no tiene sentido. La gente lo confunde con el hombre dramático. Pero ocurre realmente que éste tiene la más fina sensibilidad para la justicia —o injusticia— para el dolor ajeno, para la miseria de la humanidad, para el Destino y la Muerte. Es el hombre que cree en el Bien, en la Justicia, que tiene conciencia de valores como deber, responsabilidad, dignidad, libertad, que asigna a la vida un fin y un sentido, que rige su conducta con normas que duelen a veces. ¿Qué es, entonces, el optimismo? En primer lugar, las notas del dramático son todas afirmativas, es decir, optimistas. ¿Y el optimista? Este, en la realidad común, suele ser optimista por hábito, comodidad, cálculo, frivolidad, sin drama íntimo, sin el sentido del deber, sin dolor, al contrario, apoyándose en su criterio particular, precisamente por optimismo le huye al dolor, a la solidaridad humana, a la lucha por un mundo mejor, a los reclamos de su conciencia. Los canallas, los hipócritas, los comediantes, los ceremoniosos, los sepulcros blanqueados, los frívolos, los egoístas, son todos optimistas. ¿Cómo puede haber verdadero optimismo sin sensibilidad, sin reaccionar contra la injusticia, sin acercarse a los demás hombres?

Don Pedro se inclinó hacia la lámpara y con un soplo rápido mató la luz. El tubo despidió un humito picante. En la habitación no se notó la desaparición de la luz a kerosene.

Miraba dormir al chico en la estera; se había dado vuelta. Don Pedro se levantó y fué a acomodarle las cobijas y le miraba respirar. Después limpió los utensilios del desayuno y los guardó.

Entró Edo, grave. Se sentó.

—Se va, esta vez se va... y yo no sé que es más tremendo, si el estado de la nena o el de papá...

Don Pedro dijo cuatro palabras de consuelo. De súbito,

Edo, pensando más en su padre que en la Chola, dijo con una voz exigente e inusual:

—¿Pero, por qué esto, eh, por qué?

—Papá va a salir en busca de médico. Está con Augusto. La Chola se muere. No tenemos plata.

Don Pedro dijo:

—No es bueno, Eduardo Lainez, que un niño sepa lo que sabe el adulto, ni el hombre lo que sabe el anciano.

Don Pedro tomó de sobre la mesita de luz la pipa y la aplastada bolsita de vejiga de cerdo donde conservaba fresco el tabaco. Introdujo unas fibras en el hornillo y las apisonaba con la punta del índice; introdujo la boca del fuste en los labios y encendió. Era la maniobra tan conocida. Edo le miraba pero pensando en sus cosas.

Entraron su padre y Augusto. Edo, discreto, salió de la pieza. Ramón estuvo mirando distraídamente al Coco dormido.

—Me disgusta —dijo Ramón— meterlos en este lío... Don Pedro sentenció: —Ya le dije, Lainez, que todos

somos solidarios. Si en la vida no sabemos ayudarnos... Se enfundó en el holgado sacón y se tocó con la gorra de visera de hule.

Augusto ya en su pieza le había ofrecido —otra vez— su dinero para resolver el asunto sin necesidad de llegar lejos ni de complicar el modo de obtener la visita del médico.

—Vamos saliendo, dijo Don Pedro.

—¿Y el doctor Frosati? —preguntó, en la calle ya, Augusto.

—Ese no viene ni arrastrado por bueyes. Se muere en el camino.

—¿Dónde vive ese doctor Ferro?

—Por Lamadrid, a la vuelta de la fábrica.

A esas horas y requerido por un pobrete como Ramón Lainez, ningún médico saldría de la cama para ir a un conventillo alejado. El doctor Ferro era nuevo en el barrio.

Los tres hombres caminaban, callados.

Lainez se jugaría todo; era su expresión en estos casos. Ya se jugó y salvó la plata, como se dice, en otras ocasiones, por ejemplo, la vez pasada, cuando amenazó a don

Lucas y lo zamarreó. Iba Ramón Lainez en silencio a cumplir con su deber hacia su hija. Caminaba Don Pedro en el medio y era el más alto y el más raro.

—¿Es joven ese doctor?

—No sé, sólo sé que hay una chapa de médico. No lo conozco —dijo Lainez.

—Ya que estamos juntos los tres, ¿puedo saber si ustedes le tiraron a Barqueti?

—A Barqueti le tiraron todos —dijo Don Pedro— pero es mejor no hablar nunca más de esto.

Llegaron. Se hicieron a un lado Ramón y Augusto para no ser vistos cuando se abriese la puerta. Don Pedro opri-
mió el botón del timbre y esperó.

Se abrió un ala de la puerta de calle y asomó una cabeza de mujer que miraba sin preguntar nada.

—¿Está el doctor?

—No está, —contestó.

Don Pedro le hablaba con la más cariciosa de sus voces; inclinaba la cabeza hacia la mujer con cierta elegancia extraña en aquel tipo inelegante; expresaba conceptos corteses; quería ganarse su buena voluntad. La gente humilde es muy sensible a la lisonja. Don Pedro se había transformado ahora; usaba un lenguaje delicado y fino, pero sencillo; adulaba a la mujer.

La mujer debió sentir el prestigio de ese hombre. Un momentito, —dijo—, y dándose vuelta, regresó adentro. Don Pedro entró sin hacer ruido. Detrás, entró Lainez. En el vestíbulo de espera había una mesa con revistas, y sillas a lo largo de las paredes. Ellos esperaban de pie. Cuando la mujer volvió, hizo un gesto de fastidio al verles adentro.

—Dice el doctor que no puede ir.

Don Pedro se inclinaba hacia ella insistiendo en que fuese a decirle que sólo se trataba de cuatro palabras; si no quería salir, no saldría, pero bien podía darnos un consejo, nada más; cuatro palabras. Por favor, usted dígame eso, ¿eh?... Ayúdenos.

No le gustó a la sirvienta volver a hablarle al doctor; pero dominada por Don Pedro fué por segunda vez hasta la puerta del dormitorio. Regresó.

—Se me enojó. Y dice que él también tiene que dormir. Cuando se levante me va a decir cuatro frescas.

Don Pedro sintió algún alivio. Si el médico dió una razón en apoyo de su negativa, señal de que no estaba muy firme en su determinación.

—Dígale que me reciba en su dormitorio, dos minutos sólo, después seguirá durmiendo; un consejo, dígame que quiero hacerle unas preguntas, nada más... Dos minutos.

—Oh, ya no puedo ir. Me sacaría como rata por tirante. ¡Ya no... no!...

Don Pedro posó su mano viril y suave en el hombro de la mujer y la empujaba. Ella cedía.

—¡Por favor, se me va a enojar... váyanse... Surgió inopinadamente la figura de un hombre joven, con el cabello revuelto. Se acababa de cubrir con una salida de baño de colores violentos. Caminaba enérgicamente; sus manos estaban haciendo el nudo del cordón retorcido que le ceñía la cintura. Miraba a los dos hombres.

—¡Es increíble! Pero, ¡caramba!, ¿es que no tenemos derecho los médicos a descansar? ¿No les dijo ya la sirvienta que no saldré? Busquen al médico de familia...

—Mire, doctor, —empezó Don Pedro, pero él lo interceptó algo groseramente, diciéndole:

—¡Está perdiendo el tiempo! ¡Ya les contesté! ¡No voy a ir...!

—No tenemos médico de familia. Una vez uno, una vez otro...

—Bueno, llamen a la Asistencia...

—Pero, doctor, ¿eso nos recomienda? Es un caso urgente.

—Hablen a la Asistencia. Díganle eso mismo por teléfono.

—Gracias, doctor, pero no vamos a hablar a la Asistencia. ¿Para qué? En fin, doctor, vamos a dejarla morir a esa nena.

—¿Qué ironía es esa? Hable a la Asistencia y asunto concluido.

—Eso haremos. Pero se sabe como tarda en llegar la Asistencia.

—¡No puedo, no puedo, es inútil!

Ramón acomodó el revólver; tenía la empuñadura justamente en la abertura del bolsillo.

—Doctor, —dijo Don Pedro—, entonces dejaremos morir a esa chica...

Ramón no pudo más y metiéndose entre ambos empezó a hablar.

—¡Mire, doctor...!

Pero Don Pedro, sintiendo el peligro del cual estaba prevenido, se transformó totalmente, y brusco, apretó el brazo de Ramón y lo empujó a un lado.

—Cállese.

Pero el médico, a su vez, reaccionó.

—¡A mí no me amenaza nadie! Y ahora menos que nunca iré. ¡Ya está dicho todo! Y se van de aquí enseguida los dos, si no quieren que las cosas terminen mal.

—Lainez, —decía Don Pedro, ahora nuevamente sereno debido a la obediencia de Ramón—, hágame el favor, salga, déjeme solo.

Ramón salió a la calle.

—¡A mí no me vengán con sentimentalismos de la nena que se muere...! ¡Estoy curado de esas cosas...!

—Cierto. Pero usted no abandonará a una chica enferma que lo espera. Pero doctor no se engañe, usted es un hombre de conciencia.

—¿De modo que usted está queriendo tocarme el lado flaco?

—Es posible, doctor..., pero por su propio bien.

—Y usted ¿quién es?

—Soy un ex pastor protestante, doctor en teología de la Universidad de Upsala, excluido de la iglesia por una penosa interpretación del problema del bien y el mal...

—¡Ah!... sí...

—Dejé la iglesia y anduve por todos los mares del mundo. He visto y conocido mucho y si usted no se enoja le diré que usted se cree un hombre de carácter en el sentido más vulgar.

—¡Pero usted me está provocando a repetirle otra vez que no iré a ver a la enferma...!

—¡No! Usted saldrá conmigo a ver a la enferma. Su

íntima bondad está luchando contra la fuerza de su carácter.

Se sintió tocado el doctor Ferro; desde hacía un rato hubiera ya salido con este hombre si le hubiera dicho la frase justa, por ejemplo: "Por favor, doctor". Pero ese hombre atacaba por otro lado. No sabía cómo decirle: "Vea amigo, voy a salir, salgamos". Su crédito de hombre de carácter, le estaba impidiendo decirle: "Vamos", si antes no se producía de parte de Don Pedro una nueva invitación a salir.

Y he aquí que, al parecer, ese hombre extraño no invitaba; al contrario, le estaba atacando su concepto de la energía, del carácter...

—... Usted nunca pensó, juntos, estos dos hechos suyos: su bondad, doctor, por una parte, y por la otra su carácter. ¿Nunca advirtió en usted una lucha entre su bondad y su carácter?

—¡Vamos, salga, voy a ir.

Le dejó solo, corrió a vestirse apresuradamente. Salió al ratito al vestíbulo.

—¿Así que usted es doctor...?

Y le miraba asombrado.

LA MUERTE DEL ANGELITO

Al médico le sorprendió desagradablemente la presencia de otro hombre que estaba en la acera conversando con el que le había querido amenazar recién. Miró a Don Pedro, y éste le sonrió sin hablar. Era una respuesta. El médico calló, disgustado. Resulta que habían sido tres. Le hirvió el enfado otra vez.

Don Pedro les dijo a Lainez y a Augusto que fueran adelante, él los seguiría con el médico.

—Todavía está enfadado usted doctor. Todavía le presionan circunstancias que, sin embargo, usted mismo acaba de eliminar. ¿Por qué así? Por un lado usted desecha

todo rencor, toda desconfianza, para determinarse a realizar una buena obra de simpatía humana; por el otro lado, usted, por así decirlo, se da vuelta y torna a recoger su rencor, su desconfianza. Como usted tiene estudios metódicos, de carácter experimental, comprenda que debe resolverse por una de dos: o elimina toda desconfianza, y tiene delante una buena acción, o vuelve a recoger su enfado y desconfianza. Son estas cosas de los argentinos las que tanto me han impresionado siempre. Existe una evidente resistencia a la obra de amor si ésta es tierna, dulce, delicada.

Caminaban y la pareja era algo cómica de mirarse; pasos cortos y rápidos los del médico, el cual parecía más bien correr junto a Don Pedro que marchaba a pasos largos. Petizo el uno, alto el otro; modelado dentro de su traje el médico, y con sus ropas casi flotando al aire Don Pedro.

—Le quería decir que ustedes los argentinos parecen estar combatiendo su esencial bondad íntima. Ustedes son buenos, y ahora que usted consiente en venir conmigo comprenderá que no lo estoy adulando. Son buenos, los argentinos, y están en la transición entre la ingenuidad y la malicia. Hay pueblos buenos e ingenuos; otros, buenos y reservados, otros, buenos y maliciosos; los nórdicos, los ingleses, los argentinos. Alguna vez pensé que los buenos e ingenuos, son engañados por los demás; los buenos y maliciosos, se engañan a sí mismos; los buenos y reservados se dejan engañar.

El doctor Ferro le oía con curiosidad.

—Otra cosa que me llamó la atención en ustedes es el concepto de energía. Ustedes en general han magnificado ese concepto y lo han oscurecido y falseado; le han aplicado notas que no les corresponden. Todo lo supeditan a la energía, que al fin y al cabo no es un fin. Hay una lastimosa confusión. Piensan demasiado en el carácter, en la energía, y no se han detenido a meditar ni en el carácter ni en la energía. Ustedes no conciben energía en un hombre que se rectifica, que pide excusas, que se inclina a cuarenta y cinco grados pidiendo perdón. Confundan energía con violencia, con terquedad, con varonili-

dad, con carácter; no consienten, por otro lado, que en el hombre verdaderamente enérgico se muestre exteriormente la ternura, la dulzura, la delicadeza. ¡Qué confusión! ¡Cuántas veces he visto en ustedes matar la expresión heroica de la generosidad viril, sólo porque no era suficientemente fuerte, o porque esa expresión tenía aspectos tiernos! A una idea mal razonada y confusa, sacrifican los auténticos sentimientos profundos de bondad y generosidad.

Cuando Don Pedro le descubrió interesado y aún asombrado por su figura, sus palabras, sus conceptos, Don Pedro determinó como táctica proseguir mostrándose extraño, profundo, raro; le hablaba al médico de este mismo, de su intimidad, sólo que de modo general. Nadie resiste el influjo de esta técnica para interesar. Caminando las calles, decíale:

—Y lo más curioso es que, creyéndose muy enérgicos, sólo son, en la raíz íntima, adentro, hombres desleales con la más pura sinceridad de su bondad y de su generosidad. Pues eso de ser íntimamente generosos y mostrarse enérgicos contrariando la esencia del ser, eso, es no tener carácter.

—Y dígame: si uno es bueno según usted, ¿cree usted que uno podría vivir su vida? ¿No será uno destruido por los demás, en la lucha por la vida? ¿No se abusan todos del hombre bueno? ¿Quién vence, el bueno o el fuerte?

—Ay del vencedor, dice un refrán, no recuerdo si árabe o indio, ay del vencedor...

Llegaron; subieron; caminaron el pasillo. Augusto ya se había ido a su pieza. La sorpresa de estos tres, Estela, Edo, doña Rosa, tenía notas distintas. Entró primero el médico, ahora profesionalmente activo y cargando su atención sobre su tarea específica. Jovial, activo, preguntó, observó.

—¡Pero si esto es pulmonía...! Y encuentra a la chica muy difícil para los medicamento. En fin...

Otra vez se reaccumuló el miedo en la intimidad de esas gentes castigadas.

El médico habló con doña Rosa y salió al pasillo donde encontró a Don Pedro.

—Cuánto es, doctor.

—Nada.

—Tengo dinero, doctor.

—Nada. Y dígame a su amigo que tendría que mudarse a una habitación aireada, seca, con sol, luz, mucha luz, aire limpio. Ahí he visto a un chico delgadito, pálido, demasiado alto para su edad; candidato a la tuberculosis. ¿Comprende? Y comida sana, no cara sino sana.

El médico, ya en el pasillo, readquirió su personalidad ordinaria. Le hirvió la jovialidad, paladeaba su asombro:

—¿Qué cosas raras tiene este Buenos Aires!... ¿Así que usted es cura? ¿Cómo se llama usted?

—Legalmente, Axel Nordtrom Hokmsen. Pero llámeme Don Pedro, como todos, con excepción de ese chico pálido y feo, que según usted está condenado...

El doctor Ferro se sumió nuevamente en el médico:

—Feo el ambiente, ¿sabe?, puerta al pasillo solamente, sin ventanas, el aire se detiene, la humedad permanece. Ese chico tiene una cara que no me gusta nada... Readquirió su personalidad: Pero cuénteme eso del doctorado en teología... Acompañeme de vuelta.

Cuénteme sus cosas... me interesa. Este Buenos Aires, con filósofos hasta en los conventillos...

La Chola murió. El cajoncito y el fúnebre blanco lo pagó a escote todo el conventillo.

CONCIENCIA

Robles no salía de su pieza. La Negra lo enfermó convenientemente. Había advertido un recrudecimiento del miedo y como él se soltaba en palabras, la Negra a prevención de auto denuncias o confesiones así sean parciales o en fin de cualquier actitud irregular, lo encerró diciendo que estaba descompuesto porque había comido pescado en mal estado.

La gente de La Colmena proseguía sus habituales tareas

y seguían siendo las mismas, y perdónese este modo de hablar.

Edo, ahora que dejó el taller, permanecía más tiempo en el patio y en la habitación de Don Pedro. Este, le aconsejaba salir a la calle. Estaba alto, flaco, con esas resaltantes pecas distribuidas entre los ojos y los pómulos, ahora más vivas todavía por la palidez y el lavado de la cara.

Una de esas tardes, Don Pedro salió cuando aun picaba mucho el sol. Caminaba sin presuras. El haldudo sacón parecía querer caérsele al suelo de pesado que parecía; y aun parecía más ancho y pesado tenida cuenta de la delgadez y altura de Don Pedro, y de su falta de elegancia y soltura. Ya de por sí era desgarrado y a ésto añadía una vestimenta cómoda. Como tanto caminaba y paseaba, solía hundir en los bolsillos del saco algún libro, queso, pan. Estaba cubierto con la gorra de visera de hule, colocada un poco al desgaire. Sonaban sus tacos en el suelo.

Caminaba Patricios arriba por la vereda de la sombra. Subió la barranca y en la esquina de la calle Brasil penetró en el Parque Lezama, la antigua Quinta de Charles Bidgeley Horne quien con mucho gasto y gusto la había arbolado cuando sólo era una barranca o la falda de una fracasada montaña cortada por la meseta que se inicia en la calle Brasil para adentro y hacia Constitución. Después, adquirió esa quinta don Gregorio Lezama, que donó su nombre a la toponimia. Don Gregorio vivió en una casa hermosa entonces, decorada por Miguel Palleja, que tenía entrada por Uspallata y fue después Museo Histórico, con sobreabundancia de uniformes deshilachados y descoloridos. La quinta era en verdad admirable, con caminos que andaban y se cruzaban, subían y bajaban, y con algunos limpiones con algún quiosco o simplemente nada. Frondas propicias al amor y al beso escondidos, sombras en verano para los viejos y sol en el invierno, charlas despaciosas de quietos ancianos sentados en bancos de listones pulidos, adolescentes distrayendo su rabona, y paz, mucha paz recogida. Fronda verde, árboles, plantas muy variadas. Blancas estatuas de diosas, cuyos nombres a nadie interesaban. Alguna pareja. Alguien caminando y reflexionando; otro querien-

do desaburrirse; alguno que otro, acaso desesperado, aguardaba que la paz, la ancha y real paz del parque le aquietase. Porque es curioso este hecho: a pesar de tanta soledad y tanto escondite, el lugar no era propicio al suicidio. Es que la mucha fronda y la gran quietud y silencio y la soledad y sosiego de la Naturaleza, serenaban al hombre, le aquietaban, lo embebían. En busca de soledad, silencio, y paz, había entrado allí don Pedro. Caminó hasta encontrar un sitio satisfactorio. Era un banco sobre una cresta que arrancaba desde Brasil y Paseo Colón. Verticalmente debajo de la cresta había una vieja fuente que manaba agua poca y desgana en un plato o fuentecita de simil piedra. Líquenes y musgos verdosos en la fuente y enredaderas que cubrían los bordes, se derramaban a los lados y subían hacia la cresta. Desde aquí, la mirada, horizontalmente tendida, llegaba en seguida al horrible edificio viejo de la Intendencia de Guerra, la esquina muy entretejida de tranvías, vehículos ruidosos por los cascos de los percherones; más lejos, hacia el río, galpones, mástiles, y el puente.

Don Pedro se sentó cómodamente, tendiendo a una posición fácil, propicia al estado de abandono físico. Quería recogerse dentro de sí; que no le afectase el mundo exterior, ni aún su propio cuerpo. Se aflojó todo. Tenía un método para obtener la desaparición del mundo exterior; abstraerse, mirar sin ver, no pensar, no sentir. No quería precisamente el ensimismamiento, sino la indiferencia física y mental. Vagaban ideas, representaciones, desdibujadas. Su cuerpo iba inexistiendo. Ya no vio pasar delante de él, en busca de un banco escondido, a una pareja encendida.

Parecía Don Pedro un inglés medio dormido. Si no fuera por la limpieza de sus prendas habríase podido confundirlo con un atorrante.

Se dejaba estar, casi nadando en la nada. Las barbas rubias y flojas eran fáciles a las breves ráfagas de viento. Estaba en la sombra que sobre el banco proyectaba un árbol. La sombra sin embargo, se iba retirando; el sol ya había entrado en una esquina del banco. Pronto iba a cubrirlo.

Paz, serenidad, en el entorno; en él, indiferencia. En su mente, nada, aunque por sus efectos debe aceptarse que alguna idea iba a comenzar a vivir. Y así fué, en efecto. De pronto, aunque vagamente, Don Pedro pensó que había matado a un hombre, por su mano y su voluntad. Esto era tremendo. Antes de disparar el arma, había estado sereno y seguro de sí mismo; después, algo había comenzado a remorderle adentro, y Don Pedro quería aclarar esto. ¿Por qué? ¿No había estado seguro de sí, con su conciencia tan serena, con sus argumentos tan bien enfilados? ¿No estaba ya tranquilo; por qué ésto? Quería saber. Iba hacia el problema, no le huía, no; además, no quería un rápido consuelo, era demasiado fuerte para aceptar cualquier respuesta; siempre a posteriori, el intelecto ofrece una satisfacción o respuesta que afirma la necesidad y aún la bondad de un error o una canallada. Él no quería estas respuestas. Quería la verdad íntima. Además, se había apasionado por saber si hizo bien o cometió una enorme equivocación. Había matado a un hombre de su mano. Barqueti, no le interesaba; estaba bien muerto. ¿Es bueno ser uno juez de sí mismo y sentenciar y aún realizar la sentencia de muerte de un semejante? Esto era tremendo. Y si esto se llevase a sus últimas consecuencias, que cada uno podía con argumentos y sinceridad matar a otro "Barqueti pudo pensar: Augusto y Don Pedro estorban la verdadera realización de mi interpretación del mundo y de la vida, son obstáculos a la obediencia mía, a mi sistema de vida". Luego, los elimino. Ciertamente, Barqueti —desde él mismo— razonaría bien. Augusto y Axel Nordstrom Hokmsen le impedían vivir su vida. Barqueti era sincero consigo mismo, tenía un sistema moral y vital. El problema del bien y el mal, el problema de la libertad.

Dejó de pensar. Divagaba. Empezó a rememorar sin esfuerzo ninguno su vida en Suecia, su capilla, su feligresía, sus sermones, sus fracasos y derrotas. El bien y el mal. Se había quemado las pestañas leyendo libros profundos y contradictorios y no sabía nada atañadero al problema.

Se había levantado una leve brisa juguetona, que alzaba algún papel y lo dejaba caer. Traía un suavísimo olor vege-

tal y fresco. Los hilos de su barba se movían, Don Pedro sentía su pasado tanto más fuertemente cuanto menos percibía la actualidad de sí y su alrededor. ¿Estaba ahora Don Pedro más adentro de sí —ensimismado— o bastante fuera de sí —enajenado?

Algún paseante le miró, intrigado, y aún se dió vuelta diez pasos después...

LA CRUZ NUESTRA DE CADA DÍA

—Olaf Petersen, ¿por qué se murió la Chola? Mamá soñaba siempre con una nena para que la ayudase y además para tener una compañía. Hablaría con ella de cosas que no se hablan con los hombres, así sea marido o hijo; y la forma de hablar; una madre habla más tiernamente con una hija que con el hijo. Y papá y yo y el Coco también queríamos una nena; con un varón hablamos de un modo, con una hermanita, decimos las cosas dulcemente. Ya tuvieron mis padres una nena, se había muerto antes de nacer yo. ¿Por qué se murieron las dos nenas? Se murió la Chola, y desde entonces estamos nosotros que no sabemos a quién decir palabras de ternura. Ah, ¿y por qué se suicidó Esteban? que estaba sano, fuerte, era joven, tenía delante tanto porvenir, tanta vida. ¿Por qué se mató? ¿Por qué doña Sara y su marido tienen todavía que vivir alimentados a escote por los inquilinos, que no son ricos y aún aportamos algo cuando su dinero no alcanza para pagar el alquiler? Olaf Petersen, ¿por qué doña Amalia huyó del hogar dejando solo a su marido, medio loco, pero no mal, y a sus tres hijas? ¿Y por qué Augusto tan buen muchacho, tan noble, después que mató... mataron a Barqueti no la quiere a Adelina?

—Eduardo Lainez, amigo mío, ¿por qué doña María Mercedes Castillejo de Gómez Gándara está siempre en un estado de indiferencia ante el dolor de sus hermanos, y

aún no quiere saber nada? Eduardo Lainez, ¿por qué Don Lucas, avariento y seco, carece de la facultad de sentir el dolor ajeno sentirlo y apaciguarlo, y en cambio tiene tan exacerbado su propio sentido del dinero? ¿Y por qué Robles quita la razón a la viuda, al tembloroso, al apocado, para dársela al poderoso? Te contestaré con un solo nombre: Doña Rosa. ¿Por qué doña Rosa es tan generosa de sí, en oposición a tanto monstruo de egoísmo? A poco que observes por ejemplo a Don Lucas y a doña Rosa, contraponiéndolos, advertirás en qué consiste la diferencia extrema entre el bueno y el malo; y esta diferencia se expresa con una sola palabra: servir. Se es más o menos bueno o malo, según el hombre se esfuerza en servir, o se niega a servir.

El uno se entrega a la humanidad en cualquiera de sus elementos, el otro, al contrario, absorbe para sí, recoge, quita roba. Te confieso mi fracaso en la comprensión de este tremendo problema del bien y del mal, acaso porque se fundamente en el problema de la libertad.

—La vida es triste, Olaf Petersen, la vida es mala. Estoy pensando en tantos dolores y errores, en las gentes... Pudo ser mejor...

—La vida es dramática, Eduardo Lainez, no mala. Yo también maté a Barqueti. Todos los días tenemos nuestra cruz auestas, la cruz nuestra de cada día.

A veces caemos en la tristeza, en la pena, en la negación, pero hay que levantarse siempre, sin temor a padecer. Si para aliviarte del miedo o del peso de la vida recurras a la deslealtad, a la injusticia, a la crueldad, a la infamia o a la indiferencia y así aliviado, Eduardo, te crees feliz, alegre, sensual, fácil, rechaza esa falsa felicidad y sigue por el camino más duro. Entonces conocerás la alegría. Porque la alegría del corazón sólo nace del profundo sentido de la vida. Sé útil al mundo, sírvelo y verás qué hermosa es la vida.

Eduardo Lainez sintió palpar su corazón, sus ojos tristes relampaguearon de entusiasmo y miró al vacío con una luz de esperanza.

El autor nos sitúa, a través de su relato, en una de las casas de la vecindad de la Boca, viviendas que reúnen gente de las más distintas procedencias. Trátase de seres que por la preocupación del porvenir inmediato, con su acervo de amarguras, estrecheces, hambre, enfermedades, acosados por el temor, se debaten en lucha constante, sordida e inmisericorde.

Asistimos así a la existencia que cada uno de esos personajes arrastra fatigosamente. Edo, el protagonista, un pálido de quince años que vive su propia tragedia y la de los demás: la del "papá", de la "mamá", de Olaf Petersen, el marino, de Esteban, mártir y esclavo de sus estudios de violín, de Robles, Secretario del Juzgado de Paz, taimado y colero...

Mariani agota en el relato, sus temas preferidos: la vida de los humildes, la "cruz de cada día".

El autor analiza uno por uno los sentimientos, las ideas, las vivencias de sus criaturas, y nos instala en el interior de sus almas angustiadas pero con esperanzas. Relato doloroso pero humano, hondamente humano...

Falleció el 3 de marzo de 1946.

Otras obras de esta Editorial

Colección "CORAL" de teatro

De Leonidas Barletta

La edad de trapo

(en prensa)

De Agustín Cuzzani

El centroforward

murió al amanecer

Colección "FLOR DE LEER"

El fin

Los Saboteadores

cuentos de Ana Seghers

EDITORIAL ARIADNA

AZCUENAGA 666 - P. 1° Local 19

BUENOS AIRES



268760